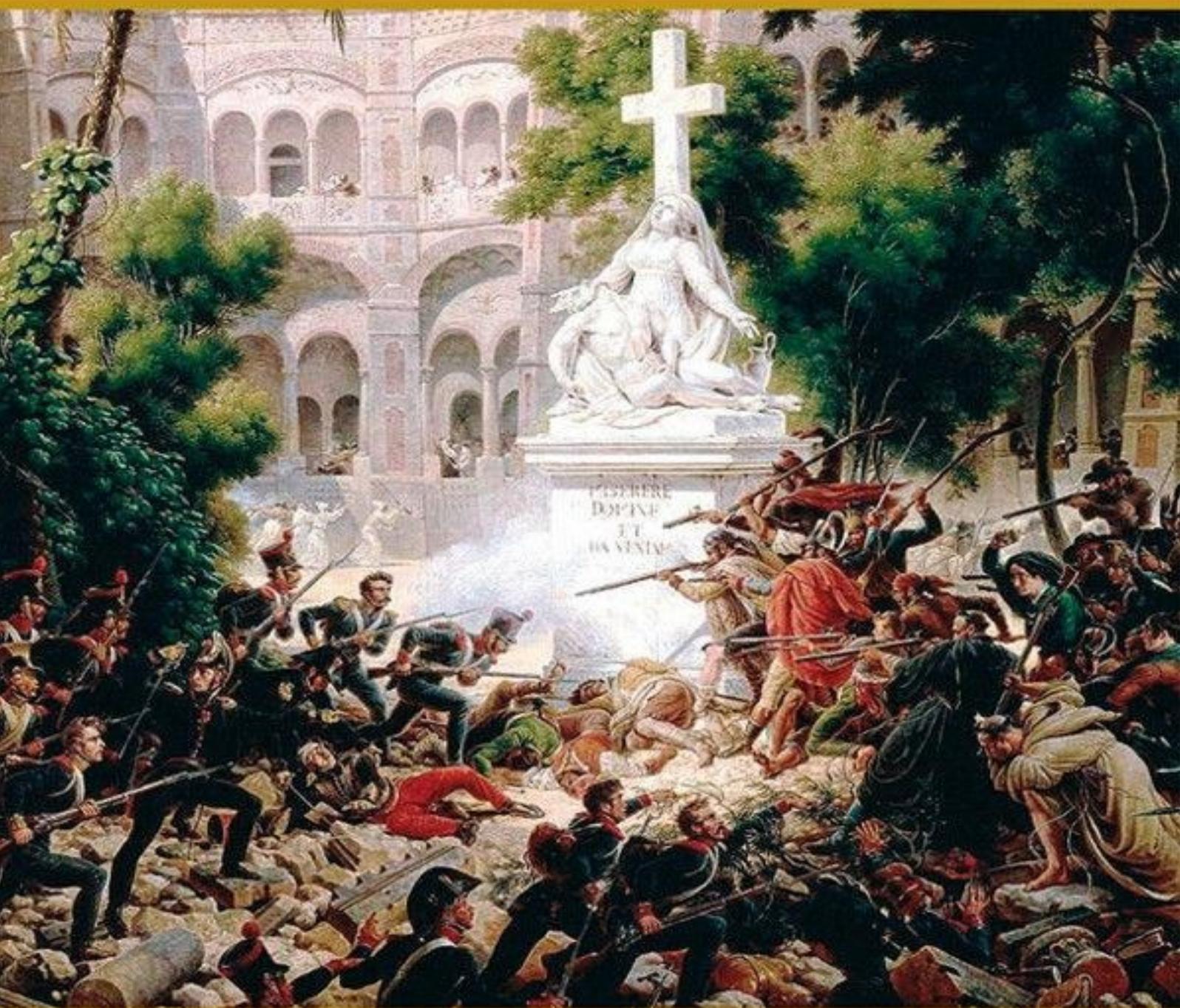


# ¡Independencia!

José Luis Corral



Lectulandia

*¡Independencia!* es una continuación de *Trafalgar*, sólo en el sentido de que se centra en el período inmediatamente posterior a los prolegómenos de la Guerra de la Independencia y que para ello se sirve del mismo protagonista-testigo, Francisco de Faria. La novela se inicia con el levantamiento del Dos de Mayo en Madrid, pero la acción se traslada enseguida a Zaragoza, donde el lector asiste sucesivamente a los dos asedios a los que la ciudad fue sometida por las tropas francesas. *¡Independencia!* es un sentido homenaje a la lucha del pueblo contra la invasión y la injusticia.

Lectulandia

José Luis Corral

# ¡Independencia!

Francisco de Faria - 2

ePub r1.1

Samarcanda 26.04.14

Título original: *¡Independencia!*

José Luis Corral, 2005

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1<sup>er</sup> ANIVERSARIO

## EDICIÓN CONMEMORATIVA



*Al pueblo de Zaragoza*

## Nota previa

El 21 de octubre de 1805 la armada británica dirigida por el vicealmirante Nelson derrotaba en Trafalgar a la flota combinada hispano-francesa comandada por el almirante Villeneuve. A fines de 1807 el ejército francés penetraba en la península Ibérica con la excusa de ocupar Portugal, en cuyos puertos se prestaba ayuda a los barcos ingleses. En abril de 1808 el rey Carlos IV, que había abdicado a la corona de España, y su hijo y heredero Fernando VII viajaron a Bayona para reunirse con Napoleón. En esa entrevista, Fernando VII renunció al reino que acababa de heredar y Carlos IV lo recuperó para entregarlo a Napoleón, que se convertía así en depositario de los derechos al trono de España.

Francisco de Faria, el joven conde de Castuera y oficial de la guardia de corps que había combatido en Trafalgar, presenció en Bayona la renuncia de Fernando VII y de Carlos IV a sus derechos dinásticos. Enterado de que en España había estallado la guerra, decidió regresar para combatir contra las tropas de ocupación francesa.

Esta novela constituye la segunda entrega —la primera fue *Trafalgar*— de la vida de Francisco de Faria, testigo privilegiado de los convulsos acontecimientos que vivió Europa en los primeros años del siglo XIX.

## Primera parte

## Capítulo I

---

Una exaltada joven vestida con un ceñido corpiño estampado con flores, una falda azul de amplios volantes y un pañuelo celeste a la cabeza gritaba ante un grupo de hombres animándolos a defender España de la desmedida ambición del emperador de los franceses. La muchacha, con los brazos en jarras, incitaba a los que la rodeaban animándolos a tomar las armas, cualquier arma, para salvar la independencia de la patria.

La mañana de aquel 2 de mayo varios centenares de madrileños se habían concentrado junto al Palacio Real; la tarde anterior había corrido el rumor de que los soldados gabachos se iban a llevar a Bayona a los infantes de España. Unos días antes ya habían salido hacia esa ciudad del sur de Francia el rey Carlos IV, que acababa de abdicar como soberano de la corona de España, y su hijo y heredero Fernando VII, a quien los madrileños habían aclamado como rey inmediatamente después de que el pueblo de Aranjuez se amotinara en las calles de esta localidad, cercana a la capital y donde los reyes de España poseían uno de sus palacios de descanso. Ambos soberanos, que se disputaban el trono de manera indigna, aguardaban en Bayona una entrevista con Napoleón; también se encontraban allí la reina María Luisa, Godoy y otros personajes de la Corte.

A principios de mayo de 1808 Napoleón era dueño de media Europa. Sólo tenía treinta y ocho años y hacía ya cuatro que sobre sus despobladas sienes lucía la corona imperial. Orgulloso de cuanto había hecho, no en vano siempre había logrado la victoria en el campo de batalla, estaba obsesionado por convertir a toda Europa a los ideales de la Revolución. Creía firmemente que Francia era la nación más importante de todo el continente y que, por tanto, sus ideales debían ser impuestos en todas las demás naciones.

Desde finales de 1807 tropas francesas habían penetrado en España mediante un acuerdo secreto firmado con el gobierno español por el cual los dos países se repartirían Portugal. Por ello, los españoles acogieron bien a los primeros regimientos del ejército imperial, pues creían que acudían en apoyo de Fernando VII, a quien el pueblo deseaba, y para defender a España de una posible invasión inglesa, que algunos creían que se iba a producir tras el terrible desastre de la batalla de Trafalgar. En esos momentos, la presencia de los primeros contingentes de tropas francesas sólo había despertado entre los españoles una cierta curiosidad.

Pero el pueblo de Madrid pronto se desengañó. Los soldados y los oficiales franceses no se comportaban como amigos y aliados, sino como dueños del país que los había acogido. Paseaban ufanos, como pavos reales, embutidos en sus vistosos uniformes repletos de entorchados, cordones dorados y jarreteras, trataban a los españoles como a inferiores, dirigiéndose a ellos con desprecio, y miraban a sus

mujeres con una lascivia que irritaba sobremanera a sus maridos, padres y hermanos.

• • •

El mariscal Murat, comandante en jefe de las fuerzas francesas en España, había ordenado que el infante don Francisco de Paula, uno de los pocos miembros de la familia real que quedaban en Madrid, fuera sacado del Palacio Real y llevado a Francia con el resto de su familia. Cientos de personas, alentados por los agentes del infante don Antonio, uno de los tíos de Fernando VII, que había quedado al frente de la Junta de Gobierno en Madrid al salir el rey hacia Bayona, se concentraron a las puertas de Palacio para evitar el rapto de don Francisco.

Las tortuosas y polvorientas calles de Madrid eran un verdadero torbellino de gente que iba de un lado para otro demandando noticias. Entre tanto, Murat ordenó el despliegue de varios regimientos para controlar los accesos a la ciudad. El mariscal francés fue informado por uno de sus agentes de que la multitud había entrado en el Palacio Real y de que apenas había soldados en esa zona para contener la revuelta. Murat ordenó al general Lagrange que acudiera allí con un batallón de fusileros para restablecer el orden.

Lagrange llegó a la plaza de Palacio al frente de sus hombres y, tras dirigir su despliegue, ordenó a gritos a los allí congregados que se disolvieran de inmediato.

—¿Alguien manda aquí? —preguntó el general francés en un perfecto castellano, aunque con un marcado acento nasal.

—¡El pueblo! —gritó una voz anónima.

—¿No hay ningún responsable de este altercado? —insistió Lagrange.

—¡El pueblo de Madrid! —gritó otra voz.

—El emperador desea lo mejor para España y para los españoles. Disolved pacíficamente esta algarada y regresad a vuestras casas.

—¡Marchaos vosotros, gabachos! —se oyó entre la multitud.

—¡Fuera, fuera! —corearon centenares de voces.

Lagrange llamó a uno de sus oficiales y le ordenó que se dirigiera de inmediato al cuartel más próximo para solicitar el apoyo de más soldados y de algunas piezas de artillería.

Entre tanto, intentó calmar a la masa enfebrecida que gritaba consignas en contra de Napoleón, de los franceses y de su Revolución, demandando el regreso de Fernando VII, aclamado con el apodo de «El Deseado».

Los ánimos de los manifestantes se fueron excitando más conforme Lagrange intentaba apaciguarlos, y algunos empezaron a zarandear al general y a los soldados del batallón de fusileros, que iniciaron el repliegue hacia la plaza de la armería de Palacio, temerosos de lo que se les venía encima.

Lagrange ordenó a sus hombres que formaran en tres filas en fondo y que apuntaran sus fusiles contra los madrileños. Aquella maniobra retuvo a los amotinados por unos momentos. Desde Palacio acudió un pelotón de la guardia real española que contuvo a los alborotadores. El oficial que los mandaba se interpuso entre los franceses y los madrileños, uno de los cuales llevaba en la mano una gruesa sogá en la que había hecho un nudo con la que aseguraba iba a ahorcar al general francés.

—Acabemos con ellos —dijo el que portaba la sogá.

—Sí, hagámoslo aquí mismo y ahora —añadió otro.

—¡Quietos, quietos! —ordenó el oficial español de la guardia real—. No estamos en guerra con Francia. Mientras nuestro Gobierno no ordene lo contrario, los franceses son nuestros aliados.

—¿Ah, sí? En ese caso, ¿por qué se llevan a la familia real fuera de España? ¿Por qué mantienen prisionero a nuestro rey don Fernando? —preguntó irritado el de la sogá.

—No está prisionero —intervino Lagrange—. Su majestad don Fernando es un invitado de honor del emperador. Están tratando de llegar a un acuerdo para derrotar a nuestro enemigo común, Inglaterra.

—¡Eso es mentira! —gritó alguien—. Acabemos con todos los gabachos de una vez, que sepan cómo las gasta el pueblo de Madrid cuando se le ofende.

La multitud cargó contra los franceses, y el general Lagrange ordenó a su compañía de fusileros que disparara sobre la gente; tumbaron a algunos, pero eran demasiados como para detenerlos. Varios soldados franceses fueron muertos a cuchilladas arrollados por la avalancha de los madrileños. Cuando Lagrange se temía lo peor, oyó el estallido de un cañón a espaldas de la muchedumbre que los acosaba. Una docena de personas cayeron al suelo abatidas por el fuego de artillería que un batallón de granaderos había abierto tras ellos.

Enterado Murat de la crítica situación de Lagrange, había enviado varias piezas de artillería ligera con la orden de disparar sobre los madrileños sin previo aviso. Envalentonado por la confusión que cundía entre sus acosadores, Lagrange ordenó a sus fusileros disparar a discreción. Cogidos entre dos fuegos, los excitados madrileños se dispersaron gritando aterrorizados por la red de callejuelas que se extendía al otro lado de la plaza, frente al Palacio Real. Varias decenas de cadáveres quedaron abatidos sobre densos charcos de sangre por el suelo de la plaza, confundidos con numerosos heridos que gemían de dolor y de rabia.

• • •

La noticia de la terrible masacre en la plaza de Palacio se extendió deprisa por

todos los barrios de la capital de España. Y de manera espontánea, sin que ninguna autoridad dictase normas o dirigiese la revuelta, el pueblo de Madrid levantó barricadas con cuantos materiales encontró a mano, buscó armas en los cuarteles y se enfrentó a las experimentadas tropas del emperador de los franceses.

Fueron muchos los madrileños que se dirigieron a los cuarteles del ejército español en demanda de armas y de dirección militar, pero en todos ellos fueron rechazados alegando que tenían órdenes estrictas del Gobierno de mantenerse acuartelados; incluso la guardia de corps, a la que se consideraba la élite del ejército, rehusó sumarse a la revuelta popular.

Por el contrario, no salieron a la calle los nobles y los burgueses, que se habían parapetado desde primeras horas de la mañana en sus palacetes y en sus confortables viviendas, mientras el pueblo defendía en Madrid su independencia. Las lujosas mansiones de los potentados tenían sus puertas y balcones firmemente sellados, y ninguno de los nobles se dejó ver por las calles, en las que hervía la rebelión contra los franceses.

Unos cuantos artesanos acudieron al cuartel de la guardia de corps en demanda de armas y de ayuda. Su sorpresa fue enorme cuando el brigadier que mandaba el acuartelamiento les dijo que había que colaborar con los soldados franceses porque así lo ordenaba su majestad el rey y porque eso era lo mejor para España.

Casi desarmado y sin dirección política ni militar, el pueblo de Madrid aguantó en las barricadas enarbolando picas, cuchillos y hachas. Entre los patriotas corrió un hilo de esperanza cuando se supo que dos capitanes, llamados Daoiz y Velarde, y un teniente, Ruiz, se habían unido al levantamiento popular y habían sacado a la calle varios cañones del parque de artillería de Hortaleza.

Por todo Madrid la gente del pueblo gritaba «¡independencia, independencia!», mientras ni una sola de las autoridades ni un alto cargo del ejército acudían para ponerse al frente de la insurrección.

«¡Malditos cobardes!, ¿dónde están los generales, dónde están nuestros soldados?, ¿dónde toda esa panda de nobles recamados que se pavonean embutidos en sus levitas de seda y en sus casacas de fieltro?», demandaban desesperados los hombres parapetados en las trincheras levantadas en las principales encrucijadas de la capital.

• • •

Murat estaba siendo informado paso a paso del levantamiento popular en la ciudad que gobernaba en nombre del emperador.

—¿Y el ejército español? —preguntó el mariscal a uno de sus ayudantes.

—Está actuando como habíamos previsto. Ninguno de los generales de la plaza

de Madrid se ha puesto al frente de la revuelta, y todos los cuarteles permanecen tranquilos, a excepción del que llaman de Hortaleza, donde unos oficiales, unos cuantos soldados y un grupo de paisanos han sacado un cañón a la calle. Pero no son peligrosos; la guardia de corps, su única unidad organizada y operativa, está de nuestro lado, y todos los dirigentes, nobles, propietarios y ricos hacendados permanecen en sus casas en espera de acontecimientos. En cuanto despluguemos la caballería, se limitarán a contemplar por las ventanas cómo acabamos con esa chusma, a la que odian y temen mucho más que a nosotros.

Murat se caló su gorro de piel y se estiró la casaca.

—Bien, pues pongamos fin a esto enseguida. Tenemos que vengar a nuestros soldados muertos a las puertas de Palacio.

El mariscal de campo ordenó el despliegue de todos los efectivos franceses acantonados en Madrid, la toma de todas las entradas de la capital y de todos los puentes y que los treinta mil soldados que aguardaban acampados en las afueras entraran en la ciudad y acabaran sin contemplaciones con cuantos se interpusieran en su camino.

Durante todo el día 2 de mayo se luchó calle a calle, plaza a plaza, en una pelea absolutamente desproporcionada. Frente a la formidable maquinaria de guerra del ejército napoleónico, con tropas integradas por veteranos curtidos en los campos de batalla de media Europa, bien equipados y con instrucciones concretas y precisas, y además dotadas de la mejor artillería de su tiempo, el pueblo de Madrid sólo pudo enfrentar unos cuantos mosquetes sin apenas munición, cuchillos, navajas y hachas, y valor y coraje.

Los regimientos franceses se desplegaron por las calles de la capital de España perfectamente organizados; primero, las baterías de artillería barrieron a cañonazos las endebles barricadas levantadas a toda prisa y sin demasiada capacidad de resistencia; después, avanzó la infantería disparando salvas de mosquetes que diezmaron a la multitud amotinada, y finalmente cargó la caballería con dos regimientos de mamelucos al frente, acabando la tarea a golpe de sus temibles sables curvos.

Pese a la superioridad francesa, el pueblo de Madrid se defendió con enorme encono y libró sangrientos combates en el centro mismo de la villa. La Puerta del Sol fue una de las últimas posiciones en caer; allí, los madrileños aguantaron hasta que varias precisas andanadas de la artillería imperial acabaron por minar la resistencia.

Al anochecer del 2 de mayo todavía continuaban los combates en algunos puntos de Madrid. Sólo entonces se reunió en sesión urgente y extraordinaria la Junta Suprema de gobierno, que encarnaba la autoridad de la nación en ausencia del rey. El debate fue muy acalorado, y aun cuando hubo quienes exigieron que se declarara de inmediato la guerra a Francia, uno de sus componentes puso sobre la mesa la desigual

composición de los ejércitos de los dos países en preparación y armamento.

—Señores —dijo uno de los miembros de la Junta—, el ejército francés desplegado en España supera en número de efectivos al español. Nosotros disponemos de apenas cien mil hombres, y de ellos ni siquiera la mitad tiene la instrucción suficiente como para combatir en una batalla. Los franceses han desplegado en nuestro país unos ciento diez mil soldados y podrían desplazar otros cien mil en menos de una semana. Y no es preciso que les recuerde que la mayoría son veteranos de las grandes batallas ganadas por Napoleón en Europa. Por no hablar de la artillería, muy superior en número, calidad, potencia de fuego y preparación de sus artilleros. Una guerra contra Francia sería nuestra tumba.

En el exterior se apagaban los últimos brotes de la resistencia, machacados por las tropas de Murat, quien había ordenado acabar con la revuelta sin ninguna contemplación. Daoiz, Velarde y Ruiz, los únicos oficiales del ejército español que se habían situado al lado del pueblo, ya habían sido abatidos por la artillería francesa.

Con las últimas luces del día, Murat dictó un bando en el que prometía perdonar y respetar a todos cuantos habían participado en la revuelta si se restablecía de inmediato la paz y la normalidad en las calles de Madrid. Los madrileños, cansados tras tantas horas de muerte y a la vista de que las autoridades civiles y militares españolas no se alzaban con ellos, inermes y desbaratados, capitularon. En las esquinas donde horas antes se había luchado palmo a palmo fueron entregadas las pocas armas que quedaban en manos del pueblo.

El coronel del regimiento de caballería de los mamelucos dio cuenta a Murat del resultado de la batalla en las calles de Madrid: habían muerto treinta y un soldados franceses y ciento catorce habían resultado heridos; los españoles muertos eran varios centenares, casi medio millar, además de otros tantos heridos.

—Haced una lista con los nombres de los cabecillas de la rebelión, que sean capturados y encerrados. Mañana los ejecutaremos a todos; hay que darle un buen escarmiento a esa gentuza —dijo Murat.

—Señor, en esta revuelta no ha habido cabecillas. Ha sido un estallido espontáneo, sin dirigentes —adujo el ayudante del mariscal.

—En ese caso, ejecutaremos a todos los que hayan participado en la rebelión.

—Han sido muchos, mariscal.

—Pues espero que dispongamos de suficientes balas para todos.

Murat no cumplió su promesa de respetar la vida de los que capitularon, pero sí su amenaza de ejecutarlos. Esa misma noche fueron encerrados muchos de los que habían luchado en las barricadas de Madrid. Al día siguiente, el 3 de mayo, varios centenares de personas fueron fusiladas en la finca de la Moncloa, en la montaña del Príncipe Pío. Ese mismo día, la joven Manuela Malasaña, asesinada durante la revuelta, se convirtió en leyenda.

Francisco de Goya, el pintor de la Corte, lo vio todo.

## Capítulo II

---

Francisco de Faria, conde de Castuera, tenía sólo veintitrés años y ya era coronel. Desde que en 1804 y desde su Extremadura natal se trasladara a Madrid para ingresar en el regimiento de los guardias de corps, había ascendido muy deprisa gracias a su parentesco con don Manuel Godoy, el antaño todopoderoso jefe del Gobierno. Había acompañado a Fernando VII a Bayona como miembro de su escolta, y al contemplar la manera en que el rey de España había renunciado al trono y le había transmitido sus derechos a Napoleón, había sentido una sensación de náusea. Cuando se enteró de lo ocurrido el 2 de mayo en Madrid, el coronel Faria no lo pensó dos veces y decidió regresar a España para combatir contra el ejército francés. En Bayona se había encontrado con Cayetana Miranda, su amante, quien muchos meses antes había tenido que exiliarse de España acusada en falso de ser una agente al servicio de Inglaterra. Los dos amantes se habían despedido de nuevo en la frontera junto a un viejo puente de piedra sobre el río Bidasoa. A Faria le acompañaba de regreso a España su ayudante, el sargento primero Isidro Morales, un toledano tan fuerte como un buey.

Francisco de Faria e Isidro Morales llegaron bajo la llovizna a una aldea cercana a Vera de Bidasoa. Era noche cerrada y en el caserío no se veía una sola luz. Sobre una de las casas de piedra divisaron entre las sombras una fina columna de humo gris claro, que destacaba en el perfil oscuro de la noche, y decidieron llamar a su puerta.

Una voz respondió a la llamada en una lengua que ninguno de los dos militares comprendió.

—¿Hablan en vasco? —preguntó Morales.

—Sí, claro, es el idioma de esta gente. Espero que nos entiendan.

—¿Quiénes sois? —preguntó de nuevo la voz al otro lado de la puerta, ahora en castellano.

—Somos dos viajeros en demanda de techo y comida. No temáis, os pagaremos bien —gritó Faria.

—Vuestros nombres —insistió la voz.

—Coronel Francisco de Faria y sargento primero Isidro Morales, soldados de la guardia de corps de su majestad el rey Fernando VII de España. Abrid, sólo nos quedaremos esta noche. Venimos de Francia y necesitamos descansar.

Tras unos instantes, se oyó el chirrido de un cerrojo deslizándose y la puerta se entreabrió. Desde que los franceses se retiraran de Navarra, tras la firma de la paz de Basilea, saqueando y destruyendo numerosas aldeas a su paso, los campesinos navarros y vascos tenían miedo de que aquella «francesada» pudiera volver a repetirse y solían tomar todas las precauciones posibles ante la presencia de extraños.

Un hombre de unos cuarenta años de edad, con un candil en la mano, alumbró a

los recién llegados.

—Esto no es posada. Tenéis una en Vera, aquí cerca.

—Hemos viajado durante todo el día desde Francia; nuestros caballos están agotados y nosotros también. Os pagaremos bien por un plato de comida caliente, un lecho seco en el que descansar esta noche y algo de paja o alfalfa para nuestros caballos.

—¿Cuánto pagáis?

—Diez reales.

El hombre del candil se rascó la barba de al menos tres días.

—Aguardad un momento.

La puerta se cerró ante los dos soldados y tras un par de minutos volvió a abrirse.

—Pasad, mi esposa dice que hay sitio para vosotros. Diez reales, ¡eh!, diez reales.

La casa era la de una familia campesina del norte de Navarra. Construida con lajas de pizarra, constaba de dos plantas; en la baja había una gran sala y una cocina enlosada con el hogar a ras del suelo, bajo una chimenea de piedra labrada, en tanto la planta superior tenía el suelo de madera y hacía las veces de granero y dormitorio.

—Pasad, pasad. Yo llevaré caballos a establo. Mi esposa os servirá algo caliente.

El campesino se dirigió a su esposa en vasco y salió a acomodar los caballos.

—Sentad, señores, sentad —dijo la mujer en un castellano apenas inteligible.

En un par de platos de barro cocido les sirvió un guiso de alubias, que Faria y Morales comieron con fruición.

—¡Vaya!, está muy bueno.

—Agradecida, señores —dijo la mujer.

—Caballos ya están en establo; les he dado hierba fresca y agua. Son buenos animales —indicó el campesino.

—Pertenecen al ejército español —dijo Faria.

—Aquí tenemos caballos más grandes y fuertes para trabajar campo, pero son menos bonitos que éstos.

—Son de raza árabe, los mejores para montar.

Tras el guiso de alubias, la mujer sacó un queso y una hogaza de pan.

—No más caliente. Queso es bueno —añadió la mujer.

Morales cortó un buen pedazo y se lo ofreció a Faria, que lo saboreó despacio.

—Excelente —asintió.

—Aquí lo mejor es carne y queso —aseguró orgulloso el campesino.

Faria y Morales fueron instalados en un rincón del piso superior, junto a un montón de granos de trigo. Antes de conciliar el sueño, Faria pensó en Cayetana y recordó su última imagen al otro lado del puente sobre el Bidasoa, con sus negros cabellos rizados mecidos por la brisa mientras comenzaban a caer sobre ellos las primeras gotas de lluvia.

Un gallo lo despertó al amanecer. Faria abrió los ojos, se desentumeció los músculos y descubrió que Morales no estaba a su lado. Se vistió y bajó la escalera de madera. Morales departía alegremente con el matrimonio de campesinos, en tanto tres chiquillos lo observaban con las bocas abiertas y los ojos como platos.

—Buenos días, coronel. ¿Ha dormido usted bien?

—Muy bien, gracias, sargento.

—Estaba comentándole a esta gente nuestras aventuras en Trafalgar. Me he extrañado mucho porque no han oído hablar de la batalla.

—Desayuno está preparado, señor conde —dijo el campesino.

Faria notó un cierto cambio en la forma en la que aquel hombre se dirigía a él con respecto a la noche anterior, y miró a Morales como pidiéndole explicaciones.

—Perdone, coronel, pero le he dicho que usted es conde de Castuera, y Míkel, que es como se llama este hombre, se siente muy honrado de acoger a tan importante señor en su casa.

—¡Oh!, sí, señor conde, muy honrado, muy honrado. Sargento Morales nos ha informado sobre quién eres usted, y nos sentimos felices de acogerte en nuestra casa.

»Éstos son mis tres hijos —continuó Míkel.

Los tres muchachitos miraron a Faria como si se tratara de una aparición celestial.

Mientras desayunaba unos huevos revueltos con tajadas de tocino frito y una escudilla de leche con migas de pan, Faria le preguntó a Míkel sobre el mejor camino para llegar hasta Zaragoza evitando la ciudad de Pamplona, pues había allí tropas francesas.

El campesino le dijo que no conocía más allá de Elizondo, en el valle navarro de Baztán, pero que desde allí había un camino a través de las montañas hasta Aoiz, y que una vez en esa villa el camino hasta Aragón era muy fácil.

—¿Cuánto tiempo se tarda hasta Aragón? —preguntó el coronel.

—Con vuestros caballos podéis llegar en dos días hasta Aoiz y una jornada más hasta Sangüesa, luego ya estáis en Aragón, y desde allí a Zaragoza no sé.

—Otros tres días más, calculo —intervino Morales.

—En ese caso, necesitaremos alimentos para al menos seis días. ¿Puedes vendernos esa cantidad de comida?

Míkel consultó en vasco con su esposa.

—Sí tenemos.

—De acuerdo; nos hará falta pan, galletas, queso, tocino, algo de carne ahumada o salada, sal y aceite.

La mujer de Míkel preparó un hatillo con comida suficiente para una semana y Faria le pagó treinta reales.

—Es mucho dinero. No vale tanto —dijo el campesino.

—Vale mucho más, amigo, mucho más.

Los dos militares se despidieron de la familia de Míkel, pero éste insistió en acompañarlos durante un buen trecho del camino, al menos hasta dejarlos en el sendero que, cruzando una brumosa sierra, les conduciría hasta el valle de Baztán.

Atravesaron varios valles y sierras siguiendo las indicaciones de campesinos y pastores, hasta que llegaron a Aoiz tras dos jornadas de viaje.

Consultaron a un pastor que cuidaba unas ovejas sobre dónde alojarse y les señaló un amplio caserón; era una fonda en la que solían hospedarse los comerciantes de lana que subían todas las primaveras a las montañas del río Irati en busca de materia prima para los telares de Pamplona, Tudela e incluso Zaragoza.

Cuando entraron en la posada, la gran sala que hacía las veces de comedor y taberna estaba llena de gente. En varias mesas diversos grupos de hombres comían un guiso de carne y cebollas y bebían jarras de vino áspero y dulzón.

Buscaron asiento y preguntaron al mesonero si tenía alguna cama para pasar la noche.

—Lo siento, caballeros, pero las últimas se las he dado a aquellos señores.

El mesonero señaló con la cabeza hacia un grupo de cuatro hombres que comían en silencio, ajenos a cuanto ocurría a su alrededor.

Faria se fijó en uno de ellos y no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Es Palafox! —exclamó intentando ahogar al máximo su voz.

El mesonero les sugirió que tal vez podrían compartir habitación con aquellos hombres y se retiró tras haber memorizado lo que querían cenar.

El brigadier de la guardia de corps, José de Palafox y Melci, era uno de los cuatro hombres que les había indicado el mesonero. Segundo hijo del marqués de Lazan, cabeza de una de las familias más influyentes de la nobleza aragonesa, como la mayoría de los segundogénitos de la nobleza española Palafox había ingresado en el ejército y había desarrollado una fulgurante carrera en la guardia de corps. Había participado activamente en los sucesos de El Escorial y en el motín de Aranjuez, siempre al servicio del entonces príncipe de Asturias, y desde aquel momento se había convertido en uno de los principales valedores del rey Fernando VII.

—Vamos, Morales, tenemos que presentarnos al brigadier Palafox.

Los dos soldados se levantaron y acudieron a la mesa del aragonés. El brigadier y sus tres acompañantes iban vestidos de paisano, por lo que Faria dedujo que trataban de ocultar su identidad.

—Señores —dijo Faria—, ¿podemos sentarnos a su mesa?

Palafox levantó la cabeza y al reconocer al coronel y al sargento se sorprendió un tanto, pero evitó cualquier gesto que lo revelara. Miró a su alrededor y les indicó con la mano que tomaran asiento.

—Por todos los demonios, Faria, ¿qué hacen ustedes aquí? —demandó el brigadier.

—A sus órdenes, señor. Vengo desde Bayona, donde, como imagino que ya sabe, don Carlos y don Fernando han renunciado a la corona de España en favor de Napoleón. ¿Y usted, brigadier, puedo preguntarle qué hace en esta tierra?

—Salimos de Madrid a fines de abril, poco después de que usted lo hiciera escoltando a su majestad don Fernando. La Junta Suprema de gobierno me encomendó la custodia del infante don Alfonso en su viaje a Bayona. Antes de cruzar la frontera, en Irún, nos enteramos de que el pueblo de Madrid se había levantado en armas contra los franceses. Un espía pudo llegar a nosotros y contarnos lo sucedido antes de que nos apresaran los agentes franceses enviados desde Madrid por Murat para detenernos. En Irún también supimos de lo ocurrido en Bayona, y elaboramos un plan para intentar rescatar a don Fernando de la trampa a la que lo había conducido Napoleón, pero, con todos los pasos fronterizos bloqueados por los franceses, nada pudimos hacer. Uno de mis hombres pudo llegar hasta Bayona y entrevistarse con don Fernando. Tengo órdenes tuyas de ir a Zaragoza y encabezar allí la sublevación del ejército del norte contra Napoleón. Anteayer mismo, y ante la imposibilidad de ayudar al rey por el momento, decidimos ir a Zaragoza para organizar desde mi ciudad la defensa de España. Estamos en guerra con Francia.

»¿Y usted, coronel?

—Como ya sabe, el sargento Morales y yo formábamos parte de la escolta que acompañó a don Fernando hasta Bayona. Allí asistí al acto de abdicación y renuncia de nuestros reyes en favor de Napoleón, y créanme, caballeros, que como militar y como español me siento muy avergonzado de cuanto allí sucedió.

»Aprovechamos los momentos de confusión que se produjeron tras la renuncia al trono y cabalgamos hasta la frontera; cruzamos el Bidasoa y hemos decidido ir a Zaragoza.

—En ese caso, señores, haremos el camino juntos.

»¡Ah!, coronel, perdone, éstos son mis ayudantes, los capitanes Estébanez y Juanes, y el teniente López Mores.

—Señores, encantado. Mi ayudante, el sargento primero Isidro Morales —dijo Faria.

—Bien, acabemos la cena y descansemos. Mañana nos espera una dura jornada de camino.

—No tenemos cama en la posada, brigadier. El mesonero nos ha sugerido la posibilidad de compartir habitación con ustedes.

—Sí, sí, claro. Le diré que coloque unos colchones de paja; les haremos un hueco.

## Capítulo III

---

El mariscal Murat había logrado sofocar la rebelión de los madrileños con una represión durísima. Centenares de personas fueron fusiladas y los franceses ocuparon toda la ciudad en connivencia con la guardia de corps y con el resto del ejército español. Los nobles y los ricos no movieron un dedo.

En las calles de Madrid, los soldados franceses se exhibían alardeando de su superioridad y se mostraban irrespetuosos con todo aquello que más podía irritar a la población. Eran irreverentes con todas las manifestaciones religiosas, se mofaban de las procesiones e insultaban a los clérigos, frailes y monjas si se los encontraban por la calle. No eran menos procaces con las mujeres. Además de acaparar los prostíbulos de la capital, los soldados franceses no perdían ocasión de acosar a las madrileñas con frases y gestos obscenos que habían aprendido enseguida.

La rápida conquista de Madrid y la transmisión de los derechos del trono de España a Napoleón habían dejado muy satisfecho al emperador. El ambicioso muchachito que un día de fines de diciembre de 1778 saliera de Córcega camino de la escuela militar de Autun, gobernaba a mediados de 1808 media Europa. No había cumplido cuarenta años pero hacía ya cinco que había empezado a engordar, por lo que su aspecto se asemejaba más al de un mesonero de mejillas redondas y vientre prominente que al de un glorioso general. Dominaba una enorme extensión de más de tres mil kilómetros de este a oeste por mil doscientos de norte a sur y gobernaba sobre más de setenta millones de personas. Francia, Bélgica, Saboya y Córcega formaban el corazón del Imperio, además de la República Cisalpina de Italia y los Estados Pontificios, en tanto Portugal, Holanda, España, Nápoles, Benevento y la Confederación del Rin eran considerados estados vasallos. Napoleón había otorgado las coronas de algunos de estos estados a sus hermanos: José había sido coronado rey de Nápoles, Luis de Holanda y Jerónimo de Westfalia.

Napoleón decía defender la libertad de los ciudadanos de cada uno de los países ocupados, quienes, a cambio de recibir los novedosos ideales de la Revolución, es decir, libertad, igualdad y fraternidad, debían pagar los costes de la ocupación. El emperador sostenía que sólo Francia estaba en condiciones de autogobernarse y que las demás naciones no disponían todavía de las condiciones para ello, por lo que Francia tenía la obligación moral de garantizar con su presencia militar los derechos del hombre y del ciudadano en esos países.

En la estrategia de dominio de Europa que había trazado Napoleón, España no ocupaba un lugar primordial.

Bonaparte despreciaba a los españoles, a quienes consideraba un pueblo irrelevante de segunda fila. No entendía cómo habían sido capaces en el pasado de perder el poder adquirido en la época de sus grandes soberanos, como Carlos I o

Felipe II, cuando sus tercios eran invencibles y el poder de España se extendía por todas las latitudes de la tierra.

La entrevista con los reyes Carlos IV y Fernando VII en Bayona le indujo a despreciar aún más al pueblo español. Cuando contempló la falta de dignidad, de valor y de decencia de ambos monarcas, creyó que semejante pareja de cobardes era un fiel reflejo del talante del pueblo español, y jamás entendió que el rey Fernando pudiera ser aclamado por los españoles y vitoreado con el sobrenombre de «El Deseado». Alguien le oyó comentar en una ocasión que un pueblo que se sometía a un personaje tan despreciable como don Fernando no era digno de ser libre.

Con todos los datos que llegaban de España sobre la mesa, Napoleón estimó que con ciento diez mil hombres sería más que suficiente para someterla. El emperador consideraba a los españoles una nación de vagos, salvajes asilvestrados, nada civilizados, llenos de supersticiones, bandoleros sin escrúpulos y egoístas irremediables. Sin monarca, con los derechos a la corona en su poder, con el ejército desmoralizado y entregado, con la población supuestamente cansada de tan corruptos e inútiles gobernantes, y contando con una superioridad de armamento y preparación militar apabullantes, el emperador de los franceses supuso que la entronización de su hermano José como nuevo rey de España apenas acarrearía problemas.

Además, Murat le había informado de que la revuelta del 2 de mayo en Madrid había sido sofocada en apenas doce horas y que sólo un pueblecito cercano a Madrid había declarado la guerra a Francia por su cuenta. Lo había hecho el alcalde de Móstoles, en un bando que Murat calificó como de mera anécdota.

A principios de mayo de 1808, Napoleón estaba convencido de que España sería la más fácil, rápida y sencilla de todas sus conquistas militares. Se equivocó.

• • •

Mientras Palafox, Faria y sus ayudantes cabalgaban hacia Zaragoza, la noticia de los sucesos del 2 y del 3 de mayo en Madrid ya se conocía en toda España. Fue entonces cuando en el corazón del pueblo nació un sentimiento y un grito que Napoleón, tras entrevistarse en Bayona con los dos imbéciles monarcas, ni siquiera había podido imaginar: ¡Independencia!

En tanto el pueblo despertaba su orgullo larvado durante décadas y se preparaba para alzarse en armas por todas partes, los nobles, los potentados y la mayoría de los generales del ejército se ponían al lado de los franceses con la única ambición de mantener su posición y sus bienes.

En la ciudad de Oviedo se produjo la primera gran reacción popular; una enorme multitud arrastrada por decenas de estudiantes y algunos clérigos se manifestó en las calles y el 9 de mayo se constituyó una Junta que declaró la guerra a Francia;

enseguida lo hicieron otras ciudades, como Valencia o Gerona, que fue inmediatamente sitiada por tropas francesas. Por todos los rincones del país se levantaron las gentes del pueblo, proclamando juntas de defensa que de manera espontánea asumieron la soberanía de la nación en nombre de Fernando VII, considerado legítimo soberano al estimar que su renuncia en Bayona no había sido realizada en libertad y por tanto no era jurídicamente válida.

Las revueltas que estallaron en todas partes fueron seguidas de exaltadas manifestaciones de piedad religiosa. En todos los lugares se sacaron en procesión imágenes de santos y santas, reliquias y custodias, y en todas las oraciones se rogaba por España, por el rey Fernando y por Dios.

Cuando Napoleón recibió los nuevos informes que anunciaban la rebelión generalizada de los españoles, no pareció preocuparse demasiado. Sus previsiones de una ocupación fácil de España no se habían cumplido, por lo que decidió actuar deprisa. Llamó a su hermano José, hasta entonces rey de Nápoles, y le propuso ser coronado como nuevo rey de España.

—La corona de España está vacante desde que ese par de idiotas la dejaron en mis manos. Por lo que sé, el pueblo español es como sus reyes: vil, sucio, cobarde y fácil de dominar. Tú ya tienes experiencia en el gobierno de Nápoles, reino que antaño perteneció a España; no te será difícil someter a esa nación de desarrapados — le dijo.

—Hermano, yo me encuentro bien en Nápoles. La población me aprecia y desea que siga siendo su rey. España no es de mi agrado —alegó José Bonaparte.

—Te lo pido como un favor personal, José.

—Nápoles me gusta.

—No me obligues a ordenártelo. España será tu nuevo reino —zanjó Napoleón.

José Bonaparte, pese a ser el hermano mayor, no se atrevía a enfrentarse con Napoleón, hacia quien mostraba un sentimiento de extraña sumisión.

## Capítulo IV

---

Desde que llegara la noticia del levantamiento y de la inmediata y brutal represión del pueblo de Madrid, Zaragoza era un hervidero de rumores, de revuelos y de ansiedad. Los que querían enterarse de cuanto pasaba en la Villa y Corte acudían a la afamada tertulia de la condesa de Bureta, donde se recibía la mejor información, pues la condesa intercambiaba casi a diario correo con su hermana Pilar, que vivía con su esposo en Madrid.

Los ilustrados zaragozanos, no demasiados, por cierto, aunque bien informados, tenían su propia tertulia, mucho más culta, de contenidos más serios y profundos que la de la condesa de Bureta, y la celebraban en los locales de la Real Sociedad Económica de Amigos del País.

Entre los estamentos privilegiados zaragozanos, la caída de Godoy había sido contemplada con enorme alegría, en tanto los ilustrados, pese a no estar conformes con la figura de Godoy, la habían considerado como uno más de la larga serie de fracasos que seguían impidiendo la modernización de España. En lo que ambas partes estaban de acuerdo era en el malestar por la carestía de la vida y el alza de precios, y a la vista de la situación general parecía obvio que las cosas irían a peor.

La condesa de Bureta dio a conocer a sus contertulios, y enseguida se difundió por toda la ciudad, que varios altos dignatarios de la Corte, ante la ocupación francesa de Madrid, habían constituido una Junta Central de defensa nacional en Aranjuez, la cual había pedido el apoyo de Inglaterra para combatir a Napoleón y para echar de España a los franceses. La guerra contra Francia había sido declarada formalmente.

La animadversión contra lo francés estalló por todos lados. Los numerosos mercaderes y comerciantes galos que viajaban por España fueron detenidos y encarcelados tras requisarles todos sus bienes y mercancías, y varios fueron incluso acusados de servir como espías a las órdenes de Napoleón, pese a que muchos de ellos eran sobradamente conocidos porque todos los años venían a España a comerciar con sus productos.

• • •

Seis hombres galopaban por el llano de las Bardenas hacia Ejea de los Caballeros. Iban cubiertos por el polvo del camino y empapados por el sudor que les provocaba el sol del mediodía de mediados de mayo.

El caserío de Ejea se extendía perezoso sobre una colina a orillas del río Arba de Luesia, que la abrazaba por su ladera oeste como el amante que recibe ansioso a la amada con el primer beso. La capital del sur de las Cinco Villas tenía poco más de

dos mil habitantes, la mayor parte dedicados a la agricultura. El alcalde de Ejea recibió a los seis militares en la casa de la villa, situada justo en el centro de la población, a escasos metros de una de las puertas del paseo del Muro, llamado así porque todavía conservaba algunos restos de las murallas que fueron batidas durante la guerra de Sucesión a la corona de España.

—Sean bienvenidos a Ejea, señores. Es un honor para nosotros acoger a tan destacados soldados. Estamos esperando noticias de Zaragoza; aquí todo son rumores. Recibimos correo dos veces por semana, pero hace cuatro días que no ha llegado una sola carta. aguardamos instrucciones de la capitania general de Zaragoza.

—Señor alcalde, nosotros tampoco sabemos demasiado. Venimos desde la frontera con Francia; el coronel Faria, conde de Castuera, ha sido testigo de la imposición forzosa de Napoleón a nuestro soberano don Fernando para que renunciara al trono. Fue en Irún donde nos enteramos del alzamiento que los patriotas madrileños llevaron a cabo en la capital y de la posterior masacre que ordenó el mariscal Murat. En Aoiz y Sangüesa nos han informado de que se están formando juntas de defensa en numerosas ciudades, pero apenas sabemos otra cosa. Hemos viajado bordeando el sur de los Pirineos para evitar ser capturados por patrullas francesas y nos dirigimos a Zaragoza para organizar allí la defensa de la ciudad y de todo el noroeste —dijo Palafox.

—Algunos viajeros procedentes de Pamplona nos han dicho que los franceses están asegurando las comunicaciones entre Madrid y la frontera a través del camino de Pamplona por Vitoria y Burgos, y de allí por los pasos de Guadarrama hasta la capital. Esa ruta la controlan decenas de miles de soldados gabachos, pero por aquí todavía no hemos visto a ninguno.

—Mi idea, señor alcalde, es organizar una junta de defensa en Zaragoza, si es que no se ha constituido todavía, y desde allí dirigir las operaciones contra los franceses, y si es posible cortar su ruta de suministros para que su ejército del Centro quede desabastecido y bloqueado.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó el alcalde de Ejea.

—Por ahora, permanecer en guardia ante cualquier movimiento de los franceses; de camino hacia aquí hemos visto unos cerros hacia el noroeste...

—Son los montes de las Bardenas; desde allí se divisan todas las Cinco Villas bajas y se controla el camino desde Pamplona al Ebro por Tudela.

—Bien, en ese caso organice usted una partida de hombres que vigilen permanentemente esa vía. Una vez estemos asentados en Zaragoza, deberá informar con precisión sobre cualquier desplazamiento de los franceses hacia Aragón.

—Así lo haremos —aseguró el alcalde.

—Además, procure usted que los ejeanos estén siempre en estado de alerta. ¿Hay

armas en la villa?

—No demasiadas, señor. Tan sólo algunos mosquetes y trabucos para cazar conejos y perdices y para defendernos de los bandoleros de las sierras del norte.

—Ordene que se haga un inventario de todas las armas disponibles y de la munición correspondiente.

—¿Habrá que luchar contra los franceses? —preguntó inquieto el alcalde.

—Me temo, querido amigo, que ya estamos luchando. Y le confieso que se trata de una lucha muy desigual. El ejército francés es el mejor del mundo, y sus soldados los más preparados. Nosotros apenas disponemos de efectivos y no tenemos ni su experiencia en combate ni su armamento. No nos quedará otro remedio que utilizar otro tipo de armas.

—¿Como cuáles?

—Pues aprovechar la ventaja del terreno, sacar partido a nuestro conocimiento del país, utilizar la sorpresa y las emboscadas en cada ataque..., porque me temo que en una batalla en campo abierto el ejército de Napoleón nos batiría sin remedio.

»Hable usted con los hombres de Ejea que crea más fieles al rey, más valientes y más arriesgados, y con todos los que estén dispuestos a luchar por nuestra independencia. Díales que habrá que hostigar permanentemente a los franceses cuando aparezcan por aquí, que rehuyan el combate en campo abierto y que lancen emboscadas a modo de golpes rápidos y contundentes para desaparecer de inmediato ocultándose en los escondites que sólo ellos conocen. Nosotros intentaremos organizar un ejército regular en Zaragoza; necesitaremos voluntarios de todo Aragón.

—Cuenta para ello con los hombres de Ejea, señor —replicó con orgullo el alcalde.

—No esperaba menos de usted, señor alcalde.

Palafox, Faria y sus cuatro ayudantes se instalaron en unas dependencias del convento de Capuchinos, frente a la puerta del muro que conducía directamente a la plaza de la casa de la villa. En lo que fuera la sala de la antigua biblioteca del convento, el brigadier Palafox y el coronel Faria se reunieron para preparar la estrategia de entrada en Zaragoza.

—Coronel, usted y su ayudante el sargento Morales vendrán conmigo a Zaragoza. Saldremos juntos de Ejea mañana, por el camino de Zuera —Palafox hablaba delante de un mapa que había extendido sobre la mesa—, es más rápido y seguro que el de Tauste. Mis ayudantes le informarán sobre las personas con las que deberá contactar. Yo me entrevistaré con el general Guillelmi; no me fío de él, pero por el momento es el capitán general de Aragón.

—¿Y si el general Guillelmi no acepta combatir contra los franceses?

—En ese caso, habrá que reducirlo y encerrarlo.

—Eso sería un acto de rebeldía contra un superior.

—El mayor acto de rebeldía es no defender a la patria cuando es atacada por un enemigo. Recuerde, Faria, que usted juró fidelidad a don Fernando y a la patria, y lo hizo ante mí.

Francisco de Faria recordó entonces que había sido el propio brigadier Palafox quien le había tomado juramento de fidelidad para con el nuevo rey Fernando VII tras los sucesos de Aranjuez que culminaron con la renuncia de Carlos IV y la destitución de Godoy.

—Estoy de acuerdo, brigadier, pero si las autoridades españolas no están de nuestro lado, será muy difícil hacernos con el control de Zaragoza; sólo somos seis — adujo Faria.

—No se preocupe, coronel, conozco bien esa ciudad y tengo en ella muchos amigos. Aunque la autoridades no se levanten contra los franceses, tenga por seguro que la gente sí lo hará. Usted deberá entrar en contacto con los cabecillas del pueblo; le daremos de inmediato la lista de los que se unirán a nosotros de manera incondicional. Hable usted con ellos y dígales que yo espero convencer personalmente a Guillelmi. Si en un primer momento no lo consigo, me retiraré a una casa de campo que mi amigo el marqués de Ayerbe tiene en el pueblo de Pastriz, en un lugar llamado La Alfranca, a dos horas de camino al este de Zaragoza. Si tengo que refugiarme allí, en ningún caso revele mi situación.

»Y ahora, manos a la obra, tenemos mucho trabajo por delante.

Durante toda la tarde Palafox y Faria fueron perfilando con sus ayudantes los detalles del plan. El capitán Juanes proporcionó a Faria una lista de incondicionales en Zaragoza, y Palafox le indicó cómo debía convencerlos para que se rebelaran contra el dominio francés y depusieran a las autoridades españolas que no estuvieran dispuestas a enfrentarse a Napoleón. En ese tipo de táctica, Palafox era un experto, no en vano había sido el principal agitador de las masas que provocaron en Aranjuez la caída de Carlos IV y de su jefe de gobierno Godoy. Desde que jurara fidelidad al príncipe Fernando, siempre había trabajado a sus órdenes y en defensa de sus intereses.

La mañana era cálida y soleada. Palafox y Faria habían desayunado unos filetes de tocino ahumado, garbanzos estofados y bizcochos poco antes de amanecer. El alcalde de Ejea acudió a despedirlos. Portaba un listado con las armas y municiones que había en la localidad y otro con los nombres de los ejeanos dispuestos a combatir contra los franceses.

—¡Doscientos ochenta! —exclamó Palafox cuando ojeó la lista de voluntarios—. ¡Bien por Ejea!

El alcalde hinchó su pecho y sus ojos desprendieron un brillo de orgullo.

Faria y Palafox se despidieron del munícipe a la misma puerta del convento de Capuchinos. Los dos militares lo saludaron marcialmente, pese a ir vestidos de

paisano, y al frente de sus ayudantes iniciaron el camino hacia Zaragoza.

• • •

Pasaron la primera noche en una venta cerca ya de Zuera, y fue a mediodía de la segunda jornada de viaje cuando avistaron las torres de ladrillo de Zaragoza; bañadas por el limpio sol de primavera, parecían difuminarse en el perfil de un límpido cielo azul. A ambos lados del camino de las Cinco Villas, algunos labradores se afanaban en las tareas agrícolas sin prestar atención a los seis jinetes que cabalgaban al trote hacia la ciudad.

La capital de Aragón se abrazaba a la orilla derecha del río Ebro en el mismo lugar donde la fundara el emperador romano César Augusto, del cual había tomado el nombre. La visión geoestratégica del soberano romano había sido extraordinaria, pues Zaragoza dominaba todas las rutas del valle del Ebro.

—Ahí está, coronel; fíjese bien en el emplazamiento de esa ciudad: al norte, los Pirineos y la frontera francesa; hacia el este y el sur, Cataluña, Valencia y los puertos mediterráneos, y por fin, hacia el oeste, los pasos hacia la meseta y hacia el centro de España. Si Napoleón desea conquistar nuestro país, como hicieran los romanos hace siglos, Zaragoza es de nuevo la pieza fundamental. Habrá que defender esa plaza con todas nuestras fuerzas —comentó Palafox.

—A esta distancia no parece una plaza demasiado sólida —adujo Faria.

—Eso no importa demasiado; son los hombres quienes hacen que una posición sea sólida o débil. Confío en que los zaragozanos tengan el mismo espíritu que hizo resistir a los numantinos durante veinte años el asedio de las legiones romanas. Parece que la historia volverá a repetirse dos mil años después, pero ahora las legiones y las águilas de Roma son las de Napoleón, y los defensores de la nueva Numancia serán los zaragozanos. Sólo espero que en esta ocasión el resultado de la batalla sea distinto y que al frente del ejército francés no venga un Escipión.

Zaragoza tenía en la primavera de 1808 algo más de cuarenta y dos mil habitantes. A pesar de la composición de su población, integrada sobre todo por labradores y comerciantes, los zaragozanos habían sido afectos a los movimientos liberales. Sólo hacía un par de meses que los estudiantes universitarios se habían rebelado contra el gobierno de Carlos IV, y, siguiendo instrucciones de agentes de Palafox, habían provocado primero el cierre de la universidad y conseguido después que se diera por acabado el curso con un aprobado general. En la revuelta estudiantil se había quemado, tras arrastrarlo por las calles de la ciudad, un retrato de Godoy, entonces todavía jefe del Gobierno, y siguiendo lo acontecido en el motín de Aranjuez, habían proclamado como nuevo rey a Fernando VII. No eran pocos los ilustrados zaragozanos que creían que la sustitución de Carlos IV por su hijo

Fernando iba a propiciar el triunfo en España de la revolución burguesa y con ello la oportunidad de extender las ideas revolucionarias francesas a este país e instalar así un régimen liberal. Creían que era imposible tener sentado en el trono a un rey peor que Carlos IV.

Al llegar a las primeras casas del Arrabal, en la margen izquierda del río Ebro, Palafox ordenó con su brazo en alto que se detuvieran.

—¿Qué ocurre, general? —preguntó Faria.

—¡Teniente! —gritó Palafox.

El teniente López Mores acudió al lado del brigadier.

—Señor...

—Usted y el sargento Morales adelántense. Vayan directamente a Capitanía General y pregunten por el general Guillelmi. Díganle que solicito una entrevista urgente. Los demás aguardaremos aquí.

## Capítulo V

---

Los dos jinetes atravesaron el puente de Piedra tras haberse identificado ante dos guardias que custodiaban la entrada a Zaragoza por el camino del Arrabal. La pareja de agentes se cuadraron con marcialidad cuando el teniente les mostró la cédula de coronel de los guardias de corps. Atravesaron el gran puente y cabalgaron por la carretera de la ribera, entre las casas construidas sobre las viejas murallas y el curso del río Ebro, hasta la gran explanada del mercado, entre las viejas murallas romanas de piedra y el popular barrio de San Pablo; por la concurrida calle del Mercado llegaron hasta el antiguo palacio de los Luna, donde estaba ubicada la sede de la capitania general de Aragón. Apenas dos horas después, Palafox entraba en secreto en ese mismo palacio presto a entrevistarse con el general Guillelmi.

—Mi querido amigo, ¡qué alegría verlo por aquí!, lo hacía en Bayona, con su majestad don Fernando —dijo Guillelmi.

—No pude llegar a Bayona. Unos agentes de Napoleón a punto estuvieron de interceptarme en la frontera de Irún, pero afortunadamente pude escapar.

—Bueno, pues ya está a salvo. Por cierto, acaba de llegar una orden de Madrid; la firma el mariscal Murat, gobernador general de España en nombre del emperador Napoleón I. Su contenido es tajante: se ordena a todos los guardias de corps que se presenten en sus destinos o serán perseguidos y encarcelados como desertores; esto también va por usted, coronel —añadió Guillelmi mirando a Faria, que se mantenía dos pasos por detrás de Palafox.

—Tengo órdenes directas de su majestad don Fernando VII: Aragón tiene que levantarse contra la ocupación francesa en España.

—Y yo le reitero las órdenes que me han llegado desde la autoridad legítima en Madrid. Debe incorporarse inmediatamente a su unidad —insistió Guillelmi.

Palafox comprendió enseguida que sería inútil intentar siquiera persuadir al capitán general, por lo que decidió salir de allí cuanto antes.

—Mi general, estamos agotados de tan largo y veloz viaje. Le pido permiso para retirarnos a descansar al menos un par de días.

—Por supuesto, por supuesto. Díganme dónde van a instalarse.

—En mi casa de la calle del Coso.

—De acuerdo, brigadier. Pueden retirarse, pero dentro de cuarenta y ocho horas deberá incorporarse a su unidad, y usted también, coronel.

Palafox y Faria salieron de Capitanía a toda prisa.

—Ese estúpido está conchabado con Murat. ¡Maldita sea! Es necesario actuar con toda celeridad pero con la máxima prudencia. Ahora es usted, coronel, la pieza clave de mi plan. Yo no puedo quedarme aquí, pues si no me equivoco Guillelmi no tardará en enviar a un piquete de soldados para apresarme.

»Usted y el sargento Morales no son conocidos en Zaragoza. Vaya a la posada de Ricardo Marín, está cerca de la catedral del Salvador. Organice un levantamiento popular; ya ha visto en Aranjuez cómo se hace, y no le falta experiencia de cuando estaba usted a las órdenes de don Manuel Godoy. Don Ricardo le dirá dónde encontrar a nuestros partidarios, son los de la lista que redactamos en Ejea.

»Yo me retiraré, como le dije, a La Alfranca de Pastriz. Enviaré mensajeros en busca de mi amigo Fernando Gómez Butrón y de otros delegados destacados a Bayona junto al rey don Fernando; espero que los encuentren y que les informen de nuestra situación. Confío en usted, Faria.

Las sospechas de Palafox estaban bien fundadas. Guillelmi envió enseguida una orden escrita para que Palafox se presentara en Capitanía, cosa que el brigadier no hizo. Una segunda orden le conminaba a presentarse en el plazo de una hora, pero llegó demasiado tarde, pues Palafox ya cabalgaba hacia su refugio de La Alfranca. Sólo Guillelmi supo que el brigadier había estado en Zaragoza.

•••

Faria y Morales acompañaron a Palafox hasta la puerta del Ángel o del Puente, justo al lado de la Lonja de mercaderes, y en la misma puerta preguntaron por la posada de Ricardo Marín a un grupo de hombres que discutían acaloradamente sobre la conveniencia o no de declarar la guerra a los franceses.

De inmediato se dirigieron a la fonda, y en cuanto la localizaron preguntaron por don Ricardo a un criado que escobaba la calle delante de la puerta de la posada.

—El dueño está comiendo; si no es muy urgente, no le gusta que le molesten... —dijo el criado.

—Sí, es muy urgente. Avísale que queremos verlo —le interrumpió Faria.

—¿Y quiénes son los que con tanta prisa desean verlo? —preguntó el criado con aire altivo.

—Limítate a comunicarle que queremos verlo —ordenó el coronel.

—El amo no suele recibir a...

Morales saltó del caballo, cogió con su poderosa mano al criado por la pechera de la camisola y tiró de él hasta casi alzarlo en vilo.

—Te ha dicho don Francisco que lo avises, ¿o es que estás sordo?

El criado mudó de faz al contemplar la mirada de Morales y comprobar la energía y la fuerza de su brazo.

—Enseguida les atenderá, señor, enseguida —dijo desapareciendo con pies ligeros tras la puerta de la fonda.

—Enhorabuena, sargento, es usted eficazmente persuasivo.

—Ésta es la única clase de lenguaje que este tipo de mequetrefes entiende.

Apenas habían transcurrido dos minutos, cuando el criado salió a la calle indicando sumiso a Faria que pasara al interior del edificio, en tanto Morales se quedaba fuera al cuidado de los caballos.

Tras el amplio portal enmarcado por un enorme arco de ladrillo se abría un patio porticado con columnas en cuyo lado izquierdo se veía la entrada a unas caballerizas, a la derecha una amplia sala que cumplía la función de taberna y comedor y al fondo una escalera de baldosas de barro ocre y atouques de madera labrada en el frontal de los peldaños.

En el centro del patio, plantado como un mayo, con las piernas entreabiertas y los brazos en jarras, con los dedos de las manos apoyados en un lustrosa faja de lana roja, una formidable figura tan alta como el sargento Morales pero mucho más gruesa les habló:

—Dice mi criado que usted pregunta por mí. ¿A qué debo tal honor?

—Creo que ésta es una de las mejores posadas de Zaragoza. Deseo hospedarme aquí algunos días; me acompaña mi ayudante Isidro Morales. Está en la calle, con nuestros caballos y equipajes.

Marín ordenó con un gesto enérgico al criado que saliera a la calle a recoger monturas y pertrechos.

Morales entró atravesando el gran zaguán, saludó con cortesía a Marín y siguió al criado hasta la cuadra tirando de las riendas de los caballos.

—¿Y qué le trae por Zaragoza, señor...? —preguntó Marín.

—Faria, Francisco de Faria, coronel de la guardia de corps de su majestad don Fernando VII. Y en cuanto a las razones de mi visita, me gustaría comentárselas en privado, si no le importa.

Ricardo Marín miró a Faria con cierto recelo.

—En estos momentos estaba comiendo, y no me gusta que me interrumpán mientras lo hago.

—Nosotros no hemos probado bocado desde que desayunamos, hace ya muchas horas, bastante antes de que saliera el sol. Esto es una posada, ¿no?

—La mejor de Zaragoza. ¿Y bien?

—Me envía el general Palafox. Me dijo que me pusiera en contacto con usted en cuanto llegara a Zaragoza.

—¿El general Palafox? ¿Se encuentra bien su excelencia? Hace semanas que no sabemos nada de él.

—Perfectamente, y está cerca de Zaragoza.

—¡Magnífico!, ya era... Pero aguarde un momento, ¿cómo sé que es cierto cuanto me dice?

Faria introdujo su mano en la levita y sacó de un bolsillo interno un papel que desplegó con cuidado.

—¿Sabe usted leer? —preguntó a Marín.

—Por supuesto, estudié primeras letras en los Escolapios.

El papel contenía una carta de presentación de puño y letra de Palafox, sellada con su anillo, en favor del coronel Francisco de Faria.

—Vengan ustedes a comer conmigo. El criado se encargará de todo.

Marín llamó a su criado, le ordenó que sirviera algo de comida al coronel y a su ayudante, y los condujo hasta una pequeña sala junto a la cocina.

—Siento que hayamos interrumpido su almuerzo —se excusó Faria al ver un plato a medio consumir sobre la mesa.

—No se preocupe, coronel. Siéntense, aquí estaremos solos.

Morales esperó a que se sentara Faria y después lo hizo él.

—Y bien, ¿cuál es la situación en Zaragoza? —demandó Faria.

—No demasiado buena para nuestros intereses. El capitán general Guillelmi es un hombre de Murat y las demás autoridades españolas o están con él o no se atreven a discutir su posición.

—¿Y el pueblo? —inquirió Faria.

—Ése es otro cantar. Los labradores, los medianos propietarios y los comerciantes no quieren ni oír hablar de Napoleón; rechazan lo que ha pasado en Madrid y les duele la represión que ha desencadenado Murat, pero temen que el ejército francés se presente aquí y pueda hacer lo mismo. Creen que Guillelmi es un traidor, pero carecen de un jefe que los dirija. Y ése sólo puede ser el general Palafox.

—¿Y los clérigos? ¿Qué piensan los curas de todo esto?

Marín apuró el último trago de vino recio y negro de un vaso de vidrio, cuyo interior quedó tintado de un color morado intenso.

—Los curas ejercen una gran influencia en esta ciudad. Su apoyo es esencial si queremos que la gente se levante contra los franceses, pero para ello es preciso aludir a la Virgen del Pilar como referente.

»Usted, coronel, ¿es religioso? —le preguntó Marín.

—Soy cristiano; pero si he de serle sincero, no cumplo con todos los preceptos de la Iglesia.

—Pues si quiere ganarse al clero, deberá hacerlo; o al menos simular que lo hace. ¿Sabe, coronel, que en esta ciudad hay más de cincuenta iglesias y monasterios, y que al menos uno de cada diez zaragozanos es de condición eclesiástica?

»Si espera que el pueblo se levante en armas deberá recurrir al patriotismo, pero sobre todo a la religión. “¡España y la Virgen del Pilar!”, ése ha de ser nuestro grito de guerra.

—¿Habla usted en serio? —preguntó Faria, sorprendido.

—Por supuesto, coronel; pero no me malinterprete, yo soy, como creo que también usted, lo que ahora llaman «un liberal». Los privilegios de los clérigos hacen

que se me revuelvan las tripas, pero créame si le digo que ninguna resistencia popular contra los franceses triunfará en Zaragoza sin la ayuda expresa del clero. Debemos conseguir que la gente se rebele en las calles, pero también que los curas arenguen a la población desde los púlpitos a luchar contra los gabachos.

—Imagino que así será.

—No lo dude. Si existe alguien a quien los curas teman más que a un liberal español es a un revolucionario francés. Para nuestros sacerdotes y nuestras monjas, Napoleón es un depravado ateo que sólo pretende humillar a la Iglesia y apoderarse de todos sus bienes. Si se proclama el estado de guerra contra el francés, los curas zaragozanos serán los primeros en empuñar el fusil y lanzarse a las trincheras.

Marín hablaba con una fuerza y una convicción extraordinarias.

—Es extraño que un..., bueno un... —titubeó Faria.

—¿Mesonero?, ¿que un mesonero como yo hable de este modo?

»No siempre fui mesonero, coronel. En 1789, cuando estalló la Revolución en Francia, yo estaba en París; de eso hace ya casi veinte años. Entonces era un joven oficial destacado en la embajada de España. Alguien me acusó de confraternizar con los revolucionarios, y esa denuncia acabó con mi carrera militar. No me permitieron regresar a España y tuve que ganarme la vida trabajando en varios restaurantes de París. Hace seis años me concedieron al fin el permiso para volver. Con el dinero que había ahorrado trabajando en Francia y el de la venta de algunas propiedades que pude recuperar, compré una vieja casona en Zaragoza y en poco tiempo la he convertido en la mejor fonda y en la más afamada casa de comidas de toda la ciudad.

»¿Y usted? Es muy joven para ostentar el cargo de coronel.

—Combatí en Trafalgar —adujo Faria.

Marín se puso en pie, se cuadró con marcialidad e inclinó la cabeza.

—Tiene usted todos mis respetos. Aquello debió de ser como el infierno.

—Se equivoca, don Ricardo. La batalla de Trafalgar fue el mismísimo infierno.

—Cuenta, cuenta —le pidió Marín, solícito.

Faria se acomodó en su silla, estiró los brazos delante de su pecho, entrelazando con fuerza los dedos de sus manos, y comenzó a narrar:

—Amaneció el veintiuno de octubre de 1805 con el cielo despejado, aunque por el oeste unas nubes agrisadas rayaban el horizonte y parecían presagiar una tormenta...

## Capítulo VI

---

En los días que siguieron a la retirada del general Palafox a La Alfranca, Faria, Marín y el sargento Morales no cesaron en su frenética actividad de ir ganando partidarios para la rebelión contra el que ya llamaban «gobierno intruso» francés en Madrid. Por las mañanas visitaban a cuantos se suponía que eran adeptos a Palafox, en tanto por las tardes participaban en las tertulias espontáneas que todos los días, hasta la caída del sol, se desarrollaban en la puerta Quemada, en el flanco sur de la ciudad, justo al lado de la iglesia parroquial de San Miguel de los Navarros. Allí, en un espacio abierto entre la puerta Quemada y el puente nuevo de San José, sobre el río Huerva, se reunían los labradores del barrio de las Tenerías y los comerciantes de la calle del Coso, y debatían, a veces de manera muy acalorada, sobre lo que estaba ocurriendo en España.

Tras participar en apenas tres o cuatro tertulias, Faria ya se dio cuenta de que no sería muy difícil encauzar las inquietudes de toda esa gente en contra de los franceses, pero para ello era necesario un comandante que los dirigiera, y ése no podía ser otro que Palafox.

Con suma precaución, para no ser seguidos, Faria y Morales salieron de Zaragoza camino del pueblo de Pastriz; el coronel quería presentar novedades en persona al general Palafox.

No les fue difícil dar con el escondite del brigadier. Don José de Palafox y Melci se había instalado en un palacete de dos plantas en la partida denominada La Alfranca, ubicado en medio de un soto de ribera, junto al río Ebro, oculto por una densísima floresta. El soto era como una visión paradisíaca de exuberante vegetación en medio de la entrada al desierto secarral de los Monegros. Aquella casona, propiedad del marqués de Ayerbe, era utilizada por sus propietarios como lugar de recreo, de descanso y de caza, pues en los alrededores abundaban las aves, los conejos e incluso algunos venados.

A lo largo del camino desde Pastriz a La Alfranca, Faria y Morales fueron acompañados por hombres fieles a Palafox que custodiaban los accesos a la finca, día y noche.

—Coronel, tenía ganas de verlo. Dígame, ¿cómo va todo en Zaragoza?, ardo en deseos de saberlo —le preguntó Palafox tras saludarlo.

—Las autoridades españolas de Zaragoza no están dispuestas a encabezar una revuelta contra los franceses. Tenía usted razón cuando supuso que Guillelmi estaba al servicio de Murat, pues todo lo que hace está destinado a contentar al mariscal francés, hasta tal punto que más parece un gobernador gabacho que un capitán general español. Por el contrario, la gente del pueblo está enardecida y clama contra la ocupación francesa de España. Gracias a los correos que siguen operativos entre

Madrid y Zaragoza, hemos sabido que la represión de Murat contra los madrileños ha sido terriblemente sangrienta, sin duda para que sirviera de escarmiento a cuantos se propusieran imitar su ejemplo y alzarse en el resto de España contra el dominio de Napoleón.

—¿Cree usted, entonces, que éste es el momento oportuno para mi entrada en Zaragoza?

—Si me permite, general, yo aguardaría un poco más. Hemos logrado establecer contacto con muchas personas y vuestros agentes están haciendo una magnífica labor de captación de adeptos, pero todavía existen muchos dudosos y reticentes a una rebelión contra el ejército francés.

—En ese caso, regrese usted a Zaragoza y continúe con el plan previsto; y manténgame informado de cuanto suceda. Pero antes, acepte almorzar conmigo. ¡Ah!, y muchas gracias por todo, coronel.

—No hay de qué general.

De regreso a Zaragoza, el sargento Morales alzó la vista sobre la ciudad.

—¡Mire, coronel! —exclamó señalando hacia el cielo, justo en la vertical del templo del Pilar.

Faria también alzó la mirada y, colocándose la palma de la mano sobre la frente para tapar el reflejo del sol de media tarde, contempló una enorme nube que con la forma perfecta de una palma parecía querer cubrir toda la ciudad.

—Vaya, jamás había visto una nube tan extraña —comentó el coronel—. Es como si un gigantesco escultor la hubiera labrado en yeso.

—En mi tierra de Toledo ese tipo de nubes suelen ser consideradas como señal de un mal presagio —explicó Morales.

—Tal vez aquí lo interpreten de manera más positiva —apostilló Faria, al tiempo que arreaba a su caballo para que acelerara el trote.

• • •

Los agentes contactados por Faria, Marín y el mismo Palafox se encargaron de incentivar el espíritu de revuelta que crecía contra los franceses. Las informaciones que llegaban de otras ciudades, confusas pero constantes, hablaban de patriotas dispuestos a verter hasta la última gota de sangre en defensa de la independencia de España.

Algunos de los agentes de Palafox acudían a las tertulias vespertinas en la puerta Quemada o en El Portillo, o a cualquiera de las plazas de la ciudad, para convencer a los indecisos de la necesidad de un alzamiento que devolviera al país la dignidad nacional perdida ante la invasión de las tropas napoleónicas.

Unos, los más letrados, aludían a la historia de Aragón, a las libertades contenidas

en sus fueros medievales y a la independencia de la que siempre había gozado el viejo reino; otros, los más exaltados, hacían hincapié en la defensa de la patria, de las esposas y de los hijos, afirmando que si se consentía que los soldados franceses se enseñorearan del país, las mujeres serían violadas y los niños asesinados; por fin, algunos incitaban a la masa aludiendo a la condición de ateos y sacrílegos de los revolucionarios galos, asegurando que acabarían con la religión y quemarían las iglesias o las convertirían en burdeles y tabernas, y clamaban al cielo para que la Virgen de Pilar los ayudara a deshacerse de todos los franceses.

Había transcurrido apenas una semana desde que llegara con Morales a Zaragoza, y Faria ya había logrado organizar una red de agentes que estaban dispuestos a apoyar a Palafox como jefe de la Junta provisional de defensa. A lo largo de sus cuatro años al servicio de Godoy, el conde de Castuera había aprendido cómo infiltrarse en determinados círculos para captar adhesiones a cualquier causa; entre los descontentos siempre había gente dispuesta a todo.

Los más exaltados y de ademanes más decididos eran destinados a agitar a las masas. Se trataba de colocar a uno o dos de ellos en cada grupo de diez o doce personas y darles una serie de consignas muy sencillas y directas para que las corearan incitando a los demás a hacer lo mismo. En caso de que la multitud dudara sobre qué hacer, este tipo de agentes eran muy útiles, pues marcaban la pauta que seguir y enardecían el ánimo colectivo cuando decaía.

Los más discretos eran destinados al espionaje y a la transmisión de mensajes y órdenes. Se buscaba para ello a personas que no destacaran por nada, personajes anónimos de esos cuyos rostros no suelen ser recordados de una vez para otra.

En ese trabajo de organizar la resistencia, Faria tuvo que luchar contra las reticencias de una población analfabeta y supersticiosa. El día que la nube en forma de palma se posó sobre el templo del Pilar, centenares de zaragozanos creyeron estar en presencia de un hecho sobrenatural, al que la mayoría consideraba señal de que algo terrible iba a ocurrir.

Uno de los más fervientes seguidores de Palafox le dijo a Faria, en el transcurso de una reunión en la posada de Ricardo Marín, que la nube palmeada sobre el Pilar significaba el anuncio del triunfo de los franceses sobre España. El coronel empleó toda su capacidad persuasiva para intentar convencerlo de que se trataba de un simple fenómeno meteorológico, pero ante la terca negativa de aquel hombre a admitir las explicaciones racionales de Faria, el conde de Castuera tuvo que acabar diciendo que la Virgen del Pilar jamás permitiría que su santuario en Zaragoza fuera profanado por los ateos franceses y que esa nube en forma de palma era en realidad el símbolo de la protección que la Virgen ejercía sobre su ciudad favorita, la primera que según la tradición y la creencia popular había albergado un templo dedicado a María; sólo así pudo convencerlo para que siguiera adelante con el plan.

En la posada de Marín se reunieron a primera hora de la noche junto a su dueño, Faria, Morales y media docena más de los principales agentes con los que contaba Palafox en la ciudad. La noticia de las renunciaciones a la corona de España de Carlos IV y Fernando VII en Bayona a favor de Napoleón ya se conocía en todo el país, y llegaban a Zaragoza rumores de que en algunas ciudades se habían producido revueltas populares en las que se clamaba contra la ocupación francesa, se exigía la retirada del ejército napoleónico de España y se pedía la restitución de Fernando VII como rey legítimo.

Faria hizo un rápido balance de la situación. Explicó que ante la inoperancia y colaboracionismo con los franceses del general Guillelmi no había otro camino que su destitución inmediata.

—Es la única manera de que Zaragoza se sume al clamor que comienza a extenderse por toda España. Si queremos que nuestro plan triunfe, debemos actuar con contundencia y rapidez.

—¿Y qué propone usted, coronel? —demandó Marín.

—Una gran revuelta popular, que estalle en plena calle, sin que haya ningún cabecilla aparente, que parezca una rebelión espontánea del pueblo. Para ello debemos tener totalmente controlada la situación; para eso estamos aquí.

»Ustedes son los responsables de nuestra organización en cada barrio; espero sus informes.

—En el Arrabal —comenzó hablando Anselmo Marín, primo de Ricardo, que controlaba a los hombres fieles a Palafox en el único barrio zaragozano en la margen izquierda del Ebro—, tenemos de nuestro lado a unos cien hombres, todos incondicionales.

Jorge Ibor, un acomodado labrador de pecho y espaldas tan anchas como las del sargento Morales, tomó la palabra:

—En el barrio de San Pablo, todos los labradores y artesanos estamos dispuestos a lo que sea.

Por fin, tras varias intervenciones similares, cerró el turno Roque Saganta:

—En las Tenerías estamos esperando la orden para actuar. Tenemos diez hábiles agitadores entre la gente que se reúne en las tertulias de la puerta Quemada, y no menos de doscientos hombres que nos seguirán a ciegas.

—Por nuestra parte, nos hemos informado sobre la situación entre las autoridades. Ya saben todos ustedes que el capitán general Guillelmi obedece las órdenes que Murat le envía desde Madrid. Habrá que deponerlo de manera fulminante y sin darle ni tiempo ni oportunidad a organizar a sus hombres. Ése será nuestro primer objetivo. He hablado con varios oficiales de la guarnición aquí destacada. Hay algunos que parecen reticentes, pero creo que la mayoría se unirá a nosotros cuando sepan que Guillelmi ha sido depuesto. En estos momentos —Faria dejó sobre la mesa un

informe entregado por un capitán fiel a Palafox—, están destacados en Zaragoza ciento trece jefes y oficiales, pero más de la mitad no reside ahora aquí, y al menos hay diez de baja por enfermedad. En el cuartel de la Aljafería hay una compañía de ciento setenta soldados y en el resto de acuartelamientos unos trescientos ochenta más. Tenemos la promesa de algunos oficiales de que no intervendrán y de que si triunfa la revuelta se unirán a nosotros.

»Y en cuanto a las armas... —Faria consultó otro papel—, en la Aljafería hay almacenados veinticinco mil fusiles y ochenta piezas de artillería de diversos calibres, aunque sin demasiada munición. No obstante, disponemos de armamento suficiente para equipar a todos los hombres de esta ciudad. Otra cosa es que sepan utilizarlo...

»Por último, queda el ayuntamiento. El alcalde me ha asegurado que está con nosotros, pero que es necesario un levantamiento popular para poder justificar su alineamiento con los rebeldes.

—En ese caso, alcémonos ya; actuemos de inmediato —propuso Jorge Ibor.

—Sí, hagámoslo antes de que Guillelmi pueda reaccionar —asentó Ricardo Marín.

—¿Están todos ustedes de acuerdo? —preguntó Faria.

—Sí —respondieron al unísono.

—Pues adelante. Mañana mismo comenzará la rebelión. Empezaremos por la puerta Quemada, que es donde más personas se reúnen. Hay que organizar a nuestra gente para que se encargue de soliviantar a las masas. La noticia de la rebelión en la puerta Quemada ha de conocerse de inmediato en todos los barrios. Nuestros agentes, distribuidos entre la población, gritarán consignas patrióticas: «¡Viva el rey Fernando!, ¡fuera los franceses!, ¡abajo Napoleón!»; y sobre todo una palabra debe sonar en todos los labios como una oración a la Virgen del Pilar: «¡Independencia!».

—¿Y el general Palafox? —pregunto Ricardo Marín.

—Mañana iremos a por él. Tiene que entrar en Zaragoza en el momento preciso, una vez que el pueblo alzado en armas requiera de un jefe que lo dirija. Tengan ustedes todo dispuesto conforme lo hemos acordado; y suerte, señores.

Esa misma tarde el general Guillelmi fue arrestado y destituido del mando de la capitanía general militar de Zaragoza. El general Morí se hizo cargo del gobierno provisional.

## Capítulo VII

---

Al amanecer del 25 de mayo todos los agentes de la causa de Palafox estaban listos para actuar. Desde primera hora de la mañana las consignas corrían de boca en boca y se pasaban mensajes para que acudieran a concentrarse en El Portillo y en la puerta Quemada.

Faria dio la orden de comenzar el alzamiento popular, y el sargento Morales se encargó de transmitirlo directamente. Centenares de personas se concentraron para gritar las consignas que había dictado Faria. Algunos exaltados añadían por su cuenta otras más duras, como «¡muerte a los franceses!» o «¡guerra al tirano Napoleón!». No faltaban quienes habían colocado en sus gorros o en sus solapas escarapelas rojas, el mismo símbolo que habían utilizado los revolucionarios franceses.

A media mañana, toda Zaragoza era un clamor en favor del regreso del rey Fernando VII y por la independencia de España.

—Bien, hemos ocupado la calle, y el ejército, como estaba previsto, no ha reaccionado. Es hora de ir por Palafox. Que lo reclame la gente, que grite su nombre —ordenó Faria a los cabecillas de la revuelta.

Mientras la multitud ocupaba las calles y las plazas, una comisión integrada por Francisco de Faria, Anselmo Marín, Jorge Ibor, Roque Saganta y algunos otros tomó unos caballos y galopó hacia La Alfranca.

Allí, Palafox paseaba nervioso por los alrededores de la casona de campo del marqués de Ayerbe. Un mensajero enviado por Faria un par de horas antes le había comunicado que la rebelión en las calles de Zaragoza había estallado y que todo parecía ir bien.

En ese instante, uno de los guardias apostados en el camino de La Alfranca a Pastriz llegó al galope gritando como un poseso.

—¡General, mi general!

—¿Qué ocurre? —demandó Palafox.

—Se acerca una partida de jinetes. Los encabeza un militar. Va vestido con una casaca azul y un pantalón blanco.

—¿Un militar? ¡Dios Santo!, hemos fracasado —supuso Palafox—. ¿Estás seguro de que era un militar?

—Sí, mi general, seguro, he visto su uniforme —asentó el guardia.

Pocos instantes después aparecieron los jinetes tras el último recodo del camino, enfilando la larga recta que daba acceso a la finca.

Palafox advirtió entonces que, en efecto, era un oficial el que encabezaba la comitiva.

—Bueno —murmuró—, parece que nuestra aventura ha acabado antes de comenzar.

El brigadier de la guardia de corps estaba convencido de que se trataba de un destacamento enviado por Guillelmi para detenerlo; sólo así podía entenderse que fuera un oficial quien encabezara a aquellos jinetes.

Sin embargo, cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para verlo con claridad, Palafox respiró aliviado. El hombre que dirigía la partida era el coronel Faria, que se había vestido con el uniforme reglamentario para la ocasión.

Cuando llegó ante Palafox, el conde de Castuera desmontó de un ágil salto y se cuadró ante el brigadier.

—Mi general, Zaragoza se ha rebelado contra el dominio francés. El pueblo reclama su presencia en la ciudad para ponerle al frente de las tropas.

Palafox devolvió el saludo militar al coronel, le dio la mano y después se acercó a saludar uno a uno a los que acompañaban a Faria.

—Coronel, señores, les felicito por su valor y su eficacia, y espero que España sepa recompensarles alguna vez por lo que están haciendo.

—El pueblo de Zaragoza lo reclama, general —insistió Jorge Ibor.

—En ese caso, no le hagamos esperar.

José de Palafox pidió su casaca azul de brigadier y un criado la llevó de inmediato. Dio órdenes para que recogieran todas sus cosas y las cargaran en una carreta. Sin esperar nada más, y tras permitir que los recién llegados descansaran un poco y bebieran y comieran para reponerse, subió a lomos de su caballo y dio la orden de cabalgar hacia Zaragoza.

• • •

Faria ordenó a dos de los miembros de la comitiva que se adelantaran para anunciar a los zaragozanos que el general Palafox estaba a punto de entrar en la ciudad por el puente de Piedra y pedir que acudieran allí con cuanta gente pudieran reclutar para recibirlo. Una considerable multitud se arremolinó en el Arrabal, en el puente y en la puerta del Ángel para presenciar la entrada de Palafox, a quien aclamaban como caudillo de Aragón.

El general saludaba con el brazo en alto desde su caballo y correspondía a los vítores de la gente agitando su gorro en la mano.

La comitiva se dirigió directamente hasta la sede de la Capitanía General, en el antiguo palacio de los condes de Luna, en la esquina de la calle del Coso con la calle del Mercado, donde el general Guillelmi permanecía detenido por un grupo de afectos a Palafox y sin capacidad de reacción, destituido para dictar órdenes, que ninguno de los oficiales a su mando hubiera cumplido.

Ante las puertas de Capitanía, Palafox y Faria descendieron de sus monturas entre aclamaciones y vítores de la multitud. Entraron en el edificio sin que los soldados de

la guardia hicieran el menor movimiento para detenerlos y se presentaron en la antesala del despacho donde habían llevado al general Guillelmi. Un teniente coronel se interpuso ante ellos.

—El general lo espera, brigadier.

—En ese caso, teniente coronel, dígame que estamos aquí —repuso Palafox.

Durante unos instantes la tensión fue enorme, pues el teniente coronel parecía dispuesto a desobedecer a Palafox. Faria se mantuvo alerta y posó la mano en la empuñadura de su espada.

—Gracias, teniente coronel, gracias. ¿Qué le trae por aquí, brigadier? —preguntó Guillelmi, a quien por indicación de Palafox acababan de desatar las manos.

—Mi deber —repuso con contundencia Palafox.

—¿Desde cuándo es su deber rebelarse contra un superior?

—Desde que está en peligro la independencia y la libertad de la patria. Voy a decretar el estado de guerra contra los franceses —dijo Palafox.

—¿En el nombre de quién? —demandó Guillelmi.

—En el del pueblo de Zaragoza, y en el de España.

—No reconozco otra autoridad que...

—¡Coronel!, llévase de aquí al general Guillelmi en el nombre del pueblo de Zaragoza y en el de su majestad don Fernando VII —ordenó Palafox, interrumpiendo al destituido capitán general.

Faria avanzó unos pasos ante el teniente coronel, que se hizo a un lado, y dijo:

—General, va a ser procesado.

—¿De qué se me acusa? —preguntó.

—De conspiración y traición a la patria, por supuesto —sentenció Palafox.

—Coronel, le ordeno que...

—Lo siento, general, ya no tiene usted autoridad para ordenar nada —zanjó Faria.

En la calle, la multitud clamaba contra Guillelmi. Cuando Palafox se asomó al balcón principal del palacio, sobre la enorme portada flanqueada por dos esculturas que representaban a sendos gigantes empuñando mazas, la muchedumbre estalló en vítores a su caudillo. Palafox apareció solo, demostrando así a los zaragozanos que él era el jefe supremo de la rebelión popular; poco después, conforme descendió el griterío, se incorporaron al balcón Faria, Ibor, Marín y los demás cabecillas. Antes de comenzar a hablar, el brigadier pidió calma agitando sus brazos.

—¡¡Tranquilos, amigos, tranquilos!! —gritó cuanto pudo—. El general Guillelmi ha sido detenido y depuesto del mando en esta plaza. Será encarcelado en la Aljafería hasta que el gobierno legítimo que se constituya en España decida qué hacer con él. He decretado el cese de todas las autoridades españolas en la ciudad que hayan colaborado con los franceses, y han sido sustituidas provisionalmente por fieles patriotas.

En la esquina de la calle del Coso con la calle del Mercado se había concentrado una enorme multitud que colapsaba toda la vía y sus aledaños. En la ciudad se sabía que la rebelión había triunfado y que el general Palafox estaba al frente de los insurgentes. Poco a poco se fue haciendo el silencio, hasta que Palafox pudo hablar de nuevo.

—¡Zaragozanos, aragoneses!, ha llegado el momento de luchar por la dignidad de la nación española. El ejército francés ha ocupado Madrid, ha secuestrado a nuestro rey y ha mancillado el orgullo de todos los españoles. El pérfido Napoleón está tramando un plan para incorporar España a su imperio y someter a los españoles a una terrible tiranía. No podemos consentirlo.

»Con la ayuda de la Virgen del Pilar, patrona y protectora de nuestra tierra, venceremos a los franceses y los obligaremos a regresar al otro lado de los Pirineos. Os pido a todos y a cada uno de vosotros que empuñéis el fusil para defender a nuestro rey y a nuestra patria. Zaragoza es hoy, más que nunca, el corazón de España.

»¡Zaragozanos, aragoneses!, por nuestra independencia, gritad conmigo: ¡Viva la Virgen del Pilar!, ¡viva nuestro rey Fernando VII!

—¡Viva! —corearon todos los presentes, como si de una sola voz se tratara.

Palafox llamó a Faria.

—Coronel, ordene que mañana se repartan armas y municiones a todos los hombres; don Jorge Ibor le dirá quiénes serán los responsables de cada sección.

—Sí, mi general.

—Y ahora, disponga la guardia y todo el mundo a descansar. La jornada ha ido muy dura.

•••

Por la mañana, la Junta de defensa proclamó a Palafox capitán general de Aragón. Para ocupar el cargo se habían barajado otros nombres, pues algunos liberales recelaban del talante del hermano del marqués de Lazan, perteneciente a una de la familias de más abolengo y más conservadoras de la nobleza aragonesa. Depuesto Guillelmi, quedaba en Zaragoza otro militar de mayor graduación que Palafox, el general Mori, pero fue rechazado debido a que era extranjero. No obstante, fue el propio Mori quien entregó el bastón de mando a Palafox.

El siguiente paso del plan diseñado por Faria consistía en hacerse con el control municipal. El coronel de la guardia de corps ordenó a sus agentes que incitaran a los zaragozanos a concentrarse ante el ayuntamiento, cuyos miembros se habían reunido por la tarde en sesión plenaria para evaluar la situación.

La plaza de la catedral del Salvador, en cuyo lado norte se alzaba la casa consistorial, conocida popularmente como Las Casas del Puente, estaba llena. La

multitud no cesaba de aclamar a Palafox y de solicitar a los municipales que concedieran todo el poder de la ciudad al nuevo capitán general.

Los miembros del concejo no podían hacer otra cosa y, rodeados por una masa enardecida, aprobaron en el pleno del consistorio que el poder municipal recayera en la persona de Palafox, quien reunía así la plenitud de la autoridad de Zaragoza.

El alcalde lo anunció solemnemente entre el entusiasmo de la gente, que acompañó a una delegación del ayuntamiento hasta la casa de Palafox. El general aguardaba paciente en su domicilio la decisión rodeado de sus más directos colaboradores.

Al declinar la jornada del 23 de mayo de 1808, el general Palafox era jefe supremo de Zaragoza, gozaba de la adhesión popular y había dictado ya varias decenas de decretos ordenando la movilización general, la entrega de armas al pueblo y diversos nombramientos, entre los que destacaban el del coronel Faria como jefe de su Estado Mayor y el de Jorge Ibor como capitán de la recién creada compañía de escopeteros del Arrabal, integrada casi en su totalidad por labradores. Esta compañía fue de inmediato asignada como guardia personal de Palafox.

Cuando se retiró la comisión del ayuntamiento, a la que el general había pedido que eligiera una Junta para tratar directamente con ellos los asuntos concernientes a la ciudad, Palafox convocó a Faria, Francisco Marín y Jorge Ibor para evaluar lo sucedido.

—Señores, hemos logrado hacernos con el control de la situación de una manera mucho más fácil y rápida de que lo que habíamos previsto. Coronel Faria... —el conde de Castuera había pedido la palabra.

—Mi general, por lo que sabemos, sólo algunos liberales han mostrado reticencias a su nombramiento, pero son muy pocos y apenas tienen influencia en la ciudad. Se trata de un grupo de afrancesados que suelen aparecer cuando la coyuntura está revuelta, pero éste no es ahora el caso; nuestros hombres dominan toda la ciudad. No obstante, habrá que estar atentos. Por si acaso, conocemos los nombres de todos ellos.

—Bien, Faria, bien. ¿Por lo demás...?

—Hemos enviado mensajeros a las principales ciudades de Aragón para que se sumen al alzamiento contra los franceses —informó Ibor—. Todavía no hemos recibido respuestas, pero, por lo que parece, Teruel, Alcañiz, Daroca, Calatayud, Tarazona, Borja y Ejea se unirán a nosotros de inmediato; en cuanto a Huesca, Jaca y Barbastro... bueno, están más cerca de Francia y eso puede causar cierta inquietud en sus poblaciones. No obstante, son aragoneses de pura cepa y no creo que acepten el dominio francés.

—¿Y qué sabemos del resto de España? —preguntó Palafox a Marín.

—Hemos enviado su nombramiento como capitán general de Aragón para que sea

ratificado mediante una real orden por la Junta Central de defensa, que se ha constituido en Aranjuez al estar Madrid en manos de los franceses.

»Hace un par de horas ha llegado desde Toledo un correo con un informe sobre la situación del ejército español. Éste es:

*El ejército dispone de un total de ochenta y siete mil doscientos soldados de infantería, dieciséis mil seiscientos de caballería, siete mil artilleros y mil doscientos ingenieros; a ello hay que añadir la guardia real, integrada por los guardias de corps, los alabarderos y los carabineros reales; en total, algo más de ciento diez mil hombres. Las reservas se elevan a algo más de treinta y dos mil soldados, agrupados en cuarenta y tres regimientos provinciales.*

—Sí, esas cifras son las que conocí hace meses en Madrid, pero son un tanto engañosas: la mitad de esas tropas no son operativas, una tercera parte carece de la más mínima instrucción y cuatro de cada cinco soldados no sabrían qué hacer en una batalla.

»Yo mismo lo comprobé, bien a mi pesar, en Trafalgar. Los artilleros ingleses conocían perfectamente su cometido, mientras que los españoles tardaban mucho más tiempo en cargar los cañones y en disparar con eficacia. En nuestro ejército falta mucha instrucción.

—Pues habrá que ponerse manos a la obra de inmediato, no creo que Napoleón nos deje tranquilos demasiado tiempo.

—General —intervino Faria—, como bien sabe usted, nuestro país recluta a sus soldados por quintas; cada año que son requeridos se incorporan a filas uno por cada cinco jóvenes. Eso significa que, con el sistema actual, apenas podríamos llegar a los ciento treinta mil soldados este año. Napoleón es capaz de movilizar medio millón y sólo para destinarlos a España, y, además, muchos de ellos dotados de una enorme experiencia en combate y con un armamento y equipamiento muy superior.

—Bueno, trataremos de paliar nuestra inferioridad en armamento y en número de soldados con buenas dosis de valor y de arrojo.

»Y ahora, señores, a trabajar.

## Capítulo VIII

---

Conforme iban llegando a Zaragoza noticias de lo que estaba ocurriendo en el resto del país, Palafox tomaba decisiones más drásticas. Consciente de que los franceses atacarían en cualquier momento, su prioridad fue organizar las defensas pasivas y preparar cuantos efectivos estuvieran disponibles para ello.

El sargento mayor de ingenieros Antonio Sangenís había conseguido huir de Madrid tras los acontecimientos del 2 de mayo y había logrado llegar hasta Zaragoza, donde se puso a las órdenes de Palafox. Era un ingeniero experto en defensas urbanas, y por ello fue nombrado comandante de ingenieros y jefe de las fortificaciones. Enseguida organizó un batallón de zapadores y otro de campaña y planteó, ante la dificultad de construir fortificaciones sólidas, la defensa de la ciudad de una manera abierta, sin fijar una línea estática de combate. Repetía una y otra vez a los hombres bajo su mando que Zaragoza debía ser defendida calle por calle, casa por casa, que tenía que convertirse en una ratonera para los infantes franceses.

Sangenís sabía que no podía enfrentarse abiertamente a la superioridad de la artillería francesa y a la mejor preparación de su infantería y su caballería, por lo que diseñó un plan de resistencia a modo de guerrilla urbana; es decir, algo similar a lo que algunos patriotas españoles ya estaban empezando a organizar en campo abierto.

Del cuartel general de Palafox fueron saliendo cartas a todas las ciudades de Aragón pidiendo voluntarios para acudir a la defensa de Zaragoza; en la mayoría de los ayuntamientos se abrieron oficinas de reclutamiento, a las que acudían jóvenes aragoneses que jamás habían disparado un fusil pero se sentían atraídos por las proclamas que Palafox difundía en folletos y pasquines y eran leídos por sus agentes en todos los pueblos a donde acudían en demanda de hombres y armas.

El 31 de mayo, a primera hora de la mañana, Palafox y Faria desayunaban juntos en Capitanía, como solían hacer todos los días antes de comenzar el trabajo.

—Hoy es el día, Francisco. Casi toda España se ha alzado contra Napoleón, y donde no se ha proclamado el levantamiento, está a punto de hacerse. Es hora de que nosotros declaremos también la guerra a los franceses.

—Sí, mi general, creo que no queda otro remedio —dijo Faria.

—Publicaremos hoy mismo un manifiesto con la declaración de guerra y haremos copias de la misma para enviarlas a todas las ciudades de la nación. Encárguese usted mismo, Francisco, de redactarla. A media mañana analizaremos su contenido en la reunión de la Junta de defensa.

—Como usted ordene, mi general.

Faria acabó su desayuno y se dirigió al despacho que ocupaba en Capitanía; no quiso dictar la declaración de guerra a ningún escribiente, de modo que cogió papel, pluma y tintero y él mismo comenzó a escribir.

La Junta de defensa debatió el texto escrito por Faria. La mayoría se sorprendió en principio, pues no contenía una declaración explícita de guerra contra Francia, pero en una segunda lectura, y tras escuchar las explicaciones del coronel, advirtieron que el texto era mucho más hiriente para Napoleón y de mayor calado político que una declaración formal de guerra.

El escrito de Faria ocupaba tres cuartillas. Tras un preámbulo en el que se agradecía a la Providencia que en Aragón hubiera todavía armas para uso del pueblo, se ponía en boca de Palafox un alegato contra aquéllos que sólo pensaban en enriquecerse, aun a costa de los sufrimientos de la patria, y animaba a los aragoneses a defender «la causa más justa», pues ello les daría la fuerza necesaria para ser invencibles. Después hacía una alusión a lo sucedido en Madrid el 2 de mayo, y acaba el manifiesto con ocho puntos en los que se atribuía a Napoleón la responsabilidad de lo que pudiera pasarle a la familia real secuestrada en Bayona, se proclamaba que si los soldados franceses repetían los sucesos de Madrid serían perseguidos por alta traición, se refutaban por nulos todos los acuerdos tomados en Bayona y en Madrid sobre la corona de España, se instaba a los soldados franceses a desertar de su ejército, y se animaba a todas las provincias no invadidas a reunirse en Teruel para nombrar a un lugarteniente general del reino en ausencia de una autoridad general para toda la nación.

—Sigo pensando —adujo Jorge Ibor— que una declaración de guerra sería mucho más contundente. Bastaría con una sola línea: «Guerra sin cuartel a los franceses, hasta que se rindan, huyan de España o mueran».

—Eso es lo que Napoleón espera: una declaración visceral de guerra. Pero esta proclama es mucho más ofensiva para el emperador de los franceses, y desde luego mucho más efectiva para las demás naciones que luchan contra el corso. Napoleón jamás esperaría algo así —replicó Faria en defensa de su escrito.

—Faria tiene razón —intervino Ricardo Marín—. Napoleón no se inmutará un ápice a la vista de una arenga patriótica y visceral. Está acostumbrado a ellas. Por el contrario, en la que nos propone el coronel se cuestiona la misma legitimidad de la intervención de Francia en nuestro país. Yo conocí a Napoleón en París; todavía no era emperador, pero puedo asegurarle que este escrito le hará mucho daño. Y para vencer a ese demonio corso es preciso ser más astuto que él, y sobre todo perturbar sus planes con propuestas y declaraciones que no espere.

Las opiniones del resto de los miembros de la Junta apoyaron el escrito de Faria, aunque se introdujeron algunas pequeñas correcciones, como la que propuso Jorge Ibor con respecto a la mención de la confianza que el pueblo había depositado en Palafox. El fogoso capitán del batallón de escopeteros del Arrabal justificó con esta enmienda su acuerdo final con el texto de Faria, que se aprobó por unanimidad.

—Bien, señores, ahora sólo queda una cuestión pendiente. Mi nombramiento

como capitán general de Aragón no es legalmente válido. Dicho acuerdo sólo puede ser tomado por el Gobierno de la nación y refrendado por su majestad el rey, y eso no se ha producido —adujo Palafox.

—No estoy de acuerdo, general —terció Jorge Ibor—. A falta de una autoridad nacional, y eso es imposible dadas las circunstancias, la Junta de defensa de Zaragoza ha asumido la soberanía nacional, y esta Junta es la que le ha nombrado a usted capitán general; para mí, es suficiente.

—También para mí —intervino Faria—, pero no estaría de más buscar algún mecanismo legal para ratificar el nombramiento del general Palafox. ¿Alguna idea?

—Que sea ratificado por una reunión solemne de las Cortes de Aragón —propuso Ricardo Marín.

—No sé si he oído bien —ironizó Jorge Ibor—. Las Cortes de Aragón fueron disueltas hace un siglo, y jamás han vuelto a reunirse desde entonces. Esa institución es una reliquia del pasado.

—No estoy de acuerdo con usted, don Jorge —dijo Faria—. Cuando Napoleón se coronó emperador de los franceses no había precedentes en mil años. Si no recuerdo mal mis lecciones de historia, fue Carlomagno el primer francés que se coronó emperador, en el año 800; pues bien, mil cuatro años después, Napoleón aludió a la historia de Francia para legitimar su coronación. Hagamos lo mismo en Zaragoza, que sean las Cortes aragonesas las que ratifiquen a don José como capitán general de Aragón.

—Creo, coronel Faria —replicó Ibor—, que es usted extremeño, ¿no es así?, pero por su tenacidad en defender sus propuestas parece aragonés —dijo Ibor.

—¿Está usted de acuerdo, general? —preguntó Ricardo Marín a Palafox.

—Sí, por supuesto que sí. Qué mejor manera de ratificar un nombramiento que las viejas y ahora renacidas Cortes del reino. ¿Les parece, señores, que las convoquemos para el 9 de junio, aquí en Zaragoza?

Asintieron todos los miembros de la Junta, en la que los nobles configuraban una notable mayoría, y no hubo ojos que no se fijaran en Jorge Ibor.

—De acuerdo, de acuerdo, convoquemos esas Cortes —convino el capitán de escopeteros.

## Capítulo IX

---

A principios de junio de 1808 todas las ciudades y provincias españolas que no estaban ocupadas por el ejército francés se habían sublevado contra Napoleón proclamando la ilegitimidad de la renuncia de Fernando VII al trono de España.

La proclama que redactara Faria y firmara Palafox se distribuyó por todo el país y algunos agentes contrarios a Napoleón la difundieron por toda Europa. El propio emperador sufrió un acceso de cólera cuando la leyó. En eso había tenido razón Faria, pues Bonaparte era un hombre frío y calculador, al que gustaba tener todo previsto. Sólo perdía la razón cuando sus previsiones eran desbordadas. La proclama de Zaragoza le irritó de tal modo que, estando todavía en Bayona, dictó una orden tajante: Zaragoza debía ser conquistada a cualquier precio. El emperador sabía bien que muchos de los países sometidos por él en Europa aguardaban a que alguien, un hombre, o incluso un país, una nación o una región, dieran el primer paso para alzarse en armas contra la ocupación francesa. La firmeza de Zaragoza era un mal ejemplo, y Napoleón no podía consentir que cundiera.

—La hemos hecho buena —comentó Faria a Palafox, mientras inspeccionaban con Sangenis la marcha de los trabajos para la defensa de Zaragoza.

—¿Qué otra cosa esperaba usted, Francisco? Cuando escribió el manifiesto sabía que Napoleón estallararía de ira. Usted lo conoció en Bayona, y creo que por eso mismo redactó la proclama en semejantes términos. ¿No es así? —le preguntó Palafox.

—Sí, yo estuve presente cuando el emperador humilló a don Carlos y a don Fernando; lo hizo con una sibilina habilidad, provocando el enfrentamiento entre padre e hijo con una eficacia demoledora. Por eso, cuando su excelencia me encargó la redacción del manifiesto, creí que sería más eficaz utilizar los mismos recursos que emplea Napoleón para sacar de quicio a sus oponentes.

—Y bien que lo ha conseguido usted. Ya sabe que Bonaparte ha dado la orden de conquistar Zaragoza cueste lo que cueste.

—Bueno, imagino que eso ya estaba presente en los planes de Napoleón. Desde los tiempos de Roma sabemos que no se puede conquistar España sin antes dominar Zaragoza. El emperador es un apasionado del estudio de la historia. Constantemente está leyendo libros sobre esta materia. Es un admirador de los grandes pensadores como Rousseau y Voltaire, o del mismísimo Corneille. Le gusta conocer la historia y la geografía de los países que intenta someter. Durante la expedición a Egipto leyó hasta casi aprenderse de memoria la *Historia de los árabes* de Marigny. En Bayona, un oficial de su guardia me dijo, tal vez para romper el hielo, que a su emperador le gustaba mucho la literatura española. Me aseguró que había leído la novela *Gil Blas*, ya saben, ésa en la que un joven español de familia humilde asciende hasta

convertirse en secretario del jefe del gobierno. Ha escrito algunos artículos, relatos y estudios históricos, e incluso confesó en cierta ocasión que siendo joven se propuso escribir una historia de Córcega; es curioso, dicen algunos que en ese libro jamás escrito pretendía defender la libertad e independencia de su isla con respecto a Francia. Y ya ven, señores, ahora es el emperador de todos los franceses, corsos incluidos.

—Un personaje contradictorio —aventuró Palafox.

—Como todos nosotros, general. ¿Sabe que Napoleón está recomendando constantemente a sus mariscales y generales que estudien la historia de Europa? Creo que se siente un nuevo Carlomagno, y en su cabeza alienta la idea de unificar a todo este continente bajo su imperio. Ésa es su ambición. Imagino que le gustaría pasar a las páginas de los libros de historia como el hombre capaz de unir a todos los europeos bajo unos mismos ideales. Llegó a la conclusión de que este continente necesita profundas reformas leyendo las historias de todos los países europeos.

—Usted lo admira —dijo Palafox.

—En cierto modo, sí.

—Debe de ser un hombre extraordinario —terció Sangenís, que hasta entonces había estado callado ante sus dos superiores.

—Lo es. A los dieciséis años ya era oficial, a los veintitrés capitán. ¿Saben ustedes que en tan sólo cuatro meses ascendió del grado de capitán al de brigadier? Ganó sus entorchados en el sitio de Tolón, de donde, gracias a su pericia en el uso de la artillería, logró desalojar a los ingleses, que ocupaban esa plaza de la costa mediterránea francesa. A los veintiséis años ya era general de división; jamás nadie ascendió tan deprisa en la historia militar de Europa.

—Bueno, usted no lleva mal camino. ¿Cuántos años tiene, Faria? —preguntó Palafox.

—Veinticuatro años, mi general.

—Ya ve, veinticuatro años y es coronel. Con suerte, y si combate con arrojo en esta guerra que se avecina, puede llegar a brigadier antes de fin de año, y quién sabe si incluso a general de división; antes que el mismísimo Napoleón —dijo Palafox.

—Sabe usted bien, mi general, que mis ascensos han sido por... digamos méritos políticos.

—Vamos, coronel, no sea modesto. Todo el mundo reconoce que usted es un héroe de Trafalgar.

—Allí sufrimos una gran derrota. Tal vez si hubiera dirigido la flota combinada Napoleón...

—Napoleón odia el mar, según creo —intervino Sangenís.

—No, no, él quiso ser oficial de la marina de guerra. Recuerde, capitán, que nació en una isla, en Córcega. Pero, una vez en la escuela militar, sus profesores se dieron

cuenta de que destacaba en matemáticas y que tenía un gran talento para los números, de ahí que lo encauzaran hacia el arma de artillería.

—Bueno, en los navíos de guerra también son necesarios grandes artilleros —repuso Sangenís.

—En un combate en el mar la artillería es menos decisiva que en tierra. Sobre el agua priman otras virtudes; Nelson se lo demostró al propio Napoleón en Egipto y a Villeneuve en Trafalgar.

—Se asegura que en tierra firme es invencible. Yo lo he oído en Madrid de boca de alguno de nuestros generales.

—Tal vez no. Por lo que sé, inculca en sus hombres cualidades como la disciplina, la ley y el orden. Concede ascensos a los valientes en el combate y prima e incentiva la bravura. Sus éxitos se basan en la unidad de mando, en la concentración de fuerzas en un punto para ganar la superioridad frente al enemigo y en la velocidad de desplazamiento. Un regimiento de infantería del ejército francés es capaz de avanzar a ciento veinte pasos por minuto, mientras que las tropas de infantería del resto de los ejércitos europeos lo hacen a setenta. En esas premisas ha basado hasta ahora Napoleón sus victorias en tierra.

—Ciento veinte pasos por minuto... Ni en tres años seguidos de entrenamiento podríamos lograr una marca así con nuestros soldados —dijo Palafox.

»Sangenís, tome buena nota de lo que ha dicho el coronel Faria.

—Lo he hecho, excelencia. Y creo que la defensa que hemos diseñado es la más apropiada. Hay que evitar que la infantería francesa pueda concentrarse en un solo lugar y que su artillería tenga un objetivo fijo que batir con comodidad, de ahí el plan de defensa abierta.

—Que cada calle, cada casa, sea una trinchera, ¿no es así?

—En efecto, mi general, así debe ser.

Los tres militares siguieron inspeccionando el perímetro defensivo, formado por las viejas murallas medievales de tapial, ladrillo y piedra, y las puertas abiertas en el muro, ahora con una función más ornamental que defensiva.

—Fíjese en esa puerta, mi general —dijo Sangenís señalando la Puerta del Carmen—, ha sido levantada para cobrar impuestos de portazgo y para ornamento de la ciudad, pero no para defenderla.

En los primeros días de junio fueron llegando a Zaragoza los primeros voluntarios, procedentes de diversos pueblos y ciudades de Aragón, y jefes y oficiales que acudían a Zaragoza ante la llamada de Palafox. Sus dos hermanos también lo hicieron. Luis, el mayor, que había heredado el título de marqués de Lazan, viajó tras conseguir evadirse de Madrid, en tanto el menor, Francisco, lo hizo desde Bayona, donde había acudido formando parte de la comitiva real.

En Zaragoza la actividad era frenética. Faria trabajaba dieciséis horas diarias al

frente del Estado Mayor en Capitanía y apenas tenía tiempo para otra cosa que no fuera organizar los despachos y coordinar las órdenes de mando. La intendencia fue encomendada a Lorenzo Calvo, intendente general del ejército y que se encontraba casualmente esos días en Zaragoza.

El recelo hacia todo lo francés provocó que algunos ciudadanos galos afincados en Zaragoza por asuntos comerciales fueran perseguidos y maltratados físicamente; algunos lograron huir, pero dos centenares de ellos fueron encerrados en el castillo de la Aljafería para preservar su integridad de la ira de la multitud.

Palafox organizó a todas las fuerzas disponibles en Zaragoza, unos cuatro mil quinientos hombres, en cinco tercios. Además de los nombramientos realizados hasta entonces, otorgó alguna responsabilidad en la defensa al padre escolapio Basilio Boggiero, que había sido su preceptor en la época de estudiante en Zaragoza, y al presbítero Santiago de Sas, buen amigo del general. Ambos clérigos fueron incorporados a la oficina en la que se redactaban los discursos, los manifiestos y las proclamas de Capitanía General.

Cuando Faria le hizo ver a su general en jefe que el estilo de redacción de los clérigos era demasiado clerical, Palafox repuso que era necesario un toque religioso en cada una de las proclamas, pues los aragoneses, al igual que el resto de los españoles, no eran ateos como los revolucionarios franceses, sino fervientes seguidores de la fe católica y cumplidores de sus mandamientos.

Faria se sintió entonces más próximo que nunca a los liberales, pero no podía hacer otra cosa que acatar las órdenes de Palafox. En aquellas circunstancias tan extremas, la defensa de la patria ante la ocupación francesa constituía el objetivo primordial de todos los ciudadanos; ya habría tiempo después para tratar de instaurar otro tipo de política.

Lo que seguía echándose en falta era la existencia de una autoridad general para toda la nación. Es cierto que en Aranjuez se había constituido a mediados de mayo una Junta Central, pero, ante la presencia amenazadora de Murat, se había trasladado a Sevilla, y además, la mayoría de las Juntas regionales o locales actuaban siguiendo sus propios criterios, sin tener en cuenta lo que emanaba de esa Junta, cuya autoridad casi nadie acataba.

El 6 de junio llegó a Zaragoza, mediante señales luminosas, la noticia de que en Valencia habían sido masacrados más de trescientos soldados franceses y que la población se había ensañado con sus cadáveres. En cuanto se enteró de ello, Faria supo que el ejército imperial no tardaría en reaccionar.

Ese mismo día se supo que un cuerpo de ejército francés estaba preparado para partir de Pamplona en dirección hacia el sur. Desde Tudela, temiendo la inmediata ofensiva francesa, se había pedido ayuda urgente a Palafox, quien envió a su hermano Luis, con poco menos de mil soldados y cuatro cañones. Por fin, el 7 de junio el

general Lefévre salió de Pamplona, con cuatro mil doscientos hombres, a los que se unieron otros tantos poco después. El objetivo de ese ejército era la conquista de Zaragoza y tal vez continuar desde allí hasta Valencia, donde la venganza por la masacre de los trescientos treinta y ocho franceses se presagiaba terrible.

Las defensas que había diseñado Sangenis todavía no estaban acabadas, por lo que Palafox, sabedor del avance de Lefévre, optó por efectuar una salida e intentar frenar a los franceses en Tudela. El 8 de julio las tropas de Lefévre y las del marqués de Lazan se vieron por primera vez cara a cara.

Los franceses atravesaron el Ebro con casi ocho mil hombres y conminaron a los tudelanos a rendirse. El marqués de Lazan cruzó fuego de artillería con el ejército francés, pero, ante la abrumadora superioridad de los galos, ordenó izar bandera blanca y la retirada hacia Zaragoza. Tudela cayó en manos francesas. La noticia de la derrota de esta plaza no amedrentó a Palafox, que sabía de la superioridad de los franceses en campo abierto, por lo que hacía ya varias semanas que había decidido entablar la batalla final en Zaragoza.

Para no transmitir sensación de derrota, el día 9 de junio, tal como estaba previsto en la convocatoria de Palafox, se reunieron las Cortes de Aragón, las primeras en hacerlo en más de cien años. La sesión plenaria tuvo lugar en el ayuntamiento, en las casas del Puente. Pese a las exigencias de los liberales, que pidieron una mayor representación de las clases populares, Palafox convocó las Cortes al modo tradicional, es decir, con miembros de los cuatro brazos o estamentos que se habían configurado en la Edad Media: la alta nobleza, la baja nobleza, los eclesiásticos y las universidades. Presididos por Palafox, allí estaban el obispo de Huesca junto con deanes, priores y abades; el conde de Sástago y los marqueses de Ariño y de Zafra; varios barones y caballeros, y representantes de los partidos de Zaragoza, Tarazona, Calatayud, Jaca, Borja, Fraga y Cinco Villas.

Tras ser refrendado Palafox en el cargo de capitán general de Aragón y aprobar algunos otros nombramientos, don José leyó un discurso que había preparado la noche anterior con la ayuda de Faria. En el mismo se hacía un repaso a los acontecimientos acaecidos desde la salida de España del rey Fernando y se instaba al mantenimiento de la legalidad monárquica y a la defensa del viejo reino contra la ocupación francesa. Palafox abogaba por la permanencia de las Cortes como institución representativa de todos los aragoneses y proponía la elección de una Junta integrada por seis miembros y presidida por él mismo. La nueva reunión del pleno de las Cortes quedó fijada para el día 14 de junio.

En tanto todo esto ocurría en Zaragoza, los franceses habían logrado consolidar su posición en Tudela y acumular nuevos refuerzos. Llegaron informes preocupantes sobre otro ejército francés que había partido desde Madrid, al parecer en dirección a Zaragoza.

Palafox supuso que el alto mando francés estaba planeando una operación en pinza sobre Zaragoza y ordenó una nueva salida hacia Tudela. Su hermano Luis se había refugiado en Alagón, y allí recibió unos tres mil hombres de apoyo, con los cuales avanzó aguas del Ebro arriba hacia Tudela. También se incorporaron varios batallones de voluntarios que comenzaban a concentrarse en Zaragoza desde diversas zonas de España.

Franceses y españoles se enfrentaron en Mallén, a unos veinticinco kilómetros al sureste de Tudela, el 13 de junio. La infantería del ejército de Lefévre cargó sobre las posiciones españolas tras un intenso fuego de castigo de su artillería. La batalla fue breve; los tercios zaragozanos, reforzados con un batallón de voluntarios de Tarragona, un tercio de Navarra y un batallón de voluntarios autodenominado «Los Pardos de Aragón», nada pudieron hacer ante los experimentados soldados franceses. La tropa española, tan aguerridas como bisoñas, abandonaron pronto el combate. El general Lefévre supuso que la conquista de Zaragoza sería un plácido paseo militar.

En Zaragoza, Palafox ordenó que un ejército compuesto por seis mil hombres saliera de inmediato hacia Alagón para proteger la retirada de las tropas mandadas por su hermano Luis. Al llegar a Alagón, los espías destacados por Faria informaron de que Lefévre estaba a punto de recibir refuerzos, en concreto varios regimientos polacos de caballería. Palafox decidió entonces intercambiar disparos con los franceses, pero volvió a ser derrotado, sufriendo además una leve herida. Una compañía de observación de la vanguardia del ejército francés se adelantó demasiado al grueso de sus tropas y fue capturada por un batallón del ejército español. Tras ser interrogados, confesaron que tras ellos avanzaban hacia Zaragoza catorce mil hombres, tres divisiones completas.

Palafox dudó por unos instantes, pero al fin decidió la inmediata retirada a Zaragoza, donde deberían concentrarse todas las fuerzas disponibles.

—Si nos encerramos en Zaragoza nos jugamos todo a una carta, mi general —le dijo Faria.

—No tenemos ninguna otra opción, Francisco. Ya ha visto usted las consecuencias de un enfrentamiento en campo abierto. Su artillería es infinitamente superior a la nuestra y sus soldados están mucho más bregados. En combates de este tipo, acabarían con nosotros en un par de batallas. Sin embargo, en Zaragoza, si quieren vencernos tendrán que luchar casa por casa; en esas condiciones su caballería sirve de poco.

—Plantea usted una defensa como la que ofrecieron los numantinos ante los romanos hace dos mil años. Y no salió bien.

—Pero no olvide, coronel, que Lefévre no es Escipión.

—De acuerdo, mi general, pero Escipión no tenía cañones ni tampoco a la temida caballería polaca.

—En cambio, sí disponía de elefantes y de catapultas, que viene a ser lo mismo.

—¿No existe otra manera de detener su avance? —preguntó Faria.

—He sopesado la posibilidad de volar el acueducto del Canal Imperial sobre el Jalón y provocar que sus aguas inunden el camino para así dificultar su progresión hacia nosotros, pero algunos ingenieros a los que he consultado me han asegurado que esa operación es muy difícil y que tal vez no resultara eficaz. Tenemos que esperar refuerzos, y entre tanto defender Zaragoza por nosotros mismos y hasta el final.

Los franceses, eliminada la resistencia en el curso del Ebro, saquearon el pueblo de Mallén y el de Gallur y continuaron su avance hacia Zaragoza. Ante la crítica situación, Palafox no tuvo más remedio que suspender la sesión de Cortes que se había convocado para el día siguiente. Las Cortes de Aragón ya no volverían a reunirse.

Ese mismo día fueron muchos los zaragozanos que solicitaron un pasaporte para escapar de la ciudad; algunos huyeron aprovechando el desconcierto y la inquietud que provocó la noticia del avance de las tropas de Napoleón. Palafox reaccionó de inmediato, ordenó la alarma general, el reclutamiento de todos los hombres disponibles y el reparto de armas y municiones a toda la población, y, siguiendo los consejos del padre Boggiero, las tropas acantonadas en Zaragoza prestaron juramento de fidelidad al rey Fernando VII y lealtad a la nación desfilando bajo el estandarte de la Virgen de Pilar. El capitán general de Aragón ordenó el arresto inmediato del coronel Rafael Pesino, corregidor de la comarca de las Cinco Villas, acusado de enviar sendas cartas a Murat y a Napoleón, y por tanto, de alta traición a la patria.

Faria se las ingenió como pudo para quedar de guardia en Capitanía y evitar así participar en un acto que le molestaba profundamente. Aquella misma tarde fue consciente de que, a pesar de su condición nobiliaria como conde de Castuera, las ideas liberales habían penetrado hasta lo más profundo de su mente. Claro que, intentó justificarse, eso no era demasiado difícil tras haber contemplado la vergonzosa actitud de Carlos IV y Fernando VII ante Napoleón; a la vista de semejante par de cobardes, cualquier persona decente hubiera renegado de la monarquía que encarnaban.

## Capítulo X

---

—¡Ya están aquí, ya están aquí!

Palafox y Faria desayunaban juntos, como casi todos los días, en una sala anexa al despacho del capitán general de Aragón. Desde allí oyeron las voces de un mensajero que había irrumpido en el patio del palacio como un ciclón.

José de Palafox se asomó a la galería del patio porticado y contempló a un soldado que gesticulaba nervioso ante un pequeño grupo de guardias arremolinados a su alrededor.

—Maldita sea, ¿qué ocurre?, ¿qué son esos gritos? —preguntó Palafox desde lo alto.

—Mi general —se cuadró el mensajero—, el vigía de la Torre Nueva ha avistado a los franceses. Se acercan desde el noroeste, por la carretera de Alagón.

—¿A qué distancia están?

—No lo sé con exactitud, mi general, pero el vigía ha calculado que a unas diez millas.

—Retírese, soldado, y que sea la última vez que causa semejante alboroto.

Palafox se volvió hacia Faria, que había abandonado la sala tras él.

—Ciento veinte pasos por minuto —puntualizó el coronel.

—¿Cómo dice, Francisco?

—Ciento veinte pasos por minuto. Ya le dije, mi general, que la infantería francesa es capaz de avanzar a ese ritmo. Por eso han llegado tan rápidamente hasta aquí. Han debido de caminar toda la noche; ayer estaban en Alagón, a siete u ocho horas de marcha; ¡es extraordinario!

—Esto es lo que llevábamos semanas aguardando. De modo que, manos a la obra. Coronel, convoque una reunión conjunta y urgente de todo el Estado Mayor y de la Junta de defensa.

Apenas una hora después, todos los integrantes de ambas instituciones estaban reunidos en la sala grande de Capitanía.

—Señores —comenzó hablando Palafox—, acaba de llegar el gran día. Supongo que ya sabrán, por lo rápido que ha corrido la noticia por las calles, que los franceses están en las afueras de la ciudad. He ordenado doblar la vigilancia en lo alto de todas las torres y campanarios, sobre todo en la Torre Nueva, y que me den noticias de cuanto suceda cada media hora, o de inmediato si hubiera novedades importantes.

—Mi general, Zaragoza no está preparada para soportar un ataque masivo del ejército francés. No tenemos ni hombres, ni artillería, ni defensas suficientes —apuntó el ingeniero Sangenís, invitado a la reunión por ser el principal experto en fortificaciones, que en un rápido informe señaló que disponían de apenas nueve mil soldados, y de procedencias muy diversas, noventa caballos y unas pocas decenas de

piezas de artillería, algunas en no muy buen estado.

—Ya lo sé, Sangenís. Por eso hemos de actuar con audacia y sorpresa. Los franceses se han desplegado al oeste y al sur de la ciudad. Creo que van a atacar las tres puertas de esa zona, de modo que concentraremos allí nuestros efectivos más numerosos. Mi plan consiste en dejarles entrar en Zaragoza como si no estuviéramos preparados para hacerles frente, y una vez dentro, espero que confiados, caer sobre ellos con todas nuestras fuerzas. Sus soldados no conocen la ciudad, de modo que se encontrarán un tanto desorientados.

—Podemos luchar, como habíamos previsto, casa por casa, pero necesitamos que el mando supremo, es decir, usted, mi general, esté a salvo —dijo Sangenís.

—Estoy de acuerdo con el ingeniero jefe —intervino Faria—. Y creo además que debemos continuar con las maniobras de distracción, atacando al enemigo también desde el exterior de la ciudad. Debemos evitar que las tropas de Lefévre cierren el cerco sobre Zaragoza, y así poder mantener abierta una línea de aprovisionamiento de hombres, víveres y municiones. En ningún caso debemos consentir que nos cierren todas las salidas y entradas a la ciudad.

La propuesta de Faria fue aceptada por unanimidad.

—En ese caso, instalaremos el cuartel general en Belchite. Señores, yo encabezaré las hostilidades contra los franceses desde el exterior. Saldré por el puente de Piedra para ir hacia Pina, y de allí cruzaremos el Ebro para girar al sur hacia Belchite; ese sector está libre de tropas francesas. Pero no me marcharé hasta que hayamos rechazado su primer ataque. En mi ausencia, el mando supremo en Zaragoza queda en manos del teniente del rey, el general Bustamante.

»Y ahora, señores, ordenen a sus hombres que tomen posiciones frente a las puertas del oeste y del sur, que se parapeten en las calles próximas y que esperen a disparar hasta que un buen número de franceses entre en la ciudad. Suerte, y que Dios nos guarde y la Virgen del Pilar nos proteja.

• • •

A mediodía del 15 de junio, tras conceder algunas horas de descanso a sus hombres, pues habían marchado durante nueve horas seguidas la madrugada anterior, el general Lefévre conminó a Zaragoza a rendirse. De los fulgurantes éxitos obtenidos en su avance desde Pamplona, Lefévre infirió que la moral de los zaragozanos estaría muy debilitada y que serían una presa fácil. Si Madrid, mucho más poblada y sede de la Corte, había caído en unas pocas horas de lucha, una ciudad provinciana poco mayor que un barrio de París se rendiría al primer envite, supuso. Se equivocó.

Tras esperar en vano una respuesta a su ultimátum, Lefévre ordenó el despliegue

de sus tropas, que habían recibido orden de estar preparadas para atacar con toda la fuerza posible por tres puntos de la ciudad a la vez: en las puertas de El Portillo, el Carmen y Santa Engracia.

Una compañía de escopeteros hostigó a las avanzadillas del ejército francés en la zona de Casablanca, en una acción destinada a distraer al ejército imperial, mientras los zaragozanos tomaban posiciones en el interior. Se cruzaron algunos disparos y, tras la escaramuza, los escopeteros corrieron a refugiarse en los muros.

A la una en punto de la tarde, y después de unos minutos de calma tensa en los que un terrible silencio se enseñoreó de la ciudad y de sus alrededores, los cañones franceses comenzaron a vomitar fuego. La estrategia de Lefévre estaba clara: se trataba de abrir amplias brechas en las tres puertas seleccionadas para el ataque y, una vez minadas las defensas y despejado el camino, lanzar a la caballería y a la infantería a la conquista de Zaragoza. Lefévre esperaba que ante tal demostración de fuerza, la ciudad, atemorizada, capitulara de inmediato. Volvió a equivocarse.

La primera fase del plan resultó un éxito; la artillería imperial consiguió abrir grandes boquetes en las puertas de El Portillo y de Santa Engracia y dejó en muy mal estado la del Carmen. Al terrible bombardeo con piezas de varios calibres, sucedió el avance de la infantería hasta posicionarse frente a las ruinas de las puertas. En cuanto se hubo disipado el humo y el polvo, los franceses se prepararon para el asalto creyendo que todo acabaría en cuestión de minutos.

Eran las dos en punto de la tarde cuando los coroneles de los regimientos de infantería de asalto ordenaron a los tambores tocar a atención. Los portaestandartes izaron las banderas y las insignias con las águilas de bronce. Las alas desplegadas de las rapaces metálicas brillaban bajo los rayos del sol como iconos mágicos. Al oír un redoble seco de tambor, cada batallón alzó su guión de combate, las oriflamas cuadradas de satén blanco enmarcadas con ribetes dorados y bordadas en filo de oro con frases dictadas expresamente por el mismísimo emperador. La mayoría de los guiones tenían escritos al dorso y entre abejas doradas los nombres de las batallas en las que cada unidad había participado: Ulm, Austerlitz, Friedland..., lucían orgullosas sobre las cabezas de los veteranos soldados imperiales vencedores en los campos de Europa.

Por fin, tras las primeras líneas de la infantería un toque de trompeta señaló el momento de elevar una enorme bandera tricolor. Al contemplar la enseña con las franjas en azul, blanco y rojo, algunos soldados comenzaron a tararear los primeros versos de *La Marsellesa*. Los más veteranos animaron a los más jóvenes, diciéndoles que ante ellos estaban los tiempos de triunfo y gloria que les había prometido el emperador.

El general Lefévre ordenó a uno de sus edecanes que transmitiera la orden de ataque.

La primera columna de infantería avanzó entre gritos de «*Vive l'Empereur!*» hacia la puerta del Carmen, que, acribillada por los impactos de la metralla todavía seguía en pie, y la atravesó confiada, desplegándose hasta las tapias del convento de Predicadores sin oposición, creyendo que los defensores, ante semejante castigo recibido, habían huido presas del pánico hacia el interior de la ciudad o se habían escondido aterrorizados en las bodegas. Pero apenas habían progresado un par de centenares de metros en el interior de los muros, cuando la avanzadilla recibió una descarga de fusilería que la frenó en seco. Aullando como lobos hambrientos, decenas de zaragozanos salieron de los portales de las casas, de las esquinas de las calles y saltaron por las tapias de las huertas de los conventos para caer como fieras heridas sobre los sorprendidos franceses. La contundencia y el vigor del contraataque fue de tal magnitud que la columna francesa de vanguardia quedó absolutamente destrozada. Algunos fusileros lograron refugiarse entre las ruinas que se amontonaban a ambos lados de la puerta del Carmen, que, aunque muy dañada, se alzaba milagrosamente erguida entre las ruinas.

El ataque francés a la puerta de Santa Engracia fue mucho más deslavazado; algunos soldados saltaron los muros y penetraron desordenadamente en la ciudad brincando por encima de los boquetes que los cañones habían abierto en varios tramos de la muralla medieval y en las tapias de los huertos. Pero en esa zona el interior de los viejos muros de ladrillo y adobe presentaba amplios espacios abiertos, de modo que los soldados franceses fueron abatidos con facilidad desde las posiciones de defensa dispuestas unas decenas de metros más atrás.

El grupo de asalto a la puerta de El Portillo logró un éxito momentáneo. Cerca de la puerta y anexo al muro estaba el cuartel de caballería, a cuyas dependencias dirigieron los franceses el grueso de sus disparos. Avanzando metro a metro, los franceses estaban a punto de tomar el cuartel, cuando los defensores decidieron abandonarlo ante la imposibilidad de mantenerlo; sin embargo, antes de dejarlo le prendieron fuego, amontonando la paja que había guardada en los establos.

Fue en ese sector donde cargó la temible caballería polaca de la región del Vístula, que tan eficaz se había mostrado en la batalla de Mallén. Derrumbada la puerta y arrasadas las defensas del cuartel de caballería, los feroces lanceros polacos cargaron con sus armas en ristre. En su ímpetu arrollador, lograron penetrar hasta la plaza de El Portillo, frente a la iglesia de Nuestra Señora.

Faria intentaba coordinar las órdenes que el general Palafox dictaba desde Capitanía. Cada cinco minutos los correos llegaban corriendo o cabalgando desde los puntos donde se libraban los combates para informar de la situación. Uno de ellos lo hizo gritando como un poseso, anunciando que los jinetes polacos habían logrado rebasar la línea de defensa del cuartel de caballería y avanzaban sin apenas oposición por la plaza de El Portillo.

El conde de Castuera no lo pensó dos veces. Si los franceses lograban romper las defensas de El Portillo y seguían adelante hasta encontrarse con los que combatían en la puerta del Carmen, lograrían atrapar a los defensores de ese sector entre dos fuegos y la ciudad estaría perdida. Solicitó permiso al general Palafox para acudir a la defensa de El Portillo y, tras recibirlo, ordenó al sargento Morales que reclutara a cuantos hombres pudiera de cuantos servían en Capitanía.

—Voy con usted —le dijo Sas, el presbítero asesor de Palafox.

—Usted es un cura. Su labor es salvar almas, no matar cuerpos —repuso Faria.

—Ahora soy un zaragozano más.

—¿Sabe usted disparar?

—Suelo cazar conejos en los galachos de la ribera del Ebro, y no se me da mal del todo.

—En ese caso, buena caza. Vamos —dijo Faria.

Faria, Sas y Morales corrieron al frente de un pelotón de veinte soldados hacia El Portillo por la calle de ese mismo nombre. Cuando avanzaban por el inicio de la calle, un grupo de mujeres les salió al paso.

—¿Qué ocurre, señor? Unos soldados nos han dicho que los franceses ya han entrado en Zaragoza —le preguntó, asustada, una de ellas.

—Los franceses han roto nuestras defensas en El Portillo y avanzan por la plaza. Es preciso detenerlos enseguida. Si consiguen consolidar su posición, nos cogerán entre dos fuegos. Hay que rechazarlos como sea —le explicó Faria.

El coronel reanudó su marcha, pero una mujer le gritó:

—¡Espere, señor, espere!

—Vamos, quédense en sus casas...

—¡Ni hablar! —exclamó tajante esa mujer.

—¿¡Qué!?! —se sorprendió Faria.

—Nuestros maridos, nuestros hijos y nuestros padres están muriendo en la defensa de esa puerta; nosotras también sabemos hacerlo.

Muchas mujeres jalearon a su portavoz y se empeñaron en combatir al lado de sus hombres.

—Vamos señoras, les ruego que nos dejen luchar a nosotros.

—Lo haremos con ustedes.

—No tienen armas, no saben manejarlas —replicó Faria.

—Tal vez no sepamos disparar un fusil, pero sabemos cómo manejar un cuchillo; lo hacemos todos los días trinchando pollos y pelando cebollas; no creo que sea mucho más complicado rebanar la garganta de un gabacho.

Faria no estaba dispuesto a consentir que aquellas mujeres fueran masacradas por los jinetes polacos, pues estaba convencido de que en el primer envite de la formidable caballería del Vístula no quedaría una sola de ellas con vida.

—Señoras, sean sensatas, nos enfrentamos a los soldados más preparados del mundo; combatir a los hombres de Napoleón no tiene nada que ver con trocear un pollo —insistió Faria.

—¡Coronel, coronel!, los polacos avanzan por esta calle, han roto nuestras defensas y ya han rebasado la plaza —avisó uno de los correos.

—Pues vayamos presto —ordenó Faria a sus hombres.

—Y nosotras también.

—Maravillosas tozudas —dijo Faria.

El conde de Castuera corrió ahora al frente de los veinte hombres y medio centenar de mujeres armadas con los cuchillos más grandes que habían encontrado en sus cocinas. Los soldados que se retiraban derrotados de El Portillo, al encontrarse de frente con las mujeres, recobraron el ánimo y volvieron sobre sus pasos con bríos renovados.

Varios dragones polacos fueron los primeros en toparse sorprendidos con la peculiar compañía que encabezaba Faria.

El coronel disparó su fusil y derribó a uno de los dragones, y con su pistola abatió a un segundo. Entre tanto, Morales había liquidado a dos más con su sable, pero otros se acercaban al galope por la calle. La energía renovada de los defensores y la muchedumbre de mujeres agitando cuchillos los obligó a retirarse, cuando ya creían que habían logrado consolidar su posición dentro de la ciudad.

Seis dragones polacos quedaron rezagados y cargaron con sus sables sobre el grupo de mujeres, matando a algunas de ellas, pero las zaragozanas respondieron con un valor extraordinario y se lanzaron sobre los asombrados jinetes polacos, que en un primer momento quedaron como paralizados al contemplar a todas aquellas mujeres armadas con cuchillos de cocina y gritando las mismas consignas que habían oído en boca de sus maridos.

Todos y cada uno de los dragones fueron acometidos por cuatro o cinco mujeres, que los derribaron de sus caballos tirando de las piernas y de los brazos mientras otras los acuchillaban por debajo de las corazas de acero. Sorprendidos por la ferocidad de aquellas féminas, los dragones de la caballería imperial blandieron sus aceros, pero no pudieron resistir el empuje de las heroínas. Varias de ellas murieron en el combate cuerpo a cuerpo, pero la visión de aquellas mujeres acometiendo a los expertos jinetes imperiales sin ningún miedo aparente, empuñando sus cuchillos de cocina frente a los sables de los polacos, enardeció el valor de los defensores que se habían replegado abrumados por la carga de la caballería del Vístula. Poco a poco, los polacos fueron empujados hacia el exterior de la puerta de El Portillo, a una amplia explanada conocida con el nombre de las Eras del Rey.

Allí aguardaban perfectamente formados varios batallones de fusileros, uniformados con sus equipos de campaña, que a una orden de su comandante

avanzaron disparando a discreción sobre los defensores.

Faria intuyó que aquella batalla iba a ser decisiva y ordenó a uno de sus hombres que fuera rápido en busca de ayuda. La batalla se libró con todas las armas disponibles. Los franceses barrían el campo español con fuego ordenado y compacto de cañón y de fusilería, en tanto los españoles lo hacían de manera mucho menos coordinada, pero con gran eficacia, pues la formación cerrada de los regimientos franceses ofrecía un blanco bastante fácil.

Tras una hora de combate, Faria recibió el refuerzo de varias piezas de artillería; en pocos minutos pudieron armarse tres cañones. El coronel los colocó en batería y dispuso que dispararan contra los regimientos franceses de manera escalonada. El efecto fue fulminante. En apenas media hora, tres regimientos habían sido diezmados y los escuadrones de caballería de dragones no habían logrado reagruparse para volver a la carga.

El conde de Castuera pidió a todos un último esfuerzo; comenzaba a declinar el día y la victoria estaba a punto de caer del lado de los zaragozanos. El calor del estío estaba debilitando a los defensores. Faria observaba a su alrededor a hombres sedientos que apenas podían sostenerse en pie tras varias horas de lucha.

—Hace falta agua para beber o acabaremos todos deshidratados. Sargento —ordenó a Morales—, diga a todas esas mujeres que ahora su mejor ayuda es traer agua y comida, y deprisa.

—Enseguida, coronel.

El sargento primero salió de la barricada y corrió hacia el interior de la ciudad entre los disparos de los fusileros franceses. En la plaza de El Portillo seguían concentradas muchas mujeres con sus cuchillos en la mano; algunos todavía conservaban en sus hojas restos de la sangre reseca de los dragones polacos.

—Necesitamos agua y comida. Nuestros hombres están sedientos. ¿Pueden ustedes conseguirla? —les preguntó.

—Por supuesto, señor. Vamos, esos hombres nos necesitan otra vez —dijo una joven a las demás.

En unos pocos minutos, aparecieron con decenas de cántaros, botijos, odres y botas llenos.

—¡Coronel, coronel! Aquí está el agua.

Morales apareció tras Faria con varias mujeres cargadas con el agua potable.

La joven que había arengado a las demás se llamaba María Agustín.

—Tenga, señor —le ofreció María a Faria una bota de piel llena de agua.

—Gracias.

El coronel de la guardia de corps dio un buen trago.

—¿De qué pasta están hechas estas mujeres? —demandó Faria.

Morales se encogió de hombros.

Arrastrándose entre las ruinas, corriendo entre las barricadas, María Agustín repartió agua y cartuchos a los escopeteros que habían logrado estabilizar el frente de combate en las afueras de la puerta de El Portillo, en las Eras del Rey.

La joven zaragozana parecía tener alas en los pies. Corría de un lado para otro abasteciendo de agua, pólvora y balas a los soldados, entre los disparos de los fusileros franceses, ante los que parecía inmune.

—Fíjese en esa muchacha, sargento —le indicó Faria a Morales.

María Agustín acababa de entregar un cántaro y un saquillo con cartuchos a los soldados de la primera línea, cuando un disparo procedente de las trincheras de los franceses la derribó.

Morales saltó de la barricada de un gran brinco y corrió hacia la muchacha. Las balas silbaban por todas partes y algunas de ellas estallaban cerca de los pies del sargento, levantando pequeños terrones.

Al llegar ante el cuerpo abatido de la joven, Morales se tumbó junto a ella protegiéndola con su corpulencia. María respiraba de manera convulsa. «Al menos está viva», pensó el sargento.

—Me duele el brazo —balbuceó la muchacha.

—No te preocupes, es sólo una herida superficial.

Morales observó que la bala disparada por algún francés había herido el brazo derecho y luego el costado de María.

—¿Voy a morir?

—Por supuesto, como todos; pero no ahora, no en muchos años. ¿Tienes fuerzas para sujetarte a mi cuello con el otro brazo?

María asintió con la cabeza y dijo:

—Quiero seguir ayudando.

—Primero hay que curarte. Agárrate fuerte a mí.

Morales alzó en vilo a María y corrió con ella en brazos hacia la barricada donde aguardaba Faria.

—Te recomendaré a Palafox para una medalla. Jamás había conocido a una mujer tan valiente —le dijo el coronel.

Faria aprovechó aquel momento para arengar a sus tropas demandando un último y supremo esfuerzo. Enardecidos por el valor de María Agustín, varios batallones de infantería cargaron con las bayonetas caladas sobre las posiciones francesas.

La reacción de los zaragozanos desconcertó a los mandos franceses, entre los cuales la sorpresa era enorme; ninguno de sus estrategias había sido capaz de intuir que los zaragozanos se defenderían con semejante valor y arrojo. Sabían que apenas había cinco mil soldados con alguna experiencia en la plaza y habían supuesto que la población civil se rendiría sin disparar un solo tiro o sin presentar una férrea resistencia. Pero los zaragozanos, alentados por las proclamas patrióticas de Palafox,

se habían propuesto resistir hasta la muerte, pues ni habían hecho una revolución, ni habían depuesto a las autoridades reales, ni habían recuperado sus Cortes, su prestigio y su orgullo para rendirse en el primer cruce de disparos ante un general gabacho.

—¡Zaragoza no se rinde!, ¡Zaragoza no se rinde! —gritaban una y otra vez los defensores, que salían en tropel desde las trincheras hacia el enemigo.

Al atardecer y en plena carga de los soldados españoles en las Eras del Rey, Lefévre comprendió que había perdido la primera batalla y ordenó a sus hombres que abandonaran aquella posición.

La retirada de los franceses se produjo con cierto desorden entre las últimas luces del día, ocasión que fue aprovechada por los españoles para perseguirlos en campo abierto y causarles algunas bajas por la retaguardia. Durante toda una jornada se había luchado despiadadamente en las puertas de Zaragoza, todos estaban agotados, pero nadie dudaba de que aquello sólo era el principio.

Al contemplar cómo se alejaban los enemigos, Faria ordenó el alto el fuego. Una explosión de júbilo estalló en los corazones y luego en las gargantas de los sitiados, que al fin pudieron respirar tranquilos.

Los zaragozanos habían ganado la primera gran batalla en las Eras del Rey, tras nueve terribles horas de sangrientos combates. El ejército imperial había sufrido setecientas bajas entre muertos y heridos por apenas trescientas entre los sitiados.

—Hoy han aprendido una buena lección —comentó Morales al ver retirarse a los últimos franceses tras un bosquecillo de olivos.

—Eso es lo malo, sargento: que han aprendido. Se han dado cuenta de que no pueden lanzar un ataque suicida sin saber qué les espera. Han subestimado nuestra capacidad de defensa y de sacrificio. Ese error no lo volverán a cometer. Hoy hemos ganado, pero les hemos enseñado de qué modo no pueden vencernos.

## Capítulo XI

---

Anocheció aquel caluroso miércoles de mediados de junio entre olores a pólvora, sudor y sangre. El general Lefévre había lanzado sobre tres de las puertas de la ciudad varios regimientos de caballería e infantería sin antes estudiar la disposición de las fuerzas defensivas de Zaragoza, y había sido derrotado. Entrado el mes de junio de 1808, todos los generales del ejército francés estaban convencidos de que la ocupación de España se realizaría sin apenas resistencia, y que si ésta aparecía, como había ocurrido el 2 de mayo en Madrid, sería sofocada de inmediato gracias a la superioridad del ejército imperial y a la absoluta descomposición del español, cuya armada, la única arma efectiva desde fines de la centuria anterior, había quedado seriamente dañada en Trafalgar. A mediados de 1808, de la que otrora fuera formidable marina de guerra española, sólo estaban disponibles veinte navíos, y la mayoría necesitaba algunas reparaciones.

En la tienda de campaña de Lefévre, los generales franceses no daban crédito a lo que había sucedido la tarde anterior.

—Nos hemos precipitado —confesó Lefévre a su Estado Mayor—. Nuestros informes decían que Zaragoza estaba defendida por unos quince mil soldados, pero de ellos sólo unos cinco mil tenían alguna instrucción y apenas dos mil eran profesionales. No contábamos con que los inexpertos voluntarios iban a luchar con semejante encono. Tenemos que replantear el plan de ataque, señores.

Lefévre ordenó a uno de sus ayudantes que desplegara sobre la mesa un plano de la ciudad y de su entorno.

—Fíjense. Zaragoza está bordeada en su lado norte por el río Ebro, que actúa como un extraordinario foso natural, y por el río Huerva por el este; por eso decidí atacar en los flancos sur y oeste, más abiertos y carentes de defensas naturales. Nuestros movimientos fueron demasiado obvios. Hemos cometido dos errores: primero, subestimar la capacidad de resistencia del enemigo, y en segundo lugar, no aprovechar toda nuestra capacidad ofensiva.

»Nos hemos limitado a disparar nuestra artillería contra las puertas simplemente para abrir brechas por donde pudieran pasar nuestras tropas a pie y a caballo, dejando intactos sus bastiones defensivos. Deberíamos haber machacado con más fuego artillero a los defensores, para minar su resistencia y acabar con sus baterías. Ahora lo haremos.

• • •

El jueves 16 de junio amaneció en calma. Las primeras luces de la mañana

comenzaron a desvelar los resultados de los terribles combates librados el día anterior. A primera hora, Palafox, Faria y Sangenís recorrieron las zonas más afectadas y comprobaron el estrago que en las tres puertas atacadas y en sus alrededores habían causado los combates.

Decenas de hombres y mujeres se afanaban en retirar escombros y en recoger los últimos cadáveres que habían quedado abandonados la noche anterior.

—¿Qué hacemos con los cadáveres de los soldados franceses, general? —preguntó Faria.

—Los enterraremos en fosas comunes. A punto de comenzar el verano y con este calor los cuerpos se descomponen enseguida, lo que provocaría epidemias entre los vivos. Hay que inhumar rápidamente a todos los muertos.

Palafox se dirigió después a los hospitales, donde se hacinaban decenas de heridos, la mayoría alcanzados por la metralla de los cañones franceses.

—Aquí no caben más heridos, general; habrá que habilitar nuevos hospitales —le confesó uno de los médicos que atendían el hospital de Nuestra Señora de Gracia, el más importante de la ciudad.

Palafox ordenó que todos los edificios con posibilidades de ser habilitados como hospitales fueran requisados a sus propietarios. En algunos casos no hizo falta; la condesa de Bureta ofreció su palacio para acoger a cuantos cupieran en sus lujosos salones.

Faria había informado a Palafox del valor demostrado por María Agustín. La joven heroína se recuperaba en el hospital de Nuestra Señora de las heridas recibidas en la batalla de las Eras.

—Le hemos lavado las heridas con una cocción de malvavisco y le hemos aplicado una compresa de vino. Afortunadamente, la herida del brazo era superficial y no ha habido que amputarlo. La del costado es más profunda, pero creo que si no surgen contratiempos se recuperará pronto —informó el cirujano a Palafox.

María Agustín descansaba tumbada en una cama del hospital. Su ejemplo de valor se conocía ya en toda la ciudad y los oficiales que habían luchado en la batalla de las Eras del Rey la citaban como modelo a los hombres bajo su mando.

—El coronel Faria me ha informado sobre su acción. Es usted una joven muy valerosa; creo que merece una condecoración —le dijo Palafox a María.

—Gracias, señor.

La joven quiso incorporarse, pero el capitán general se lo impidió con suavidad.

—Ahora descanse y recupérese; la necesitaremos pronto.

• • •

Algunos espías informaron de que los franceses se habían dirigido hacia los

pueblos más cercanos situados al sur de Zaragoza. La frustración de su derrota en el primer asalto a la ciudad les había colmado de ira y habían asaltado varias pequeñas localidades en el curso bajo del río Huerva. Cuarte, Cadrete y María habían sido saqueadas y el convento de Santa Fe había sido expoliado con tal rabia que los monjes que se habían interpuesto para impedir el saqueo habían sido asesinados sin piedad.

—Es el momento de salir de Zaragoza. Coronel, ordene que sean talados todos los árboles hasta al menos mil pasos de distancia de los últimos muros y tapias de la ciudad, hay que impedir que los franceses puedan refugiarse tras ellos cuando vuelvan a atacarnos. Yo partiré enseguida hacia Belchite en busca de refuerzos. Ya he transferido el mando al general Bustamante.

Faria transmitió de inmediato las órdenes de Palafox, que al fin parecía reaccionar con medidas prácticas ante el ataque francés. El desorden de los primeros días, la falta de una autoridad que hubiera tomado el mando desde el principio y el colaboracionismo del general Guillelmi habían propiciado que el avance del ejército galo hasta las mismas puertas de Zaragoza se hubiera realizado sin otro contratiempo que la débil resistencia de las tropas inexpertas enviadas a su encuentro desde la capital aragonesa.

El sargento Morales le dijo al coronel Faria que no se había tomado ninguna medida para detener o al menos ralentizar el avance del ejército francés, que ni siquiera se habían volado los puentes sobre el Ebro y que no se había dictado ninguna orden para intentar cortar la línea de suministros que se extendía desde la frontera en Irún a Pamplona y de allí a Zaragoza.

Poco después de la salida del general Palafox en busca de refuerzos, llegó a la ciudad un correo de la Junta Suprema de Defensa. El general Bustamante abrió la carta y leyó a Faria su contenido. En ella se comunicaba a todas las Juntas locales y provinciales que el emperador Napoleón había nombrado a su hermano José nuevo rey de España y de las Indias, que reinaría con el nombre de José I, en uso de los derechos adquiridos sobre el trono de España por la renuncia en Bayona de Fernando VII y la transmisión realizada en su favor por Carlos IV. Se dotaría a España de una constitución, que se estaba redactando en Bayona, con la que Napoleón anunciaría que deseaba sacar a este país del retraso que los malos gobiernos de las últimas décadas le había hecho arrastrar.

Al regreso de Palafox, con poco éxito en su misión de reclutar nuevas tropas, la Junta de defensa de Zaragoza se reunió con carácter de urgencia.

—Señores —habló Palafox—, los acontecimientos se han precipitado en los últimos días. En Bayona está reunido un simulacro de asamblea nacional y en nombre de todos los españoles va a elaborar un proyecto de constitución que será presentado a Napoleón para su ratificación. El emperador ha dado su visto bueno y ha designado

a su hermano José, hasta ahora rey de Nápoles, rey de España. Obvio decirles que ni reconocemos ni reconoceremos jamás ninguna decisión que se tome bajo la presión del emperador y que no consideramos legales ni válidas ninguna de esas medidas.

Palafox omitió que Fernando VII había felicitado a José Bonaparte por su designación como rey de España. El capitán general de Aragón seguía siendo fiel a don Fernando y, aunque comenzaba a tener algunas dudas sobre su valía, especialmente a partir de las informaciones que Faria y otros le habían transmitido sobre su comportamiento en las entrevistas con Napoleón en Bayona, intentaba convencerse de que todo era debido al cautiverio a que estaba sometido. Seguía creyendo que don Fernando era el gran rey que España requería para superar las graves crisis que asolaban el país desde la derrota en Trafalgar y que su reposición en el trono traería la época de paz y prosperidad que tanto se necesitaba.

El padre Boggiero y el presbítero Sas se removieron en sus asientos cuando Palafox indicó que uno de los artículos de la nueva constitución debería proponer que el catolicismo dejara de ser la religión única de los españoles.

—¡Ni hablar! —intervino el sacerdote Boggiero—. Hemos luchado durante siglos contra sarracenos, judíos y herejes para que esta nación recuperara sus raíces cristianas y su profundo ser espiritual católico. Y ahora, unos cuantos afrancesados y liberales a sueldo de ese Napoleón pretenden acabar con tantos siglos de fe y de gloria. No lo consentiremos. España es católica, y ha de seguir siéndolo para siempre. Nuestros valores cristianos no pueden quedar en entredicho.

—Estoy de acuerdo, padre; una constitución laica sólo acarrearía la muerte de muchos inocentes —sostuvo el presbítero Sas—, como ocurrió con la Revolución en Francia, y el final de la religión. Un hombre sin religión no es nada.

Faria torció el gesto, pidió la palabra y dijo:

—Señores de la Junta, nuestro objetivo primordial es derrotar a los franceses, conseguir que sus soldados se retiren de España y restablecer la legalidad en nuestro país. La manera de organizarnos políticamente debe quedar para después. Ahora, el único enemigo ha de ser Bonaparte y su ejército.

—Los enemigos de la religión también son los enemigos de España; debemos combatirlos y acabar con ellos —repuso Boggiero.

—Señores, caballeros, cálmense todos. El coronel Faria tiene razón. Nuestro enemigo es Napoleón y debemos emplear todas nuestras energías en combatirlo. Y también lo haremos con la ayuda de Dios, padre Boggiero, y con la de nuestra Virgen del Pilar.

—Ella es nuestra patrona y ha de ser nuestra guía —afirmó Boggiero.

—Por ello nos hemos encomendado a su protección. Hoy mismo he ordenado que se borde en una bandera blanca la imagen de la Virgen; ése será el estandarte del nuevo batallón de voluntarios que acabamos de constituir. Llevará el nombre de

Primer Tercio de Valientes Voluntarios Aragoneses y su principal misión será la defensa de Zaragoza —dijo Palafox.

Acabada la reunión de la Junta, Palafox y Faria conversaron a solas.

—No se enfrente con los curas, Francisco, la Iglesia sigue siendo todopoderosa en España.

—No pretendo hacerlo, mi general, sólo he puesto encima de la mesa los que yo creo que han de ser los objetivos prioritarios de esta guerra. Y no se me ocurre otro más importante que derrotar a los franceses.

—En eso estamos todos de acuerdo, pero sabe usted, Francisco, que existen diversas maneras de hacerlo.

—Le voy a confesar una cosa, general. Cuando Napoleón entró en Berlín, hace ya dos años, su servicio de espionaje descubrió en los archivos estatales una carta en la que don Manuel Godoy prometía a Prusia que España atacaría a Francia. Poco después de leer esa misiva, el emperador destrozó a austriacos y a prusianos en los campos de Jena. Mi pariente Godoy desistió entonces de sus planes, pero Napoleón se consideró engañado por España y prometió que acabaría con la dinastía de los Borbones.

»Si a eso, mi general, añade la lamentable impresión que don Carlos y don Fernando le causaron en Bayona, comprenderá por qué Napoleón odia y desprecia tanto a los españoles. Nos considera una pandilla de cobardes a imagen de los dos monarcas. Y he de confesarle, don José, que, en su situación y a tenor de lo visto y oído en Bayona, yo hubiera pensado lo mismo que Bonaparte.

Palafox no supo qué decir. Debería haber amonestado a Faria por hablar así de los reyes de España, sobre todo de Fernando VII, pero se limitó a cambiar de tema de conversación.

—Alguno de mis consejeros me ha dicho que es primordial para el desenlace de esta guerra que cortemos los suministros franceses que llegan desde Pamplona.

—Creo que es lo correcto, general.

—Venga conmigo.

Palafox y Faria se dirigieron a la sala de mapas de Capitanía.

—Ésta es mi intención —dijo Palafox señalando un mapa—: Realizaremos una salida por el oeste para intentar cortar su línea de contacto con Pamplona, los envolveremos con una maniobra circular y atacaremos de noche por su espalda. Si los cogemos desprevenidos, tal vez podamos vencerlos. En esta ocasión me acompañará usted, Francisco.

—Como usted ordene, mi general.

En un emotivo acto, Palafox entregó la bandera blanca bordada con la imagen de la Virgen del Pilar al Primer Tercio de Voluntarios de Aragón y salió de Zaragoza al frente de una división hacia el valle del Jalón. Su plan era el que había confesado a

Faria.

La noche del 22 de junio, desde la localidad de Epila, en el bajo Jalón, Palafox dio la orden de atacar al ejército francés. Los cañones abrieron fuego contra las posiciones de la infantería imperial, que se retiró con orden.

Pero, tras unos minutos de calma, la poderosa artillería francesa comenzó a disparar una lluvia de fuego sobre las posiciones aragonesas en esa localidad.

Faria se mantenía junto a Palafox, que daba constantes órdenes para mantener la línea de defensa junto a las primeras casas del pueblo. La táctica del combate sorpresa planeado por Palafox no había dado resultado, y ahora eran los franceses quienes castigaban con fuego de artillería a las tropas de la infantería española.

Un correo del Primer Tercio de Voluntarios llegó al galope ante Palafox para comunicarle de parte de su coronel que era imposible mantener la línea de defensa y pedía permiso para retirarse antes de ser capturados o muertos todos los hombres del regimiento.

Palafox atisbo la situación y dio la orden de replegarse hacia el este. El capitán general de Aragón levantó sus posiciones en Epila y puso a su ejército en camino hacia Belchite.

—Si aguantamos ahí, los efectivos franceses en España quedarán cortados en dos, y será más fácil derrotarlos.

Mientras Palafox se retiraba, los franceses saquearon Epila.

Faria dirigió el despliegue de la infantería y la artillería españolas en un amplio frente en espera de la aparición del ejército francés, que lo perseguía desde Epila y que, pese al tiempo perdido en el saqueo, le venía pisando los talones.

—No soportaremos ni siquiera su primera carga —confesó Faria a su ayudante, el sargento Morales—. Son muy superiores a nosotros, y además siguen confiando en que su emperador les dará la victoria.

—Ahí están, de nuevo a toda marcha —señaló Morales al atisbar a lo lejos la avanzadilla de los franceses.

—Otra vez a ciento veinte pasos por minuto. Les llevábamos varias horas de ventaja y casi nos han alcanzado: ¡malditos demonios!

En esta ocasión, los franceses atacaron tal como se presentaron ante Epila, con una serie de cargas de una contundencia extrema. En muy poco tiempo, más de seiscientos soldados españoles habían caído ante la furia del ejército imperial.

—Nos están matando como a moscas, coronel. ¿Es que nadie va a evitar esta masacre? —dijo Morales a Faria.

Francisco de Faria, al comprobar que no había ninguna posibilidad de resistir en sus posiciones, y advirtiendo la hecatombe en las primeras filas de sus soldados, le pidió a Palafox que ordenara la retirada.

—¡Ni hablar! Todavía podemos vencer —replicó Palafox.

—No, mi general, estamos perdidos si no retrocedemos —insistió Faria.

Palafox recapacitó y reunió a su Estado Mayor en una casa de campo junto al río Jalón. Algunos confidentes le habían hecho llegar las quejas de varios oficiales del ejército por la forma en que estaba llevando a cabo esa campaña.

—Señores —comenzó diciendo el capitán general—, ha llegado a mis oídos que algunos oficiales están disconformes con mi manera de llevar a cabo estas operaciones. Bien, ¿alguien tiene algo que decir?

Un silencio espeso se extendió por toda la sala.

—Sí, mi general —sonó una voz—, yo tengo algo que decir.

—Bien, coronel, hable.

El coronel Martínez Laseca, uno de los militares más veteranos de la división, dijo:

—La mayoría de mi regimiento ha caído muerta o está herida. Con el debido respeto, esta campaña ha sido un desastre, mi general. No tenemos ni las fuerzas ni la preparación suficiente para enfrentarnos a enemigo tan poderoso en condiciones de victoria, debemos regresar a Zaragoza antes de que nos eliminen a todos.

—Hemos oído que tropas francesas de reserva de infantería y caballería se dirigen hacia Zaragoza para reforzar el cerco —terció otro coronel—. Si cae la ciudad, no tendremos ningún lugar donde ir, y en ese caso los franceses nos exterminarán como a ratas.

Nuevas voces críticas al plan de Palafox se fueron uniendo a las de los dos coroneles, en tanto los cañonazos del ejército francés se sentían más y más cerca.

Conforme se caldearon los ánimos, algunos pidieron incluso la destitución de Palafox de su cargo de capitán general de Aragón.

—Caballeros —intervino Faria—, don José de Palafox ha sido proclamado capitán general por las Cortes de Aragón; en consecuencia, sólo ellas tienen la legítima facultad de revocar su mandato.

—Seiscientos muertos son argumento más que suficiente para cambiar esa designación —asentó el coronel Martínez Laseca.

—Coronel, queda detenido por inducir a la sedición —dijo Faria apuntando con su sable al pecho de Martínez Laseca.

Ante la resolución de Francisco de Faria, los demás oficiales rebeldes callaron.

—Señores, todos a sus puestos. Ordenen a sus hombres que se replieguen hacia Zaragoza. Nos haremos fuertes allí. Y retire ese sable del pecho del coronel Martínez Laseca —ordenó Palafox a Faria.

Las defensas de Epila fueron abandonadas a toda prisa y la división regresó derrotada a Zaragoza.

Y lo hizo justo a tiempo, pues apenas un día después el mariscal Verdier, con mucha más veteranía y experiencia que Lefévre, se presentó ante las puertas de

Zaragoza al frente de tres mil infantes y varias piezas de artillería. El 23 de junio quedó formalizado de nuevo el asedio a Zaragoza; unos once mil hombres formaban ahora el contingente francés.

Ese mismo día, en la explanada de la puerta del Carmen, miles de zaragozanos, soldados profesionales y voluntarios juraron defender a la religión católica, a don Fernando VII y a la nación española, ante la bandera blanca con la imagen de la Virgen del Pilar que días antes había mandado bordar Palafox.

El 21 de junio de 1808, José I, bien a su pesar, había entrado en España desde Bayona para hacerse cargo de su nuevo trono, y el día 24 ya estaba en Madrid, instalado en el Palacio Real. Al mayor de los Bonaparte no le había quedado más remedio que aceptar la propuesta que le hiciera su hermano. José estaba muy a gusto en Nápoles, donde disfrutaba del risueño carácter de sus gentes, de la bondad y suavidad de su clima y del aprecio que había logrado ganarse gracias a su buen gobierno, y en nada deseaba cambiar todo eso por el frío invierno de la meseta castellana, el rechazo previsible de los españoles y el tosco y rebelde carácter de sus gentes.

Napoleón lo había presionado tanto, que finalmente José no tuvo más remedio que renunciar al trono de Nápoles y aceptar el de España.

## Capítulo XII

---

Lo que temía Palafox acababa de suceder. Muy superiores en campo abierto, los franceses habían empujado a las avanzadillas del ejército español hasta encerrarlas en el interior de los muros de Zaragoza.

El coronel Falcó mandaba las defensas del monte de Torrero, desde las que se dominaba toda la ciudad, y las perdió ante el ataque francés. Fue acusado de traición. Dos días antes había sido ejecutado el corregidor de las Cinco Villas, tras un proceso lleno de irregularidades. Falcó también sería fusilado, tras un juicio sumarísimo, un mes después. Palafox no quería que nadie se relajara en su atención en el combate.

De cuantos enfrentamientos se habían producido en las últimas semanas, sólo el que había tenido lugar en las puertas de la ciudad había resultado favorable a los españoles. Fracasados los intentos de vencerlos en campo abierto, Palafox confiaba en detener a los imperiales ante los muros de Zaragoza. El general sabía que cada zaragozano sería un soldado, y que nadie se rendiría sin sacrificar antes todo cuanto tuviera dentro.

Las grandes batallas en espacios abiertos favorecen la huida de los soldados cuyo ejército es batido en el primer envite. Como apasionado estudioso de la historia, eso lo sabía bien Napoleón, de ahí el interés del emperador en lograr un gran impacto destructor con la primera carga, a fin de debilitar la moral del enemigo. Pero ante los muros de una ciudad, esa táctica no servía, de modo que la única manera de quebrantar la moral de sus defensores era bombardeando sin cesar las casas, para causar grandes daños y hacer cundir así el desánimo entre los defensores.

Encerrado el ejército de Palafox en Zaragoza, los franceses se desplegaron al sur de la ciudad, en un amplio arco que cubría todos los barrios de la orilla derecha del Ebro. En esta segunda ocasión, el experimentado mariscal Verdier no iba a repetir el tremendo error estratégico de Lefévre. Escarmentado en cabeza ajena, Verdier no subestimó en principio la capacidad de defensa de los zaragozanos y ordenó a todos los coroneles de cada uno de los regimientos que mantuvieran una situación de permanente alerta y que en ningún caso llevaran a cabo ninguna acción sin antes contar con su aprobación.

—No quiero ninguna sorpresa, caballeros. En el primer ataque contra Zaragoza cometimos el error de subestimar a esa gente. Es cierto que los hemos vencido en todas las batallas libradas en campo abierto, pero derrotar a los defensores de una ciudad es mucho más difícil. Cada hombre, cada mujer incluso, lucha por su casa, por su vida, por sus hijos, por todo cuanto tiene. De una ciudad sitiada no se puede escapar corriendo, como en una batalla convencional, de ahí que cada puesto de combate se defiende con una fiereza inusitada.

»Comenzaremos con un ataque masivo de la artillería. Tenemos cañones y

morteros suficientes como para someter a esa ciudad a un bombardeo permanente durante días. Se trata de destruir sus defensas, pero sobre todo de minar su moral y su capacidad de resistencia.

Mientras Verdier se dirigía a sus generales, en Zaragoza se oyó una enorme explosión. Rápidamente, todos los jefes del alto mando francés salieron fuera de la tienda y observaron a lo lejos una gigantesca columna de polvo y humo que se alzaba desde el interior de Zaragoza en medio de numerosas y terribles detonaciones.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué pasa aquí? ¿Quién ha ordenado disparar? —demandó furioso el mariscal.

—Esas explosiones no proceden de nuestras baterías, excelencia. Nada tenemos que ver con ello —repuso de inmediato el oficial de guardia.

En efecto, la serie de deflagraciones que se sucedían en el barrio zaragozano de la Magdalena se debían a un terrible descuido. A fin de acercar las municiones a las baterías instaladas sobre los muros protectores de la ciudad, Palafox había ordenado el traslado del polvorín situado en el seminario, en la calle del Coso Bajo, al convento de San Agustín, cuyas paredes lindaban con los muros medievales y donde se había dispuesto uno de los principales bastiones para la defensa. Uno de los soldados que participaban en el acarreo de las municiones se encendió un cigarro mientras descansaba unos minutos. Durante unos instantes, dejó el cigarro encendido en el suelo para beber agua de un botijo. Y en ese preciso momento, una racha de viento arrastró el cigarro hasta uno de los carros cargados con la pólvora. Aquel día de fines de junio era terriblemente caluroso y el aire era tan seco que había borrado cualquier resto de humedad. Unos sacos de paja colocados junto a los barriles de pólvora para amortiguar el traqueteo de los carros prendieron de inmediato con la brasa del cigarro, avivada por el cálido viento del sureste, y comenzó una serie de explosiones en cadena a las que siguieron varios incendios y nuevos estallidos.

En cuanto se enteró de lo que sucedía, Palafox corrió hacia el polvorín, pero sólo llegó a observar cómo la mayoría de las municiones se había volatilizado y numerosas casas arruinadas ardían en medio de un caos de humo y polvo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán general de Aragón.

—Lo siento, excelencia, uno de los hombres que trabajaban en el traslado de la munición cometió el error de encender un cigarro... —un capitán le relató lo sucedido.

—Tráiganlo ante mí de inmediato —ordenó Palafox.

—Me temo que es imposible, mi general. Ese desdichado voló por los aires al intentar apagar el fuego que él mismo había originado.

—¿Está usted al mando de esta operación, capitán?

—Sí, mi general.

—Pues preséntese dentro de una hora en mi despacho de Capitanía. Pero ahora

ayude a apagar ese fuego, ¡vamos!

El capitán saludó con marcialidad y cierto temor, y se alejó raudo hacia las casas que ardían.

—Esos hombres no están preparados para este trabajo, mi general —comentó Faria, que se había trasladado junto a Palafox al lugar de las explosiones.

—Lo sé, Francisco, lo sé, pero no tenemos otros, ni tiempo siquiera para adiestrar a éstos.

—Va a ser imposible detener a los franceses.

—Lo intentaremos con todas nuestras fuerzas, aunque me temo...

Las palabras de Palafox fueron interrumpidas por una enorme deflagración que obligó a todos los presentes a tumbarse o a buscar refugio en algún lugar cercano.

Acababa de estallar el ala del seminario donde se almacenaban las municiones que no se habían podido rescatar. Se habían perdido en el incendio treinta mil libras de pólvora.

Una vez disipado el humo, Palafox añadió:

—A partir de ahora, fabricaremos la pólvora día a día. Es peligroso tener almacenada tanta munición. Ojalá no echemos de menos esa pólvora más adelante.

En cuanto Verdier supo con certeza lo que había pasado, cambió sus planes y ordenó el bombardeo inmediato, previo al asalto, de Zaragoza. A primera hora del día siguiente a la pérdida del polvorín del seminario de la Magdalena, las baterías francesas ubicadas en las alturas de los cerros del sur, donde había emplazados treinta cañones, cuatro morteros y doce obuses, empezaron a vomitar fuego con una violencia inusitada para preparar el asalto de la infantería.

A pesar de que el mariscal había planeado otra estrategia, creyó que el desastre del seminario habría despistado la atención de los defensores de la zona norte, y tras el intenso bombardeo ordenó a varios regimientos de infantería que se lanzaran al asalto.

Sin embargo, la noche anterior, Palafox, suponiendo que los franceses aprovecharían el desconcierto para organizar un ataque, había ordenado reforzar la defensa de esa zona. Para avisar de inmediato de los movimientos enemigos, había dispuesto un sistema de alarma mediante el toque de campanas. Desde lo alto de la llamada Torre Nueva, un campanario exento de ladrillo ubicado en el centro de la ciudad, unos vigías provistos de catalejos y en turnos permanentes de guardia avisaban con toque de campana de cualquier movimiento que observaran en las filas enemigas.

Los primeros ataques se dirigieron a las puertas del Carmen y de Santa Engracia y al cuartel de la Aljafería, pero fueron rechazados y cosecharon enormes pérdidas; en la zona de Torrero, algo alejada de la ciudad, los infantes franceses consiguieron avanzar y consolidar nuevas posiciones.

En plena refriega, un rayo de esperanza iluminó a los defensores. Por el camino de Barcelona, libre de presencia francesa, aparecieron varios batallones de voluntarios reclutados en Lérica y en Monzón. No eran demasiados hombres y tampoco estaban bien adiestrados, pero su llegada supuso una ración adicional de ánimo y de alegría para los sitiados.

Faria y Morales salieron de Capitanía al frente de las tropas de refresco y corrieron hacia la puerta del Carmen, donde se estaban librando algunos combates. El coronel de la guardia de corps observó que las calles estaban llenas de socavones producidos por las bombas francesas. Donde habían caído los proyectiles, el empedrado había desaparecido porque se había convertido en metralla añadida a la de las bombas. Varios muertos y heridos jalonaban la calle, muchos de ellos alcanzados por las piedras reventadas del suelo.

—Fíjese, Isidro, los guijarros del pavimento han causado más estragos que las mismas bombas. Observe que cuando un proyectil impacta en una casa, los daños no son muy importantes, pero cuando lo hace sobre el suelo empedrado, cada fragmento de piedra se convierte a su vez en un proyectil de efectos devastadores.

—Tiene usted razón, coronel. ¡Mire allí! —le indicó el sargento Morales.

Un magnífico edificio de ladrillo se mantenía en pie orgulloso y altivo en medio de dos calles cuyos pavimentos estaban reventados. La fachada del palacio renacentista había sufrido abundantes impactos, pero sus paredes resistían perfectamente y, aunque mostraba numerosos desperfectos, los efectos más graves de las explosiones se habían producido con los cascotes de las piedras de la calzada.

—Le diré al general Palafox que ordene levantar los pavimentos de piedra, los materiales nos servirán para construir trincheras y barricadas —dijo Faria.

Cuando llegaron a la puerta del Carmen, el tiroteo entre los dos bandos se había reducido a un intercambio de disparos de francotiradores. Los franceses se habían retirado hacia Casablanca y Torrero, dejando algunos muertos en el frustrado intento de ocupar la ciudad. Los recién llegados de Monzón y Lérica creyeron que era su presencia la que había espantado a los franceses, y gritaron como si acabaran de ganar la guerra.

• • •

Pese a su veteranía y experiencia, el mariscal Verdier estaba totalmente desconcertado. Desdeñando su plan inicial y el antecedente del fracaso de Lefévre, había lanzado un ataque sorpresa al observar el estallido del polvorín del seminario. Al inspeccionar las defensas de Zaragoza, había advertido que no se trataba de una ciudad bien amurallada, por lo que no había calculado semejante tenacidad en la resistencia por parte de sus defensores.

—Las verdaderas murallas de Zaragoza son sus hombres y sus mujeres —dijo a sus generales.

Tan sólo dos días después de ser rechazado su ataque, Verdier recibió un refuerzo de varios cañones de artillería pesada. Los espías y observadores destacados por Palafox se asombraron al contemplar con sus catalejos el gran tamaño y el calibre de los cañones que, tirados por varias recuas de mulas, llegaron desde Pamplona por el camino del Ebro. Con los cañones de grueso calibre vino también una orden directa de Napoleón: Zaragoza debía ser conquistada a cualquier precio.

Palafox había realizado una salida con el batallón de voluntarios de Aragón para intentar batir la retaguardia francesa y cortar las líneas de suministros que llegaban desde Pamplona, pero fue derrotado en el barranco de Osera, y tuvo que replegarse a toda prisa hasta Zaragoza.

En la madrugada del primer día de julio, las nuevas baterías francesas recién instaladas en los altos de Torrero comenzaron a lanzar una densa lluvia de fuego, hierro y metralla sobre Zaragoza. Treinta cañones de gran calibre, cuatro enormes morteros y doce grandes obuses arrojaron durante veintisiete horas seguidas más de mil doscientos proyectiles. Muchos de ellos apuntaron al cuartel de la Aljafería, cuya posición avanzada había sido considerada por Verdier como un puntal clave para la defensa de la ciudad. Si caía la Aljafería y se lograba establecer allí una cabeza de puente, la toma del resto de las posiciones fortificadas sería mucho más fácil.

El cuartel de la Aljafería, el viejo alcázar de los reyes musulmanes de Zaragoza y de los reyes de Aragón, estaba protegido por un amplio foso que dificultaba enormemente un intento de asalto mediante el uso de la infantería. Pero, pese a ello, por la noche se habían desplegado cinco columnas de infantería con la idea de asaltarlo, confiando en que la guarnición estaría muy ocupada en protegerse del intenso fuego artillero a que estaba siendo sometida. El foso y el valor de los defensores fueron suficiente defensa, y los franceses se retiraron sin poder ocupar el antiguo castillo.

## Capítulo XIII

---

El mariscal Verdier estaba colérico por sus fracasos, y sus generales reclamaban un nuevo y más poderoso ataque. Sabían que el estallido del polvorín había causado algunas bajas y que los zaragozanos habían perdido muchas municiones, por lo que insistieron en un nuevo asalto.

—Esa gente no puede resistir mucho más a nuestros envites —les dijo—. Es imposible. Al amanecer lanzaremos cinco columnas sobre las cinco puertas del sector sur. Tiene que ser un golpe devastador, con toda nuestra fuerza de choque. No admitiré que nadie se retire. La orden del emperador es tajante: Zaragoza debe ser conquistada a cualquier precio.

—Esos españoles pelean como fieras, excelencia —apuntó uno de los generales.

—Pues hagámoslo nosotros también. La gloria y el honor de Francia están en nuestras manos. Muchos de nuestros soldados se han paseado triunfantes por los campos de Europa; una ciudad defendida por militares mal equipados y peor entrenados y por unos miles de paisanos inexpertos no puede detener al mejor ejército de mundo. El emperador espera de nosotros que le ofrezcamos esta victoria.

Al alba del día 2 de julio, cinco grandes columnas que se habían desplegado por la noche se lanzaron sobre las puertas de Zaragoza. Allí los esperaban, parapetados tras las trincheras y barricadas, los zaragozanos. Desde la Torre Nueva, los vigías destacados en lo más alto habían observado algunos movimientos del enemigo en medio de la oscuridad. Bajo la luz de las estrellas, habían podido advertir algunos reflejos de los brillantes entorchados de los oficiales franceses que avanzaban desde sus posiciones en la retaguardia hacia los muros y las tapias de Zaragoza.

Faria descansaba a ratos sobre un catre en una pequeña alcoba adyacente a su despacho de Capitanía. Cada cuarto de hora uno de los vigilantes destacados en la cercana Torre Nueva se acercaba hasta el antiguo palacio de los Luna para informar. El conde de Castuera había dado orden a sus ayudantes para que lo despertaran de inmediato si había novedades.

—¿Qué ha visto usted? —le preguntó al vigía que acababa de llegar con noticias alarmantes.

—Creo que los franceses se están moviendo, señor. Durante toda la noche hemos percibido entre las sombras reflejos plateados que se iban acercando a los muros. Creemos que los franceses están desplegándose para situarse lo más cerca posible de las murallas. Aprovechan la oscuridad de la noche para presentarse ante nuestras líneas.

—¡Sargento! —llamó Faria a Morales.

—¡Mi coronel! —se presentó de inmediato Morales.

—Traslade a los hombres de reserva la orden de que se apresuren a tomar

posiciones en las puertas y muros del flanco sur. Si no me equivoco, los franceses lanzarán un ataque con las primeras luces del alba. Yo informaré al general.

Faria ordenó al teniente coronel ayudante de Palafox que despertara de inmediato al capitán general.

—He ordenado que acudan los hombres de reserva, excelencia.

—Bien hecho, Francisco.

—Permítame que vaya con mis hombres, señor.

—De acuerdo, coronel, pero tenga cuidado, lo necesito.

Faria ordenó a todos los hombres bajo su mando en Capitanía que cogieran fusiles y munición y que salieran hacia la puerta de El Portillo. Era una de las más cercanas a Capitanía y conocían bien el terreno, al haber luchado allí mismo el día que hirieron a María Agustín.

Faria avanzó por la calle hasta la plaza, frente a la fachada de la iglesia de Nuestra Señora, junto a cuyas paredes todavía se amontonaban algunos escombros. Era de noche, pero una tenue claridad comenzaba a tintar de un lila pálido el horizonte oriental.

Por algunas calles llegaron varios grupos de paisanos armados con sus propias escopetas de caza y con trabucos y fusiles de los que el ejército había repartido entre la población.

Faria preguntó por el oficial al mando en aquel sector.

—Supongo que ya le han informado de la situación, comandante.

—Sí, mi coronel. Estamos preparados para rechazar el ataque. He ordenado que todos los hombres en condiciones de empuñar un arma en este sector acudan a la defensa de la puerta. Hemos levantado barricadas a los lados y las mujeres están organizando el suministro de municiones y agua y cocinando.

—Bien, comandante. Yo voy hacia la puerta del Carmen. Esté preparado para repeler un asalto inminente, y suerte.

—Gracias, coronel.

Faria avanzó hacia la puerta del Carmen. Cuando estaba a medio camino, oyó los primeros cañonazos.

—¡Ya están ahí! —le dijo a Morales—. Vamos, sargento, corramos.

Los franceses habían desplegado sus baterías y estaban lanzando una serie de terribles descargas sobre las cinco puertas del flanco sur. Aunque la luz del alba ya le había ganado la partida a la oscuridad, los estallidos de la artillería francesa teñían el cielo de un anaranjado intenso que se mezclaba con nubes de humo y polvo negro y gris.

—¡Dios Santo! —exclamó Morales—, jamás había visto semejante potencia de fuego.

—Vamos, vamos —gritó Faria a sus hombres—. Hay que llegar cuanto antes.

En dos minutos el grupo de Faria se plantó en el interior de la puerta del Carmen, cuyos alrededores estaban siendo bombardeados con una violencia despiadada.

—Están preparando el asalto de su infantería. Quieren causarnos todo el daño posible y abrir brechas en los muros para facilitar su avance —dijo Faria—. Hay que resistir como sea; esta puerta es fundamental para la defensa de toda la ciudad.

—¡Coronel, coronel! —le gritó Morales, haciendo oír su vozarrón entre los estruendos de los cañonazos.

—¿Qué pasa, sargento?

—Un mensajero desde El Portillo. Dice que han caído casi todos los hombres, que la situación es crítica. Varios impactos han destruido nuestras baterías defensivas y no hay artilleros vivos para manejarlas.

—¿Quién sabe disparar un cañón? —preguntó Faria.

Cinco o seis de sus hombres levantaron el brazo.

—Yo no he disparado nunca, señor, pero sé cómo se carga —dijo un joven barbilampiño.

—Pues vamos.

Faria y varios de sus hombres corrieron de nuevo de regreso hacia El Portillo. Entre las casas estallaban los disparos que los franceses estaban dirigiendo hacia ese sector. De vez en cuando caían a su alrededor algunos cascotes provocados por el fuego de los morteros.

• • •

Los franceses habían logrado abrir una gran brecha en los muros de El Portillo. Toda la zona de la plaza, la iglesia de Nuestra Señora y la calleja de la puerta estaban llenas de escombros. Muchas casas tenían los tejados derruidos y algunas ardían en medio de una densa humareda gris.

Los disparos de los franceses habían logrado abatir las baterías que defendían ese sector. A unos cincuenta pasos de la puerta, un cañón se mantenía sobre su cureña, pero los hombres que servían esa batería habían caído al recibir el impacto directo de una granada.

Media docena de soldados yacían muertos o gravemente heridos alrededor del cañón. Sólo un cabo respiraba, cansinamente, sentado sobre el suelo y con la espalda apoyada en una de las ruedas de la batería. Sus ojos, apenas entreabiertos, miraban con espanto a un grupo de infantes franceses que se acercaba muy despacio hacia la brecha abierta en la muralla. El cañón estaba recién cargado con bala y metralla, con la mecha lista para ser encendida y apuntando hacia el boquete abierto en el muro, pero el cabo estaba muy malherido, sus piernas habían sido arrancadas de cuajo por la metralla y no tenía fuerza ni siquiera para alzar su brazo a causa de una profunda

herida en el centro del pecho. En su mano derecha mantenía encendido el botafuego, pero no podía llegar hasta la piqueta del cañón para cebarlo.

Los franceses seguían avanzando, cautelosos ante el silencio y la falta de respuesta desde el interior. Uno de sus oficiales gritó a sus hombres que tuvieran cuidado, pues aquella calma podía ser una trampa. El primero de ellos llegó ante la brecha del muro y se asomó con sigilo. Sus ojos contemplaron la desolación más absoluta y decenas de cadáveres y cuerpos mutilados desparramados por todas partes a causa de las descargas de la artillería.

El cabo mutilado intentó arrastrarse para disparar el cañón, pero sus brazos no tenían fuerza para soportar el peso de su tronco.

Ante la ausencia de defensores, unos veinte franceses se agolparon en la brecha y avanzaron agrupados hacia el interior de la ciudad.

Los pocos soldados españoles que quedaban con vida, todos ellos malheridos, comenzaron a bajar los brazos dando por hecho que los franceses habían ganado la batalla y que Zaragoza había sido vencida, pero en ese momento apareció una joven que portaba una cesta con comida.

Se llamaba Agustina Zaragoza y Doménech, había nacido en Barcelona y era la esposa del sargento segundo de artillería Juan Roca, que estaba destacado en Belchite. Agustina se había quedado en Zaragoza en casa de una hermana porque su marido confiaba en que allí estaría más segura. Ella jamás había disparado un cañón, pero sabía cómo hacerlo por la cantidad de veces que se lo había explicado su marido.

Agustina se dio cuenta enseguida de lo que estaba pasando. Al ver el cañón listo para disparar y al cabo mutilado con el botafuego en la mano pero incapacitado para aplicarlo a la mecha, dejó en el suelo la cesta con los víveres y corrió hacia la batería.

—Dispara, dispara... —balbució el cabo al ver acercarse a la joven.

Agustina pasó por encima de los cadáveres de los artilleros, se agachó, tomó el botafuego y miró hacia el frente. Los soldados franceses se encontraban a unos treinta pasos de distancia y se mostraban confiados, pues estaban convencidos de que nadie podría evitar su avance. Estaban seguros de que ya no quedaban defensores en condiciones de enfrentarse a ellos.

En medio del silencio y de la inminente derrota, atronó un cañón. Los primeros treinta soldados franceses fueron alcanzados de lleno. Los servidores de aquella batería la habían emplazado, poco antes de recibir el impacto de la granada, apuntando hacia la brecha que los franceses habían abierto en el muro y por donde el oficial que la mandaba había supuesto que se lanzarían al asalto, como así fue.

En cuanto se disipó el humo del cañonazo, una figura pequeña y frágil pareció emerger de entre los escombros. Agustina se mantenía en pie, rígida como una roca, con su mano como soldada al cañón que acababa de disparar.

En ese preciso momento apareció en la plaza de El Portillo el coronel Faria con una treintena de hombres.

—¿¡Pero de qué pasta están hechas las mujeres en esta tierra!? —exclamó asombrado el conde de Castuera.

—No lo sé, coronel, pero benditas sean —repuso Morales.

Agustina comenzó entonces a darse cuenta de lo que había hecho, y en un arranque de furia gritó:

—¡Ánimo artilleros, adelante, adelante, que aquí están vuestras mujeres para ocupar vuestros puestos cuando no podáis más!

Los heridos, que se habían dado por vencidos unos minutos antes, recobraron nuevos bríos. Muchos de ellos habían perdido algún miembro, pero todos se incorporaron como pudieron y comenzaron a disparar con cualquier arma que encontraban a su lado contra el boquete por donde habían entrado los infantes franceses. Los que venían tras la primera compañía de vanguardia y que ya no esperaban ninguna resistencia, se mostraron tan sorprendidos que, creyendo ser víctimas de un contraataque de los sitiados urdido tras una emboscada, vacilaron por unos instantes.

Faria corrió hacia otra de las baterías inutilizadas y con ayuda de varios hombres logró colocar el cañón sobre la cureña. Lo cargaron a toda prisa y dispararon una andanada sobre los asombrados atacantes, a la vez que otros disparaban de nuevo el cañón de Agustina, que se mantenía erguida como un icono de victoria junto a la batería. Los franceses, desconcertados por aquella inesperada reacción, huyeron por la brecha del muro y se retiraron hacia sus posiciones iniciales.

Palafox también se había dirigido hacia El Portillo en cuanto le dijeron que había en esa zona muchas dificultades. Cuando llegó, los victoriosos defensores de aquella puerta se agolpaban alrededor de Faria y de Agustina, que era vitoreada con emoción y orgullo por los supervivientes.

—Lo hemos conseguido. El enemigo ha sido rechazado en los cinco puntos en los que ha atacado. Le hemos causado más de quinientas bajas. Zaragoza continúa libre —proclamó Palafox.

—Y lo es gracias a mujeres como ésta —asentó Faria tras saludar al capitán general.

Faria relató la acción heroica de Agustina entre las aclamaciones de todos los presentes.

Palafox miró a su alrededor y vio a un sargento muerto junto a un cañón. Se acercó al cadáver, lo saludó marcialmente y dijo:

—A usted, sargento, ya no le hacen falta.

Cogió las jinetas de las hombreras del uniforme del sargento muerto y se las colocó a Agustina sobre los hombros, prendiéndolas de su blusa con unas horquillas.

—¿Qué hace usted, señor? —preguntó Agustina, sorprendida.

—Un acto de justicia, señora. Desde este momento, la condecoro con el título de artillera y le confiero el grado de sargento, con un salario de seis reales diarios.

—General, yo... —balbució la joven.

—Y además, podrá usted portar dos condecoraciones. Una con el título de «defensora de Zaragoza» y la otra con la recompensa del valor y patriotismo.

—No lo merezco, señor, sólo prendí la mecha de un cañón.

—Con una docena de personas como usted, los franceses ya estarían al otro lado de los Pirineos.

Agustina Zaragoza y Doménech tenía veintidós años. Uno de los presentes, que conocía a la heroína por ser amigo de su hermana, gritó:

—¡Viva Agustina! ¡Viva Aragón!

Desde ese día, a la barcelonesa Agustina Zaragoza y Doménech, nombrada sargento de artillería, todo el mundo comenzó a llamarla Agustina de Aragón.

## Capítulo XIV

---

El mariscal Verdier estaba desconcertado. Ninguno de los contundentes ataques contra Zaragoza había tenido éxito, por lo que decidió cambiar de táctica. Aunque la ciudad no estaba bien amurallada, pues parte de los viejos muros medievales había desaparecido y en su lugar sólo se alzaban endebles tapias, optó por considerarla como una plaza fuerte.

En esos casos el manual del ejército imperial indicaba que había que construir trincheras y aproximarse hasta los mismos muros avanzando en zanjas paralelas. Verdier envió a Napoleón un correo con un amplio informe en el que, tras explicar la enconada defensa de la ciudad, proponía que se llevara a cabo un asedio formal. La respuesta de Napoleón no se hizo esperar y fue breve pero precisa. El emperador ordenaba a Verdier la construcción de trincheras paralelas y la culminación del cerco hasta rodear por completo Zaragoza, de modo que a sus defensores no les quedara más remedio que capitular o morir de hambre.

El ingeniero Sangenís entró en el despacho de Palafox.

—Mi general, los franceses están comenzando a cavar trincheras de aproximación. Parece que el mariscal Verdier ha decidido que sus ataques frontales o bien están condenados al fracaso o bien le están causando demasiadas bajas. Creo que intentarán cerrar el cerco por el flanco norte.

—Para eso necesitarían cruzar el Ebro —dijo Palafox.

—Tal vez envíen un ejército de reserva desde Pamplona para esa misión —supuso Faria, que había estado despachando con Palafox antes de que llegara Sangenís.

—O tal vez no. En ese caso deberían cruzar el Ebro aguas arriba de Zaragoza, que es la zona que controlan. Habrá que estar atentos a ello y evitarlo —dijo Palafox.

—Mi general, no tenemos hombres preparados para esa acción, y en campo abierto...

—Sí, coronel, sí, ya sé que en campo abierto no tenemos ninguna oportunidad —interrumpió Palafox a Faria—, pero si dejamos que crucen el río y nos envuelvan, no habrá manera de conseguir provisiones. Y en ese caso, ¿cuánto tiempo podríamos resistir sin aprovisionamiento?, ¿tres, tal vez cuatro meses? Si nos encierran dentro de estos muros estamos perdidos.

—Pues tratemos de aprovisionarnos de cuantos víveres podamos —propuso Faria.

—Coronel, estamos a principios de julio; este año no se podrá recoger la cosecha de trigo porque los franceses la han quemado, y no habrá aceite el próximo año si no recolectamos este invierno las aceitunas; no hay tampoco hortalizas ni legumbres y el ganado de las granjas cercanas ha sido requisado por los franceses —dijo Palafox.

—¿Entonces, señor...? —demandó Faria.

—Un milagro, sólo nos puede salvar un milagro.

—Tal vez la Virgen del Pilar estará dispuesta a ello —ironizó Faria.

—No se burle de nuestra patrona, coronel, no se lo consiento —replicó Palafox, airado.

—No era mi intención, general.

—Me refiero a un milagro más..., digamos más humano.

—No lo entiendo, general.

—Es preciso levantar la moral de los defensores y estimular su orgullo.

—¿Cómo?

—Con el ejemplo de esa joven, de Agustina Zaragoza. No me diga que no es una señal divina que esa heroína catalana se apellide Zaragoza.

—Es una casualidad —asentó Faria.

—Ni hablar, es una señal. Tenemos que hacer de Agustina un verdadero símbolo de nuestra lucha. Una mujer, sola, con un cañón, haciendo frente a todo el ejército francés y obligando a retroceder a todo un regimiento... Ése es el milagro que necesitamos.

»Francisco, Sangenís, hemos de conseguir que cada zaragozano vea en Agustina un ejemplo de lo que hay que hacer ante los franceses. Una joven mujer y un cañón, ahí está el milagro.

»Cuéntenlo a sus hombres y que éstos lo cuenten a todo el mundo, que inventen coplillas y canciones. La imagen de la defensa de Zaragoza será Agustina y el cañón, Agustina Zaragoza... No, mejor Agustina de Aragón. Sí, Agustina de Aragón, así la llaman ya. Suena bien, ¿no creen?

Y Agustina se convirtió en leyenda, leyenda viva para los defensores de Zaragoza.

• • •

Los primeros días de julio transcurrieron en una tensa calma. Mientras Sangenís dirigía las operaciones de fortificación en la zona sur de la ciudad, emplazando baterías en los lugares más oportunos y fortificando los monasterios, baluartes e iglesias más cercanos a los muros, los franceses cavaban trincheras paralelas a la muralla de la ciudad y avanzaban como topos, cavando en zigzag nuevas trincheras de aproximación cada vez más cerca de las tapias de Zaragoza.

Una vez asegurado el flanco sur y fortificada toda la zona, el mariscal Verdier ordenó a su cuerpo de ingenieros la construcción de un puente de barcas sobre el Ebro, unos dos kilómetros aguas arriba de Zaragoza, frente al pueblo de Juslibol. Lo que había supuesto Sangenís comenzaba a cumplirse. Aseguradas las posiciones en el

sur, el mariscal francés pretendía completar el asedio por el norte y encerrar Zaragoza con un cinturón de trincheras que hiciera imposible el aprovisionamiento de la ciudad.

Desde lo alto de la Torre Nueva, Palafox y Faria contemplaban el despliegue francés con sus catalejos.

—¿Conoce usted la historia de Roma, Francisco?

—En mi casa solariega de Castuera hay una buena biblioteca de obras de historia. Mi padre, el conde de Castuera, era un apasionado de la historia. He leído muchos libros.

—¿Recuerda entonces el cerco de Numancia por Escipión?

—Por supuesto, general, ya hablamos de ello en otra ocasión.

—¿Y no le parece que esta situación es algo similar?

—Sí, ya lo había pensado.

Uno de los vigías permanentes de la Torre Nueva había avisado a Capitanía sobre los movimientos de los franceses aguas arriba de Zaragoza. Al amanecer del día 11 de julio, Verdier había ordenado desplegar las barcas sobre el río, en una zona poco profunda frente al pueblecito de Juslibol, y colocar sobre ellas las pasarelas para formar el puente con el que parte de sus tropas debería cruzar el río para cerrar el asedio por el norte.

Palafox había preguntado a Jorge Ibor sobre el lugar más apropiado para atravesar las aguas en esa zona. El fornido comandante de la flamante compañía de escopeteros del Arrabal le había señalado un vado que en años de acusado estiaje podía cruzarse andando, pues el agua no alcanzaba más allá de la altura de la cintura de un adulto.

Palafox había emplazado varias baterías en una posición que pudiera batir el vado y había ordenado apostar un regimiento de fusileros emboscado en la margen izquierda del Ebro para evitar cualquier intento de los franceses de cruzarlo.

Cuando, con las primeras luces del día, los ingenieros franceses desplegaron el puente de barcas, la artillería española comenzó a vomitar fuego. De inmediato las baterías francesas respondieron con una contundente salva de balas y metralla y se entabló un cruento combate en las márgenes del río, a ambos lados del vado.

Empujados por sus oficiales, los infantes galos comenzaron a cruzar el endeble puente de barcas en medio de un intenso intercambio de fuego. Muchos franceses fueron abatidos sobre el mismo tablaje por los disparos de los fusileros que Palafox había emboscado entre la vegetación de la ribera.

Las baterías francesas, muy superiores, lograron enmudecer a los cañones españoles y se dedicaron a batir entonces la ribera para acabar con el fuego de fusilería. Jorge Ibor, que mandaba la compañía de fusileros, ordenó la retirada tras lanzar una última descarga sobre los franceses.

Tras varias horas de combate, las tropas de Verdier lograron alcanzar la orilla

izquierda, y, una vez asegurada la cabeza de puente, comenzaron a transportar cañones y material pesado.

—Bueno, no hemos podido evitar que crucen el Ebro —comentó Palafox, bajando su catalejo—; ahora, me temo que no tardarán mucho tiempo en cerrar el cerco.

—Hemos hecho cuanto hemos podido, general, pero la artillería francesa es muy superior a la nuestra —asentó Faria.

—Ordene de inmediato a toda la gente de la margen izquierda que se refugie en la ciudad.

Aquella tarde, un densa humareda se extendió sobre el cielo del valle de Ebro. Los campos de trigo de la margen izquierda, los únicos que no habían sido arrasados en los alrededores de Zaragoza, estaban ardiendo.

—Sólo nos quedaba la esperanza de recoger esa cosecha... —se lamentó Palafox.

Los franceses atacaron el barrio del Arrabal, donde el capitán general había destacado algunos defensores con la misión de mantener abierta al menos una ruta que garantizase la llegada de suministros a la ciudad. Junto a las cosechas, ardían algunos pueblos, ermitas y almunias, a los que los galos prendieron fuego tras saquearlos. Pese al empeño francés en cerrar por completo el cerco, los zaragozanos lograron mantener abierto el camino hacia Pina y Barcelona, y por allí se pudieron seguir recibiendo algunas provisiones.

A mediados de julio los franceses habían llegado con sus trincheras tan cerca de los muros que comenzaron a excavar galerías para minarlos y, mediante explosiones, conseguir derrumbarlos desde el subsuelo. Varios zapadores galos lograron cavar un pasadizo bajo la puerta del Carmen y hacer explotar unas minas.

Palafox ordenó a Sangenís que ejecutara un plan de contraataque, excavando a su vez galerías desde el interior de la ciudad hacia el exterior a fin de contrarrestar la táctica francesa.

Excavando como topes, zapadores de los dos ejércitos se afanaron en cavar túneles en dirección al enemigo. Los franceses dirigían sus pasadizos hacia los bastiones defensivos, mientras que los zaragozanos procuraban bloquearlos y cerrarles el paso.

Hornillos y minas explotaban por doquier, provocando derrumbes de túneles y bodegas en los que quedaban sepultados soldados de ambos bandos. Al aire libre y por todos los flancos, los imperiales seguían cavando trincheras para garantizar la seguridad de los sitiadores.

Una parte del muro sur se vino abajo como producto del estallido de varios hornillos colocados en los túneles excavados por los zapadores franceses en la zona de la puerta del Carmen. Palafox supuso entonces que aquello era el preludio de un inminente ataque general y ordenó una reunión urgente de la Junta de defensa.

## Capítulo XV

---

La mañana del 20 de julio, Ricardo Marín, el dueño de la posada donde se alojaba Faria, había despertado al coronel para decirle que esa madrugada uno de sus criados, al pasar por una taberna camino del trabajo, había oído una conversación en la que varios militares, civiles y eclesiásticos discutían sobre la situación en la ciudad. Amparado por la oscuridad, el criado había prestado atención a lo que decían los allí reunidos y había oído con nitidez que la mayoría estaba dispuesta a rendirse a los franceses.

Faria y Marín se dirigieron a Capitanía y se lo contaron a Palafox.

—¿Pudo su criado identificar a esos traidores, don Ricardo?

—No, mi general, pero conozco al dueño de esa taberna; es un tipo que vendería a su propia madre por un puñado de reales.

—Vaya a detenerlo, coronel, y tráigalo aquí inmediatamente.

Apenas media hora después, el tabernero estaba sentado en una de las salas de Capitanía, en presencia de Faria, Ricardo Marín y el sargento Morales, que había acompañado a Faria para arrestar al tabernero.

—Y bien, ¿quiénes son los que pretendían rendirse a los franceses y entregar la ciudad? Vamos, los nombres —le exigió Faria.

—No sé de qué me está hablando, señoría —dijo el tabernero, intentando poner cara de lelo.

Faria insistió varias veces en el interrogatorio, pero el tabernero lo negaba todo.

—¿Me permite, coronel? —intervino Morales, que se había mantenido tras Faria y junto a Ricardo Marín.

El conde de Castuera asintió con la cabeza y se hizo a un lado. El puño de Morales, grande y fuerte como una maza, impactó contra la cara de tonto del tabernero, que salió despedido contra la pared como si acabara de recibir una coz de mula.

—El sargento Morales suele emplear argumentos menos sutiles que los míos, pero ya ha comprobado que son mucho más contundentes —dijo Faria, inclinándose sobre el rostro del tabernero, que yacía tumefacto recostado contra la pared.

—Le preguntaré una vez más, pero sólo una vez más: ¿quiénes estaban esta mañana con usted?

El tabernero cantó de seguido los nombres de todos los presentes en la reunión.

—¿Los conoce usted, don Ricardo?

—A todos no, pero con sus nombres es suficiente.

Faria ordenó al ayudante de campo de Palafox que le hiciera llegar una nota.

—Su excelencia está reunido con la Junta de defensa —le informó el teniente coronel.

—Como si está con el mismo rey. Vamos, pásele esta nota.

El edecán cogió el papel de manos de Faria y entró en la sala. Palafox desplegó la nota de Faria y dijo:

—Señores, entre nosotros hay algunos cobardes que están tramando un plan para rendir la ciudad a Napoleón. Afortunadamente, hemos sabido a tiempo de sus intenciones y quedarán a buen recaudo.

Todos los que pretendían la entrega de la ciudad fueron apresados y encarcelados acusados de traición. Nadie criticó la orden de Palafox, ni siquiera Faria, a pesar de ser consciente de la incompetencia de la mayoría de los oficiales, de la escasa preparación de las tropas y de la desavenencia existente entre algunos mandos militares; y de que, además, con semejante desbarajuste los franceses no tardarían mucho tiempo en conquistar Zaragoza.

—¿Me permite que le haga una observación, mi coronel? —preguntó el sargento Morales a Faria.

—Adelante, sargento.

—Señor, esta gente no está en condiciones de resistir mucho más tiempo a un ataque francés. La mayoría de la población se está comportando con una heroicidad épica, pero no existe orden ni coordinación entre nosotros. La gente va y viene de un lado para otro atendiendo a rumores y a chismorreos.

—Esta gente es magnífica, sargento. Usted mismo ha sido testigo de cómo han combatido para defender su ciudad. ¿Qué otra cosa les podemos pedir?

—Me refiero a nosotros, coronel, a los soldados de verdad.

—Debemos obedecer a nuestros superiores, sargento; fue usted quien me enseñó esto mismo el primer día que entré a formar parte de los guardias de corps.

—Por supuesto, mi coronel, pero alguien debería decir a los miembros de la Junta de defensa que es necesaria una mayor dedicación a la coordinación de esfuerzos. Hay baterías que no pueden disparar por falta de munición o de personal y otras en cambio andan sobradas de ambas cosas.

Faria sabía que Morales tenía razón y que el milagro que esperaba Palafox no podía salvar Zaragoza de la conquista francesa si antes no se organizaba bien la defensa.

A mediados de julio, unos soldados llegados de Andalucía habían informado a Palafox de que los franceses habían derrotado en Medina de Río Seco a los españoles y que después habían violado a todas las monjas de un convento en plena iglesia, en una orgía de barbarie y lascivia. Sin embargo, los españoles habían reaccionado ante semejante afrenta, y el general Castaños había logrado reagrupar a un poderoso ejército en Andalucía y se dirigía hacia Despeñaperros con la intención de avanzar hacia Madrid. Castaños había enviado emisarios en todas direcciones con un mensaje claro y preciso: resistir a los franceses mientras fuera posible para lograr dividir y

distraer sus fuerzas y poder iniciar una maniobra de recuperación del territorio perdido desde el sur hacia el norte. Castaños había planeado una gran batalla en los alrededores de Bailen; si resultaba victorioso, esperaba seguir progresando hacia Madrid para liberar la capital del reino de las manos de los franceses. Pedía sacrificio y lucha a todos los que tuvieran fuerza suficiente para poder sostener un fusil en las manos.

Tal como había previsto el general Castaños, la gran batalla tuvo lugar en Bailen, el 19 de julio. Castaños había organizado su ejército para evitar a toda costa la ocupación de Andalucía por las tropas del mariscal Dupont, pues el alto mando del ejército español era consciente de que la caída de Andalucía supondría el fin de la independencia de España.

La batalla de Bailen fue un desastre para el ejército francés. La superioridad que hasta entonces habían demostrado los imperiales provocó que el conde Dupont lanzara al primero de sus tres cuerpos de ejército contra el frente español, sin esperar la llegada de los otros dos, que se mantuvieron en la retaguardia. En pleno desconcierto táctico, Dupont fue derrotado con cierta facilidad y los otros dos cuerpos de ejército, absolutamente desorientados, acabaron rindiéndose.

La capitulación de los franceses se firmó el día 22. Las orgullosas legiones imperiales que habían vencido a austriacos y prusianos en los campos de Austerlitz y de Friedland depusieron sus estandartes ante los sorprendidos españoles, que todavía se preguntaban tres días después de la victoria cómo se había producido semejante desenlace. En Bailen se acababa de consumir la primera gran derrota de un ejército imperial francés y con ella fueron capturados casi dieciocho mil soldados.

En aquellos días del verano de 1808, el emperador estaba recibiendo homenajes y distinciones de media Europa. Los profesores de la Universidad de Leipzig habían acordado en un claustro que las tres estrellas del cinturón de la constelación de Orion recibieran el nombre de «Estrellas de Napoleón». Todo parecía despejado para el corso, quien ya se veía como soberano único de una Europa unida bajo la tutela de Francia. Pero cuando se enteró de la derrota de Bailen, estalló de cólera; era la primera vez que las águilas imperiales sucumbían en un combate en tierra firme.

• • •

En Zaragoza la situación empeoraba conforme los franceses iban apretando el cerco, pero el calendario religioso seguía rigiendo el ritmo vital de la ciudad incluso en pleno asedio. Faria estuvo a punto de desesperarse cuando Palafox le comunicó de manera solemne que los trabajos de fortificación se interrumpirían durante todo el día 25 de julio para que los zaragozanos pudieran celebrar la fiesta del apóstol Santiago.

—Santiago es un santo muy querido por los zaragozanos. Este apóstol vino en

persona a predicar el Evangelio a nuestra ciudad, y aquí fue donde se le apareció la Virgen para ordenarle que construyera un gran templo en su honor —explicó Palafox a Faria, al contemplar la cara de asombro que había puesto el conde de Castuera cuando recibió la orden de interrumpir todos los trabajos ese día.

—Mi general, no podemos rebajar la guardia ni detener las obras de defensa ni un solo momento, los franceses... —intentó decir Faria.

—Los franceses no atacarán el día de Santiago, de eso se encarga el apóstol en persona.

Faria se cuadró ante Palafox y salió del despacho en busca de Morales.

—¡Sargento! —lo llamó.

—Coronel.

—Trasmítale a Sangenís la orden del capitán general don José de Palafox de que mañana, 25 de julio de 1808, todos los trabajos de fortificación y defensa de la ciudad quedarán suspendidos a fin de que los zaragozanos puedan celebrar la fiesta con el respeto debido al apóstol Santiago.

—¿Señor...? —preguntó extrañado Morales.

—Hágalo de manera inmediata.

—No sé si he entendido bien, mi coronel.

—Perfectamente, sargento; creo que he hablado muy claro.

Morales se cuadró.

—¡A la orden, mi coronel!

Apenas una hora después de que Morales saliera en busca de Sangenís, el jefe de ingenieros entró en el despacho de Faria.

—¿Da su permiso, mi coronel?

—Pase, Sangenís, pase.

—Señor, la orden que me ha transmitido el sargento primero...

—Es correcta. Mañana quedarán interrumpidos todos los trabajos.

—¿Alguien se ha vuelto loco, señor?

—Modere sus expresiones, Sangenís, está usted hablando con un superior. Y límitese a cumplir las órdenes.

—Sí, mi coronel.

Sangenís se retiró confuso.

—¡Sargento! —gritó Faria.

Morales entró en el despacho.

—Coronel...

—Comunique a los comandantes de los puestos de artillería en la línea del frente que mañana se mantengan atentos, mucho más que de costumbre.

—¿Y la fiesta de Santiago, coronel?

—El apóstol lo entenderá.

El caluroso día de Santiago transcurrió entre procesiones, misas y oraciones al santo apóstol para que librara a Zaragoza de los franceses. Por las calles, los fieles devotos cantaban canciones patrióticas y estribillos en contra del «rey intruso», como la gente empezaba a denominar a José I. En algunas coplas al hermano de Napoleón se le llamaba «José Postrero» o «José Ninguno», y en canciones satíricas se le nombraba con apodos como «Pepe Pepino», «Pepillo» y «Pipote». Aunque el mote que más caló entre los zaragozanos fue uno que trajeron unos comerciantes que habían podido huir de Madrid: «Pepe Botella». Con este mote se hacía alusión a la presunta afición a la bebida de José I, al que la propaganda de la resistencia había convertido en un borracho pese a que era abstemio.

Borracho, malvado, tuerto, debido esto último a que usaba monóculo y al mirar a su través cerraba el otro ojo, José I fue vilipendiado en cada uno de los romances que se compusieron en España para burla del hermano de Napoleón.

## Capítulo XVI

---

El mayor de los Bonaparte se consideraba el legítimo rey de España pues no en vano Carlos IV y Fernando VII habían renunciado a sus derechos a la corona en favor de Napoleón, y el emperador se los había transferido a partir de la legitimidad dinástica que encarnaban los Bonaparte. En cuanto José I se instaló en Madrid, fueron muchos los españoles llamados «afrancesados» que intentaron ayudar a la buena marcha de la nueva Administración. Relegados, cuando no perseguidos y encarcelados por la justicia de España, los afrancesados consideraban a la corrupta monarquía de los Borbones la principal fuente de los graves males que aquejaban a la nación y creían firmemente que el triunfo de las nuevas ideas revolucionarias procedentes de Francia era la única manera de superar el retraso secular del país.

La persecución contra los afrancesados y los librepensadores había llevado en los últimos años a muchos intelectuales de gran valía a la cárcel. El mismísimo Gaspar Melchor de Jovellanos, que fuera ministro de Gracia y Justicia, había sido encarcelado en Mallorca en 1801 y no fue liberado de su prisión hasta el comienzo de la primavera de 1808.

El hospital de Nuestra Señora rebosaba de heridos, la mayoría con graves quemaduras producto de los incendios que causaban las bombas francesas o con profundas heridas provocadas por la metralla de las explosiones.

Palafox hizo una visita al hospital ante la demanda que le hizo la madre María Ráfols, una monja que se había encargado de la organización de la enfermería del hospital al frente de la congregación de las Hermanas de Santa Ana, que ella misma había fundado cuatro años atrás.

—Fíjese en la cantidad de heridos, general, ya no caben más, pero todos los días se presentan nuevos ingresos —se lamentó la madre Ráfols.

En efecto, en el hospital de Nuestra Señora de Gracia se amontonaban centenares de heridos, la mayoría en un estado lamentable. Había muchos soldados mutilados a causa de los proyectiles de las baterías francesas, e incluso mujeres y niños alcanzados por la metralla o los cascotes que con cada bombardeo estallaban por todas partes.

En una improvisada sala, los cirujanos se afanaban en combatir a la muerte amputando brazos y piernas para evitar que la gangrena que afectaba a los miembros lesionados se extendiera por el resto del cuerpo hasta causar el fallecimiento del herido.

—¿Disponen de medicinas? —le preguntó Palafox.

—Hemos acabado con casi todas las reservas. Cuando los cirujanos se ven en la necesidad de amputar algún miembro, cosa que ocurre varias veces todos los días, no tienen otro remedio que darle al herido un trago de aguardiente y colocarle un

pañuelo entre los dientes para que muerda con fuerza ante el dolor. Muchos no lo resisten y desfallecen, algunos incluso mueren.

Palafox se acercó a una de la camas, donde una mujer agonizaba.

—¿Quién es? —demandó.

—No lo sabemos, nadie lo sabe. Cayó herida hace tres días en la defensa del muro en el barrio de las Tenerías. La alcanzó la metralla mientras ayudaba a suministrar municiones a una batería. Hemos preguntado por ella, pero nadie la conoce —repuso la madre Ráfols.

—¿Y ella no ha dicho nada? —inquirió Palafox.

—Desde que ingresó en el hospital no ha podido articular una sola palabra. El cirujano que la atiende asegura que apenas le quedan dos o tres días de vida. Está muy débil y nada puede hacerse por ella, pero rezamos por su alma y la encomendamos a las manos de Dios.

Las salas del hospital eran un mar de lamentos. Hombres fornidos yacían postrados por la enfermedad y las heridas, arrumbados sobre las camas alineadas unas junto a otras cubriendo todo el espacio disponible. La mayoría tenía los ojos llorosos y la mirada perdida en el olvido.

—Es terrible —bisbisó Palafox.

—Y lo peor está por llegar —dijo la madre Ráfols.

—¿Lo peor? —se extrañó Palafox.

—Sí, general, las epidemias. Un herido no contagia a los demás sus heridas, pero los enfermos transmiten las enfermedades. Si los franceses acaban cerrando el asedio sobre Zaragoza, aumentará el número de afectados por enfermedades contagiosas, y entonces los enfermos serán miles. Las condiciones de la población son peores día a día, y si las cosas siguen por ese camino no tardará en aparecer la peste. Con una población tan debilitada, eso sería terrible.

—No podemos rendirnos —asentó Palafox, adelantándose a la madre Ráfols.

—Nosotras, las monjas de la Caridad de Santa Ana, no entramos en esas cuestiones de la política, general, nos limitamos a curar a los heridos y a consolar a los enfermos. La guerra es cosa suya.

Palafox miró a su alrededor y sólo vio enfermedad, muerte y desolación, y una inmensa tristeza.

—Ahí afuera miles de hombres y de mujeres están luchando por su independencia. Y en esa lucha muchos caerán, la vida es así, madre —sostuvo el capitán general de Aragón.

—La vida debería ser mucho más valiosa —asentó María Ráfols.

Palafox se cuadró ante la fundadora de las hermanas de Santa Ana y la saludó con marcialidad. Al abandonar el hospital, el general creyó que el olor a sangre y miseria habían salido con él, pero enseguida se apercibió de que toda la ciudad estaba

impregnada de ese mismo hedor.

El día 26 de julio llegó a Madrid la noticia de la derrota de Dupont en Bailen. Los madrileños comenzaron a agruparse en corrillos en los jardines del salón del Buen Retiro y en el paseo del Prado. Los rumores se extendían a una velocidad de vértigo y eran cambiantes. Unos decían que el general Castaños, tras aplastar a los gabachos en Bailen, había cruzado Despeñaperros y se dirigía hacia Madrid a toda prisa para liberar la capital del reino del dominio francés; otros aseguraban que un ejército inglés había desembarcado en Galicia y avanzaba hacia el centro de España para encontrarse con el ejército de Andalucía en el mismo Madrid. Algunos aseguraban que Napoleón había cruzado los Pirineos y que en dos o tres días se presentaría en la capital. Los rumores y los bulos corrían de boca en boca, alterándose en cada transmisión, de manera que la versión original, que nadie sabía de dónde había salido, acababa absolutamente alterada tras varias transmisiones, a cada cual más exagerada.

Algunos clérigos comenzaron a decir a sus feligreses madrileños durante las misas o en pequeños conciliábulos en las parroquias que la guerra contra el francés, que ya empezaba a llamarse como «de la Independencia», era una segunda Reconquista. Nobles y monjes, pero también burgueses liberales y elementos del pueblo llano, alentaban a los madrileños a luchar en esa nueva cruzada de España. Decían que mil años atrás los españoles habían peleado contra los moros para recuperar las tierras perdidas a manos de los infieles, y que ahora era preciso combatir al ateo y liberal francés para salvaguardar la independencia de la patria y la esencia católica de la nación española.

Los más exaltados apelaban a los sentimientos que, decían, siempre habían formado parte del ser español, tales como la defensa de la patria, el rey y la religión católica.

José I comenzó a mostrarse inquieto. El monarca nombrado por Napoleón recibía la información de los agentes franceses que habían logrado comunicar con los restos del ejército de Dupont que habían huido hacia el norte. Todas las informaciones coincidían en que lo de Bailen había sido un completo desastre y que al sur de Madrid no quedaba ningún contingente francés capaz de hacer frente al avance de las divisiones de Castaños.

El nerviosismo se contagió a todos los soldados y oficiales franceses destacados en Madrid conforme los rumores se extendían por todas partes. Algunos consejeros reales recomendaron a José Bonaparte que abandonara la ciudad y trasladara la Corte a una ciudad de la Meseta norte, tal vez a Valladolid o a Burgos, de manera que los españoles no pudieran cortar los pasos del Sistema Central a una posible retirada hacia Francia.

El rey José dudaba. Paseaba por los desiertos salones del Palacio Real y a través de las ventanas observaba el poblachón sucio y destartado que se extendía entre los

jardines del Moro y el parque del Redro. Añoraba París y los grandes bulevares que, diseñados por los arquitectos de su hermano, comenzaban a abrirse en el centro de la capital de Francia transformando el abigarrado caserío medieval en un nuevo espacio de amplias avenidas arboladas con anchas aceras para el paseo y la tertulia, y echaba de menos su ampuloso palacio de Nápoles, en el tiempo que fue soberano de ese reino, y el clima cálido y suave del Mediterráneo.

El sol meseteño y amarillo abrasaba las polvorientas calles de Madrid. Confuso y desasistido, José I había decidido abandonar la capital de su nuevo reino cuando apenas llevaba unas pocas semanas en el trono. El 30 de julio la calesa real partió a toda prisa camino del norte y al día siguiente las últimas tropas francesas, encabezadas por el mariscal Moncey, salían de la capital de España.

Las divisiones francesas replegadas desde el sur y el centro peninsular se agruparon en Miranda de Ebro, donde llegaron a concentrarse hasta sesenta mil soldados. Todo el plan que Napoleón había diseñado para España parecía venirse abajo. Los franceses se habían retirado a la línea del Ebro, la misma que Carlomagno imaginara como frontera sur de su imperio mil años atrás, Zaragoza resistía el asedio y a la vez estaba dando a toda Europa un ejemplo de tenacidad y de heroísmo contra el emperador, Madrid se había perdido y los ingleses comenzaban a amenazar desde las costas portuguesas en el Atlántico. Habían fracasado en el intento de control de los puertos de Barcelona, Cádiz y Lisboa, acción que Napoleón había considerado básica para dominar la Península y bloquear un posible intento de desembarco de los británicos. Y además, el efecto que esperaba Napoleón de que las tropas imperiales fueran acogidas por la población hispana como fuerzas de liberación de su corrupta e inútil monarquía y no de ocupación, no sólo no se había producido, sino que los españoles estaban empeñados en luchar con todas las armas a su alcance contra el ejército invasor.

## Capítulo XVII

---

En Zaragoza, el mariscal Verdier fue informado de la terrible situación que comenzaba a vivirse en el interior de la ciudad sitiada. Espías a su servicio le habían comunicado que el hospital de Gracia estaba a rebosar, que comenzaban a escasear alimentos y que la carencia de medicinas y de otros productos básicos estaba minando la capacidad de resistencia y la moral de los ciudadanos.

El terrible calor de aquellos días de mediados del verano de 1808 estaba contribuyendo a agravar todavía más los problemas de los sitiados, pues los pocos víveres de que disponían se pudrían enseguida o se estropeaban a causa de las elevadísimas temperaturas.

El propio Faria estaba comenzando a perder la esperanza de que aquella tenaz resistencia sirviera para algo más que para llenar en el futuro unas cuantas páginas gloriosas en los libros de historia, que contarían la heroica resistencia de unos miles de hombres y mujeres que con unos cuantos cañones habían soportado durante semanas y con un valor encomiable las embestidas del mejor ejército del mundo hasta la firma de una honrosa capitulación.

«A lo mejor las cosas tienen que suceder así», pensó Faria mientras contemplaba el paso veloz de una carreta que transportaba varios heridos al hospital.

Una tarde los bombardeos franceses se recrudecieron con una intensidad extraordinaria. Ya los bombardeos siguieron amagos de asalto por parte de la infantería francesa, cuyas vanguardias se adelantaban hasta cerca de los muros para disparar descargas de fusilería con el único objetivo de amedrentar a una población al borde de la desesperación.

Napoleón había ordenado de manera contundente que Zaragoza debía ser conquistada enseguida, y envió refuerzos al cerco de la ciudad. El día primero de agosto llegaron nuevos contingentes; se trataba de una brigada completa al mando del general Bazancourt. Con estos soldados de refuerzo eran ya quince mil los franceses que asediaban la capital de Aragón.

Pese al desánimo que cundió en el cuartel general cuando los espías informaron de la llegada de estos refuerzos, Palafox no desfalleció. Seguía dando instrucciones e intentando poner orden en la caótica organización para la defensa de la ciudad. Frente al uniformado y disciplinado ejército francés, los defensores de Zaragoza formaban un abigarrado grupo de gentes muy heterogéneas. En la defensa de un mismo tramo de muro podían verse juntos a soldados del ejército regular, con sus uniformes reglamentarios, mezclados con labradores, con sus calzas de lana, camisas de lino y chalecos negros; a comerciantes, con sus trajes de paño marrón o gris; a estudiantes, con sus chaquetas de corte recto; a empleados de talleres y boticas, con sus batas de algodón azules, e incluso a mujeres de variadas vestimentas y a clérigos y

seminaristas tocados con bonetes y tricornios.

—¿Quiénes componen la brigada de refuerzo? —preguntó Palafox a uno de los espías.

—La mayoría son polacos de la legión del Vístula, mi general.

—¡Demonio de Bonaparte!, ha debido de reclutar a media Polonia —exclamó Palafox.

—Son muy buenos jinetes y tremendamente arrojados, pero no están tan bien preparados como los veteranos dragones de los regimientos franceses. Pero la peor noticia es que han traído algunas piezas de artillería.

—Eso sí es temible —terció Faria, que estaba despachando con el capitán general cuando entraron los espías.

—Ante sus cañones poco podemos hacer. Nuestros artilleros tienen menor preparación y mucho peor entrenamiento que los gabachos, y además disponemos de menos cañones y de inferior calibre. En la guerra moderna no se pueden ganar batallas sin la superioridad que otorga la artillería.

Faria estaba sorprendido. Palafox sabía, aunque no lo confesaba, que Zaragoza acabaría sucumbiendo ante el empuje de las divisiones francesas, pero aquel hombre tenaz y valiente seguía actuando como si la victoria francesa fuera algo imposible. El conde de Castuera no sabía si estaba en presencia de un héroe legendario o de un loco iluminado, de un convencido patriota capaz de defender su posición hasta las últimas consecuencias o de un obstinado orate empeñado en sacrificar a toda una ciudad y a decenas de miles de personas para alcanzar la gloria y el honor personales y unas cuantas páginas elogiosas en los libros de historia.

Todavía no se habían retirado los espías del despacho de Palafox cuando llegó, corriendo y alarmado, un correo; lo enviaba el oficial que mandaba la zona del frente sur. Los franceses, en un ataque relámpago y brutal en la zona del Huerva, habían ocupado el convento de San José, a la orilla de este pequeño afluente del Ebro aunque fuera de los muros medievales.

—Ni siquiera han esperado a que descansaran los polacos. En cuanto han llegado aquí, los han lanzado a la carga. Vamos a ver qué ha ocurrido.

Palafox y Faria salieron de Capitanía y cabalgaron hasta la puerta Quemada. Desde allí podía verse la nueva posición que habían ganado los franceses y cómo estaban desplegando varias piezas de artillería. Sobre las ruinas del convento de San José, al otro lado del río, ondeaba la bandera tricolor revolucionaria y varias baterías ya estaban emplazadas apuntando sus negras y amenazadoras bocas hacia Zaragoza.

—Nos atacaron de manera impetuosa, general —explicó el capitán al mando del sector—. Eran al menos mil hombres apoyados por un intenso fuego de artillería y tres regimientos de caballería ligera. Intentamos rechazarlos, pero el convento no reunía las condiciones adecuadas para defendernos de semejante carga. Si no

hubiéramos retrocedido hasta el interior de la ciudad, nos hubieran matado a todos.

—Hizo usted lo correcto, capitán. Ha salvado la vida de muchos hombres. Le felicito, pero ni un paso más atrás. Los franceses no han de poner un solo pie dentro de la línea que trazan estos muros. ¿Entendido? —preguntó Palafox.

—Sí, mi general, jamás pasarán por aquí. No mientras quede uno solo de nosotros con vida.

—Creo que están a punto de lanzar el ataque decisivo —comentó Palafox a Faria.

—¿De inmediato? —preguntó el conde de Castuera.

—Esa posición les garantiza el control de la puerta Quemada y de todo el sector del Huerva. Desde allí pueden barrer nuestras posiciones con cierta comodidad para su artillería y tienen bloqueados los accesos. Tal vez se produzca el ataque final esta misma noche. Ordene que todos los hombres disponibles, estén alerta.

Aquella noche nadie durmió. Los defensores fueron ocupando sus puestos en las posiciones de defensa que cada capitán de cada sector les había asignado.

A medianoche ciertos presagios parecían anunciar un ataque inmediato. La ciudad estaba en calma, como aguardando que algo extraordinario y terrible sucediera. El sol se había puesto redondo y rojo bajo una banda de nubes violetas y el cielo se había teñido de un color parecido al de la sangre recién derramada.

Tras unas horas de tensa calma y espera, sobre las cuatro de la madrugada, tronó el primer cañón, e inmediatamente después treinta y ocho piezas de artillería vomitaron fuego y horror sobre Zaragoza.

Palafox, que dormitaba apoyado sobre la mesa de trabajo de Capitanía, se despertó con la contundencia de las primeras explosiones.

—¡Grandísimos hijos de puta —oyó gritar a Faria en el pasillo—, están bombardeando el hospital de Gracia!

Palafox salió a la puerta de su despacho y, entre la tenue luz de las lámparas de noche, vio a Faria colgándose del hombro una bolsa repleta de munición. El coronel de la guardia de corps portaba en su mano izquierda un fusil y al cinto su sable reglamentario.

—¡Están disparando contra el hospital de Nuestra Señora de Gracia! —bramó colérico Faria al ver al capitán general—. Voy a por ellos.

—¿Está usted loco, coronel?

—Por supuesto, mi general, loco de ira y de rabia. El vigía de guardia de la Torre Nueva acaba de informar que el fuego de la artillería francesa desplegada en el convento de San José se estaba concentrando en el hospital. Voy a reclutar a todos los hombres que pueda y vamos a cargar contra esos malditos artilleros gabachos.

—Cálmese, coronel.

—No, señor.

—¿Cómo dice? —le preguntó extrañado Palafox ante la negativa del coronel.

—Que no quiero calmarme, mi general. ¡Esos cobardes...!

—No se lo pido, coronel, se lo ordeno. ¿No se da cuenta de que una reacción irreflexiva como la suya es lo que pretenden los franceses? Aguardan de nuestra indignación que salgamos como posesos a campo abierto y así batirnos con toda facilidad. ¿Cuántos pasos cree que podría dar antes de que lo abatieran las baterías francesas, si se lanzara hacia ellas desde la ciudad: veinte, treinta tal vez? Moriría de inmediato, y con usted todos los hombres que secundaran su descabellada acción.

»Reflexione como un soldado, coronel, y no como un alocado imbécil.

Faria se calmó y bajó los brazos.

—Tiene usted razón, general, le presento mis excusas —dijo Faria.

—Vayamos al hospital y veamos qué podemos hacer.

• • •

Cuando Palafox y Faria llegaron ante el hospital de Nuestra Señora de Gracia, las escenas que presenciaron fueron horribles. La oscuridad de la noche había desaparecido iluminada por la luz de las llamas de los incendios que devoraban los tejados del hospital y de otros edificios cercanos. Algunos soldados, centenares de paisanos y varias monjas se afanaban en desalojar a los heridos y enfermos. En medio de aquel caos, destacaba una figura menuda pero vigorosa vestida con los hábitos de Santa Ana: era la madre María Ráfols.

—¡Madre, madre! —gritó Palafox al verla.

—¡General!, gracias por estar aquí —exclamó la monja.

—¿Ha habido muchas bajas?

—Algunos muertos, señor, pero hemos conseguido evacuar a muchos enfermos y heridos. Son más de dos mil. Los estamos ubicando en otros edificios de la ciudad, en las casas del Concejo, en la Lonja, y en iglesias, conventos y casas particulares. Hasta ahora ningún vecino se ha negado a colaborar.

—Ordenaré fusilar al que rehúse hacerlo.

En el interior del hospital el fuego se extendía con rapidez.

—Todavía quedan algunas personas dentro. ¿Pueden ustedes ayudarnos?

Palafox y Faria dieron una orden a los soldados que los habían acompañado desde Capitanía y penetraron en el hospital, cuyos tejados seguían recibiendo intermitentes impactos de fuego de mortero y sus paredes cañonazos directos.

—Vamos, vamos, de prisa, saquemos a los que faltan cuanto antes. Los tejados pueden venirse abajo en cualquier momento —gritó Faria.

Una enorme bola de piedra, de un peso superior al de dos hombres, atravesó el techo de la planta baja y cayó cerca de los pies de Faria.

—Esa iba para usted, coronel; un recuerdo de Napoleón —le dijo Palafox,

mientras evacuaba en una camilla a un hombre al que le faltaban las dos piernas.

En el horizonte comenzaba a clarear el alba. Un soldado apareció corriendo preguntando por el capitán general.

—¿Qué ocurre ahora? —replicó éste.

—El convento de Capuchinos, mi general, ha caído el convento de Capuchinos. Los franceses han instalado allí varias baterías y están bombardeando la puerta del Carmen. Desde esa posición pueden alcanzar el edificio de Capitanía y el convento de San Francisco.

El antiguo convento de Capuchinos estaba situado a ciento veinte pasos al exterior de la puerta del Carmen, y desde allí se dominaba esa entrada de la ciudad y la salida de la carretera hacia Madrid por Daroca. Los frentes sur y este estaban siendo atacados con toda la fuerza disponible de los cañones y morteros franceses, que lo estaban haciendo de una manera tan contundente que Palafox temió lo peor.

Entre tanto, en medio de la muerte, el fuego y las ruinas, la madre Ráfols seguía, impertérrita, organizando el desalojo y la reubicación de los heridos con una extraordinaria serenidad.

—¡Otra vez una mujer, general! ¿De qué pasta las hacen aquí? —inquirió Faria.

—Lo ignoro, coronel, pero me alegro de que sean así.

Durante dos días seguidos, los bombardeos sobre Zaragoza no cesaron. La ciudad soportaba una y otra vez los obuses de la temible artillería imperial, pero la moral de los defensores no decaía. Para sostenerla, los sitiados llamaban a las bombas «peladillas de Napoleón» y «melones de fuego», simulando que no las temían. El criminal ataque al hospital había encendido todavía más el ardor de los zaragozanos, que mascullaban su ira y su odio a los franceses, aguardando ansiosos el momento de enfrentarse con ellos cara a cara.

Tras cuarenta y ocho horas consecutivas de ataque artillero, el mariscal Verdier creyó que por fin había llegado el momento de lanzar a la infantería al asalto definitivo de la ciudad. Al amanecer del día 3 de agosto, los cañones franceses tronaron con mayor violencia que nunca. Varias descargas abrieron una brecha cerca de la puerta del Carmen y por ella se precipitaron seis centenares de fusileros franceses. Avanzaron por una calle entre conventos, huertos y tapias hacia el centro de la ciudad, aplastando a todos los defensores que les salían al paso. Los oficiales que mandaban la vanguardia estaban convencidos de que aquel ataque había tenido éxito al fin y de que los zaragozanos estaban a punto de rendirse. Nadie, tras haber soportado semejante castigo artillero, podía seguir manteniendo la defensa de sus posiciones.

Las avanzadillas francesas llegaron con facilidad a la calle del Coso, la más ancha de la ciudad, donde se alzaban los más suntuosos palacios de la nobleza del viejo reino de Aragón. Pero allí se encontraron con una resistencia que no esperaban.

Parapetados en trincheras cavadas con toda urgencia, apostados en ventanas, balcones y tejados, los zaragozanos se habían replegado para defenderse en la línea del Coso, hasta la muerte si fuera preciso. Las primeras descargas de fusilería frenaron en seco a los franceses, que ya se veían dueños de la ciudad. Una lluvia de fuego cayó desde todas las direcciones sobre la vanguardia de la infantería imperial, cuyas primeras líneas quedaron destrozadas y el suelo sembrado de cadáveres uniformados.

Desde una de las barricadas, Faria dirigía el fuego de dos decenas de escopeteros y un cañón de doce libras, que disparaba una y otra vez sobre los franceses toda la munición que ancianos, mujeres y niños se encargaban de acarrear sin descanso.

Los sorprendidos franceses dudaron sobre qué hacer, y el miedo a una encerrona se extendió entre ellos. El capitán que mandaba la vanguardia ordenó replegarse y buscar refugio entre las casas, pero cada edificio de la calle del Coso era un fortín tomado por los zaragozanos, y los franceses se vieron encerrados en una trampa mortal.

Tras varias horas de combate, con las líneas de ambas partes estabilizadas, al mediodía cesó el fuego.

Ambos bandos necesitaban un respiro, antes de lo que se presagiaba iba a ser la batalla final. Tras tantas horas de estallidos y explosiones atronadoras, se hizo un silencio extraño. La calma era tal, que sólo se oía el crepitar del fuego consumiendo las ruinas del hospital de Gracia y el estruendo de algunos de sus muros, que de vez en cuando se derrumbaban levantando una densa columna de polvo blanquecino.

Aprovechando la improvisada tregua de la sofocante tarde de aquel 3 de agosto, el mariscal Verdier envió a uno de sus oficiales con un mensaje breve pero contundente y claro. El oficial de húsares avanzó por la calle del Coso a lomos de su caballo con una gran bandera blanca en la punta de la lanza.

Faria saltó de su trinchera y le cerró el paso.

—¿Qué desea, capitán? —le preguntó, desafiante.

—Traigo un mensaje de su excelencia el mariscal Verdier para su excelencia el general Palafox —respondió en un castellano sin apenas acento.

—Puede entregármelo a mí —dijo Faria extendiendo la mano.

—Tengo órdenes de hacerlo personalmente al general...

—El general Palafox está durmiendo; es su turno de descanso y aquí respetamos eso por encima de todo. —Tengo orden...

—¡Maldita sea, capitán!, ¿cómo he decirle que me entregue ese condenado mensaje?

El oficial francés, a la vista de los entorchados de Faria y a su disposición, extendió el brazo y le ofreció un grueso papel doblado, sellado con lacre amarillo y atado con una cinta negra.

—Es para el general Palafox; el mariscal Verdier aguarda una respuesta —dijo, y

arreando a su caballo dio media vuelta y desapareció por la calle llena de ruinas, escombros y barricadas.

Faria se dirigió al palacio de Capitanía, unos cuantos metros detrás de la barricada, y entregó el mensaje a Palafox.

El general rompió el lacre tirando de la cinta, desplegó el papel y leyó en voz alta:  
—«Paz y capitulación».

—¿Sólo eso? —se sorprendió Faria.

Palafox le mostró el mensaje al coronel y se acercó a una de las ventanas; después se estiró la casaca y se sentó a su escritorio. Tomó una hoja, mojó la pluma en el tintero y escribió: «Guerra y cuchillo».

Faria leyó el escrito de Palafox.

—Esto no va a gustar nada al mariscal Verdier, mi general.

—Eso espero, Francisco, eso espero. Lleve usted mismo nuestro mensaje de respuesta a la proposición del mando gabacho.

• • •

Faria llamó al sargento Morales y le dijo que tenía que acompañarle al campamento francés; el fornido sargento de la guardia de corps cogió su fusil, pero el coronel le previno.

—No, sin armas; no vamos a luchar, sino a llevar un mensaje.

Después se dirigieron al establo, montaron sus dos caballos, que le parecieron más flacos que de costumbre, y se proveyeron de una gran bandera blanca. Avanzaron por la calle del Coso sorteando las barricadas, y a la altura de las ruinas todavía humeantes del hospital de Gracia vieron a tres monjas de la congregación de Santa Ana que se dirigían hacia el arrumbado edificio.

Al observarlas, Faria arreó a su caballo.

—¡Hermanas! —gritó.

Las monjas se volvieron y Faria identificó de inmediato a una de ellas; era María Ráfols.

—Por fin se rinden ustedes —comentó María al ver la bandera blanca que portaba el sargento Morales.

—No, no, hermana, llevamos al campamento enemigo la respuesta a una oferta de capitulación que nos ha hecho el mariscal que dirige el asedio.

—¿Y no aceptan la capitulación?

—Pues no, el general Palafox ha decidido continuar con la defensa de Zaragoza.

—Eso sólo acarreará más destrucción y más muertos.

—Somos soldados, no podemos hacer otra cosa; pero ustedes, ¿dónde diablos van?

Faria se ruborizó al escucharse a sí mismo.

—El diablo debe de estar por aquí cerca, a tenor de estos desastres, pero nada tiene que ver en esto coronel.

—Perdone, hermana, yo...

—Vamos a recoger heridos —asentó con firmeza María—. Pero están ustedes en plena línea de fuego, pueden morir.

—Eso queda en manos de Dios.

El coronel y el sargento arrearon a sus monturas y avanzaron con la bandera blanca ondeando en lo alto, entre las ruinas de conventos y edificios, hasta toparse con las trincheras en las que se habían parapetado los franceses en las posiciones que habían ganado ya dentro de los muros.

Un oficial les gritó que se detuvieran y salió a su encuentro.

## Capítulo XVIII

---

El mariscal Verdier, informado de la identidad de quienes le pedían audiencia, sintió una enorme curiosidad y ordenó que los llevaran a su presencia.

Faria se quitó con ceremonia su gorro de dos picos y saludó al mariscal en un correcto francés. Verdier le correspondió y aguardó henchido de orgullo lo que él creía iba a ser un comunicado de rendición.

—Ésta es la respuesta de Zaragoza a vuestra propuesta de capitulación; me la ha entregado el capitán general don José de Palafox para vuestro conocimiento.

El coronel Francisco de Faria extendió pausadamente el brazo y ofreció el billete a Verdier. Uno de sus ayudantes se apresuró a recogerlo, en tanto el mariscal de campo permanecía hierático.

El ayudante le entregó el papel a Verdier, una vez lo hubo despojado de su cinta y de su sello de lacre rojo.

Los ojos del mariscal se abrieron como si acabara de ver un espectro removiéndose en su tumba. «Guerra y cuchillo», leyó en voz alta y en el original en español.

—¿Significa lo que yo creo? —preguntó al coronel Faria, en francés.

—Sí, excelencia, «guerre et couteau» —tradujo al francés Faria.

—Su comandante en jefe está loco, y ustedes son unos insensatos por seguir su estúpida y suicida resolución. Estas palabras son una provocación. Saben que no podrán resistir nuestro asedio. La capitulación es su única salida. Les he ofrecido una rendición honrosa, y no la han aceptado; ahora, aténganse a las consecuencias, y no esperen de nosotros ninguna misericordia.

Verdier dio media vuelta y se marchó.

Faria y Morales se quedaron inmóviles mientras los oficiales franceses que los rodeaban permanecían en silencio. Tras unos momentos de quietud, Faria hizo una señal al sargento, se volvió a calar el gorro, saludó a los oficiales franceses y regresó hacia los caballos. Abandonó el campamento francés con la bandera blanca en alto sin que nadie le dijera una sola palabra.

• • •

—¿Y bien? —preguntó Palafox a Faria.

—Debería haber visto usted la cara de Verdier, mi general. Estaba tan enfadado que creo que mañana mismo lanzará una ofensiva total. No esperaba una respuesta como la que usted escribió. La ha considerado una provocación. Dijo que no habría piedad para con los vencidos.

—En ese caso, preparémonos para lo peor.

—Los hombres apenas tienen fuerzas; tras los últimos combates y bombardeos, están agotados. No resistiremos otro ataque como el de los últimos dos días.

—En ese caso, iré en busca de refuerzos. Todavía mantenemos abierta la carretera del Arrabal hacia Barcelona. Saldré con varios hombres a pedir ayuda a Pina y a Osera.

Faria consideró que Palafox era un ingenuo. Aun cuando consiguiera reclutar dos o tres centenares de hombres en esos pueblos de la ribera del Ebro, ¿qué podrían hacer frente a los experimentados soldados de Napoleón? Los hombres que Palafox podía traer a Zaragoza eran labradores, ganaderos y comerciantes, y había una gran diferencia entre manejar una azada y disparar un fusil.

Aquella tarde, Palafox, su hermano el marqués de Lazan y varios oficiales partieron Ebro abajo por el camino de Barcelona en busca de refuerzos. Zaragoza quedó al mando del brigadier Antonio Torres, quien reunió un consejo de guerra para que estableciera la manera de continuar con la defensa de la ciudad barrio a barrio.

A la mañana siguiente, las primeras luces del alba iluminaron un cielo violáceo cuajado de nubes algodonosas. Y con los primeros rayos de sol, varias columnas de infantería del ejército imperial se lanzaron a la carga a través de las brechas abiertas en los muros por la artillería. La tarde anterior, poco después de que Faria y Morales abandonaran la tienda de campaña de Verdier, el mariscal había recibido un despacho del mismísimo emperador. La orden que contenía era contundente: «Conquistar Zaragoza ya».

El ataque en tromba que había ordenado Verdier era el mayor que hasta entonces había sufrido Zaragoza. Varios regimientos de infantería de reserva, cubiertos por los que habían ganado posiciones en el interior de la ciudad, cargaron a la vez en diversos sectores de la muralla, en un asalto combinado en las zonas de El Portillo, la puerta del Carmen, la iglesia de Santa Engracia y el barrio de la Magdalena.

El plan diseñado esa misma noche por Verdier y su estado mayor era bien preciso. Las columnas de asalto tenían la orden de avanzar directamente hacia el corazón de la ciudad y partirla en dos alcanzando el río Ebro a la altura del puente de Piedra. Las instrucciones que habían recibido los comandantes de los batallones eran inequívocas: se trataba de hacer todo el daño posible, de arrasar todo cuanto se interpusiera en su camino y de saquear iglesias, casas y comercios con una brutalidad tal que los zaragozanos se rindieran sin condiciones.

Así se hizo. En el barrio de la Magdalena, los franceses irrumpieron en el entramado de callejuelas disparando con pequeños cañones de campaña a todo cuanto se ponía a tiro.

Los mensajes que llegaban a Capitanía eran de auténtica desesperación. Los imperiales habían logrado romper todos los frentes y avanzaban hacia el centro de la

ciudad causando innumerables destrozos.

—¡En el Coso, hay que detenerlos en el Coso! Si llegan hasta el Ebro, la ciudad estará perdida. Todos los hombres que puedan empuñar un arma que acudan al Coso, incluidos enfermos y heridos. Mientras puedan disparar un arma, nos sirven. ¡Vamos, vamos! —ordenó Faria.

Todo el personal al servicio en Capitanía se dirigió a empuñar un fusil y corrió hacia las trincheras de la calle del Coso.

Desde el otro lado de la ciudad, en los barrios de Tenerías y la Magdalena, llegaban los terribles estampidos del ataque francés. Algunos vecinos de ese sector huían aterrorizados, y otros habían cruzado el Ebro, cuyo caudal venía menguado a causa del estiaje, a pie y a nado en busca de refugio en la otra orilla, en el barrio del Arrabal.

—Lo están arrasando todo, todo —se lamentó un desesperado vecino que llegó sudoroso hasta las posiciones del Coso corriendo desde la Magdalena.

Faria distribuyó a sus hombres entre las trincheras y barricadas de la calle y se preparó para resistir el ataque francés.

Entonces apareció la condesa de Bureta al frente de un grupo de hombres.

—¿Quién manda aquí? —preguntó la condesa.

—Señora, le ruego que se retire y busque refugio en un lugar más tranquilo. Le aseguro que dentro muy poco tiempo esta calle va a ser el mismísimo infierno —dijo Faria.

—Mi sitio está aquí, coronel...

—Faria, Francisco de Faria, señora.

—¡Ah!, el conde extremeño del que tanto me han hablado; bien, señor conde, tenemos el mismo título nobiliario, por eso sabrá entenderme, ¿no? Todos los hombres y mujeres a mi servicio van a luchar por Zaragoza.

—De acuerdo, todos son necesarios, pero ¿quién va a dirigirlos?

—Yo misma —asentó la condesa—. Dígame solamente dónde tenemos que situarnos.

Faria le indicó una zona de la calle, y la condesa de Bureta con toda su gente, entre la que había varias mujeres armadas con fusiles, se parapetó en las barricadas asignadas, que fortalecieron acarreando materiales pesados para darles mayor consistencia.

—Mujeres..., otra vez esas benditas mujeres —bisbisó Faria.

Aquella calurosa mañana del 4 de agosto, toda la ciudad se había convertido en un decisivo campo de batalla. La infantería francesa, apoyada con artillería y caballería ligera, cargaba con enorme contundencia y con toda la fuerza de la que era capaz de desplegar a la vez, en el sur, este y oeste de la capital aragonesa. Sólo el flanco norte quedaba de momento libre del ataque de las fuerzas imperiales. Por allí

huyeron algunos, buscando refugio en las tierras de Huesca.

Los nobles, los soldados, los comerciantes, los labradores, los clérigos, las mujeres, toda la población zaragozana estaba en pie de guerra. Por todas partes se habían levantado barricadas para obstaculizar el avance francés; las calles se habían convertido en verdaderos campos de trincheras, cada casa era un fortín donde los zaragozanos se habían parapetado, en cada ventana había un fusil apuntando a los franceses, o una mano dispuesta a arrojar sobre ellos una piedra, un tiesto, una tinaja o un cuchillo, cualquier objeto que sirviera para causar daño al invasor.

El presbítero Sas estaba destacado en El Portillo al frente de un batallón de escopeteros, Jorge Ibor se desplazaba de un sitio a otro con su orgullosa compañía de escopeteros del Arrabal apoyando a los defensores en el lugar donde fuera necesaria su presencia, la condesa de Bureta no paraba de dar instrucciones a su gente para que se afanaran en ultimar la fortificación de las barricadas del Coso y Faria intentaba coordinar las acciones de defensa desde su posición en el Coso junto a Capitanía. Desde lo alto de la Torre Nueva, los vigías transmitían minuto a minuto los movimientos de los franceses, a los que seguían con unos catalejos.

—La defensa de la línea del Coso es fundamental —aseguró Faria—. Si la rompen, Zaragoza caerá de inmediato en manos francesas. Tenemos que mantener esta línea a toda costa.

Faria recordó entonces la estrategia equivocada que el almirante Villeneuve había seguido en la batalla de Trafalgar y cómo Nelson había roto la línea de la escuadra combinada, consiguiendo así la victoria.

Para llegar hasta el Coso los atacantes debían recorrer antes toda la calle Azoque, y hasta allí se desplazó la compañía que mandaba don Miguel Salamero, el acomodado propietario de un taller de damascos y tafetanes que, tras la muerte de su mujer y de sus tres hijos, había equipado a sus expensas a varios de sus empleados y los había aleccionado para defender Zaragoza, hasta la muerte si fuera necesario. Parapetados en el convento de Santa Fe, los hombres de Salamero lograron frenar a los franceses. Era la primera victoria parcial desde el gran ataque, y eso asentó la moral de los defensores. En medio del cruce de disparos, el presbítero Sas apareció al frente de su compañía por detrás de los franceses, cargando desde los conventos de Santa Rosa y San Ildefonso.

Una trompeta sonó por encima del ruido de los estallidos, y los defensores renovaron su resistencia con impetuosos bríos. Faria desenvainó su sable, miró a Morales, y dijo:

—Éste es el momento.

Ordenó a sus hombres que calaran las bayonetas en la punta de los fusiles y que avanzaran hacia el lugar por donde venían los franceses.

Verdier había previsto que sus tropas de asalto confluyeran en el Coso, una vez

superadas las defensas exteriores de Zaragoza. La caballería polaca había recibido orden de irrumpir Coso arriba por la calle de El Portillo hasta la puerta del mismo nombre y así sorprender a los defensores de esta zona por la espalda.

Sin embargo, las vanguardias francesas sólo habían logrado llegar hasta la mitad de la calle del Coso, donde los zaragozanos se batían con tal bravura que los experimentados soldados imperiales estaban cada vez más desorientados. Aprovechando un descuido, algunos destacamentos franceses lograron ocupar el palacio del conde de Sástago, uno de los más suntuosos de la ciudad y cuya fachada principal daba a la calle del Coso, penetrando por los jardines de la parte posterior. Allí se apoderaron de dos millones de reales pertenecientes al tesoro real, que rápidamente se llevaron a su campamento.

Los combates se enconaron en plena calle, donde varios regimientos de la infantería francesa habían quedado bloqueados ante la acometida de Faria y de sus hombres a punta de bayoneta.

Cuando el mariscal recibió la noticia de la paralización de sus tropas en el avance hacia el centro de la ciudad, estalló de cólera y decidió dirigir las operaciones en persona. Protegido por un destacamento de húsares, entró en Zaragoza y llegó hasta las ruinas del hospital de Nuestra Señora de Gracia, desde donde los franceses libraban un intenso cruce de disparos con un grupo de defensores parapetados al otro lado de la calle del Coso.

Verdier ordenó que desplegaran ante él un plano de Zaragoza y examinó la situación.

—Es preciso romper la línea de defensa de esta calle y avanzar en cuña hasta el río, hay que partir la ciudad en dos.

—Excelencia —repuso el coronel al mando de la vanguardia—, esa gente lucha de manera desesperada, y lo hacen palmo a palmo, casa a casa. Dispara desde todas partes y hay tiradores apostados en ventanas, tejados, iglesias, monasterios..., nos vemos obligados a ocupar cada casa, habitación a habitación; es muy difícil luchar en estas condiciones. Cuando un ejército entra en una ciudad, su población suele rendirse, pero la defensa que están llevando a cabo, palmo a palmo..., creo que nadie la había hecho jamás hasta ahora.

—Muchos de estos soldados han vencido en todos los campos de batalla de Europa a los mejores y más equipados ejércitos del continente. Una banda de desarrapados paisanos no puede detener a tres divisiones del mejor ejército de la historia. Carguen de inmediato y destruyan la resistencia ya.

Apenas había terminado de hablar el mariscal Verdier, cuando una granada estalló a unos cuatro metros del lugar donde se encontraba, entre las ruinas del hospital. La metralla le alcanzó, provocándole graves heridas.

La noticia corrió tan rápida como el fuego en la mecha de la pólvora de los

cañones. Espías españoles habían presenciado la evacuación del cuerpo herido de Verdier sobre una camilla, y los defensores comenzaron a gritar consignas de victoria en cuanto se enteraron de ello.

Al anoecer del día 4 de agosto, el ataque francés no había logrado su objetivo de alcanzar el Ebro atravesando Zaragoza por el centro, la línea del frente se había estabilizado en la calle del Coso y, aunque los franceses habían conseguido un botín de dos millones de reales, su general en jefe estaba herido y había tenido que ser sustituido en el mando por el general Lefévre, cuyas tácticas ya habían fracasado en el asalto a Zaragoza unas semanas antes.

Esa misma noche, Faria encabezó un contraataque en plena calle del Coso que, ante el desconcierto de los franceses, les obligó a retroceder un centenar de metros.

La moral de los defensores se fortaleció mucho, y el propio Faria llegó a creer que se había equivocado en sus previsiones y que los zaragozanos sí eran invencibles. Al menos, mientras entre sus filas hubiera mujeres como Agustina Zaragoza, María Agustín, la condesa de Bureta o la propia madre María Ráfols.

Durante los dos días siguientes, el frente apenas se movió. Los franceses habían ocupado casi la mitad de la ciudad, pero en la otra media Zaragoza se seguía resistiendo metro a metro. Se luchaba casa por casa; en algunos edificios, los franceses entraban en el portal por la planta de la calle y durante horas se combatía en las escaleras, en los zaguanes, en cada una de las habitaciones, incluso en los graneros y tejados o en los sótanos y bodegas.

Los franceses, que jamás hubieran imaginado semejante fortaleza y arrojo, comenzaban a desesperarse ante tan enconada resistencia y, enfebrecidos por la fiereza de los defensores, destruían, a veces de manera innecesaria, cuanto se ponía a su alcance.

## Capítulo XIX

---

Palafox regresó cuatro días más tarde con varias carretas cargadas de víveres y pólvora, además de varios combatientes del segundo batallón de voluntarios de Aragón y un batallón de guardias que había logrado reclutar en Pina y en algunos pueblecitos de su entorno, a los que se habían unido restos de destacamentos de soldados que se habían replegado desde Cataluña.

—En los próximos días llegarán más refuerzos. Hay varios batallones dispersos por el bajo Ebro. He enviado mensajeros para que hablen con sus comandantes y se dirijan a Zaragoza. ¿Sabe, Francisco?, en Europa ya se habla de la heroica resistencia de nuestra ciudad. Nos hemos convertido en un símbolo de la lucha contra el tirano, y somos el ejemplo de todos los pueblos que luchan en el continente por su independencia. No podemos defraudar a cuantos han puesto su mirada en nosotros. Debemos resistir hasta el fin.

Palafox despachaba con Faria en Capitanía, recién llegado de su salida en busca de refuerzos.

La lucha continuaba en el flanco sur de la ciudad. Airado por la respuesta de Palafox, Verdier, antes de caer herido, había ordenado una ofensiva total y Lefévre había decidido continuar con ella. Los combates se libraban ahora cuerpo a cuerpo. En algunos sectores de la puerta del Carmen, de El Portillo y del barrio de la Magdalena los ataques se alternaban entre los bandos. En algunas casas se combatía en cada una de sus plantas, incluso en las bodegas y por los tejados. Los zapadores franceses se afanaban en cavar galerías para colocar hornillos y minas con los que derribar los edificios donde la resistencia era más enconada, mientras los españoles intentaban atajar su avance desplazándose por la intrincada red de bodegas, procurando sorprenderlos bajo tierra para así evitar el minado de los edificios.

Cada calle era un fortín surcado de barricadas, trincheras y parapetos contruidos con todo tipo de materiales imaginable: losas de piedra del pavimento, escombros procedentes de las casas en ruinas, rejas de balcones derribados por la artillería, vigas, carretas inservibles, todo era aprovechado para improvisar fortines en cualquier punto de la ciudad.

Uno de los sectores más peligrosos y donde se estaban produciendo los enfrentamientos más enconados era la zona de la puerta del Carmen. Los franceses habían concentrado allí algunas de sus más potentes piezas de artillería para intentar partir, desde esa puerta y en dirección al río Ebro, la ciudad en dos mitades, y así separar a los defensores de ambos lados. Para contrarrestar ese plan, Palafox había destacado allí a sus mejores artilleros, y entre ellos había destinado a una de las baterías a la sargento Agustina Zaragoza, la Agustina de Aragón de algunas coplillas que ya circulaban por la ciudad ensalzando a la barcelonesa como a la más grande de

las heroínas.

Agustina lucía sus galones de sargento de artillería sobre su casaca de reglamento y ejercía en el sector en el que estaba destacada como un verdadero icono sagrado para los soldados.

•••

Con algunos refuerzos llegados el día 7 de agosto, Palafox ordenó lanzar una ofensiva contra el convento de Santa Catalina, al final de la calle de San Miguel, que había caído en manos francesas poco antes. Los batallones españoles lograron desalojar de allí a los ocupantes franceses y colocaron una bandera roja y amarilla sobre su tejado.

Al día siguiente, los sitiados lanzaron un durísimo ataque en la zona del Arrabal, donde los franceses habían destacado un nutrido contingente de tropas con el objetivo de acabar de cerrar el asedio a la ciudad y evitar la llegada de nuevos suministros y de tropas de refuerzo. La Junta de defensa sabía que mientras se mantuviera libre la vía de acceso a Zaragoza por el Arrabal, la ciudad podría seguir siendo aprovisionada de víveres, municiones e incluso tropas, como había ocurrido en los últimos días. Por eso, mantener esa zona del Arrabal libre de presencia francesa era fundamental en la defensa de Zaragoza.

Y así se hizo. Apostados durante la noche en los conventos e iglesias de Santa Isabel, San Lázaro y Jesús, al amanecer del 8 de agosto varios batallones de soldados españoles contraatacaron las líneas francesas, logrando romper sus filas. Los imperiales había perdido las posiciones que tanto les había costado ganar cuando días atrás consiguieron cruzar el Ebro.

—Algo extraño está ocurriendo, Francisco. Hoy ha sido demasiado fácil recuperar las posiciones perdidas en el Arrabal. En la ofensiva de esta mañana daba la impresión de que el enemigo estaba desmoralizado —le confesó Palafox a Faria, mientras inspeccionaban los avances logrados en el Arrabal.

—A mí también me ha parecido que los gabachos no luchaban como de costumbre. Y lo mismo ocurrió ayer en la toma de Santa Catalina. Tal vez se estén convenciendo de que nuestra resistencia va en serio.

—O quizá tengan alguna información que nosotros desconocemos.

—A lo mejor ha muerto Napoleón, o ha sido derrotado al fin en algún lugar perdido de Europa...

—Ponga a trabajar a los espías, que averigüen por qué causa los franceses pelean con menos brío.

Los sitiados en Zaragoza todavía no se habían enterado de que hacía dos semanas el general Castaños había derrotado a Dupont en Bailen, pero los agentes enviados

por Palafox en busca de noticias regresaron con la buena nueva. Un espía del servicio secreto del ejército le comunicó la esperanzadora noticia a Faria, que a toda prisa se dirigió al despacho de Palafox.

—Mi general, estupendas novedades. Hace unos días el general Castaños, al frente del ejército de Andalucía, ha batido al general Dupont en los campos de Bailen. Tres cuerpos del ejército gabacho han sido derrotados por completo. Los franceses han abandonado Madrid y el rey intruso ha huido hacia el norte. Castaños avanza hacia la capital del reino con todas sus divisiones desplegadas sin que los franceses ofrezcan resistencia —dijo Faria.

—Esto puede ser el fin de la presencia francesa en España —se alegró Palafox.

—No estoy tan seguro, mi general. Napoleón ya se habrá enterado de la catástrofe de Bailen, y temo que tomará este asunto como algo personal. Lo conocí en Bayona, y por su actitud entonces no creo que renuncie tan fácilmente a la posesión de España. Además, los reyes Carlos IV y Fernando VII siguen bajo su control.

—Tal vez tenga usted razón, Francisco, pero ésta es la primera gran derrota en tierra que sufren los imperiales; y hemos sido los españoles los que hemos demostrado que no son invencibles. Además, Zaragoza sigue resistiendo tras un mes de asedio y de bombardeos. Usted mismo ha comprobado la desmoralización de los franceses en los últimos días; creo que están derrotados.

La noticia de la victoria española en Bailen se propagó enseguida por toda la ciudad. En los fortines de las puertas, en las calles, en los hospitales, todos los zaragozanos parecían haber mudado sus rostros de angustia, tensión y miedo por una nueva expresión de alegría y esperanza.

Pronto se supo que el mariscal Murat había caído enfermo y que había sido sustituido por Savary en el mando de las tropas imperiales en España, y que Madrid había quedado libre de franceses, que habían huido hacia el norte siguiendo los pasos del rey intruso. Alguien dijo que la carretera entre la capital de reino y Zaragoza estaba expedita y que por ella no tardarían en llegar las tropas liberadoras del general Castaños.

Desde el observatorio de la Torre Nueva, los vigías permanentes anunciaron que los franceses habían comenzado a dismantelar los campamentos que rodeaban Zaragoza. Faria subió los escalones de la Torre Nueva tan deprisa como pudo; cuando llegó a la zona más alta, casi había perdido el resuello. En cuanto recuperó el aliento, tomó uno de los catalejos y contempló la frenética actividad desplegada en los campamentos franceses, donde los soldados estaban desmontando las tiendas a toda prisa.

—¡Se van, es cierto que se van! —exclamó.

—Hace ya unas dos horas que están recogiendo sus tiendas de campaña —ratificó uno de los vigías.

—Buen trabajo, señores, buen trabajo.

Faria descendió los escalones y volvió a Capitanía.

—Salvo que sea una estratagema, mi general, los franceses están desmantelando sus campamentos; parece que se marchan —informó a Palafox.

—Acaban de comunicarme que Madrid vuelve a estar bajo dominio español. Varios regimientos avanzados del ejército del sur ya han entrado en la capital, ante el alborozo de la población. Ordene reforzar la guardia esta noche, no me extrañaría que los gabachos quisieran dejarnos algún regalito antes de marcharse.

• • •

A medianoche del día 13 de agosto, las primeras columnas del ejército sitiador comenzaron a retirarse hacia Tudela. José I había ordenado a Verdier que levantara el asedio de inmediato y se replegara hacia el norte. Sin embargo, poco antes destruyeron cuanto les fue posible: volaron la Cruz del Coso, un monumento muy querido para los zaragozanos y, ante la imposibilidad de llevárselas con ellos, arrojaron cincuenta piezas de artillería al Canal Imperial. Algunos presos de condición eclesiástica, que estaban reclusos en barracones de madera, fueron liberados. Lefévre había ordenado levantar el asedio de inmediato para dirigirse en ayuda de José I, quien se había refugiado cerca de Burgos tras su huida de Madrid. Los generales franceses estaban obsesionados con concentrar sus tropas en Burgos y en Vitoria, para evitar que el desánimo causado por la derrota de Bailen provocara el efecto de rendición en masa de los diferentes cuerpos de ejército destacados por toda España.

La retirada diurna de las primeras unidades por el camino de Tudela estuvo bien organizada y discurrió sin incidentes, pero ya con la caída de la noche y en la madrugada se convirtió en un verdadero caos. Nadie quería ser el último, ante el temor de un contraataque de los zaragozanos por la retaguardia, de manera que el proceso de retirada se precipitó.

De madrugada estalló el convento de Santa Engracia, que los franceses habían minado antes de abandonar la posición.

—Ahí está su último regalito —le comentó Palafox a Faria, a la vista de las explosiones que estaban derrumbando el monasterio donde se guardaban los restos de los santos mártires zaragozanos.

Algunos franceses que habían quedado rezagados en los desmantelados campamentos corrieron despavoridos cuando estalló el convento. La retirada de la retaguardia fue tan precipitada que los imperiales abandonaron a algunos heridos, aquéllos a los cuales las condiciones físicas no permitían caminar deprisa o montar a caballo. Y también dejaron tres mil muertos, la mayoría enterrados en fosas comunes

abiertas en las cercanías de conventos e iglesias.

Al amanecer del día 14 de agosto, Zaragoza despertó en calma. Los campamentos franceses habían desaparecido y en los solares que horas antes los habían albergado sólo quedaban algunos restos humeantes de las hogueras encendidas para cocinar su última cena.

Con los primeros rayos de sol, los defensores se alzaron por primera vez en muchos días sin miedo sobre los muros y se abrazaron entre lágrimas de alegría.

Palafox y Faria recorrieron los puestos de la primera línea entre las aclamaciones de los soldados y de los paisanos y voluntarios alistados para defender su ciudad. En las baterías ubicadas en el sector de la puerta del Carmen, Agustina de Aragón seguía al frente de uno de los cañones, con sus galones de sargento de artillería sobre los hombros de su casaca.

—Habrà que hacer un recuento de bajas y de daños sufridos —ordenó Palafox.

—Y reconstruir las defensas —añadió Faria.

—Usted sigue creyendo que los franceses regresarán, ¿no es así?

—Napoleón ordenó la conquista de Zaragoza a cualquier precio. Si ahora abandona esta presa, su prestigio militar en Europa quedará maltrecho, y créame, general, si le digo que al emperador eso es lo único que por ahora le importa.

—Tal vez, pero entre tanto celebremos la victoria. Un *Te Deum* en El Pilar será una buena manera de agradecer a la Virgen sus desvelos, ¿no cree, coronel?

Faria asintió con la cabeza; estaba demasiado cansado como para pensar en nada.

• • •

A principios de agosto de 1808, unos ciento sesenta mil soldados franceses se habían desplegado en España, divididos en cinco cuerpos de ejército. Tras la derrota de Dupont en Bailen, todos se replegaron al norte del Ebro. El 23 de agosto, el victorioso general Castaños entró en Madrid por la puerta de Atocha, aclamado por una multitud enardecida. En el desfile triunfal participaron las tropas de reserva del ejército de Andalucía, entre cuyos trofeos mostraban las banderas tricolores y los estandartes con las águilas imperiales capturados a los franceses en Bailen. Los madrileños ocuparon las calles y cantaron coplas que el pueblo creó para la ocasión:

*Dupont, terror del norte,  
fue vencido en Bailen  
y todos sus secuaces  
prisioneros con él.*

A fines de agosto, el cuerpo expedicionario británico que días antes había

desembarcado en Portugal derrotó a los franceses en Vimeiro. El orgulloso general Junot capituló en Cintra ante el mariscal Wellesley, y los franceses abandonaron Portugal rumbo a su país, embarcados en varios navíos ingleses. Para sorpresa y asombro del gobierno británico, Wellesley permitió a los franceses la repatriación con sus armas y el botín de guerra.

En España, los nombres de El Bruc, Gerona, Zaragoza y Bailen ya se habían convertido en leyenda. Parecía que la que comenzaba a llamarse guerra de la Independencia estaba llegando a su fin.

## Segunda parte

## Capítulo XX

---

El dolor y la muerte eran más intensos que la alegría y que la propia vida. Más de dos mil zaragozanos habían muerto durante las nueve semanas de asedio, y no menos de tres mil soldados franceses yacían en las fosas comunes de los alrededores de Zaragoza. Media ciudad estaba en ruinas y de los escombros de los edificios seguía emergiendo un humo denso y gris.

Las calles estaban repletas de barricadas y de trincheras y cualquier viajero que hubiera llegado a Zaragoza en aquel momento sin saber qué había pasado, hubiera creído que un terremoto de proporciones gigantescas había acabado de destruir la ciudad.

—Tenemos un duro trabajo por delante —le comentó Palafox a Faria, a la vista de las ruinas.

—Y habrá que hacerlo deprisa, mi general, pues creo que los franceses regresarán.

—Las noticias que llegan de Madrid son alentadoras; los gabachos se están replegando a toda prisa hacia el norte y los ingleses avanzan desde Portugal. No creo que vuelvan.

—Yo he visto la ambición en los ojos de Napoleón, excelencia, y le puedo asegurar que regresarán, y esta vez vendrá a la cabeza de las tropas el propio emperador en persona.

—Parece usted muy seguro de eso.

—Lo estoy. Sabemos que Bonaparte ordenó la conquista de Zaragoza a cualquier precio. Cometió el error de enviar aquí a generales que subestimaron nuestra capacidad de resistencia. Pensaron que si Madrid, con muchos más habitantes, soldados y cuarteles que Zaragoza, había caído en menos de doce horas, esta ciudad se entregaría sin apenas lucha. Ahora, Zaragoza es un símbolo, y Napoleón no puede permitir que el símbolo triunfe sobre su fuerza.

—Vaya, coronel, parece conocer bien al emperador francés.

—He leído algunos libros sobre sus grandes hazañas militares, pero, sobre todo, he observado su mirada; jamás he visto semejante orgullo y ambición marcados en ningunos otros ojos. Es un visionario, y está convencido de que el mundo le pertenece, o mejor, que él es la única persona capaz de salvarlo, el único con méritos suficientes para gobernar todo el orbe; a su manera, claro.

—Pero es un revolucionario —dijo Palafox.

—Tal vez lo fuera en su momento, cuando era un joven oficial al servicio de la República, pero ahora es el emperador de los franceses. ¿Sabe, mi general, que en una ocasión llegó a decir que la Revolución no había terminado porque la Revolución era él?

—No podrá con toda Europa en su contra.

—Eso no le importa.

—¿Está usted seguro?

—Por supuesto. Sólo piensa en su gloria y en la de su ejército. Su única obsesión es luchar y vencer, y lo seguirá haciendo mientras pueda o mientras le dejen.

—En ese caso, deberemos fortificar mucho mejor Zaragoza, ¿no cree?

—Por supuesto. Por el momento hemos logrado resistir un asedio formidable, pero ellos también han aprendido una lección. Creo que cuando regresen no cometerán tantos errores.

—Pues pongamos manos a la obra; hay muchos muros que reforzar.

—Antes debería conceder unos días de descanso, excelencia, los hombres están agotados.

—De acuerdo, pero dos días, sólo dos días. El lunes próximo quiero a todos los hombres útiles preparados para reforzar las fortificaciones de la ciudad. Dígaselo a Sangenís, y que se centre en los planos para las nuevas obras de defensa.

»¡Ah!, y escriba un despacho de ascenso para Sangenís; se ha ganado el grado de comandante. Y usted descanse cuanto pueda. Tómese esos dos días de permiso y duerma, que creo que le hace falta.

• • •

Faria llegó a la fonda donde se hospedaba y pidió agua fresca, una botella de vino dulce y algunas frutas. Recién levantado el asedio, varias carretas acababan de abastecer el mercado con frutas, hortalizas y carne, y la ciudad volvía a estar surtida de todo tipo de productos. Después se dirigió a su alcoba y se metió en la cama. Había pensado dormir los dos días seguidos.

Apenas acababa de sumirse en el primer sueño, cuando unos golpes sonaron en la puerta de su habitación, varias veces, reiterados. Faria se despertó sobresaltado e instintivamente se lanzó hacia su espada, que desde que comenzara el asedio siempre dejaba al lado derecho de la cama. Enseguida recordó que la batalla por la ciudad ya había terminado... por el momento, y respiró más sosegado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Coronel, coronel Faria, una mujer pregunta por usted. Está abajo, en el zaguán. Le he dicho que usted estaba descansando, pero ha insistido en verlo —respondió el criado que atendía la posada, el mismo que conociera Faria el día de su llegada a Zaragoza.

—Que vuelva mañana. ¡Maldita sea, no te dije que no me molestara nadie! Necesito dormir.

—Ya se lo he dicho, señoría, pero sigue insistiendo. Me ha asegurado que cuando

le diga su nombre la recibirá.

—¡Demonios! Está bien, ¿cómo se llama?

—Cayetana Miranda, señorita; así dice llamarse.

Al oír el nombre de su amante, Faria se cubrió con una bata y abrió la puerta; apartó al criado a un lado y bajó las escaleras de cuatro en cuatro.

En un lado del amplio zaguán, sentada en un banco de madera cercano al portón, Cayetana Miranda esperaba paciente. Al ver aparecer a Francisco, se levantó despacio y extendió sus brazos al frente. El conde de Castuera la abrazó con fuerza y la besó con toda la pasión que había reservado en los últimos meses para cuando la reencontrara.

—Vamos —dijo Faria cogiéndola de la mano.

—Sí, sí —murmuró Cayetana.

Sin mediar otra palabra, comenzaron a subir las escaleras en cuyos primeros peldaños se había detenido el criado.

—Que no nos moleste nadie, nadie, ni aunque comience a caerse el cielo a pedazos, ni aunque el mismísimo Napoleón se presente a lomos de su caballo en la puerta de esta posada. ¿Lo has entendido? —le dijo Francisco al criado.

—Sí, señorita, perfectamente. Nadie los molestará.

Los dos amantes entraron en la habitación y Faria cerró la puerta con cerrojo. Cogió a Cayetana por los muslos y la comenzó a besar con delirio. En unos segundos volaron por el aire el vestido, las enaguas y las medias de Cayetana, mientras la joven arrancaba de un tirón la bata de su amante. Faria la alzó en brazos y la llevó hasta la cama. Los dos cuerpos desnudos se abrazaron hasta casi fundirse en uno solo. Faria hizo ademán de pronunciar alguna palabra, pero Cayetana le puso el dedo en los labios y se limitó a decir:

—Luego, luego.

Francisco se colocó encima de Cayetana, la tomó por las caderas y acercó la pelvis de la muchacha a la suya. Tenía su miembro tan hinchado que parecía a punto de estallar. Cayetana lo tomó entre sus manos, lo acarició con suavidad y lo introdujo en su vagina húmeda y caliente.

Los dos amantes comenzaron a moverse con un ritmo acompasado, cada vez más deprisa. Faria empujaba con fuerza sus caderas y Cayetana hacía girar su cintura en pequeños movimientos circulares a la vez que contraía todos los músculos en torno a su pelvis y mordisqueaba los labios de Francisco.

Por la ventana de la habitación se colaban los cálidos rayos del sol vespertino de mediados del estío y, aunque no lo escuchaba ninguno de los dos amantes, se oía el eco lejano de algunas canciones que hablaban de paz y de victoria.

Cayetana sintió unas fuertes pero deliciosas convulsiones y una sensación semejante a una ola de placer que la inundaba por completo, mientras Francisco se

derramaba en el interior de la muchacha, a la vez que tensaba todo su cuerpo como la cuerda de una ballesta a punto de ser disparada. Una pulsión estremecedora la recorrió toda.

—Debo de estar soñando —susurró Francisco al fin, un buen rato después de que los dos jóvenes, tras hacer el amor, hubieran permanecido abrazados sin moverse ni decirse una sola palabra.

—No, es real, estoy aquí.

—¿Qué has hecho?, ¿cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Faria—. Hay decenas de miles de soldados franceses entre Zaragoza y San Juan de Luz.

—No ha sido fácil. Cuando me enteré de que los franceses estaban asediando Zaragoza, salí de San Juan de Luz y me puse en marcha hacia España. Por la ruta del Bidasoa era imposible atravesar la frontera, pues había muchas patrullas y a los españoles que capturaban en el camino los detenían y los enviaban a prisión. Entonces decidí ir hacia el este y recorrí la vertiente norte de los Pirineos hasta el valle de Aspe. Allí pude contactar con unos mercaderes franceses que habían logrado pasar desde España a su país por el puerto de Roncesvalles. Me dijeron que en España estaban deteniendo a todos los comerciantes galos, pero que ellos habían conseguido atravesar la frontera viajando por las noches y refugiándose en la espesura de los bosques durante los días.

»Unos pastores de San Juan de Pie de Puerto me acompañaron por un abrupto camino de montaña que no es transitado más que por ganaderos y contrabandistas, y me dejaron en el lado español de los Pirineos. Tuve que pagarles varias piezas de plata. Ya en España, me escondí como pude de las patrullas francesas que merodeaban por Navarra y pude llegar cerca de Sangüesa. Allí estuve oculta algunos días, hasta que las patrullas francesas se replegaron hacia Pamplona. Entonces me dirigí a Zaragoza por el camino de Cinco Villas y fui a parar a un pueblo llamado Zuera.

»Hace dos días me dijeron que los franceses se habían retirado de Zaragoza, y entonces seguí hasta aquí. Hará ya tres horas que llegué al puesto de guardia del puente de Piedra y pregunté por ti a los soldados; me informaron de que estabas destinado en Capitanía. Fui hasta allí y me encontré con el sargento Morales; él me dijo que te hospedabas en esta fonda y me acompañó hasta la puerta, antes de regresar a Capitanía. El sargento insistió al criado para que te despertara; si hubiera venido yo sola, creo que no me habría hecho ningún caso.

—Pareces aragonesa —comentó Faria tras escuchar atento el relato de Cayetana.

—¿Por qué dices eso?

—No te imaginas qué mujeres hay por aquí: arrojadas aguadoras que transportan alimentos y bebida a los soldados caminando en medio del fuego enemigo sin ningún miedo, monjas desprendidas que evacúan a los heridos de un hospital en medio de las

llamas y los bombardeos, incluso heroínas anónimas que disparan cañones y salvan a la ciudad de caer en manos del enemigo.

»Ahora dime, ¿por qué has venido? Te has arriesgado mucho.

—Tú estabas aquí.

—Te dije que aguardaras en San Juan de Luz a que acabara todo esto, que iría a buscarte, ¿recuerdas?

—Sí, pero no podía soportar la espera sin noticias tuyas. En Francia decían que el ejército imperial estaba punto de conquistar Zaragoza, que había en esta ciudad miles de muertos, que sus defensores no podrían resistir el asalto de los regimientos franceses. Aseguraban que Napoleón quería ocupar esta ciudad a cualquier precio y que todos los que se resistieran serían pasados por las armas.

»Me obsesioné con la idea de no volver a verte más. No sabía nada de ti, si estabas herido, enfermo o incluso muerto... Necesitaba verte, saber cómo te encontrabas, tocarte... Por cierto, estás más delgado.

Faria la abrazó de nuevo, la volteó con delicadeza sobre su cuerpo y quedó debajo de ella. Su miembro comenzó a crecer deprisa, hasta mostrarse de nuevo enhiesto y firme como un mástil, y Cayetana se sentó a horcajadas sobre su amado. Cabalgando como una amazona sobre Francisco, comenzó una frenética danza, girando en círculo las caderas en movimientos lentos e intensos. Francisco se derramó de nuevo y Cayetana volvió a sumirse en la ola de placer que la inundaba toda.

Y los primeros rayos de luna cayeron sobre la ciudad, y los sorprendieron abrazados.

• • •

—Su novia se ha arriesgado mucho para venir a verlo —le dijo Palafox a Faria, cuando el coronel se presentó tras los dos días de permiso.

—Es una mujer extraordinaria.

—Vaya, parece usted enamorado. ¿Ha leído alguno de esos libros que han escrito los filósofos franceses sobre el amor? ¿Sabe?, yo siempre había creído que el amor entre un hombre y una mujer se limitaba a una mera relación de intereses comunes, un contrato beneficioso con la mujer con la que uno se va a casar. Sólo veía en las mujeres el placer físico que proporcionan cuando alivias en ella la entropía o la ventaja de fortuna de casarte con una rica heredera, pero he leído en esos libros franceses que existe un nuevo tipo de amor. Creo que el mismísimo Napoleón lo ha experimentado y lo ha descrito como «un fluido magnético entre las personas que se aman».

»¿Usted también lo cree así? No sé, no sé, tal vez en Francia este tipo de modas..., digamos espirituales, tengan éxito, pero aquí, en España, nunca cuajará un

tipo de amor como ése. El amor debe ser por interés mutuo, ¿de qué otro modo si no puede entenderse que un hombre y una mujer se soporten durante toda una vida? Si no hay interés, no existe el amor.

—Bueno, en Francia no opinan así, mi general.

—La Revolución los ha trastornado. Igualdad, libertad, fraternidad... palabras, palabras. Amor, amor, amor, interés, Francisco, sólo interés.

—Tal vez también deban cambiar algunas cosas por aquí.

—Deje todo como está. Nosotros somos de sangre noble, Francisco. Usted es conde y mi padre era un marqués... Deje las cosas como están. ¡Ah!, y goce con esa muchacha, pero si no tiene interés, y usted ya me entiende, olvídela pronto, aunque, por lo que sé, es muy guapa.

—¿La conoce?

—Vamos, Francisco, nadie entra o sale de esta ciudad sin que yo lo conozca. Uno de mis hombres la siguió para averiguar cuáles eran sus intenciones. Comprenda que aquí no podemos fiarnos de nadie, podía haber sido una espía francesa. Claro que el sargento Morales enseguida me dijo que era su novia. Bien, espero que disfrute con ella pero que no se distraiga de sus ocupaciones, tenemos mucho trabajo por delante, ya lo sabe. Hay que reconstruir toda una ciudad, y es preciso hacerlo cuanto antes.

Soldados, comerciantes, artesanos, jornaleros, mujeres y niños, todo el mundo puso manos a la obra. Carretas, bueyes y mulas fueron requisados y todos se afanaron en sacar escombros de la ciudad procurando que recuperara el aspecto que tenía antes del asedio.

El comandante Antonio Sangenís estrenó su nuevo rango dirigiendo las obras de fortificación a cielo abierto, dibujando fuertes y bastiones y distribuyendo trincheras y posiciones para las baterías artilleras por todo el recinto de la ciudad.

Palafox le había ordenado que ejecutara las obras de reparación de muros y de nuevos bastiones fortificados a toda prisa, pues tras escuchar a Faria se había convencido de que Napoleón volvería a intentar conquistar Zaragoza.

## Capítulo XXI

---

Napoleón estaba furioso. El revés sufrido en España había alterado sus planes de conquista y le obligaba a ser más cauto en su pugna con Rusia. El emperador tuvo que pactar con el zar Alejandro el reparto de Europa central y oriental en una reunión que ambos soberanos celebraron a principios de octubre en la localidad alemana de Erfurt. Entre tanto, Inglaterra enviaba armas y dinero a España, confiada en que la mejor manera de mantener a Bonaparte alejado de sus costas era alentar contra Francia todo tipo de revueltas. La derrota de Dupont en Bailen a manos de Castaños y la de Junot en Vimeiro por el mariscal inglés Arthur Wellesley habían provocado la ira del emperador, que veía tambalearse el flanco sur de su imperio.

Mientras, en España se había desatado una euforia prematura. La victoria de Castaños y la retirada del ejército francés al norte de la Península había sido festejada como el triunfo definitivo sobre el invasor. El 25 de septiembre se restauró en Aranjuez la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, bajo la presidencia del conde de Floridablanca, pero enseguida estalló una pugna por la legitimidad del ejercicio de la autoridad en la nación española, en la que intervino de manera muy intensa el exministro de Gracia y Justicia Gaspar Melchor de Jovellanos, quien acababa de llegar de Mallorca, donde había estado preso los últimos siete años.

Los zaragozanos, animados por su victoria, aprovecharon las últimas semanas del verano para reforzar las defensas, limpiar los escombros de las calles y comenzar la reconstrucción de algunos edificios dañados por el bombardeo francés. Sangenis hacía cuanto podía con los escasos medios que tenía a su alcance, y Faria se reveló como un buen organizador desde su puesto en Capitanía. Palafox le había encomendado el suministro de armas y pólvora, y sobre todo que trazara un plan para que episodios como el estallido del polvorín que había acabado con la mayoría de la munición disponible en Zaragoza no volvieran a repetirse.

—Tenemos que dejar constancia de cuanto ha pasado aquí —sentenció Palafox.

Faria miró sorprendido al capitán general, que degustaba una taza de humeante chocolate caliente en el que había empapado unas galletas.

—Ya hay varios cronistas escribiendo sobre el asedio y la resistencia —dijo Faria.

—Sí, eso está bien, pero no me refería a diarios, sino a imágenes; necesitamos cuadros, grabados, dibujos. Y tiene que hacerlos el mejor, y el mejor es, precisamente, un aragonés.

—¿Goya, don Francisco de Goya?

—Por supuesto, ¿quién si no? Es el pintor de la Corte, ha trabajado en Zaragoza, la conoce bien y es aragonés de pura cepa. He pensado encargarle una serie de óleos, dibujos y grabados sobre el sitio de Zaragoza y sus consecuencias. Francisco, voy a encomendarle una misión un tanto atípica para un militar. Quiero que vaya usted a

Madrid y convenza a don Francisco de Goya para que se presente en Zaragoza, tome los apuntes que considere necesarios del natural y pinte una serie de obras dedicada al asedio francés. Después haremos grabados y los distribuiremos por toda Europa. El mundo ya sabe por las gacetas las gestas heroicas que hemos protagonizado en esta ciudad, pero ahora tiene que ver las imágenes a través del genio de Goya.

»Usted conoce a Goya, ¿no? Recuerdo que eso me dijo en una ocasión.

—Sí, lo visité en su casa de Madrid hace unos años, acompañando a don Leandro Fernández de Moratín —Faria recordó entonces con cariño a su querido amigo de tertulias y paseos madrileños—; allí me mostró sus últimas obras. Luego coincidí con él en algunas tertulias en el palacio de Buenavista y en varios de los salones de Madrid.

—Bien; si lo conoce, tendrá más facilidad para acceder a él; ya sabe usted que los artistas son tremendamente vanidosos y que a veces es complicado tratar con ellos.

—Goya me pareció un hombre muy inteligente; sí, quizás un tanto huraño, pero eso se debe a su tremenda fuerza y a su energía. Creo que es una elección muy acertada, general.

—En ese caso, prepararé las cartas y salvoconductos necesarios; partirá usted hacia Madrid dentro de tres días. La carretera a la capital está bajo nuestro control, pero todavía quedan algunas patrullas de soldados franceses desorientados que no han tenido tiempo de replegarse con el grueso de su ejército. Tenga usted mucho cuidado.

»¡Ah!, y vaya solo. Deje aquí a su novia. Es una orden.

Faria regresó a la fonda donde lo esperaba Cayetana, que acababa de volver del hospital, en el que se había presentado como voluntaria para trabajar bajo las instrucciones de la madre María Ráfols.

—Tengo que ir a Madrid. Palafox quiere que Goya pinte los desastres y las ruinas que ha causado esta guerra.

—Iré contigo.

—No puede ser. Tengo órdenes expresas de ir solo; bueno, me acompañarán un par de guardias de escolta y el sargento Morales, pero nadie más. Por otro lado, tú sigues siendo una proscrita en Madrid, si alguien te identifica podrías tener problemas.

Cayetana recordó entonces que había sido acusada sin razón y condenada sin pruebas por colaborar con los ingleses; una acusación falsa que la llevó varios meses a la cárcel y que gestaron los enemigos de Faria para hacer daño al conde de Castuera cebándose en la persona de su amante.

—Pero me acusaron de colaborar con los ingleses; entonces eran nuestros enemigos, ahora son aliados...

—No, no insistas, no puede ser. Madrid no es una ciudad segura, y se dice que hay algunos grupos de franceses despistados que han quedado retrasados y que andan

merodeando por los caminos, incluso muy cerca de Zaragoza, además de algunos bandidos que han aprovechado la guerra para delinquir con impunidad. Es un viaje peligroso —dijo Faria cortando la palabra a Cayetana.

—Por eso quiero ir contigo —insistió la muchacha.

—Los militares debemos cumplir órdenes, lo siento.

—En ese caso, ten cuidado, no soportaría perderte ahora —asintió, resignada.

—No me pasará nada. Y sólo estaré fuera el tiempo necesario para convencer a Goya y traerlo de regreso a Zaragoza; quince, veinte días a lo sumo.

—Te echaré mucho de menos, más que nunca.

—Tenemos tres días por delante antes de que me vaya. No perdamos ni un minuto.

Faria cogió de la mano a Cayetana y juntos subieron a la habitación que compartían desde que la joven llegara a la capital de Aragón.

## Capítulo XXII

---

En el establo anexo a la posada, el caballo de Faria piafaba inquieto. El sargento Morales acababa de aparejarlo e intentaba calmarlo acariciándole el cuello. Cuando lo logró, tomó de las riendas a ese animal y al suyo, y se dirigió hacia el zaguán, donde Cayetana y Francisco de Faria se estaban despidiendo.

Cuatro jinetes salieron por la puerta del Carmen en dirección a Madrid. Faria contempló apesadumbrado cómo unos jornaleros estaban talando todos los olivos en un radio de casi mil pasos desde los muros de la ciudad; había que evitar que sus retorcidos troncos se convirtieran en trincheras naturales, como ya ocurriera en el asedio de principios del verano, si los franceses volvían a atacar Zaragoza. El horizonte le recordó entonces al de su Castuera natal, cuajado de olivares. De Zaragoza a Madrid se podía ir por dos rutas, o bien por Daroca y Molina de Aragón, o bien por Calatayud y Medinaceli siguiendo el curso del río Jalón. Ambas tenían una distancia similar, pero la de Daroca solía ser más transitada en verano, y fue ésa la que tomaron, pues, además, un espía les había dicho que era mucho más segura que la de Calatayud.

En siete días de marcha forzada se plantaron en Madrid. Los caballos llegaron agotados y con los cascos maltrechos, pero sin problemas graves que no pudieran solucionarse con unos días de descanso, pienso y forraje abundante, un buen pulido de cascos y unas herraduras nuevas.

Faria se dirigió al palacete que había comprado pocos años antes en Madrid. Lo había abandonado en el mes de abril de ese mismo año, cuando tuvo que salir hacia Bayona escoltando a Fernando VII para su entrevista con Napoleón. La casona estaba en pie y el exterior parecía intacto, y continuaban en ella los criados que había dejado a su cuidado tras su marcha. Pero el interior había sido desvalijado. Uno de los criados le contó que durante los tres meses de ocupación francesa el mariscal Murat había ordenado requisarla como vivienda para uno de los generales de su Estado Mayor, y que cuando los franceses se marcharon precipitadamente de Madrid, al conocerse la noticia de la derrota de Dupont en Bailen, se llevaron cuanto de valor había en la casa.

—Al menos no la han quemado —comentó Faria, mientras observaba los grandes balcones desprovistos de las cortinas.

Faria ordenó a sus criados que instalaran en la casa a los dos guardias y al sargento Morales y se dio un buen baño de agua tibia.

Después bajó a la bodega y levantó una baldosa de barro, «la tercera junto a la pared de la izquierda», donde había ocultado una caja de chapa que contenía una bolsa con varios centenares de monedas de plata y de oro. Tomó un buen puñado y subió al gabinete, donde escribió una carta de presentación a Francisco de Goya. La

cerró con lacre y la entregó a uno de sus criados con otra original que Palafox le había confiado antes de partir de Zaragoza.

—Lleva estas cartas al pintor don Francisco de Goya. Vive en el número nueve, cuarto piso, segunda puerta de la plaza de la puerta del Sol. Di que espero contestación.

El criado regresó dos horas después con una carta de Goya. El pintor de la Corte lo citaba para el día siguiente a las tres de la tarde.

Francisco de Faria se vistió lo mejor que pudo. Los franceses se habían llevado sus mejores trajes y casacas, pero le habían dejado su uniforme de gala de coronel de la guardia de corps, aunque sin las botas. Faria ordenó a sus criados que le limpiaran las que había traído de Zaragoza «hasta que parezcan nuevas», les dijo.

A las tres en punto el conde de Castuera llamó a la puerta del piso de Francisco de Goya, un edificio de cuatro plantas en el mejor sitio de Madrid, muy soleado aunque de acceso complicado al ser el último.

Una criada joven y de aspecto aseado le abrió la puerta.

—Buenos días, señorita. Soy el coronel Francisco de Faria, conde de Castuera. Tengo concertada una cita con don Francisco para esta hora.

Tendió el boleto de papel que le había entregado su criado, escrito con la mano del mismísimo Francisco de Goya.

—Lo sé, señor, lo sé. Don Francisco lo está esperando; pase, señoría, pase.

La muchacha lo condujo hasta un pequeño salón decorado con varios cuadros del propio pintor. Se trataba de una sala de paredes amarillas y azules, con yeserías pintadas de purpurina en el techo y en los perfiles de puertas y ventanas.

—Espere aquí, señoría. ¿Desea tomar alguna cosa, café, un poco de chocolate...?

—No, muchas gracias, acabo de almorzar hace unos minutos.

Desde una de las paredes, un gigante de ojos sanguinolentos y dientes aguzados miraba a Faria como si fuera a ser una de sus próximas presas.

«Es increíble —pensó Faria—, el tipo que ha pintado ese rostro pleno de horror y de ira es el mismo que ha decorado las bóvedas de El Pilar de Zaragoza o que dibuja beatíficas vírgenes llenas de candor y dulzura...»

Una voz ronca y poderosa pareció sacudirlo de repente.

—Don Francisco de Faria, conde de Castuera, si no recuerdo mal.

Faria se volvió hacia la puerta y contempló la figura de Goya, con su cabeza grande y poderosa y su cabello rizado y abundante.

—Don Francisco... —Faria se levantó del canapé donde se había sentado y se acercó hasta Goya para saludarlo.

Durante unos minutos le explicó el motivo de su visita, cuyo adelanto ya conocía Goya por la carta remitida el día anterior.

—O sea, que ese ingenuo general al que mis atolondrados paisanos han

proclamado como comandante supremo del ejército de Aragón desea que yo pinte una agónica ciudad en ruinas y un tozudo pueblo sumido en la miseria y la destrucción...

—Bueno, no es exactamente eso, don Francisco; lo que el general Palafox desea es convertir Zaragoza en un vibrante símbolo de la resistencia contra Napoleón, y para ello necesita el apoyo de los mejores artistas de la nación. Y todos hemos convenido en que usted es el mejor pintor de España.

—Mientras han estado en Madrid, los gabachos no se han portado mal conmigo.

—Pero, don Francisco, yo he visto el horror y la muerte que han causado en Zaragoza y en algunos pueblos de su entorno, y el estado ruinoso en que los ataques franceses han sumido a buena parte de nuestra nación. Usted tiene la obligación...

—Un momento, muchacho... —Goya alzó su poderosa cabeza y adelantó el mentón hacia Faria—. Mi obligación es pintar bien; yo soy un artista, no un vocero de sus ideales.

—No son sólo ideales, señor. ¿No vio usted la represión de los franceses los días 2 y 3 de mayo aquí mismo, en pleno Madrid? Mis criados me han contado cosas terribles de aquellos días: cargas indiscriminadas de caballería, fusilamientos atroces, violaciones cobardes... ¿Está usted seguro de que todo esto no es cosa suya? Tiene usted que ver cómo ha quedado Zaragoza tras los bombardeos y los asaltos de la infantería gabacha. En las batallas y con las epidemias que las han seguido, han muerto ya más de tres mil aragoneses tan sólo en Zaragoza. Muchos de ellos han sido enterrados a toda prisa para evitar que el calor del verano descompusiera sus cuerpos y se extendieran las epidemias. ¿Todavía cree que esto no es cosa suya, señor?

Goya cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Venga conmigo —le dijo al fin.

Los dos hombres atravesaron un largo y ancho pasillo hasta una puerta al fondo. Goya sacó una llave de un bolsillo de su chaleco y la abrió. La puerta daba acceso a un pequeño distribuidor del cual arrancaba una escalera hacia el ático. Bajo el tejado del edificio, Goya había instalado un pequeño estudio que unas claraboyas inundaban de una brillantísima luz.

Arrimada a una pared, una estantería contenía varias carpetas repletas de hojas de papel para dibujar. El pintor cogió una de ellas, la acercó bajo una de las claraboyas y la abrió.

—Fíjese.

Goya fue pasando uno a uno una serie de dibujos a plumilla y carboncillo. Se trataba de apuntes para un gran cuadro: anónimos soldados franceses uniformados, crueles mamelucos egipcios con sus turbantes ampulosos, paisanos madrileños sucumbiendo ante los cerrados disparos, cañones humeantes, fusiles amenazadores, espadas cuajadas de inquietantes destellos metálicos, fieros caballos relinchando,

ruinas de fondo...

—Son extraordinarios, don Francisco, extraordinarios —dijo Faria a la vista de los bocetos.

—Son materiales para dos cuadros. Pienso pintar dos grandes lienzos sobre los sucesos del 2 y del 3 de mayo en Madrid. Sus ojos son los únicos, después de los míos, que han visto estos bocetos. ¿Y bien? —Goya se plantó ante Faria con los brazos en jarras, como demandando excusas.

—Le pido mil perdones, don Francisco.

—No, tenía usted razón, debería haberle explicado... pero eso ya no tiene importancia. Bueno, el general Palafox desea que pinte su victoria, ¿no es eso?

—No, señor. Desea que pinte la heroica resistencia de una ciudad que se ha sacrificado por su independencia y por la de toda la nación.

—¡Ah!, mi joven amigo, es usted un iluso, como todo buen idealista, pero no se preocupe, ese defecto se arregla con el tiempo.

—¿Vendrá conmigo a Zaragoza? —insistió Faria.

—¿La ciudad ha sufrido tanto como se dice por aquí?

—Mucho más, pero el sacrificio no fue en vano, pues logramos resistir al mejor ejército del mundo y lo rechazamos. Ahora necesitamos su ayuda, señor.

Goya frunció el ceño.

—Me gusta su franqueza. Sí, iré a Zaragoza con usted.

—¿Cuándo partimos?

—Tranquilo, coronel, tranquilo, tengo que resolver algunos encargos urgentes. Humm..., digamos que dentro de cuatro semanas.

—¡Cuatro semanas! ¡Es demasiado tiempo! —clamó Faria.

—Pues no puede ser antes, ya le he dicho que tengo algunos compromisos que cumplir.

—De acuerdo, le escribiré a don José de Palafox para ponerle al corriente. Gracias, don Francisco.

—Tenga, es para usted.

Goya cogió uno de los dibujos que había sobre una mesa y se lo entregó a Faria.

—Gracias, don Francisco, es un honor, un gran honor...

El dibujo que Goya le acababa de regalar al conde de Castuera representaba a un soldado español en actitud de combatir armado con un sable. El oponente era un perro de aspecto feroz y ojos sanguinolentos que lo amenazaba con unas poderosas fauces.

—Se trata de uno de los oficiales que cayeron en la defensa del parque de artillería. Tomé el apunte de una detallada narración que me hizo un testigo presencial.

—Es extraordinario, lo guardaré siempre.

Un mes, todo un mes por delante. Faria escribió a Palafox una carta indicándole que Goya iría a Zaragoza, pero que no lo haría hasta principios de noviembre. Tenía tiempo para visitar entre tanto sus propiedades en Castuera, a la espera de escoltar a Goya.

## Capítulo XXIII

---

Su casa solariega de Castuera parecía anclada en un tiempo pasado, como si en los últimos años no hubiera ocurrido nada en el mundo. Los criados al cuidado de la casa y de las fincas arrastraban una vida monótona y triste, trabajando de sol a sol y visitando la iglesia los domingos, uno de los pocos momentos de asueto. El viejo capataz que dirigía la hacienda de la familia Faria, y que lo venía haciendo desde mucho antes de morir el padre de Francisco, vigilaba las propiedades del conde como si fueran propias.

Las rentas que cada año producían los campos de cereales, las dehesas, los olivos, el ganado y el alquiler de algunas casas en el pueblo eran ingresadas en una cuenta del banco de San Carlos y, aunque no eran muy cuantiosas, proporcionaban a Faria el dinero suficiente para vivir con ciertos lujos e incluso permitirse algunos extras, como la compra del palacete en Madrid.

Durante una semana examinó los libros de cuentas que guardaba el capataz y en los que apuntaba con mucha meticulosidad los ingresos y los gastos de la hacienda.

—La guerra nos ha beneficiado mucho, señor conde —le dijo el capataz—. Además de pólvora, los ejércitos necesitan pan, aceite, carne en conserva y vino, y de todo ello producimos algo en este señorío.

—La guerra es terrible, deberías haber estado en medio de la batalla de Trafalgar o en las trincheras de Zaragoza para comprender qué significa en realidad una guerra —le amonestó Faria.

—Bueno, señor conde, es cierto que la guerra ha provocado algunos daños, pero fíjese en los beneficios que deja; mire, mire...

El capataz le señaló la diferencia de ingresos entre los meses de mayo a septiembre de 1807 y los del mismo período de 1808.

—En efecto, la diferencia es evidente —asentó Faria.

El conde comprobó que durante los meses de guerra los ingresos habían ascendido a justo el doble que los del año anterior.

—Ahora vendemos todos los excedentes de trigo a un buen precio y aún colocaríamos el doble si pudiéramos cultivarlo, y a un precio mucho mayor todavía. Yeso se refleja con mucha claridad en el resultado final. La guerra es un negocio, un buen negocio, señor.

—¿Y los jornaleros? —demandó Faria.

—Perdone, señor conde, no entiendo...

—Me refiero a los jornaleros que trabajan en las fincas, ¿cómo viven?

—¡Ah!, ¿ésos?, bien, bien. Trabajan los campos, recogen su paga cada semana y cuidan de su familia. Ahora tenemos a diez criados fijos con sus familias y contratamos a muchos más en la época de la siega, de la vendimia y de la recolección

de la aceituna. Los pagos por ello están...

El capataz fue pasando las hojas del libro de cuentas.

—Déjalo —le interrumpió Faria—. A partir de ahora, súbeles la paga en un real por jornada.

—No entiendo, señor, ¿ha dicho un real?

—Sí, un real por jornada.

—Pero señor conde, un real por jornada es...

—Tres o cuatro mil reales al año. Creo que podremos soportar este gasto, al menos mientras haya guerra, ¿no?

—Pero su padre nunca hubiera hecho esto, no sé, es diferente...

—Tal vez, pero cumple lo que te he dicho.

Francisco de Faria respiró satisfecho. Sentado en una mecedora de anea, bebió un largo trago de una copa de vino que le acababa de servir el ama de llaves de su casona de Castuera, una anciana que lo había criado cuando, siendo niño, su madre murió prematuramente. El conde contempló la copa; era de un fino cristal tallado con el escudo de la casa condal. Apuró el vino y se acercó a la ventana. Los campos de Castuera se extendían ondulantes, cuajados de olivos y barbechos grises. El sol otoñal lucía en lo alto con fuerza, en un cielo tan limpio y azul que parecía imposible que toda Europa estuviera desangrándose en una cruenta guerra.

• • •

Faria regresó a Madrid a mediados de octubre. La capital era un hervidero de rumores sobre la que se auguraba como inmediata venida a España del mismísimo Napoleón. En las principales tertulias que se celebraban en los más lujosos salones de la ciudad, se discutía con acaloramiento sobre el futuro de España y de la monarquía. La mayoría deseaba el regreso del rey Fernando VII, a quien seguía considerando como el único, legítimo y verdadero rey. Algunos afrancesados sostenían que la renuncia de don Fernando y la de su padre don Carlos a favor de Napoleón había facultado al emperador a designar a su hermano José como nuevo rey de España, y que por tanto el hermano de Napoleón era el rey legítimo. Los menos apenas se atrevían a cuestionar la validez de la monarquía, y sólo unos pocos liberales se aventuraban a insinuar que la república era la mejor forma de gobierno de las naciones.

En el otoño de 1808 Madrid seguía siendo una ciudad provinciana y carente de una clase intelectual como la que había en París o Londres, y las tertulias y los círculos literarios seguían estando muy mediatizados por el influjo de la Iglesia, que mantenía un férreo control sobre la enseñanza y sobre las costumbres.

Aquella tarde de fines de octubre, mientras Faria preparaba su equipaje para

regresar a Zaragoza con don Francisco de Goya, un lacayo vestido con una elegante librea se presentó en su casa de Madrid. Portaba una carta cerrada con un lazo azul celeste. No traía remite, tan sólo un indicación: «Para don Francisco de Faria, conde de Castuera».

Francisco desató la cinta y desplegó el papel, que emitió un aroma como de rosas.

La carta estaba firmada por Teresa, la hija del conde de Prada, la muchacha con la que meses atrás Faria estuvo a punto de casarse, si no hubiera tenido que partir hacia Bayona escoltando a Fernando VII y no hubiera estallado la guerra contra Francia.

Teresa le comunicaba que se había enterado de su llegada a Madrid y le recriminaba el no haberse puesto en contacto con ella. Le decía que ardía en deseos de tener una cita, salvo que en su memoria se hubiera borrado el tiempo pasado.

Faria no se había olvidado de la condesita. ¿Cómo olvidar a aquella mujer de aspecto tan gélido con un carámbano de hielo pero tan ardorosa como un tizón rusiente? Sin embargo, Cayetana ocupaba ahora toda su vida, y no deseaba volver a encontrarse con una mujer tan inquietante como Teresa.

Faria le contestó diciéndole que le habían encomendado una misión secreta muy importante y que no podía desvelarla porque de ella dependía la marcha de la guerra. Nada de eso era cierto, pero no encontró una excusa mejor para librarse de Teresa.

Atardecía sobre el pesado cielo otoñal de Madrid. Faria acababa de revisar unos documentos en su gabinete, cuando uno de los criados llamó a la puerta. El conde de Castuera le indicó que pasara y, cuando la puerta se abrió, tras el criado, cuya cara revelaba una sensación mezcla de pasmo y confusión, apareció Teresa.

La hija del conde de Prada tenía la misma expresión cándida e inocente que Faria recordaba, pero su mirada estaba atravesada por un reflejo de lascivia incontenida.

—Retírate —le ordenó el conde a su criado.

—Vaya, vaya con el señor conde. ¿Recuerdas que hace seis meses íbamos a casarnos? Hubiera sido el pasado verano, en la iglesia de la Santa Cruz, y luego hubiéramos ido una temporada a Castuera, para que allí me dejaras preñada de tu heredero. ¿Recuerdas? A tu regreso de Bayona ibas a pedirle mi mano a mi padre. Pues bien, mi querido Francisco, ¿a qué estás esperando? —Teresa hablaba con una frialdad sutil.

—Yo nunca te prometí matrimonio —asentó Faria, intentando aparentar tranquilidad.

—No, no lo hiciste, claro que no lo hiciste. Fui yo la que quería casarme contigo. Tal vez me precipité; no sé, me sentí celosa cuando lograste sacar de la cárcel a aquella zorrilla con la que te acostabas. ¿Cómo se llamaba...?, ¿Cayetana?, sí, creo que sí, Cayetana. Por cierto, ¿qué ha sido de ella? ¿Se marchó a Francia, no? Seguro que anda follándose a los franceses a tu salud, querido Francisco.

—Está en Zaragoza.

—¡Ah!, te la has llevado allí contigo. Bien por el conde. Y ahora anhelas volver a verla cuanto antes, claro. Una hermosa historia de amor entre el noble y la plebeya, supongo. Bueno, no voy a dejarte sin el gusto, pero antes me debes algo que he venido a cobrarme.

Teresa comenzó a desvestirse con una procacidad extrema.

—No sigas... —balbució Faria.

—¿Estás seguro?

Teresa, casi desnuda, fue acercándose hasta Faria y comenzó a masajearle la entrepierna por encima del pantalón.

—Yo no te prometí nada —insistió Faria.

—Bueno, aquello está olvidado. Sólo he venido para recordar los buenos viejos tiempos, y para enseñarte algunas cosas que he aprendido estos meses en Madrid. No te puedes imaginar lo que son capaces de hacer en esto del amor los oficiales franceses.

Antes de que se diera cuenta siquiera, la mano de Teresa ya estaba dentro de los pantalones de Faria, cuyo miembro había crecido hasta su total extensión.

En unos minutos los dos jóvenes yacían en el suelo, desnudos, besándose como posesos. Teresa mordisqueaba el cuello de Faria mientras el conde le acariciaba los pechos, tan duros como recordaba.

La pálida luz de los cirios iluminaba la blanca piel de la hija del conde de Prada, cuyo cuerpo parecía empapado en un baño de nácar.

—Sigues siendo como una garita en celo —le dijo Faria.

Teresa se levantó, cogió una varita de madera que había sobre la chimenea y pidió a Francisco que le azotara las nalgas.

El conde de Faria se mostró un tanto azorado, pero la condesita insistió.

—Es un sistema para la excitación, querido. Los franceses y los ingleses lo hacen a menudo con sus amantes; lo han aprendido de los persas y de los rusos, que azotan con cañas a sus esposas antes de poseerlas. Vamos, hazlo, hazlo.

Faria golpeó con suavidad a Teresa, aplicando la varita casi como si se tratara de una caricia.

—No quiero hacerte daño.

—Yo te diré cuándo me lo haces; vamos, vamos, golpea más fuerte, más fuerte.

Faria fue incrementando la potencia de sus golpes hasta que las nalgas lechosas y tersas de Teresa fueron adquiriendo un color sonrosado. En contra de lo que había supuesto, la visión de la carne enrojecida y el contorneo de Teresa ante los golpes lo excitó sobremanera.

Faria no pudo contenerse, arrojó la varita a un rincón del gabinete y cogió a Teresa por las nalgas penetrándola con furia.

—¿Quién te ha enseñado esto? —le preguntó mientras la acometía.

—¡Ah, ah!, esos maravillosos oficiales franceses. Son como pavos reales embutidos en sus uniformes azules y dorados, pero desnudos... —Teresa jadeaba de placer.

—¿Te has acostado con muchos? —preguntó Faria sin dejar de penetrarla.

—Perdí la cuenta enseguida..., treinta, cuarenta tal vez, son tan altivos, tan galantes... Hacen el amor a la vez que beben vino dulce de Madeira y champán y comen ostras... y les gusta que los miren mientras lo hacen. Tuve que pedirle a mi criada que asistiera a nuestras citas. Primero... ¡ah, ah!, primero se limitaba a mirar, pero luego se unía a nosotros, la muy zorrita...

»Pero lo más placentero es acostarse con varios hombres a la vez.

Aquellas palabras de Teresa excitaron de tal modo a Francisco que aceleró de manera frenética sus movimientos, gritando como un poseso.

—¿Con varios a la vez?

—Sí, sí; en una ocasión lo hice con tres capitanes de un regimiento de lanceros de caballería; mi criada y yo con los tres a la vez. Mientras copulábamos indistintamente con uno u otro, bebíamos vino dulce de Madeira, que se derramaba por nuestra piel, de la que volvíamos a sorberlo..., ¡ah, ah!, enredados unos cuerpos con otros..., había un grabado de un tal Caresme en el que tres jóvenes desnudas copulaban con dos hombres; una de ellas dejaba caer en la boca de otra un chorro de vino desde una jarra, mientras ésta orinaba en la boca de uno de los hombres, al que cabalgaba la tercera de las chicas, que a su vez chupaba la verga del segundo..., y nosotros repetíamos aquella escena del cuadro..., ¡ah, ah!, esos condenados franceses...

Faria se derramó dentro de Teresa entre agitadas convulsiones.

Los dos amantes quedaron tumbados en el suelo, uno junto al otro pero sin tocarse ahora.

—Nuestro matrimonio no habría funcionado —dijo Faria.

—Creo que no. Eres demasiado...

Teresa interrumpió la frase.

—¿Demasiado...?

—Me refiero a que deseas una mujer para ti solo... y yo no soy de esas. Necesito el amor de varios hombres; no soy hembra que se contente con un solo varón.

Teresa se vistió despacio.

—¿De quién dices que era ese grabado?

—¿Te refieres al de la orgía de las tres muchachas y los dos hombres?

—Sí, a ése.

—Caresme, Jacques Caresme; creo que era francés. Murió hace diez o doce años. Un coronel de la guardia personal del rey José me regaló dos de su grabados. Tal vez te envíe uno de ellos, no sé si te gustará, pero seguro que te inquieta; y aunque no quieras admitirlo, la inquietud te excita más que ninguna otra cosa.

—No, no, guárdalos, seguro que tienen mucho valor.

—¿Regresas a Zaragoza?

—Sí. Ya te decía en mi carta que tengo que cumplir una misión secreta.

—Nunca hubiera imaginado que escoltar a Goya fuera una misión secreta.

—Entonces, ¿sabías...?

—En estos días, todo lo que ocurre en esta ciudad provinciana se sabe enseguida.

»Bien, a mi padre le habría gustado que los condados de Castuera y de Prada se hubieran unido, y ya que no ha tenido un hijo varón, que al menos su nieto hubiera heredado ambos. Pero creo que eso ya no será posible.

—Yo...

—No, no digas nada, Francisco. Espero que te vaya bien con esa Cayetana. Aunque si vuelves por Madrid, no dudes en hacerme una visita. Volveremos a recordar los buenos viejos tiempos.

Teresa hizo un mohín lleno de complicidad, acabó de vestirse y abrió la puerta de la estancia. Antes de salir, se detuvo, dio media vuelta y se quedó mirando fijamente a Faria.

—¿Sí...? —demandó el conde de Castuera.

—Por cierto, no te he enseñado casi nada de cuanto he aprendido de los franceses, tendrá que ser en otra ocasión.

La condesita de Prada se marchó del gabinete con la misma compostura que si saliera de la misa de doce dominical.

## Capítulo XXIV

---

Francisco de Faria, el sargento Morales y los dos guardias de escolta esperaban a don Francisco de Goya a la entrada de su casa de la puerta del Sol. Un tibio sol otoñal calentaba las solanas de las fachadas de la plaza, por la que comenzaban a deambular carreteros, verduleros, panaderos y gentes sin oficio que en cuanto despuntaba el día se lanzaban a las calles de Madrid en busca de cualquier cosa que llevarse a la boca.

Don Francisco bajó puntual, y con la ayuda de los dos guardias, sus criados cargaron el equipaje del pintor de la Corte en la parte posterior de una pequeña calesa.

—Conforme me hago viejo me apetece menos viajar —comentó Goya con cierta resignación.

—No se preocupe, don Francisco, viajaremos al ritmo que usted desee, el que le sea más cómodo —Faria tuvo que alzar la voz, ante la sordera cada vez más acusada de Goya.

La comitiva, con la recua de caballos y la calesa, partió hacia Zaragoza por la calle de Alcalá, en la que los dueños de comercios y mesones estaban abriendo sus puertas.

En la primera jornada de camino llegaron hasta Alcalá de Henares, donde se enteraron del terrible enfado que tenía Napoleón por la derrota de Bailen, por el fracaso del asedio de Zaragoza y por el abandono de Madrid de José Bonaparte y de las tropas de Murat.

En una gacetilla que hojearon en la posada donde iban a pasar la noche pudieron leer que Napoleón había decidido tomar en persona el mando del ejército francés en España. En esos días el emperador había alcanzado sus mayores cotas de gloria en Europa. Eran muchos los periodistas, historiadores y comentaristas, incluso de los países enemigos de Francia, que consideraban a Bonaparte uno de los tres más grandes jefes militares de la historia, al lado mismo de Alejandro Magno y Aníbal. Lo comparaban con el general cartaginés por la rápida conquista de Italia y con Alejandro por sus campañas en Egipto y en Asia. En algunos boletines era llamado «el capitán del siglo», y se le atribuía la cualidad de ser invencible en el campo de batalla.

Había organizado su ejército, la Grande Armée, tras estudiar diversas tácticas de guerra en los autores clásicos. La unidad básica de la infantería la constituía el batallón, integrado por unos seiscientos hombres. Cuatro batallones formaban un regimiento, mandado por un coronel, y dos o tres regimientos una brigada, al frente de la cual estaba un general brigadier. Dos o tres brigadas configuraban una división, mandada por un general. Por fin, tres o cuatro divisiones integraban un cuerpo de ejército, dirigido por un mariscal de campo. La caballería se estructuraba de forma

parecida, pero en este caso la unidad básica la integraba un escuadrón formado por cien jinetes, y un regimiento constituido por cuatro escuadrones. Los soldados de caballería se dividían en lanceros, armados con largas picas y empleados en cargas frontales que requerían gran contundencia, dragones, equipados con sables, y húsares para maniobras más complejas y para las ocasiones en que se requería el combate cuerpo a cuerpo.

—Ese hombre es demasiado ambicioso; cuando conquiste toda Europa, si algún día lo logra, no tendrá bastante, y querrá más y más. Debe de ser uno de esos generales que cree haber nacido para redimir al mundo mediante su conquista —dijo Goya, en tanto esperaban que les sirvieran una sopa de carne para cenar.

—Yo conocí a Napoleón en Bayona hace unos meses. No tuve la oportunidad de estar con él mucho tiempo, pero lo observé durante las entrevistas que celebró con sus majestades don Carlos y don Fernando. En aquellos días pude hablar con algunos oficiales franceses de su entorno, y uno de ellos, un altivo coronel de húsares, me confesó que su emperador detestaba a España a causa de lo que él llamó «gobierno decadente y corrompido de los Borbones» y por el oscurantismo del clero —contó Faria.

—¡Vaya!, sólo por eso comienza a caerme algo mejor ese Napoleón —ironizó Goya.

—Ese coronel también me comentó que los franceses no querían dominar España, sino tan sólo introducir aquí las reformas sociales y administrativas y aplicar los logros revolucionarios que habían triunfado en Francia. Yo le contesté que eso jamás sería gratis, y que lo que en realidad pretendían los franceses era poner los recursos militares y económicos de España al servicio de Francia y de los desmesurados afanes de grandeza de su emperador.

—¿Y qué le respondió a usted ese coronel? —se interesó Goya.

—Se justificó diciendo que ésa era la única manera de que España se liberara de tantos siglos de Inquisición, retraso y oscurantismo y de que entrara al fin en la senda del progreso que marcaban Napoleón y Francia.

—¿Y qué piensa usted, Faria? —preguntó Goya.

—He luchado durante varias semanas junto a los defensores de Zaragoza contra los brutales ataques gabachos, y no me ha parecido que sus bombas y granadas trajeran el progreso; por el contrario, cada una de ellas causaba muerte y destrucción indiscriminadas.

—¿Preferiría usted el regreso de Fernando VII antes que un gobierno de José I Bonaparte? Si mi información es correcta, el hermano de Napoleón fue muy querido en el tiempo que estuvo sentado en el trono del reino de Nápoles.

—Sí, parece que los napolitanos apreciaron mucho su gobierno, pero los españoles somos diferentes. Yo juré lealtad a Carlos IV y después a Fernando VII; mi

padre me enseñó que un noble español jamás debe empañar su nombre traicionando su palabra, pero todavía no sabemos cómo será gobernada España por don Fernando. Yo lo vi entrar en Madrid tras su proclamación en Aranjuez, y puedo asegurarle, porque estuve encargado de la protección del rey en el desfile triunfal, que el pueblo español lo desea como soberano... tal vez porque no conoce el tipo de individuo que es.

Goya sonrió con cierta amargura.

—Mi joven amigo, yo he pintado el rostro de don Fernando cuando era príncipe de Asturias; he hablado con él en muchas ocasiones y puedo asegurarle que no le confiaría ni el menor de mis secretos, ni dejaría que protegiera mi espalda en una pelea.

Faria tuvo que morderse la lengua para no decir lo que en verdad pensaba de Fernando VII, al que no podía identificar con otra cosa que como un canalla coronado.

—Esa sopa huele muy bien —comentó Faria, al acercarse una muchacha con una olla humeante.

—Pues pongámonos manos a la obra, coronel, que si se enfría no apetece igual.

Nueve días tardaron en recorrer el camino entre Zaragoza y Madrid; algunas lluvias inoportunas los retrasaron.

• • •

Cayetana intuyó que Francisco de Faria estaba inquieto. Al encontrarse ambos en la fonda de Ricardo Marín, al regreso del coronel de su misión en Madrid, el beso que le dio su amante le pareció frío y culpable.

Hicieron el amor en silencio, sin un jadeo, como si se tratara de un rito asumido que era necesario cumplir como una obligación más.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Cayetana, ante el silencio de Faria.

—No, nada, nada.

—Eso no es cierto. Desde que has llegado de Madrid, estás muy extraño; apenas hablas, tus ojos esquivan mi mirada... Confía en mí.

—No me ocurre nada. Tal vez el viaje, el cansancio...

—¿Has estado con la condesa, verdad?

—Yo...

Faria se abrazó a Cayetana.

—No me importa, al fin y al cabo ella es una aristócrata y yo sólo una buscona. Me he hecho demasiadas ilusiones. Ella es la mujer que te conviene.

—Sí, he estado con ella. Se presentó en mi casa de Madrid, pero...

Cayetana selló los labios de Francisco con un beso.

—No me importa lo que haya pasado entre vosotros. Ahora estás aquí, conmigo, y no voy a dejar que este momento se estropee. ¿Quién sabe si mañana seguirás a mi lado?

Y los dos jóvenes volvieron a hacer el amor, de nuevo en silencio, pero en esta ocasión con una fuerza y una pasión reverdecidas.

• • •

Cuando se supo con certeza que Napoleón, harto de los fracasos de sus mariscales en España, había decidido tomar en persona el mando del ejército en la Península y que se dirigía hacia los Pirineos al frente de un enorme contingente de tropas, una sensación de pánico se extendió por las aldeas de los alrededores de Zaragoza y centenares de campesinos, con sus familias, sus enseres más preciados y sus ganados, se dirigieron a esta ciudad para buscar refugio tras sus murallas. Convencidos de que, como había ocurrido el verano anterior, la Virgen del Pilar protegía su santuario, se instalaron dentro de sus muros con cuanto de valor pudieron acarrear.

El coronel Faria y el sargento Morales habían recogido a Goya de la casa donde se había hospedado a su llegada desde Madrid y lo acompañaron hasta Capitanía, donde los esperaba Palafox. A primeras horas de la mañana, la calle del Coso estaba llena de campesinos con carretas, recuas de acémilas y hatajos de ganado que no cesaban de buscar acomodo dentro de Zaragoza.

—¿Y todo este tropel de gente, y estas bestias? —se sorprendió Goya.

—Son labradores de los pueblos del entorno de la ciudad. Ha corrido el rumor de que Napoleón viene directo hacia nosotros ávido de sangre y venganza por la derrota que sufrieron sus tropas el pasado verano, y ante semejante perspectiva, la gente de las aldeas busca refugio dentro de estos muros. El general Palafox ha dado instrucciones para que sean instalados lo mejor posible —repuso Faria.

—Pero fíjese en todo ese ganado. Si se produce un asedio prolongado, el hacinamiento de personas y animales puede ser un problema todavía mayor que los cañones franceses.

—Bueno, siempre podemos comernos a esos animales en caso de que nos falten alimentos.

Cuando llegaron al palacio de los Luna, Palafox recibió a Goya con efusión y alivio.

—Bienvenido a Zaragoza y a ésta capitanía, don Francisco —lo saludó el capitán general.

—El coronel Faria me ha puesto al corriente de sus intenciones, y he accedido a ellas —dijo Goya.

—Se lo agradezco mucho y le ruego que se ponga manos a la obra cuanto antes.

Parece ser que Napoleón no tardará mucho en presentarse por aquí, y en ese caso esta ciudad será lo más parecido al infierno. Para cuando eso se produzca, me gustaría tener lista una serie de grabados sobre los destrozos que el ejército de Bonaparte ya ha causado en estos edificios. Es preciso que toda Europa sepa qué tipo de salvaje sin entrañas es ese tirano.

»Cualquier cosa que necesite, no dude en pedírmela, don Francisco.

—Me harán falta pinceles, un caballete, lápices y carboncillos, papel de dibujo, un par de mulas y al menos dos ayudantes, a ser posible con conocimientos de dibujo y pintura.

—No se preocupe por ello. Mañana mismo lo tendrá todo.

—En ese caso, comenzaré mi trabajo mañana. En cuanto a mis emolumentos...

—¡Ah, claro! Ordenaré a la Cancillería que le abonen hoy mismo, como adelanto a su trabajo, trescientos reales. ¿Está bien esa cantidad? —preguntó Palafox.

—Sí, bien, bien. Pero por el momento tendremos que firmar un contrato por el encargo, y eso depende de lo que usted desee que yo haga.

—Mi deseo es que usted nos realice una serie de veinte grabados que representen los desastres que esta guerra ha causado en Zaragoza, sobre todo a sus edificios y monumentos. Y otros tantos sobre las personas, ya sabe, hombres y mujeres destrozados; que se manifieste la crueldad de los franceses, bueno, escenas que conmuevan el alma de los europeos y despierten su conciencia en contra de las atrocidades de Napoleón. Sé que nadie lo puede hacer mejor que usted, el pintor más grande de la Europa de nuestro tiempo.

—Le agradezco sus alabanzas, general, pero no olvide enviarme un notario para redactar el contrato.

—Por supuesto, don Francisco, lo haré de inmediato. ¡Ah!, y usted no olvide firmar el albarán cuando le entreguen los trescientos reales.

»Y por cierto, ya que está aquí, quisiera encargarle también algo personal; se trata de un retrato ecuestre.

—¿Suyo? —preguntó Goya.

—Bueno, me lo han pedido algunos de mis oficiales. Ya sabe... Un comandante recién llegado de Cataluña me ha dicho que en Alemania ya se cuentan las gestas de Zaragoza. Incluso me han llegado a comparar con Arminius, personaje del cual yo no había oído hablar hasta ahora pero que, según me han explicado, fue un caudillo teutón que derrotó a las legiones de Augusto en la selva de Teotoburgo, hace ahora diecinueve siglos. Esta ciudad fue fundada por el emperador Augusto y a mí, que la he defendido de Napoleón, me comparan con su vencedor; curioso, ¿no cree?

—Así es la historia, general —apostilló Goya.

—En ella podemos encontrar muchas respuestas a nuestras preguntas.

—¿Incluso cómo vencer a Napoleón? —preguntó Goya.

—Resistiendo es como se puede vencer a Napoleón. Lo reitero muchas veces, pero créame si le digo que estoy plenamente convencido de que ésa es la única manera.

Tal como le había dicho a Palafox, don Francisco de Goya comenzó a tomar apuntes y a hacer dibujos de las ruinas de la ciudad. El capitán general de Aragón se había empeñado en editar una serie de litografías y de grabados e imprimir grandes cantidades de copias para que los resultados de la acción del ejército francés se conocieran en toda Europa, y a la vez difundiera por todo el continente el espíritu de resistencia de Zaragoza, cuyas gestas comenzaban a ser conocidas por todas partes.

## Capítulo XXV

---

—Mi general, ¡Napoleón ha irrumpido en España al frente de un ejército de más de cien mil hombres! —anunció nervioso un correo recién llegado de Tudela; se ha instalado en Vitoria con su Estado Mayor.

—Bueno, ya está aquí, tal como usted bien supuso, Francisco —comentó Palafox, intentando aparentar la mayor tranquilidad.

El capitán general de Aragón hizo un gesto al correo para que se retirara.

—Me temo que vendrá a por Zaragoza —lamentó Faria.

—Tal vez; y si llega el caso, aquí lo estaremos esperando.

Pocos días después de que se conociera la noticia de la entrada en España de Napoleón, enfermó en Zaragoza Jorge Ibor, uno de los principales cabecillas que había apoyado la revuelta popular que encumbró a Palafox al frente de la capitánía general de Aragón. Ascendido a teniente coronel por sus servicios de armas y su lealtad a Palafox, el jefe de la compañía de escopeteros del Arrabal murió poco más tarde de fiebres tifoideas. Todos lo conocían como el tío Jorge.

El hacinamiento de gente y de ganado comenzaba a causar los primeros graves problemas sanitarios, y las epidemias empezaban a provocar algunas bajas entre la población. A los casi cincuenta mil habitantes habituales de la ciudad, se habían sumado varias decenas de miles de soldados y algunos miles más de campesinos de las aldeas de la región que se habían trasladado a Zaragoza en busca de la protección que parecían propiciar sus muros.

Faria le hizo ver a Palafox que tanta gente refugiada dentro de las murallas acabaría siendo un problema insoportable, y le propuso que se ordenara a varios miles de personas, sobre todo ancianos, mujeres y niños, que salieran de la ciudad y buscaran refugio en otra parte, pero Palafox se negó en redondo, aseverando que si daba esa orden podría cundir el pánico y el caos de tal modo que sin duda estallaría un motín popular, y eso sería mucho peor.

Los informes que sobre la cantidad del ejército francés habían llegado a Capitanía eran demasiado optimistas para los intereses de España. En realidad, Napoleón, deseoso de vengar las derrotas de Bailen y Vimeiro, había asumido personalmente el mando de las operaciones militares en España a principios de noviembre, y había atravesado los Pirineos al frente de un enorme y poderosísimo contingente de doscientos cincuenta mil hombres, la mayoría de ellos veteranos de las triunfales campañas en Italia y en Europa Central.

El emperador, despechado por las derrotas y el ridículo de sus tropas en España, había desplegado ocho cuerpos de ejército con una única intención: destruir completa y definitivamente el poderío militar español para que dejara de ser un incordio permanente. Ya hacía semanas que contemplaba la guerra de España como una leve

molestia que, de no atajarla pronto, podría convertirse en un notorio contratiempo.

Por ello, había decidido tomar el mando, recuperar el terreno pedido, volver a instalar a su hermano José en el trono de Madrid y aplastar con toda rotundidad cualquier resistencia que los españoles le presentaran. Si quería seguir adelante con sus planes en Centroeuropa, necesitaba que el frente español estuviera tranquilo y que los británicos no pudieran convertir la península Ibérica en una base de operaciones contra Francia. Afortunadamente para Francia, algunos políticos ingleses no estaban a la altura de sus generales. A fines de esa misma primavera, Richard Brinsley Sherindan, el más brillante de los parlamentarios liberales, ni siquiera había podido tomar la palabra en la Cámara de los Comunes por encontrarse totalmente borracho.

La Grande Armée penetró en España como un ciclón a principios de noviembre de 1808.

El general Castaños, todavía ebrio de victoria por su triunfo en Bailen, decidió salir al encuentro de Napoleón a fin de poder detenerlo en el frente del Ebro, y evitar así que consiguiera llegar hasta Madrid sin resistencia. La primera avanzada del ejército español fue batida fácilmente en la batalla de Espinosa, cerca de Burgos, e inmediatamente después en Reinosa y en Gamonal. Los franceses progresaron hacia el sur y hacia el este y llegaron hasta Tudela, plaza considerada de enorme trascendencia para el control del valle del Ebro y de los accesos hacia Francia por Pamplona.

Castaños se dirigió a toda prisa hacia Tudela y allí se encontraron franceses y españoles el 23 de noviembre. Palafox había sido requerido por Castaños, como general más antiguo, a acudir con sus hombres y a sumarse a las tropas que llegaban de Madrid, pero Palafox, aunque no estaba de acuerdo con el plan de Castaños de librar una gran batalla en campo abierto, acudió a la llamada de apoyo del vencedor de Bailen, al que saludó con desgana. Pese a la inferioridad de sus tropas y de su armamento, a la falta de entendimiento con Palafox y a las desavenencias entre los mandos españoles, el general Castaños parecía confiado; estaba seguro de que el éxito de Bailen no había sido una casualidad ni una extraña circunstancia del destino, y cargó contra las tropas que mandaba el mariscal Lannes como si tuviera la victoria en su mano. En la primera línea de la batalla ondeaba la bandera de combate del regimiento Numancia, a cuyos soldados había arengado Castaños para que hicieran renacer el espíritu de resistencia que encarnó aquella desaparecida ciudad celtibérica en lucha desigual contra la invasión romana.

Sin embargo, la potencia de fuego de la artillería francesa, la coordinación de los movimientos de su infantería y la contundencia de su caballería desbarataron sin problemas el ataque español, y Castaños sufrió una terrible derrota. Sobre el campo de batalla quedaron dos mil muertos españoles y otros tantos heridos, por sólo quinientas bajas del bando francés. El mariscal Lannes mostró orgulloso a Napoleón

las veintiséis piezas de artillería capturadas aquél mismo día al enemigo. El emperador ni siquiera se había preocupado de dirigir personalmente los movimientos de su ejército en aquella batalla, tan seguro estaba de que su sola presencia bastaría para infundir en sus tropas el ánimo suficiente para alcanzar con facilidad la victoria.

Tudela, Cascante y otras localidades de la Ribera navarra fueron brutalmente saqueadas. Los soldados franceses se dedicaron a la rapiña de todo tipo de bienes, destrozando cuanto no les servía o lo que no se podían llevar encima. Los supervivientes españoles, encabezados por Castaños, se retiraron en desbandada huyendo hacia el sur, por el camino de Tudela a Calatayud, buscando refugio en las tierras altas e intrincadas de las serranías de Cuenca.

Palafox se replegó con los suyos hacia Zaragoza, perseguido por varios destacamentos de la división del mariscal francés Moncey.

La derrota de Castaños cayó como una losa sobre la capital de Aragón, algunos de cuyos defensores echaron en cara a Palafox que no hubiera enviado todo el apoyo que el general en jefe del ejército español demandaba.

—Si me lo permite, mi general, algunos oficiales no entienden que no acudiéramos con todos nuestros efectivos en ayuda de Castaños y ante los franceses en Tudela —dijo Faria.

—Le confesaré algo que tal vez ahora no comprenda, Francisco: si hubiera enviado a todos mis hombres a luchar en Tudela bajo el mando de Castaños, ahora las cosas serían mucho peores, y seguramente habríamos tenido muchas más bajas. Hay muchos hombres aquí, pero son muy pocos los preparados para defender Zaragoza. Muchos de nuestros voluntarios ni siquiera saben cómo disparar un fusil. Además, en campo abierto los franceses nos batirán siempre.

—Pero en Bailen, Castaños...

—¡Bailen, Castaños..., maldita sea!, estoy harto de oír esos nombres en boca de todo el mundo. La victoria de Bailen fue una casualidad, una de ésas que sólo se dan una vez entre mil. No se engañe, Faria: si los franceses están atentos, en campo abierto no tenemos la menor oportunidad de derrotarlos. La única manera de vencerlos es resistir en las ciudades, convertir cada una de las casas y todas las calles en un escenario de batalla, y someter a sus patrullas a un constante hostigamiento, a emboscadas, a ataques relámpago que no les permitan descansar un solo minuto, a sabotear sus convoyes y sus líneas de suministro. No existe ninguna otra posibilidad.

—Sí, mi general, pero yo sigo pensando que debimos acudir con más tropas en ayuda de Castaños —insistió Faria.

—¡Basta ya, coronel! Y no siga por ese camino. He dicho que las tropas de reserva estaban mejor aquí, y acate esta decisión de una vez.

—A sus órdenes —dijo Faria con cierto desdén.

—Nos equivocamos: Napoleón no se ha dignado a venir, al menos por el

momento, a Zaragoza. Ha preferido marchar directamente sobre Madrid para reponer en el trono a su hermano José, pero no se ha olvidado de nosotros y nos envía a Lefévre.

Palafox había llamado con urgencia a Faria a su despacho al recibir un informe en el que se le comunicaba que un poderoso cuerpo de ejército al mando del general Lefévre avanzaba hacia Zaragoza.

—Tal vez regrese a Francia en cuanto crea asegurada la situación —dijo Faria.

—No controla toda España, tan sólo Navarra, La Rioja, Burgos y parte de Cataluña. El resto del país sigue libre y fiel a don Fernando. Aunque tal vez dentro de un par de días ese demonio corso consiga entrar en Madrid.

La palabra «libre» le sonó extraña a Faria.

—¿Y los ingleses?

—Según este informe, tienen tropas desplegadas en Galicia y en Portugal, pero desde que ha entrado Napoleón en España se mantienen a la expectativa.

—No se atreven a atacar en campo abierto a la Grande Armée. Inglaterra ha derrotado a Francia en algunas ocasiones en batallas marítimas, como ocurrió en Egipto o en Trafalgar cuando los gabachos eran nuestros aliados, pero en tierra firme creo que los franceses son superiores, y además mucho más numerosos —asentó Faria.

—Tal vez si unimos nuestras fuerzas terrestres a las británicas...

—No se engañe, general, los ingleses no pretenden ayudarnos por altruismo, sino por pura conveniencia. Que esta guerra se libere en la Península es muy beneficioso para ellos. Ambicionan controlar el comercio mundial y España es una rival; por eso los ingleses están dispuestos a propiciar que esta guerra sea lo más lesiva posible para nuestra industria y nuestro comercio. Cuando todo esto acabe, la mayoría de nuestros telares estará destruida y nuestra producción industrial reducida al mínimo. Inglaterra está desarrollando una gran industria textil y necesita copar los mercados que hasta ahora eran clientes nuestros. Y en esa táctica, Francia es coincidente con Inglaterra.

—Sabe usted mucho de economía —repuso Palafox.

—Lo aprendí a la vista del resultado de la batalla de Trafalgar. Nelson no quería sólo vencer en el combate, su objetivo era destrozarnos para que, al dejarnos sin navíos de guerra, nuestros transportes de la ruta de las Indias no pudieran ser escoltados, y así lograr el control del comercio en el Atlántico.

»Pero dejemos ahora esta cuestión. ¿Cuándo cree que estarán aquí los gabachos? —demandó Faria.

—Probablemente mañana —supuso Palafox—. Debemos tener preparada la defensa.

La noticia de la inminente llegada del ejército francés se extendió deprisa por la ciudad, todavía no repuesta de los desastres del primer asedio. En los rostros de los

zaragozanos podía verse un rictus de preocupación, pero a la vez un gesto de voluntad de resistir de nuevo hasta donde fuera humanamente posible.

Tal como acostumbraban, los franceses no esperarían un solo día para atacar Zaragoza. El ataque relámpago había sido una de las razones de los triunfos militares de Napoleón. Su táctica consistía en concentrar un gran número de tropas en un punto, ganar así la superioridad sobre el enemigo y cargar con toda contundencia. Y hasta entonces les había dado muy buenos resultados. El 30 de noviembre las baterías francesas tronarían sobre Zaragoza desde las alturas de Casablanca. Al fuego de los cañones seguiría un ataque de infantería en el barrio del Arrabal, donde dirigiría las operaciones el propio Lefévre, y en el de Torrero, con varios regimientos al mando de su segundo, el general Moncey.

Palafox ordenaría una contraofensiva para rechazar el ataque francés, pero no haría falta, pues Lefévre habría planeado una primera carga intimidatoria seguida de una retirada ordenada a las colinas de Valdespartera por el sur y a los montes de Zuera por el norte, para desde allí preparar un férreo asedio más adelante.

• • •

El 30 de noviembre Napoleón ya estaba en el centro de España y volvió a derrotar a los españoles en Somosierra, adonde la Junta Central de defensa había destacado algunos regimientos para intentar detener al emperador al norte de Madrid. El paso de Somosierra lo defendían dieciséis cañones estratégicamente colocados. Bonaparte, a la vista de la posición de las baterías españolas, tomó una decisión increíble: ordenó a la brigada de caballería polaca de la guardia imperial que cargara de frente contra la artillería. Los dragones polacos, pese a la enorme desventaja estratégica, se lanzaron a una carga suicida. Los cañones españoles escupieron hierro y fuego y acabaron con la mitad de la brigada, que tuvo que replegarse derrotada. Pero el emperador no admitió la retirada y encomendó al general Montbrun que encabezara una nueva carga. Los jinetes polacos volvieron al asalto y, pese al fuego de los cañones, alcanzaron la victoria y lograron abrir el paso de Somosierra. Madrid estaba al alcance de la mano de Napoleón.

Los madrileños, enterados de que gracias al sacrificio de la caballería polaca había quedado expedito el paso de ejército francés hacia su ciudad, se lanzaron a las calles para construir barricadas. El emperador se presentó ante las puertas de la capital del reino de España y ofreció a los madrileños que se rindieran. Ante la negativa de éstos, las tropas francesas realizaron una contundente demostración de fuerza y dispararon una terrible andanada sobre la villa. El devastador efecto de la descarga fue inmediato.

Los ricos, nobles y potentados que disponían de armas para la defensa de Madrid

se escondieron en sus palacios y casonas, y el pueblo que gritaba «victoria o muerte» encaramado a las barricadas huyó inerte ante la cobarde deserción de los poderosos. Mascullando su ira, los madrileños bajaron los brazos. Estaban hartos de la hipocresía de los oligarcas que adoptaban el calificativo de «voluntarios distinguidos», del que alardeaban en los salones, pero que luego no iban a la guerra bien porque pagaban para ello o porque apelaban a su condición de hidalgos. Sus hijos tampoco lo hacían, pues ya se encargaban sus adinerados padres de evitarlo mediante el abono de algunos cientos de reales.

Desde las colinas de El Retiro, Napoleón observó el desbarajuste que se había adueñado de los defensores de Madrid, y cómo algunas columnas del ejército regular español escapaban hacia el sur sin disparar un solo tiro. La Junta de defensa, intimidada por el poder de los franceses, capituló. La huida del ejército español se había producido en medio de un tremendo desorden. A orillas del camino abandonaron carros, cañones, tiendas, víveres y todo tipo de enseres. Las tropas se retiraban sin ninguna disciplina, en un caos absoluto en el que se cometieron algunas tropelías, como la ejecución del comandante San Juan, acusado de traidor por haber sido el jefe de la guardia personal de Godoy.

A principios de diciembre las tropas imperiales regresaron para desfilar victoriosas por las calles de Madrid. Napoleón Bonaparte, que volvía a controlar la mitad norte de España, hizo su entrada protegido por su imponente guardia personal y rodeado por los veintidós mejores soldados de la misma, un nutrido grupo de talla superior a ciento setenta y cinco centímetros que vestía uniforme azul, pantalón blanco y morriones de más de un palmo de altura. Los regimientos imperiales desfilaron con sus banderas desplegadas, con la escarapela tricolor y escarlata prendida en el hombro izquierdo. Tras ellos lo hicieron los orgullosos granaderos, con sus pantalones de cuero y sus chaquetas verdes.

Los madrileños contemplaron con los dientes apretados y el alma encogida el retorno de las tropas extranjeras que habían sembrado de cadáveres sus calles los días 2 y 3 de mayo. Y muchos sintieron que aquel sacrificio había sido inútil, y que los franceses habían regresado para quedarse para siempre, pues a la vista de los formidables cañones y de los orgullosos jinetes creyeron que Napoleón jamás sería derrotado.

José I volvió a sentarse en el trono del Palacio Real y fue ratificado de nuevo como «rey de España y de las Indias por la gracia de Dios y la Constitución del Estado», pero fue el mismísimo Napoleón quien dictó las primeras leyes del que él creía un renovado país. El emperador, tal vez por su experiencia ante Carlos IV y Fernando VII en Bayona, estaba convencido de que los españoles eran una nación de vagos, salvajes, incultos, supersticiosos irredentos y contrabandistas que únicamente eran capaces de actos valerosos cuando estaba en juego la obtención de una ganancia

inmediata. No entendía cómo un pueblo tan mísero había sido capaz de soportar la tiranía de los Borbones y el expolio a que los nobles lo habían sometido durante siglos, o tal vez, pensó, la hubiese aguantado por esa falta de valor y de carácter que le atribuía.

Napoleón no toleraba que todavía siguieran vigentes en España las viejas prácticas del feudalismo por las que los señores ejercían un enorme poder sobre sus siervos.

«Tenemos que cambiar este país, tenemos que conseguir que esta gente miserable acepte los principios superiores de nuestra Revolución», decía una y otra vez, e insistía ante su hermano José para que cuando él regresara a Francia se ganara la confianza de los españoles, como antes había logrado hacer con los napolitanos. Pero España no era Italia, ni los españoles se parecían a los italianos. Los Bonaparte habían logrado que las mejoras que ellos propusieron en toda Italia fueran aceptadas por las gentes de esa tierra, secularmente dividida en diversos reinos, condados, principados y repúblicas varias. El mismo Napoleón había prohibido la cruel práctica de la castración de los niños cantores, los famosísimos *castrati*, jovencitos de hermosa voz cuyos genitales eran extirpados en plena pubertad antes de que les cambiara la voz para así mantener por más tiempo un tono atiplado para deleite de los exquisitos del canto. Y es que Napoleón se creía el elegido de la Historia para eliminar las injusticias, por eso suprimió la obligación que todavía arrastraban los judíos de algunas ciudades italianas de cubrirse con un sombrero amarillo marcado con una rodela con la estrella de David y la de vivir en un gueto cuyas calles con puertas se cerraban con llave por las noches.

Pero lo que más odiaba Napoleón era el feudalismo, en cuya demolición histórica la Revolución francesa había logrado un triunfo crucial. Napoleón seguía considerándose la encarnación de la Revolución y de sus ideales, los cuales debían ser exportados a todo el mundo. Ahora, el emperador era la Revolución y la esencia de todos sus ideales.

«Debes acabar con el feudalismo en España y con todos los males que acarrea: el omnímodo poder de la Iglesia que tiene sometidos a los campesinos a un régimen de temor insoportable, esa nobleza altiva, inane y cobarde que se ha olvidado de su país y de su gente, los latifundios agrícolas que impiden un desarrollo moderno de la agricultura; en fin, hermano, que tienes mucho trabajo por delante, pero si lo haces bien, recuerda que la recompensa será muy grande. Aplica la misma política que ejecutaste en Nápoles; si allí resultó, no veo por qué aquí no puede ocurrir lo mismo», le insistía Napoleón una y otra vez a su hermano José.

Toda la cancillería de rey José I se puso a trabajar según las indicaciones dictadas por el emperador. Entre los decretos emitidos en los primeros días de diciembre de 1808 en Madrid, uno de ellos acordaba la disolución del Consejo de Castilla, que

había venido rigiendo los destinos de la nación española en el último siglo, y otro certificaba el fin de la Inquisición, cuyo sólo nombre causaba pavor entre los liberales y los intelectuales españoles. En otros decretos se abolían los derechos tradicionales de los señores y la terrible justicia feudal; todos los españoles, independientemente de su condición, serían juzgados desde entonces por las mismas leyes y en tribunales civiles dependientes del Estado.

Acabar con el excesivo poder de la Iglesia era otras de las obsesiones que rondaban de manera permanente por la cabeza de Napoleón. Una de las medidas más contundentes para lograrlo fue la reducción en dos tercios de las órdenes religiosas, en cuyo poder había muchos bienes inmuebles y numerosas riquezas acumuladas durante siglos de impunidad a la sombra del poder. Por fin, siguiendo los consejos de sus asesores económicos, el emperador ordenó la supresión de algunas de las numerosas aduanas interiores, pues consideraba que eran muy perjudiciales para el comercio del país y para el necesario libre tránsito de mercancías.

No obstante, si alguna vez llegó a creer que con esas medidas el pueblo español lo iba aceptar encantado, se equivocó. La mayoría de los españoles, alentada y manipulada por los clérigos (quienes, alarmados por el recorte de sus derechos y privilegios, no cesaban de incitar a la gente inculta a luchar contra Napoleón), se puso en contra de los franceses y no cesó de insultar al corso.

Su hermano José todavía era peor tratado. En los sermones dominicales los párrocos lo identificaban con el Anticristo, lo acusaban de actuar como enviado del demonio y lo tachaban de ser un ateo irreverente, pese a que desde su segunda llegada a Madrid oía misa diaria y se comportaba como el más ferviente de los católicos. No dudaron en decir que era un borracho impenitente, aunque sólo bebía agua. Nada importaba que el «rey intruso» hubiera encargado la redacción de una constitución que preveía amplios derechos y la formación mediante elecciones de un parlamento compuesto por una cámara legislativa y un senado, ni que mostrara en los primeros días de su segunda estancia en Madrid vivos deseos de mejorar el aspecto de la ciudad y su limpieza, ni que se acercara desde el primer momento a la cultura española leyendo a autores como Cervantes y Calderón, e incluso que hiciera verdaderos esfuerzos para comer arroz a la valenciana, que le desagradaba; nada de todo esto era aceptado por los españoles, quienes seguían ciegamente el dictado de los enardecidos sermones de frailes y curas anclados en la defensa de sus privilegios y de sus tradicionales modos de vida.

Apenas había transcurrido una semana desde la instalación de los Bonaparte en Madrid, y ya circulaban por la capital decenas de coplas y chascarrillos sobre los dos hermanos; a Napoleón le habían cambiado el apellido y lo llamaban «Malaparte», y a José le dedicaban panfletos en los que se le apodaba «el rey de copas» y se componían coplillas en alusión a su presunta afición al vino. La que tuvo un mayor

éxito decía: «Pepe Botella, baja al despacho. Ahora no puedo que estoy borracho».

Sin embargo, la ocupación de Madrid no supuso la entrega de España entera. Casi toda la mitad sur, Levante, parte de Cataluña y Zaragoza seguían en pie de guerra y no admitían la monarquía impuesta de José I. Napoleón creyó que había llegado la hora de culminar los planes iniciales de destruir por completo el ejército español, pues estaba convencido de que sin él, el pueblo no opondría la menor resistencia.

El 15 de diciembre los dos bandos se enfrentaron cerca de Uclés. El ejército español del centro fue arrollado por los franceses, ahora dirigidos personalmente por el emperador. De los once mil combatientes españoles, más de mil fueron muertos o heridos y otros cinco mil quinientos cayeron prisioneros. Muchos de ellos habían formado parte del contingente que ya fuera derrotado unas semanas antes en Tudela.

Tras esta victoria, Napoleón viró hacia el noroeste, hacia Galicia, para enfrentarse a las tropas inglesas que habían desembarcado en las costas gallegas y en Portugal, pero no tuvo siquiera oportunidad de hacerlo, pues los ingleses huyeron despavoridos y embarcaron de nuevo rumbo a Gran Bretaña.

Poco antes de Navidad, Napoleón, a la vista del pánico y la desorganización que cundía en los ejércitos británico y español, estaba convencido de que la ocupación completa de España estaba ya conseguida o a punto de culminarse. En la mitad norte, Gerona seguía resistiendo un terrible asedio, pero todos los informes indicaban que la ciudad catalana estaba a punto de capitular, y en cuanto eso sucediera, Zaragoza quedaría completamente rodeada y sería presa fácil. Por el contrario, en el sur los restos del ejército español se habían refugiado en Andalucía, en donde la ciudad de Cádiz había proclamado su fidelidad a Fernando VII. El emperador no pareció preocupado, pues estimó que sólo se trataba de pequeños contratiempos que se acabarían por solventar sin demasiado esfuerzo.

No obstante, en contra de lo que suponía Napoleón, la guerra se generalizaba, y aunque en campo abierto la superioridad del ejército francés era incuestionable, los españoles comenzaron a practicar un nuevo método de guerra que Napoleón no había previsto. Como estudioso de la historia de la guerra, el emperador estaba convencido de que el resultado de las batallas decisivas condicionaba la victoria o la derrota de una cultura y de todo un país; sabía que el imperio persa se había derrumbado tras las tres grandes derrotas que le infligió Alejandro Magno y que los romanos sólo habían asentado su poder tras grandes batallas, como la de Alesia, en la que Julio César venció a los galos. Pero nunca hubiera imaginado que, tras derrotar a los españoles en varias batallas, éstos siguieran resistiendo aprovechándose de su conocimiento del país, en una guerra de guerrillas en la que los sabotajes y las emboscadas eran utilizados como principal táctica de combate. Los españoles podían ser derrotados en el combate, pero los que lograban escapar seguían luchando escondidos en bosques y quebradas. Nunca antes se había librado una guerra con semejantes tácticas.

## Capítulo XXVI

---

Ocupado Madrid, el asalto francés a Zaragoza se presagiaba inminente. Goya se inquietó por ello y se presentó ante Palafox para pedirle un salvoconducto para viajar a Fuendetodos, su pueblo natal, donde todavía le quedaban algunos parientes a los que deseaba ver.

—Sí, don Francisco, será mejor que vaya usted allí. Si todo sucede como parece, los gabachos se lanzarán sobre los muros de Zaragoza en cualquier momento, y me temo que esta vez querrán acabar la faena que dejaron inconclusa hace cuatro meses. Le acompañará una escolta al mando del conde de Castuera.

—Le agradezco sus desvelos, general, pero puedo viajar solo.

—Perdone que insista, don Francisco, pero los caminos no son de fiar. Los franceses están atrincherados en las cercanías de Alagón, a cuatro horas de camino aguas arriba de Zaragoza, y estoy seguro de que no han desplegado algunas patrullas en nuestro flanco sur, pues es el único sector por el que podríamos recibir refuerzos.

—En ese caso, le agradezco la protección que me brinda, general.

Faria, Morales y seis lanceros acompañaron hasta Fuendetodos a Goya. Por el camino, el pintor de la Corte le confesó a Faria que Palafox le había pedido que le tomara algunos apuntes del natural para hacerle un retrato ecuestre.

—Seguro que usted no lo recuerda, don Francisco, pero hace unos años yo visité su estudio en compañía de don Leandro Fernández de Moratín. Fue él quien me aconsejó que le encargara un retrato para mi casa solariega de Castuera. Me dijo mi buen amigo don Leandro que «en España no se es nadie hasta que don Francisco de Goya os hace un retrato».

—Me halaga usted, joven, pero si desea que lo retrate, no tiene más que firmar el encargo y disponer del dinero del contrato —asentó Goya.

—Bueno, no son éstos tiempos propicios, pero, si a usted le parece, don Francisco, en cuanto acabe esta maldita guerra le encargaré un buen retrato.

—¿Y cómo le gustaría?

—A caballo, claro, yo soy coronel del arma de caballería.

—En ese caso vaya preparando una buena cantidad de reales, los retratos ecuestres son los más caros.

—Pero también son los más hermosos —afirmó Faria.

—No lo creo. El retrato a caballo hace que, aunque se ejecute a tamaño natural, la cara del protagonista apenas destaca en un lienzo tan grande. Por el contrario, en los retratos en los que sólo se presenta el busto, pueden remarcarse muchos más matices del rostro. El retrato que me ha encargado el general Palafox es de medio cuerpo. Le he recomendado que sea desde los muslos hacia arriba, para así poder mostrar con claridad su fajín de general, la espada al cinto y los entorchados de la bocamanga. Y

ha aceptado de inmediato.

»Usted es un joven alto y bien parecido, creo que estaría bien un retrato de cuerpo entero, de pie, con el torso ligeramente ladeado. Y se ahorraría un buen dinero con respecto al retrato ecuestre.

—Bueno, usted es el maestro, atenderé su sugerencia, don Francisco.

Cuando llegaron a la aldea de Fuendetodos, una intensa y húmeda niebla cubría los campos. Don Francisco de Goya se instaló en la austera casa familiar, donde sus parientes habilitaron una modesta habitación para el conde de Castuera, en tanto los miembros de la escolta fueron alojados en varias casas de campesinos del lugar. Durante la cena, Goya y Faria siguieron hablando de retratos y de cómo sería el que le encargaría el conde de Castuera después de la guerra, cómo iría vestido, cómo sería el fondo...

—Espero que para entonces luzca usted en su bocamanga los entorchados de brigadier —dijo Goya.

—Tal vez, si antes esos gabachos no acaban con todos nosotros.

—¿Cree usted que tenemos alguna posibilidad?

—Si Napoleón se queda en España y dirige personalmente las operaciones militares, pienso, con franqueza, que ninguna; pero si se cansa enseguida de este país y regresa a Francia..., bueno, en ese caso tal vez podamos con sus generales, siempre que deje aquí destacado a alguno de esos estirados mariscales capaces de poner en peligro a toda una división con tal de alcanzar su gloria personal, y de ese modo cometer errores irreparables.

—¿Hay generales así? —se extrañó Goya.

—Desafortunadamente, don Francisco, a docenas y en todos los ejércitos. Siempre hay imbéciles capaces de sacrificar a varios regimientos con tal de ocupar una página en un libro de historia.

Los parientes de Goya les sirvieron un cena «a la aragonesa», según dijeron, o «a contrapelo», como la llamó una prima de don Francisco: primero una ensalada rebosante de vinagre y después arroz bañado en aceite, pollo frito y cordero rehogado en aceite.

—El aceite de oliva de esta comarca es extraordinario —dijo Goya, mientras untaba un pedazo de pan en el caldo aceitoso del cordero.

—En mi tierra, en Extremadura, también —añadió Faria.

Ambos se enzarzaron en una discusión acalorada pero amistosa sobre cuál de los dos aceites de oliva era mejor, si el de Extremadura o el de las tierras de Belchite y Fuendetodos.

• • •

Faria regresó al día siguiente a Zaragoza. Corrían rumores de que un enorme ejército francés avanzaba desde Tudela hacia la capital de Aragón.

—Madrid ha caído, Gerona, que ha soportado otro terrible asedio con un heroísmo similar al nuestro, acaba de capitular, y lo que quedaba de nuestro ejército en Cataluña ha sido barrido en Cardedeu. Los británicos del general Moore han huido despavoridos y en su retirada están causando enormes destrozos en las aldeas y pueblos que han atravesado. En toda la mitad norte de España sólo queda Zaragoza libre del dominio francés. Y me temo, Francisco, que vendrán a por nosotros con todas sus fuerzas —confesó Palafox a Faria.

—¿Tenemos provisiones y munición suficientes para resistir un segundo asedio? —preguntó el conde de Castuera.

—He ordenado llenar los almacenes de víveres y los polvorines de municiones. Hay al menos un millón de raciones.

Faria hizo una cuenta rápida y concluyó que apenas había alimentos para un mes.

—Pero, general, con la gran cantidad de gente que se ha refugiado aquí, un millón de raciones apenas servirá para alimentarnos durante treinta días.

—Será suficiente. No creo que los franceses soporten un sitio más prolongado.

—Pero el anterior duró dos meses —alegó Faria.

—Entonces era verano, y ahora es invierno. Esta tierra es fría y desapacible. En cuanto les caigan encima varias intensas heladas, el cierzo inmisericorde azote sus tiendas y las densas nieblas congelen su aliento, los franceses se retirarán.

«¡Un millón de raciones, sólo un millón!; con tan pocas reservas pasaremos hambre enseguida. Si los franceses aguantan más de cuatro semanas ante nuestros muros, estaremos perdidos», pensó Faria.

El coronel de la guardia de corps comprobó personalmente el acopio de provisiones encargado por Palafox, y concluyó que el capitán general se había equivocado gravemente en las previsiones. Entre los soldados de la plaza zaragozana, las tropas regulares y los voluntarios que acaban de llegar de Murcia, Levante, Lérida y Mallorca y la población civil, unas noventa mil personas se preparaban para resistir el ataque de los imperiales, y con los víveres almacenados no había siquiera para alimentar a toda esa población durante un mes. Había muchas tropas pero mal preparadas y sin apenas instrucción. Los voluntarios eran muy bisoños en el uso de las armas; algunos era la primera vez que tenían una en sus manos y otros ni siquiera las habían visto de cerca.

El día 21 de diciembre, mientras un ejército español volvía a ser derrotado en Molins del Rey, los mariscales Edouard Morder y Bon Moncey se presentaron ante Zaragoza con la intención de no retirarse sin haber logrado la rendición de la ciudad.

—¡Dos mariscales!; parece que Napoleón nos ha tomado en serio —dijo Palafox.

—Su ejército ya ha sido derrotado ante estos mismos muros en una ocasión, pero

Napoleón no consentirá un segundo fracaso. Me temo que no se irán de aquí hasta que capitulemos —supuso Faria.

El mariscal Moncey, con sus baterías desplegadas en el flanco sur de Zaragoza y alardeando de su caballería en una exhibición de fuerza, envió una carta a Palafox conminándolo a que se rindiera.

Cuando Palafox leyó la carta de Moncey, estaban presentes Faria, Ric, el mariscal Le Clement, un militar español de origen belga, y otros miembros de la Junta de defensa.

El capitán general la leyó en silencio, ante la expectación de todos los presentes, y cuando acabó la misiva, dijo:

—Me pide que capitule. ¿Capitular? Yo no sé qué es capitular, ni siquiera sé rendirme. Quizá, cuando haya muerto, podamos hablar de ello.

Y sin más, José de Palafox firmó una carta en la que declinaba la oferta de rendición ofrecida por Moncey.

Las primeras bombas cayeron sobre la ciudad a la vez que la infantería francesa lanzaba un contundente ataque por el sector norte, en el barrio del Arrabal, y simultáneamente por el sur, en el de Torrero. El Arrabal resistió, pero Torrero fue ocupado por los franceses, que de inmediato instalaron allí unos morteros.

Había comenzado el segundo sitio de Zaragoza.

## Capítulo XXVII

---

Desde la ventana de su despacho en el Palacio Real de Madrid, Napoleón contemplaba las cumbres nevadas de la sierra de Guadarrama. Muy sensible al frío, se calentaba al lado de una chimenea generosamente alimentada con gruesos leños de madera de olivo y se frotaba las manos para hacerlas entrar en calor. La habitación había sido perfumada con esencias de lavanda.

El emperador siempre se protegía del sol, pero odiaba el frío. Pese a sus orígenes mediterráneos, su piel era blanca y fina, y tal vez por ello se erizaba enseguida todo su vello cuando descendían las temperaturas. De mediana estatura, tenía el cuello corto, lo que le hacía parecer más bajo, y las manos finas y pequeñas, más propias de un clérigo o de un notario que de un general del arma de artillería. Aunque de joven le había gustado llevar el pelo largo, recogido en una coleta, ahora lo tenía muy corto porque hacía ya ocho años que había comenzado a caérsele.

De vez en cuando, se acercaba a una mesa de mármol y ojeaba un gran mapa de Europa que había desplegado sobre ella. Medio continente estaba bajo su dominio y anhelaba poseer pronto el otro medio. Imaginaba una Europa gobernada desde Francia, con todos los países sometidos a la dinastía de los Bonaparte, a sus hermanos gobernando estados satélites en la península Ibérica o en los Países Bajos, a Austria e Inglaterra convertidas en protectorados franceses, y al resto del mundo aclamándolo como el gobernante que había logrado extender a toda la tierra los ideales de igualdad, libertad y fraternidad que en su día pregonara la Revolución. Imaginaba arcos triunfales, columnas y monumentos erigidos en su honor, y grandes paseos y avenidas en las principales ciudades con su nombre. Para él, la capacidad de liderazgo era la mayor de las virtudes, e incluso había llegado a escribir que «una vez que desaparecía el liderazgo, los ideales más generosos también desaparecían».

Tenía en sus manos una carta de su hermana Elisa, la princesa de Lucca, poco favorecida en belleza pero buena administradora y muy inteligente, en la que le comunicaba que había puesto en marcha de nuevo las abandonadas canteras de donde se extraía el mármol de Carrara, cerca de Florencia, el más afamado de todo el Mediterráneo occidental, y donde se almacenaban en esos días quinientos bustos de Napoleón listos para ser repartidos por todos los rincones del Imperio.

Napoleón amaba a sus hermanas, sobre todo a Elisa, aunque su favorita era Paulina, la más risueña y tierna, e incluso a Carolina, pese a que era una impenitente derrochadora, caprichosa y ambiciosa. Su ideal de mujer era un compendio de lo mejor de sus tres hermanas: la belleza de Carolina, con su cabello rubio, sus manos y pies pequeños y su incitante coquetería y feminidad, el carácter generoso y la ternura de Paulina y la voz suave y delicada, la sinceridad y los sentimientos profundos de Elisa.

Sobre otra mesa de taracea había varios documentos dispuestos para ser firmados. Napoleón dejó a un lado la carta de su hermana, cogió la pluma y comenzó a estampar en ellos la N con la que signaba todas sus cartas y despachos. Algunos de esos documentos contenían la concesión de la Legión de Honor, la más alta condecoración recién creada por el emperador y la que todos los franceses, y no sólo los militares, añoraban lucir algún día en su solapa.

Unos golpes sonaron en la puerta y uno de los criados entró con una bandeja con el almuerzo. Su cocinero le había preparado un paté con trufas, perdices horneadas de un lado y asadas del otro, suflé de vainilla y café. Le habían servido también su bebida favorita, un vino de Borgoña común, de los más baratos, rebajado con un poco de agua. El emperador se acercó a la comida, la olió y dijo:

—Gracias. Dale mi enhorabuena al cocinero; este almuerzo es digno de un emperador.

—Gracias, sire —respondió el criado, mientras se retiraba.

Una vez despachado el almuerzo, Napoleón llamó a su ayuda de cámara y le dijo que avisara de inmediato a su hermano José, pues deseaba tener una entrevista «con el rey de España», recalcó, esa misma tarde.

José se presentó ante su hermano alrededor de las cinco. Napoleón acababa de despertar de una siesta rápida, de apenas media hora, cosa que hacía tres o cuatro veces al día con una pasmosa facilidad. El emperador era capaz de trabajar de dieciocho a veinticuatro horas seguidas, echando una cabezada de vez en cuando incluso en medio de un ensordecedor estruendo de cañoneo.

Acababa de lavarse los dientes con pasta dentífrica y polvo de coral, se había limpiado la lengua con un raspador de plata y se había enjuagado la boca con una disolución de agua y coñac. Después se había lavado las manos con jabón hecho con pasta de almendras y el cuello y los oídos con una esponja.

Cuando entró su hermano lo saludó con cariño y lo invitó a que se sentara.

—He recibido carta de Elisa. Dice que ha mandado tallar quinientos bustos con mi imagen para repartir por toda Europa; es extraordinaria. Pero te he llamado para hablarte de mis planes. Creo que la situación en España ya está bajo control. Bueno, queda esa maldita ciudad de Zaragoza, que caerá en un par de semanas, y Andalucía, en la que estamos logrando notables avances. En tres o cuatro semanas más, toda la Península será nuestra; bueno, tuya, hermano, tuya.

—¿Estás seguro? Los españoles no son como los napolitanos. A aquella gente le da igual quién la gobierne mientras la deje en paz, pero en cuanto a los españoles... Su nobleza es orgullosa aunque carece de valor y de genio, sus clérigos son incultos y amigos de que continúe existiendo la superstición para mantener su privilegios, y a los comerciantes sólo les interesa su bolsa y sus negocios. Pero el pueblo, pese a su ignorancia y su carencia de educación, es terco y valiente, y amante de su

independencia nacional, aunque esté sometido a prácticas feudales por una pandilla de nobles indecentes y una caterva de políticos corruptos —dijo José.

—Hermano, hablas como un revolucionario. Hace veinte años los Borbones te hubieran cortado la cabeza por decir eso.

—Hicimos una revolución para que no volviera a ocurrir.

—Tienes razón, pero ahora intenta convencer también a los españoles de ello. Creo que no se han dado cuenta de los beneficios que les aportarán nuestros ideales. Haz que lean historia, hermano, en la historia está la explicación de muchas cosas; los hombres no deberíamos leer otra cosa.

—Este pueblo necesita educación y un gobierno justo.

—Pues ya sabes mi opinión sobre ello. El destino depara a cada uno lo que merece; cuando nos llega la hora, de nada vale preocuparse, pues es inevitable.

Como era su costumbre cuando estaba excitado, el emperador hablaba deprisa.

—Te quedas solo en España, hermanito, pero no te preocupes, el pueblo español no tiene ninguna instrucción en el arte de la guerra. En cuanto a mí, los austriacos se han empeñado en mantenerme ocupado este invierno; parece que no tienen bastante con las palizas que hasta ahora les hemos dado y desean recibir algunas más. Espero que sepas controlar la situación; los españoles suelen ser muy sumisos con el poder.

Napoleón se levantó del sillón y, al apoyarse para dar el primer paso, profirió un quejido de dolor.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó José.

—Esta pantorrilla... —se quejó sujetándose la pierna izquierda—. Hace unos días que sufro unos espasmos dolorosos. Me ha dicho mi médico que se debe a la vieja herida que recibí en el sitio de Tolón y que ahora ha resurgido con el frío de Madrid y con la edad.

Napoleón tenía treinta y nueve años y empezaba a sentir algunos achaques fruto de su azarosa e intensa vida. Mantenía el cutis limpio y la tez pálida, y sus ojos de un gris azulado destacaban bajo su frente ancha y alta, pero sus años de campañas militares bajo el frío, la lluvia y el viento le habían provocado una disuria intermitente que le causaba alguna dificultad para orinar. Además, su carácter activo le impedía estar sin hacer nada y apenas dejaba tiempo para el descanso y el relajo, salvo cuando se bañaba con agua caliente y perfumada, lo que le proporcionaba enorme placer.

—Deberías cuidarte más, hermano, y descansar de vez en cuando.

—Sabes que no puedo quedarme quieto.

Napoleón se masajeó su pantorrilla izquierda y, ante el dolor de los espasmos, apretó los labios.

## Capítulo XXVIII

Cayetana y Francisco de Faria almorzaban una sopa de ajo y aceite, carne estofada y un pedazo de pan con arenques rancios. Hacía tres días que se había iniciado el segundo sitio de Zaragoza.

—No es precisamente una comida para un noble —dijo la joven.

—Pues me temo que, si se prolonga este asedio, no tendremos nada mejor que comer. Palafox ha descuidado la intendencia. Si el sitio dura más de un mes, esta sopa nos parecerá el más exquisito de los manjares.

Tras los primeros días de asedio, los franceses habían concedido una pequeña tregua para la jornada de la Navidad.

Los mariscales franceses ya habían enviado a Palafox un mensaje exigiéndole la rendición incondicional. El capitán general de Aragón había reunido a sus oficiales más leales y les había pedido su opinión. El comandante Sangenís había respondido con un coraje admirable: «Mi general, si necesita su excelencia de mi opinión, no me llame si se trata de capitular, pues nunca seré de la opinión de que no podemos defendernos», dijo el jefe de ingenieros. Palafox lo ascendió a coronel.

Al igual que los oficiales de la plaza, el pueblo zaragozano había decidido resistir hasta el final.

Mientras comían, Francisco y Cayetana oyeron a unos zaragozanos que cantaban por la calle una copla:

*No paseará en carroza  
el emperador francés  
mientras haya en Zaragoza  
con sangre un aragonés.  
Vivan los españoles,  
viva la religión.  
Yo me cago en el gorro  
de Napoleón.*

—Son valientes, pero ilusos. Me temo que hará falta algo más que coplas burlescas para derrotar a los cañones franceses —comentó Faria.

Los dos amantes comían sin el ruido de fondo de los cañones, un sonido que estaba empezando a ser habitual en el aire de Zaragoza, pero que los franceses habían querido que se detuviera al menos en aquel día de Navidad.

—Esta mañana hemos tenido un incidente terrible en el hospital —dijo Cayetana.

—¿Sí...?

—Han traído a la condesa de Bureta, creo que la conoces.

—Una mujer extraordinaria; en el primer sitio cedió su palacio y sus criados para lo que necesitáramos, acogió a heridos y los curó con sus propias manos. Hace unos meses, cuando los franceses se retiraron, se casó con el señor Pedro María Ric, barón de Valdeolivos, a quien conoció en los días de lucha durante el primer asedio. Creo que son muy felices. ¿Le ha ocurrido algo?

—Sí; esta mañana la han traído sangrando. Ayer estuvo todo el día trabajando con sus criados en la reparación de la muralla en la zona de El Portillo. Pese al frío y al cansancio, no quiso renunciar a seguir acarreando piedras y ladrillos, como una más, y...

—Dime, ¿qué le ha pasado?

—Ha abortado, ha perdido el niño que esperaba.

—¡Dios!

—Pero se encuentra bien. El cirujano ha dicho que estaba embarazada de apenas dos meses. Ahora está descansando en casa con su marido.

—¿Qué edad tiene?

—Creo que treinta y tres o treinta y cuatro años. Se pondrá bien enseguida.

—¿Y su esposo?

—Lloraba como un niño. Palafox ha sido informado y se ha presentado de inmediato en el hospital. Estaba furioso e indignado. Ha ordenado que se fabrique un muñeco que represente a Napoleón para que sea ahorcado mañana en el Coso.

—Eso no soluciona nada —dijo Faria.

—Tal vez, pero en algo calmará la sed de venganza de los parientes y los criados de la condesa.

El día 26 de diciembre de 1808 se reanudaron los bombardeos sobre Zaragoza. En el centro de la calle del Coso, entre las ruinas del hospital de Nuestra Señora de Gracia y las del convento de San Francisco, un monigote que representaba a Napoleón colgaba atado por el cuello de lo alto de un poste. Los zaragozanos que pasaban por allí para hacer los relevos de guardia en las murallas insultaban a la efigie del emperador, le lanzaban piedras o lo miraban con un odio inmenso.

• • •

Con el nuevo año siguieron los bombardeos masivos, mientras los ingenieros franceses se afanaban por reconstruir el puente de pontones sobre el río Ebro que una gran riada había destruido el día de Nochebuena. El frío y las epidemias comenzaron a causar más bajas que las bombas y las granadas. Agustina de Aragón, la flamante sargento de artillería, se había incorporado a la lucha tras haber dado a luz a un hijo, del cual estaba embarazada de tres meses cuando disparó el cañón en el primero de los sitios, y mandaba una batería instalada en el convento de Jerusalén. El último día

del año había peleado con bravura cruzando fuego con una batería francesa, por lo que Palafox la había condecorado con la cinta de honor.

—Nos están machacando para debilitar nuestra resistencia. Durante el primer sitio aprendieron la lección y ahora no van a caer en los mismos errores. Nos bombardearán hasta que quedemos extenuados, sin alimentos y sin fuerzas, y luego su infantería y su caballería asaltarán la ciudad. Esta vez no tenemos defensa, sólo disponemos de ciento sesenta piezas de artillería, y no todas se encuentran en buen estado —explicó Palafox ante la Junta de oficiales.

—Hace tres días los mariscales Morder y Moncey fueron relevados en el mando por un general de división, un tal Andoche Junot, quien en agosto pasado y en Portugal fue derrotado por el mariscal inglés Wellesley; tal vez quiera apuntarse un triunfo rápido para resarcirse de esa derrota y revindicarse ante su emperador y así ganar el grado de mariscal; esa ansiedad por una victoria rápida puede hacer que se precipite —observó Sangenís.

—Enviaremos de inmediato refuerzos a la zona del Coso, por si lanzan un ataque sorpresa desde el sur. Tenemos que estar preparados, pues la ofensiva final puede desencadenarse en cualquier momento.

Los franceses enviaron a la carga sus primeros regimientos de infantería el 12 de enero de 1809, una vez que lograron cerrar por completo el anillo del asedio.

Faria estaba desayunando un poco de pan tostado al fuego con aceite y sal, cuando el sargento Morales llegó corriendo para avisarle de que varios regimientos franceses habían cargado en la zona del fuerte de San José, donde Sangenís había dispuesto dos baterías para defender ese sector en el que el río Huerva actuaba como un verdadero foso natural.

—Necesitan ayuda, coronel. Sangenís ha enviado a un correo pidiendo socorro de manera desesperada. Están batiendo la muralla con artillería y atacando con fuego de fusilería desde las trincheras paralelas que han excavado en ese sector. Dice el coronel que si no acuden enseguida refuerzos, con los efectivos que tiene será imposible detenerlos.

Faria miró a su alrededor. En Capitanía sólo quedaban seis escribientes, todos ellos heridos o impedidos para el combate.

—Me temo que aquí sólo quedamos usted y yo en disposición de combatir. Cabo —se dirigió a uno de los hombres, que tenía un brazo en cabestrillo—, envíe un mensaje al general Palafox, dígame que he tenido que abandonar mi puesto en Capitanía y que acudo al sector de San José en ayuda del coronel Sangenís. Teniente —le dijo a otro de los hombres, que tenía la pierna derecha vendada y se ayudaba para sostenerse con una muleta—, como oficial de mayor graduación, queda usted al mando de Capitanía. Vamos, sargento.

Faria y Morales cogieron un par de mosquetes cada uno y corrieron por la calle del Coso hacia la parroquia de San Miguel. A todos los que se encontraron en su camino les ordenó que se unieran a ellos y que acudieran de inmediato a la defensa de la muralla.

Cuando llegaron, jadeantes y sudorosos pese al intenso frío de la mañana invernal, Sangenís resistía en lo alto del bastión, sobre la muralla de ladrillo, unos cuantos metros al sur del convento de San Agustín. Fuera de la muralla, a menos de una treintena de pasos, los infantes franceses se arrastraban por las trincheras ganando palmo a palmo de terreno, cubiertos por el fuego de fusilería disparado desde las trincheras de aproximación y por el fuego de las baterías que desde el otro lado del Huerva barrían sin cesar ese sector.

—¡Coronel, coronel! —gritó Faria—, aquí estamos.

Sangenís estaba empapado en la sangre de varios de sus hombres que habían caído a su alrededor, mientras seguía alimentando el único cañón que quedaba útil con los pocos soldados que aún permanecían en pie.

—¡Coronel Faria!, gracias a Dios. ¿Cuántos hombres vienen con usted?

—Doce.

—¡Doce!, ¿y la reserva?, ¿dónde está la reserva? —No tenemos reserva, coronel. Esto es todo lo que hay disponible.

—Bueno, pues al trabajo.

Los doce hombres que habían reclutado Faria y Morales se desplegaron por el tramo de la muralla, cubriendo los huecos que habían dejado los caídos. Las balas de los fusiles de los atacantes rebotaban por todas partes y cada dos o tres minutos una bala de cañón impactaba en el muro de ladrillo, que comenzaba a agrietarse y daba la impresión de que tras varios impactos más acabaría cediendo.

—¡Piedras, argamasa!; ¡vamos, vamos, refuercen ese muro, refuercen ese muro! —ordenó Faria.

Un tremendo impacto estalló justo en medio de la batería que manejaba Sangenís. El cañón quedó hecho añicos y los artilleros que lo servían fueron lanzados por el aire. En cuanto se repuso del impacto, que lo había arrastrado varios metros por el suelo, Faria corrió hacia el lugar donde había estallado el proyectil. Los artilleros y el cañón habían desaparecido y el lugar que ocupaba hacía unos instantes la pieza de artillería era ahora un montón humeante de ladrillos rotos y de tierra reventada.

—¡Coronel, coronel Sangenís! —gritó Faria.

—Aquí, aquí, coronel —dijo una voz.

Faria se lanzó hacia el interior del muro, en la zona que daba a la ciudad, y al pie del fortín contempló los restos de la batería, con las ruedas y la cureña hechas añicos

y el cañón de hierro reventado por el impacto. Seis cuerpos estaban destrozados alrededor y sólo uno de ellos agitaba los brazos, desesperado.

—Muchacho... —preguntó al soldado que se movía.

—Mis piernas, señor, mis piernas —balbució.

Sólo entonces advirtió Faria que a aquel soldado, el único superviviente de la escuadra que mandaba Sangenís, el impacto le había arrancado de cuajo ambas piernas.

—Aguante, muchacho, aguante. ¡Morales, sargento Morales! —gritó.

—Aquí, coronel, aquí.

Morales apareció sobre la muralla, con el uniforme hecho jirones, el rostro lleno de sangre y caminando como si se hubiera liquidado dos botellas de oporto.

—Ayúdeme, vamos, ayúdeme si es que puede.

—Estoy bien, señor, un poco aturdido. Esta sangre... ¡Dios! —clamó Morales al verse las manos empapadas.

—¿Está usted herido?

—No lo sé, señor, no lo sé.

Faria examinó la cabeza, el cuello y el pecho de su ayudante. Tenía algunos pequeños cortes en la cara, en las manos y en la cabeza, pero no parecían graves aunque sangraban de manera muy aparatosa.

—No es nada. Venga, tenemos que cortar la hemorragia de este soldado.

El muchacho sin piernas había dejado de chillar y de agitar los brazos; le aplicaron dos torniquetes en los muñones de los muslos, por donde las piernas le habían sido arrancadas de cuajo, y lo cargaron en brazos.

—¿Está muerto? —preguntó Morales.

—No, todavía respira; se ha desmayado, pero morirá si no le atienden pronto. Hay que llevarlo al hospital, ha perdido mucha sangre.

Dos camilleros acudieron enseguida a las llamadas de socorro de Faria.

—¿Y Sangenís?, ¿dónde está el coronel?

Faria buscó entre los cadáveres hasta encontrar al coronel de ingenieros. El director de las obras de defensa de la ciudad de Zaragoza yacía inerte, con el pecho atravesado por un pedazo de metralla que le había destrozado el corazón.

Faria subió de nuevo a lo alto de la muralla y contempló el despliegue de dos batallones de infantes franceses que empezaban a penetrar por una brecha abierta en el muro; llevaban las bayonetas caladas en la boca de sus fusiles.

—Retirada, retirada. Nos replegamos hacia el convento de San Agustín, de prisa, de prisa —ordenó.

Los que todavía podían andar por su propio pie dejaron a los muertos atrás pero cargaron al hombro con los heridos y se replegaron hacia la posición del convento de San Agustín, desde donde tres baterías y dos centenares de escopeteros mantenían a

raya a los infantes franceses.

El conde de Castuera dio órdenes de resistir en ese sector y regresó a Capitanía, donde Palafox también acababa de llegar, procedente de la zona de El Portillo.

—Le ordené que se mantuviera aquí, coronel Faria —le dijo.

—Recibimos una desesperada llamada de socorro del coronel Sangenís. Ha caído, general, Sangenís ha muerto.

Faria le detalló el episodio que acababa de vivir.

Los franceses habían logrado avanzar en varios frentes. En cada sector la resistencia de los defensores de Zaragoza era enconada y heroica, pero la superioridad de la artillería francesa parecía determinante. El avance francés era lento pero inexorable y, a diferencia del primer sitio, ahora seguía una táctica bien estudiada. Paso a paso, fortín a fortín, posición a posición, los franceses iban estrechando el cerco, ocupando cada una de las posiciones que atacaban. Cada vez que alcanzaban y consolidaban una posición, construían trincheras paralelas para seguir avanzando y ganando terreno.

Parecía claro que habían aprendido la lección del primer asedio y que no iban a cometer los mismos errores. Una de las obsesiones del mando francés era mantener aislados por completo a los defensores, pues sabían que lo que no terminaran las bombas se encargarían de hacerlo el hambre y la enfermedad.

## Capítulo XXIX

---

A mediados del mes de enero de 1809, la situación de los defensores de la ciudad comenzaba a ser trágica. Habían perdido la esperanza de recibir ayuda del exterior, pues el ejército regular español prácticamente no existía, tras ser destrozado en Uclés, y los británicos acaban de embarcar todas sus tropas en La Coruña, rumbo a Inglaterra. Moore, a quien Napoleón había perseguido a fines de 1808, había sido abatido en el puerto mientras dirigía el embarque y, aunque habían perdido todos los caballos y una quinta parte de los hombres, los ingleses habían logrado al menos salvar todos sus cañones.

Estaba claro que los zaragozanos no resistirían por mucho tiempo el ataque francés y que sólo la ayuda exterior podía liberarlos, pero el ejército español estaba siendo batido en todas partes y apenas quedaban dos o tres divisiones plenamente operativas, y la ayuda inglesa se había esfumado en cuanto Napoleón apareció en la Península.

—Parece que estamos perdidos —comentó Palafox al enterarse de que los franceses habían consolidado posiciones muy avanzadas, ya en las mismas puertas de la ciudad.

—Avanzan paso a paso, despacio pero de manera contundente. No hemos logrado recuperar ni una sola de las posiciones que nos han ganado en la última semana. Y además, el hambre acecha, general —le previno Faria—. La mayor parte del ganado ha muerto y los almacenes de víveres están casi vacíos, apenas tenemos comida para quince días.

—Nos comeremos los pájaros, la hierba, lo que sea, pero Zaragoza no se rinde.

—Lo peor son las enfermedades. La epidemia de pestilencia afecta ya a más de mil personas y el número de contagiados va en aumento. Hoy mismo han muerto más de cien. Nuestra situación es desesperada.

—¿Y bien, coronel?, ¿qué opina?, ¿tiene alguna propuesta alternativa?, ¿la rendición acaso? Ya sabe lo que nos ha ofrecido el mando francés: rendición incondicional a cambio de nada.

—Tal vez...

—No, Francisco, no hay otra opción que resistir y morir hasta la defensa de la última posición. ¿Sabe?, la historia juzgará a los defensores de Zaragoza de manera benévola si resistimos hasta la última gota de nuestra sangre. Incluso seremos héroes; muertos, pero héroes. Nos levantarán monumentos y nos dedicarán poemas épicos y canciones. En cambio, si nos rendimos, tal vez mantendremos la vida, pero la historia dirá de nosotros que fuimos unos cobardes.

—Yo amo la vida, general.

—Usted es un soldado, y ha jurado entregar su vida en defensa de su patria. Ése

es el mayor ejemplo de amor que puede ofrecer un militar. Comprendo que desee vivir: es joven, está enamorado y tiene un brillante futuro por delante. Cuando acabe esta maldita guerra, si sobrevive, será usted general y sin duda alcanzará a no tardar el grado de mariscal de campo, pero ¿le compensará eso la ausencia de gloria?

—En Trafalgar fuimos derrotados, y no creo que ninguno de los soldados que perdimos aquella batalla pero sobrevivimos nos hayamos visto privados del honor y la honra.

—Sí, pero a quien le van a levantar un monumento en Londres es a Nelson. Dentro de cien años, ¿quién se acordará de los vencidos? Sólo los héroes pasan con gloria a las páginas de los libros de historia, coronel. Y no lo dude, ya tenemos reservadas unas cuantas en ellos. No existe otra opción que morir con valor. Consuélese: algún día una calle de esta ciudad llevará su nombre.

»Por cierto, me han hablado muy bien de su novia. La madre Ráfols me ha dicho que le es de mucha ayuda con los enfermos; claro que también me ha insinuado que trate de convencerlos para que ustedes dos se casen, pues ahora están viviendo en pecado —dijo Palafox.

—Mi general, yo...

—Por mí, puede usted hacer lo quiera, pero sepa que en esta ciudad no está bien visto que un hombre y una mujer vivan juntos sin estar casados. Ahora, en la guerra, todo es mucho más..., digamos más relajado, pero podría tener problemas con la Iglesia si ésta se mete en sus asuntos privados, y no dude que en cuanto pueda lo hará, aunque usted sea un héroe de Trafalgar.

•••

El 22 de enero de 1809 la ofensiva francesa se había detenido en todos los frentes abiertos en la ciudad. Una orden firmada por el mismísimo emperador, poco antes de partir desde Valladolid hacia Francia, nombraba al mariscal Lannes nuevo comandante en jefe del ejército francés ante Zaragoza. Al firmar la orden, Napoleón había comentado a sus ayudantes que cuando fuera conquistada esa ciudad no se debería mostrar ninguna conmiseración para con sus defensores, a los que no consideraba sino una pandilla de irreductibles fanáticos. Lannes era valorado como uno de los más eficaces soldados del Imperio, pero a su prestigio militar le precedía una fama de hombre brutal y despiadado. Hijo de un mozo de cuadra, su cultura era escasísima y sus modales tan groseros e inapropiados que lo hubieran echado a patadas de cualquier salón parisino de no lucir sobre sus hombros los entorchados de mariscal del Imperio.

Nada más llegar ante Zaragoza para hacerse cargo del mando, Lannes reunió en su tienda a todos los jefes de los regimientos y les ordenó lanzar un ataque definitivo.

Demandaba éxitos y los quería de inmediato. El emperador le había encomendado la conquista de Zaragoza y deseaba entregársela cuanto antes, entera y con todos sus defensores vivos, si fuera posible, o a pedacitos si fuera necesario.

Durante cinco días se preparó a conciencia el asalto. Los principales baluartes defensivos fueron bombardeados sin misericordia, con toda la potencia de fuego de los cañones y de los morteros.

—Sus regimientos de infantería de asalto están listos para lanzar un ataque masivo —comentó Palafox, que había subido con Faria a lo alto de la Torre Nueva—. Conozco esta táctica, muy querida para Bonaparte, que no en vano pertenece al arma de artillería. Se trata de abrasar las defensas enemigas con un intenso y concentrado fuego de artillería y una vez inutilizadas lanzar al ataque una carga masiva de la caballería y la infantería. Esa táctica le ha salido muy bien en las batallas en Italia y en Austria contra cuerpos de ejército mal dirigidos, y ahora uno de sus perros más leales y fieros nos intenta vencer con la estrategia que ha aprendido de su señor.

—¿Conoce usted a Lannes, general?

—No, pero he recogido algunas referencias sobre él. Es un tipo cruel e impío.

—En fin, parece el hombre adecuado para acabar con la resistencia que estamos ofreciendo —comentó Faria.

—Debemos prepararnos para el asalto definitivo.

—¿Alguna instrucción especial para los soldados, señor?

—Sí. Resistir, resistir y resistir. Que nadie dé un paso atrás y que ningún hombre abandone su puesto de combate. Si ese maldito mariscal quiere Zaragoza para ofrecérsela a su emperador, tendrá que matarnos antes a todos. Y en ese caso no le entregará una ciudad, sino un cementerio.

Las palabras de Palafox intentaban levantar el ánimo de los sitiados, pero era demasiado poco cuando sólo disponían de agua de arroz para alimentarse.

## Capítulo XXX

---

El 27 de enero, al alba, se reanudó el bombardeo con más fuerza e intensidad que nunca. Faria había pasado la noche en su habitación de la fonda con Cayetana. Ambos estaban extenuados y a punto de enfermar de cansancio, pero eso no impedía que cada día hicieran el amor con la ansiedad de que quizás aquélla fuera la última vez.

El tronar de los cañones despertó a Faria cuando la claridad del día todavía no se había adueñado del horizonte.

—¡Diablos! —exclamó sobresaltado—, ya están ahí otra vez, y por cómo han empezado a disparar me temo que preparan algo gordo.

El coronel de la guardia de corps saltó de la cama y comenzó a vestirse precipitadamente.

—¿Ya te marchas? —le preguntó Cayetana, cuya melena negra y rizada caía sobre sus hombros desnudos como una cascada de bucles de azabache.

—Creo que hoy es el día del ataque decisivo. Lo estábamos esperando en cualquier momento, desde el día en que Lannes se hizo cargo del mando.

Faria besó a su amante, acabó de vestirse con el uniforme reglamentario, se calzó las botas, se ciñó el sable y salió hacia Capitanía.

Cuando llegó, Palafox ya estaba en su despacho vestido con una bata de lana. Hacía varios días que dormía en la misma Capitanía, en una pequeña cama que se había hecho instalar en una alcoba junto a su despacho.

—Parece que hoy va en serio —le dijo Faria.

—Creo que sí. Están concentrando fuego artillero muy intenso sobre los muros del sector del convento de San Agustín. Los informes señalan que varias baterías están disparando repetidamente sobre un lienzo del muro de ladrillo que hace dos días logramos reparar con gran esfuerzo; creo que tratan de abrir una nueva brecha para intentar penetrar por ella. Enviaremos allí todos los hombres de reserva que sea posible, y ojalá podamos aguantar el envite.

Durante todo el día los cañones y los morteros franceses golpearon los muros del sector de San Agustín, una y otra vez, hasta que, cuando comenzó a caer la noche, lograron abrir al fin una enorme brecha.

Faria se puso al frente de un batallón que había enviado Palafox desde el Arrabal para reforzar aquella zona y pasó la noche a la intemperie sobre la muralla del área de San Agustín, dormitando a ratos, entre los turnos de guardia, esperando que en cualquier momento los franceses se lanzaran al asalto.

Lannes podía ser arrojado y feroz, pero no era estúpido. En cuanto fue nombrado comandante en jefe de las tropas de asedio, ordenó que le redactaran varios informes sobre la situación de los defensores españoles en el sitio de Zaragoza, para constatar

si éstos tenían alguna posibilidad de recibir ayuda externa. Los informes fueron contundentes. El ejército español, como tal, prácticamente ya no existía. Napoleón lo había barrido de la Península, y sólo quedaban algunas unidades aisladas y mal equipadas en Galicia, en el sur de Andalucía y en algunas zonas del sureste. La conclusión era evidente: Zaragoza estaba sola ante las tropas francesas que la asediaban.

Con el primer rayo de sol, Lannes firmó la orden de ataque definitivo. Era la mañana del 28 de enero y Faria aguardaba atrincherado junto al convento de San Agustín lo inevitable.

—¡Por Santa Engracia, coronel, atacan por Santa Engracia! —gritó uno de los correos que se desplazaban de sector a sector del frente para comunicar órdenes y recabar información.

—¡Maldito demonio! Nos ha engañado. Pero vamos, vamos, deprisa, deprisa, hay que frenarlos cueste lo que cueste.

El regimiento de reserva que mandaba Faria corrió hacia la zona de Santa Engracia. El monasterio de los Jerónimos estaba en ruinas desde el primer asedio, pero seguía siendo una posición estratégica y estaba siendo atacado con un intenso fuego de mortero y de cañones. La mitad del complejo de edificios monacales se había venido abajo y sobre las ruinas seguían cayendo bombas y granadas por doquier.

Los defensores de ese sector se habían replegado ante el intenso fuego de artillería y combatían parapetados en las primeras casas del barrio. La retirada de la primera línea de defensa había sido aprovechada por la infantería francesa para ganar los muros casi totalmente derribados en la zona, y establecer así una cabeza de puente desde la que algunas patrullas comenzaron a entrar en la ciudad.

—¡Hay que detenerlos como sea, como sea! —gritó Faria.

El coronel ordenó a dos oficiales que desplegaran sendas compañías en forma de abanico, reforzando a los defensores que se habían atrincherado en las casas de los alrededores.

La infantería francesa comenzó a llegar como una marea azul y gris. Decenas de soldados penetraron por los muros derribados y se entablaron combates cruentísimos junto al monasterio, que ardía en medio de fuertes explosiones.

Faria apareció en una calle con el sargento Morales y cuatro soldados, y se topó casi de frente con una treintena de franceses que avanzaban disparando cadenciosamente sus mosquetes de carga delantera con llave de pedernal y cañón liso, que, aunque no eran demasiado precisos, su utilización en formaciones compactas y cerradas causaba enormes destrozos al enemigo. No tuvieron otra opción que buscar refugio en la planta baja de una de las casas para evitar ser acribillados a balazos por el intenso fuego de fusilería.

—¡Estamos atrapados! —dijo Morales.

—No, arriba, arriba, al tejado —indicó Faria.

Los seis hombres subieron corriendo las escaleras de la casa, al tiempo que los franceses derribaban la puerta con una granada e irrumpían disparando una descarga de fusilería.

Faria y sus acompañantes ascendieron hasta la tercera planta, donde acababa la escalera. Mientras los cuatro soldados los cubrían de los franceses que comenzaban a subir los primeros peldaños, Morales y Faria consiguieron abrir un agujero en el tejado y salieron al exterior. Después ayudaron a los otros cuatro a escapar por el mismo hueco. Pisando las tejas, húmedas y resbaladizas todavía por la escarcha caída la noche anterior, pasaron por encima de varias casas. En las calles, la lucha era encarnizada, llegando al cuerpo a cuerpo a golpes de bayoneta y sable. Desde las ventanas, algunos zaragozanos lanzaban piedras, ladrillos, tejas y cualquier objeto contundente contra los soldados franceses. Algunos defensores habían tenido la misma idea que Faria y se habían subido a los tejados, desde donde disparaban a los soldados imperiales, que, a pesar de las muchas bajas sufridas, estaban consiguiendo asegurar sus posiciones.

Poco a poco los tejados comenzaron a poblarse de soldados españoles y de paisanos armados, y los franceses sufrieron muchas bajas debido a los disparos que recibían desde los aleros.

El comandante francés que dirigía el asalto tuvo que pedir refuerzos. Una compañía de zapadores se desplegó por la manzana de casas más próxima a Santa Engracia, cuyos tejados estaban copados por varias decenas de zaragozanos, y comenzó a ubicar minas y hornillos en las bodegas de las casas y en algunas galerías excavadas por ellos mismos. Mediada ya la mañana, comenzaron a explotar las primeras bombas y media docena de edificios se derrumbaron con gran estrépito, sepultando entre los escombros a los que se habían encaramado a los tejados.

—¡Malditos cabrones! Van a ser capaces de derribar casa a casa —clamó Morales.

—¡Sargento! —lo llamó Faria—. Comunique a los oficiales que queden vivos que ordenen a todos sus hombres la retirada de esta zona; creo que los gabachos están dispuestos a volar todo el barrio.

Otras dos casas cayeron al suelo en medio de un gran estrépito.

Mientras se retiraban hacia el interior de la ciudad, Morales le comentó a su coronel:

—No creí que pudiera haber en el mundo algo peor que Trafalgar, pero me temo que este infierno es más espantoso todavía.

—Y aún puede ser mucho peor, sargento.

—¿Señor...?

—La enfermedad, la pestilencia, el hambre... Ahora vienen los verdaderos demonios.

Esa misma mañana, tras atacar la zona de Santa Engracia y obligar a reforzar la defensa en el sector, los franceses volvieron a bombardear con renovada intensidad los alrededores de San Agustín, donde Faria había imaginado que se cebaría el gran asalto.

El coronel, el sargento Morales y varios oficiales y soldados habían logrado fijar una línea tras la primera manzana de casas de Santa Engracia, donde se había detenido el impetuoso avance francés. Pero enseguida les llegaron noticias de que un ataque más virulento si cabe se estaba produciendo en torno al convento de San Agustín.

—Esta maniobra era un engaño —comentó Morales—. Tenía usted razón, coronel, el ataque principal recae sobre San Agustín.

—No, sargento, no. No hay un único ataque principal. Los gabachos tienen tanta potencia de fuego y tantos hombres disponibles que están lanzando dos ataques simultáneos.

—¡Los franceses están entrando a decenas por San Agustín! El general Palafox ordena que el batallón de reserva acuda a defender esa zona —le dijo un correo urgente a Faria.

—Bueno, al menos aquí hemos logrado detener el avance... por el momento. Vamos a ver qué ocurre en ese lado.

Faria ordenó a un centenar de hombres que le siguieran y se dirigió hacia el convento de San Agustín.

Al llegar comprobó que los franceses habían abierto dos grandes brechas en los muros y que el convento estaba siendo atacado por varios flancos. Todas las dependencias conventuales se habían convertido en un campo de batalla. Se luchaba en cada una de las salas, en los claustros, en los dormitorios de los monjes, en la misma iglesia. Los infantes franceses penetraban a raudales por todos los boquetes y huecos gritando con todas sus fuerzas *Vive l'Empereur!*

Los granaderos estaban demoliendo con sus minas y granadas algunas partes del convento, mientras los zaragozanos resistían palmo a palmo.

Faria y Morales entraron en la iglesia por la puerta de la fachada principal, que se abría a una plaza rectangular. Entre las naves del templo, parapetados detrás de las columnas, entre las capillas y en el púlpito, los zaragozanos defendían cada baldosa del edificio como si fuera su propia vida.

Faria pudo ver desde la entrada a media docena de hombres que, atrincherados en el púlpito, disparaban sus fusiles sobre los soldados franceses que habían penetrado en la iglesia a través de unos huecos abiertos en el muro sur. Aquellos hombres no tenían la más mínima posibilidad de vencer, y en su posición cualquiera se hubiera

rendido ante un número de enemigos tan abrumador, pero, a pesar de la conminación a deponer las armas por parte de los franceses, los defensores del púlpito de San Agustín respondieron con un grito de valor y de despecho.

Faria y Morales, parapetados en la entrada del templo, contemplaban a los defensores del púlpito e intentaban mantener alejados a los franceses con el fuego cruzado de sus fusiles, pero los asaltantes eran cada vez más numerosos, pues no cesaban de entrar por las brechas abiertas en los muros.

Varios fusileros, equipados con sus rifles de cañones rayados, más lentos para disparar que los mosquetes pero de mayor eficacia y alcance superior, al localizar la procedencia de los disparos que recibían, dispararon a su vez sobre Faria y Morales, obligándoles a retirarse.

Los defensores del púlpito fueron abatidos poco después, pero dos docenas de franceses habían caído en el asalto.

Cuando salieron al exterior, Faria y Morales se toparon con Palafox y dos centenares de hombres que acudían a toda prisa a defender el convento.

—¡General!

—¿Cómo está aquí la situación, coronel?

—Los franceses están entrando por varias brechas abiertas en los muros, y en el convento se lucha sala a sala, hay al menos cincuenta franceses en el interior de la iglesia.

—¡Pues vamos a por ellos!

Los ocupantes del templo estaban festejando su victoria sobre los defensores del púlpito, y apenas pudieron reaccionar ante la avalancha que se les vino encima. Un centenar de fusileros irrumpieron por la puerta principal de la iglesia disparando contra los soldados franceses y abatiendo a muchos de ellos. La iglesia se llenó de humo y de polvo, y de olor a pólvora y a sangre.

Sorprendidos por un contraataque que no esperaban, los supervivientes franceses se replegaron y salieron del templo por las mismas brechas por las que habían entrado.

Las legiones imperiales francesas estaban habituadas a combatir en campo abierto, en los campos de batalla en los que podían desplegarse las grandes unidades de artillería, caballería e infantería, pero en Zaragoza se enfrentaban por primera vez a un tipo de batalla a la que no estaban acostumbrados. Los zaragozanos defendían su ciudad con una furia y un valor como jamás hubieran podido siquiera imaginar los estrategas de Napoleón.

En situaciones normales, un asedio como aquél hubiera sido levantado de inmediato, pues las bajas que estaban sufriendo los sitiadores eran cuantiosísimas, pero la toma de Zaragoza no era una acción militar cualquiera. Se trataba del honor del emperador, que había comprometido su palabra de conquistar la ciudad a

cualquier precio y a cualquier coste.

Al caer el día 27 de febrero, el de mayores y más encarnizados combates librados hasta entonces, parecía que los franceses habían vuelto a ser frenados.

Un agotado Faria descansaba en la iglesia de San Agustín, mientras tomaba una escudilla de rancho caliente en la que en un caldo acuoso flotaban unos granos de arroz con pedazos de huesos que conservaban pegados restos de piel. Lo habían guisado para los soldados unas mujeres del barrio.

—Hemos logrado detenerlos, otra vez —comentó orgulloso Morales.

—Sí, pero a un coste terrible. Mire a su alrededor, sargento: decenas de hombres agotados, heridos, en el límite de su resistencia. No podremos soportar otro combate como el de hoy. No nos queda ya ninguna capacidad de respuesta.

—Observe bien a esos hombres, coronel: sí, están agotados, heridos, enfermos, hambrientos, pero ninguno tiene la menor intención de rendirse.

Faria contempló los rostros de los soldados que comían el paupérrimo rancho y observó sus ojos cansados y temerosos, su aspecto andrajoso y polvoriento y su mirada perdida y desesperada, pero en ninguno de aquellos hombres atisbo el mínimo síntoma de aceptar la rendición, la humillación o la derrota.

«Probablemente jamás haya habido en el mundo cadáveres tan dignos como los que los franceses se encontrarán cuando tomen Zaragoza», pensó Faria, antes de caer rendido de cansancio y de sueño en un rincón polvoriento de la iglesia de San Agustín.

## Capítulo XXXI

---

Cayetana se acercó a la camilla en la que un soldado gemía de dolor, empapado en un sudor frío. La joven secó la frente del herido con un pañuelo y, al contemplar sus ojos apagados y acuosos, comprendió que no tardaría demasiado tiempo en morir.

La madre Ráfols se acercó hasta Cayetana, le puso una mano en el hombro y le dijo:

—Estás agotada, hija, deberías descansar un poco. Si caes enferma, en vez de una ayuda serás un problema más.

—No, madre, estoy bien.

—No, no lo estás. Vamos, hazme caso, serás mucho más útil si regresas descansada.

Desde que llegara a Zaragoza en busca de Francisco de Faria, Cayetana Miranda había estado ayudando en los hospitales en el cuidado de enfermos y heridos. Las bombas francesas, la metralla, las enfermedades y la miseria estaban causando estragos entre los zaragozanos. Cada día eran ingresados más de cien nuevos pacientes, y todas las manos que se dedicaran a su cuidado eran necesarias.

Cayetana pasaba el día entero en el hospital. Sólo regresaba a la habitación que compartía con Faria para dormir. El encuentro con su amante todas las noches, salvo aquéllas en las que Faria tenía que permanecer de guardia en primera línea, la compensaba con creces el duro esfuerzo de la jornada. En el hospital lavaba ropa, preparaba vendas, limpiaba heridas, asistía a los cirujanos en las operaciones, casi siempre amputaciones de brazos o piernas provocadas por los cañones y morteros franceses, pero sobre todo consolaba a los heridos con una cálida sonrisa, una palabra cariñosa o una caricia dulce y delicada.

Regresaba a la fonda cansada y triste, desalentada por los muertos que cada día salían del hospital para ser enterrados a toda prisa en fosas comunes, y no comprendía cómo era posible que los hombres pudieran matarse tan cruelmente. No entendía la guerra, ni sus causas ni sus motivaciones. Ella había amado siempre la vida. Quizá porque durante su infancia en Vizcaya tuvo que luchar para sobrevivir, o por su azaroso pasado, vagando de ciudad en ciudad para ganarse la vida con artimañas picarescas, o por los meses que pasó injustamente encerrada en una prisión madrileña, amaba la vida por encima de cualquier otra cosa.

También amaba a Faria. El coronel de la guardia de corps había sido una de las víctimas de su picaresca, cuando en el portal de una casa madrileña le robó el dinero y el reloj de oro, pero después, cuando se encontraron fortuitamente en un mesón de Cádiz pocas semanas antes de la batalla de Trafalgar, se habían convertido en fogosos amantes.

Tras la entrevista celebrada en Bayona entre Napoleón, Carlos IV y Fernando VII,

y al enterarse del estallido de la guerra el 2 de mayo en Madrid, Faria decidió regresar a España para combatir al invasor francés. Cayetana sintió un profundo dolor en el centro de su corazón en el momento de despedirse, a orillas del río Bidasoa; estaba enamorada de Faria y había decidido que nada ni nadie sería capaz de separarla de él, ni aunque se empeñara en ello el mismísimo emperador de los franceses.

Cayetana hizo caso a la madre Ráfols y se marchó a descansar.

Ricardo Marín, el dueño de la posada donde se hospedaban Francisco de Faria y Cayetana Miranda, ordenó a uno de sus criados que le sirviera algo de comer a la muchacha. El criado se encogió de hombros y dijo que sólo quedaba algo de pan, harina, aceite, arroz, sal, ajos y unos tomates secos.

—Bueno, pues todo eso junto puede dar como resultado una buena sopa. Si no le importa, señorita, cenaremos juntos —dijo Marín.

Cayetana asintió y comió con ganas la sopa de ajo, tomate y pan.

—Al menos está caliente —comentó la joven.

—No hay otra cosa, mi querida amiga.

El día era muy frío; una niebla intensa y heladora cubría la ciudad desde hacía tres días, y los bombardeos y ataques franceses habían disminuido por ello.

Faria llegó a la posada envuelto en su capote de campaña, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño y el rostro tumefacto por el frío y la humedad. Se acercó hasta la mesa de Cayetana, saludó a Marín y le dio un beso a su amante.

Faria se quitó el capote y se acercó a la chimenea para calentarse al fuego.

—Vengo de hacer la ronda por las posiciones defensivas del sector norte. Estoy helado; esta maldita niebla densa y húmeda se mete hasta los huesos.

—Tal vez la comida se acabe pronto, pero al menos las ruinas nos proporcionan madera abundante para mantener el fuego encendido.

Dos enormes vigas crepitaban entre las llamas, que consumían una madera noble pintada con escudos de armas y decoraciones florales y geométricas.

Tras la cena, Cayetana y Francisco se retiraron a su habitación. Un criado les había caldeado la cama con un calentador de cobre lleno de brasas rusientes. Cayetana se lavó con agua tibia y se cepilló el pelo mientras su amante la esperaba en el lecho.

Los dos jóvenes se amaron con ternura, despacio, disfrutando de cada instante, de cada caricia, arropados por un murmullo de susurros y gemidos.

—En cuanto se levante esta niebla, los franceses lanzarán otra ofensiva brutal. Cada ataque nos causa más daño que el anterior. Ya no somos capaces de mantener una posición estable, y día a día estamos retrocediendo. Si consiguen romper nuestra primera línea de defensa, los franceses convertirán a toda la ciudad en un campo de batalla, y tendremos que luchar casa por casa —dijo Faria a Cayetana, a la que permanecía abrazado entre las sábanas después de haberse amado.

—¿No sería mejor rendirse? —preguntó la muchacha.

—Tal vez, pero Palafox no lo hará nunca. Ese aragonés es terco como una mula y orgulloso como un pavo real. Sabe que no tenemos ninguna posibilidad de vencer a los franceses, pero él sigue confiando en que ocurra un milagro como el de Bailen. Dice que el tiempo juega a nuestro favor y que tarde o temprano alguien se rebelará en algún rincón de Europa siguiendo nuestro ejemplo, y que la insurrección contra los franceses se extenderá por todos los países que han ocupado y entonces no tendrán otro remedio que regresar al otro lado de los Pirineos, de donde nunca debieron salir.

—Pero ¿y si eso no ocurre, si nadie se rebela contra Napoleón?

—En ese caso defenderemos Zaragoza casa a casa, habitación a habitación, hasta que no quede nadie vivo para mantener en la mano un cuchillo o una espada, o para disparar un mosquete o un fusil.

—Eso será una masacre.

—Sí, lo será, como ocurrió en Sagunto o en Numancia en la época de los romanos. De vez en cuando este país tiene que sufrir una tragedia para disponer de héroes y mártires a los que levantar monumentos y rendir homenajes. Quizá sea éste el sino de Zaragoza, una nueva Numancia tal vez.

Faria abrazó a su amante y la besó con dulzura.

—Entonces... mañana puede ser el último día...

—A partir de esta noche, cualquiera puede ser la última.

• • •

El primer día de febrero los franceses lanzaron una gran ofensiva sobre las ruinas del convento de San Agustín. Despechados por la derrota y por haber tenido que abandonar esa posición que casi tenían ganada, los franceses atacaron con una contundencia brutal. Durante todo el día los defensores lucharon por mantener ese puesto, que se consideraba clave para el sostenimiento de la línea defensiva del sector oriental, pero los esfuerzos de los españoles fueron vanos. Al finalizar el día, y ante la imposibilidad de mantener San Agustín, Palafox dio la orden de retroceder hacia el interior de la ciudad y hacerse fuertes en la calle del Coso.

La bandera tricolor ondeaba al fin sobre la torre de la iglesia de San Agustín; los franceses ya estaban dentro de Zaragoza.

La ofensiva se recrudeció en los días siguientes. El avance francés era lento pero constante. Palafox había previsto una enconada resistencia casa por casa si los franceses, como estaba sucediendo, rompían la primera línea defensiva diseñada por Sangenis.

Zaragoza no era precisamente una ciudad preparada para resistir un asedio. Los viejos muros medievales de ladrillo, adobe y tapial apenas podían soportar el

bombardeo de la artillería moderna, no existían bastiones defensivos en condiciones, eran los conventos los que se utilizaban con ese fin, y Sangenís había tenido que adaptar a toda prisa y con escasos medios algunos puntos del recinto para instalar las baterías en unas posiciones demasiado endebles.

Ocupado el convento de San Agustín, los ataques franceses comenzaron a hacer mella por todas partes. El 2 de febrero el barrio de las Tenerías fue bombardeado para preparar el asalto de la infantería. Al día siguiente fueron ocupadas las ruinas del convento de Santa Engracia, que había sido volado durante el primer asedio pero mantenían un alto valor estratégico por su posición dominante sobre un tramo del río Huerva. El día 6 cayó el monasterio de Nuestra Señora de Jesús y al siguiente los franceses llegaron hasta la iglesia de la Magdalena, donde Palafox había dispuesto la segunda línea de defensa.

Cada día los franceses ocupaban varias casas, y algunas eran demolidas con minas y hornillos. Se luchaba en la calle, dentro de las casas, en los tejados e incluso en los sótanos. Zaragoza estaba llena de ellos, y los defensores aprovechaban los túneles subterráneos para desplazarse por el subsuelo y sorprender a los franceses surgiendo por su retaguardia. En cuanto se apercebieron de ello, los atacantes se dedicaron a volar los túneles y las bodegas para impedirlo.

Para amedrentar todavía más a los zaragozanos, los franceses bombardearon el templo de Pilar, en cuyas naves, habilitadas como hospital, se alineaban decenas de catres con enfermos y heridos. Palafox había indicado a sus oficiales que convirtieran a la Virgen del Pilar en el principal icono de la resistencia. Estampas con su imagen, banderas y guiones, coplas y canciones dedicadas a la Virgen estaban muy presentes en el frente de combate. Cuando cayeron las primeras bombas sobre el templo del Pilar, la indignación de los zaragozanos creció aún más, y, lejos de producir el efecto esperado, todavía enardeció el furor de los defensores.

Varias bombas alcanzaron el palacio de la Diputación del Reino, cerca de la basílica del Pilar. Faria ordenó a algunos de sus hombres que corrieran para ayudar a sofocar el incendio que se había producido en sus archivos.

—¡Bah!, sólo son papeles viejos —dijo un capitán.

—Es nuestra memoria —replicó Faria.

El mismo Faria se afanó en salvar cuanto pudo del archivo. Logró rescatar algunos legajos tan antiguos que hacía siglos que nadie había abierto y algunas obras de arte atesoradas en los últimos cuatrocientos años, pero otras muchas se perdieron para siempre entre el fuego.

Mientras el palacio que había sido sede del gobierno del reino de Aragón ardía, los franceses desplegaron varios regimientos en el barrio del Arrabal, en un intento por conquistarlo y llegar hasta la orilla izquierda del Ebro, frente a la ciudad.

Desde la embocadura del puente de Piedra, junto a la Lonja de mercaderes, Faria

contempló el estallido de algunas casas en el Arrabal, y cómo los franceses ganaban paso a paso posiciones en el barrio.

Uno de sus ayudantes le comunicó que la primera línea de defensa se estaba derrumbando por varios puntos, y que resultaba imposible mantenerla firme. Al tiempo, el general Palafox convocaba a sus oficiales a un consejo extraordinario.

El edificio de Capitanía parecía ya más un fortín que el palacio nobiliario que fuera antaño. La entrada por la calle del Coso estaba protegida con parapetos y barricadas.

Palafox estaba serio, pero no había perdido la moral ni la voluntad de resistir hasta el final.

—Caballeros —dijo—, la situación es crítica. Nuestra primera línea defensiva está siendo superada en varios sectores. Los franceses ya ocupan posiciones firmes y consolidadas en el convento de San Agustín, en el de Santa Engracia y en el Arrabal. Despacio, porque nuestra resistencia es tenaz, pero avanzan paso a paso hacia el centro de Zaragoza. La población civil se está comportando con una bravura inigualable y la tropa, y ustedes son testigos privilegiados porque son los que la mandan, está dando todo cuanto tiene y aún más. Pese a la superioridad del enemigo, a su mayor potencia de fuego y a su mejor preparación, estamos consiguiendo retener su avance.

—Mi general —intervino Pedro María Ric—, me permito indicarle que algunos oficiales creen que sería mejor capitular ahora.

—¿Es ésa también su opinión?

—Sinceramente creo, señor, que no tenemos la mínima posibilidad de vencer en esta batalla.

—Pues no es ésa mi intención, don Pedro. Yo creo que sí podemos resistir hasta que cambien las circunstancias políticas. No estamos solos en la lucha contra Bonaparte. Europa entera sabe de nuestro sacrificio y de nuestros esfuerzos. Somos un ejemplo en la lucha contra la tiranía. Medio mundo nos está mirando y nos alienta para que sigamos resistiendo, porque así es como ha de vencerse en esta guerra.

»Tenemos que aguantar un poco más. Napoleón tiene problemas en Europa, que irán en aumento en las próximas semanas. Si resistimos, los franceses acabarán por reconocer su fracaso y se marcharán —insistió Palafox.

—Mi general, tenemos un enemigo dentro peor incluso que el propio ejército gabacho —dijo Pedro María Ric.

—¿A qué se refiere?

—A la epidemia. La pestilencia se extiende por toda la ciudad sin que podamos evitarlo. Cada día caen enfermas más de cien personas, y la mayoría muere ante la falta de alimentos y de atención. Ya son más los muertos por la epidemia que por las bombas de los gabachos, y el porcentaje va en aumento. Además, nuestros almacenes

de provisiones están casi vacíos; dentro de quince o veinte días no dispondremos de nada para comer. Y no tenemos ninguna posibilidad de recibir ayuda desde el exterior, pues el cerco francés es muy rígido e impermeable. Toda la ciudad está rodeada por varias líneas paralelas de trincheras enemigas. Nadie podría atravesarlas para recabar ayuda o para introducir víveres.

»Ésta es la situación real, mi general.

—Mientras nos quede un halo de vida y un hombre dispuesto a empuñar un fusil, esta ciudad resistirá. Quien quiera rendirse, que lo haga. No me opondré. Mañana a primera hora del día, los que deseen abandonar la defensa de Zaragoza podrán hacerlo, pero los que se queden lo harán para resistir hasta el final.

»Bien, que levante la mano quien desee rendirse.

En la sala donde estaban reunidos los oficiales se hizo un silencio espeso y acerado. Nadie alzó el brazo.

—Está claro: Zaragoza no se rinde. Señores, resistiremos —sentenció Palafox.

• • •

—Hoy hemos acordado algo parecido a nuestra sentencia de muerte —le dijo Faria a Cayetana.

—Zaragoza no va a capitular, ¿verdad? —inquirió la joven.

—No. Palafox ha conminado a rendirse a cuantos quieran hacerlo, pero nadie ha dado un paso adelante. Ahora la consigna es resistir hasta el final. Sólo nos queda esperar la muerte, o un milagro.

—¿Pero es que no se puede hacer nada, no se puede convencer a Palafox de que es mejor entregarse y salvar las vidas de tanta gente?

—La mayoría de los zaragozanos está dispuesta a resistir hasta el fin. Yo veo todos los días a hombres que jamás antes empuñaron un arma pelear en las trincheras como fieras rabiosas. Han gestado tal odio hacia los franceses y han generado semejante orgullo, que para ellos la defensa de esta ciudad es más importante que su propia vida. Tú misma has podido comprobarlo en el hospital.

—Sí, claro, pero los enfermos y los heridos no suelen ser plenamente conscientes de sus actos ni de sus palabras. La mayoría está muy afectada por el sufrimiento de la enfermedad y el dolor de las heridas. He visto a algunos delirar de manera terrible, y querer levantarse del lecho empapados por el sudor de la fiebre, gritando enardecidos «muerte a los franceses», para luego caer abatidos sollozando como niños y reclamando desconsolados la presencia de sus madres.

»¿Y nosotros? Tal vez si tú intentarás convencer a Palafox para que se rindiera...

—Lo siento, Cayetana, yo soy el menos indicado para hacerlo. Recuerda que mis compañeros de armas me consideran un héroe superviviente de Trafalgar, y allí, a

pesar de lo que nos estaba cayendo encima, no nos rendimos. No. No puedo hacerlo.

—¿Ni siquiera por nosotros?

—No puedo, no puedo...

Cayetana se abrazó con fuerza a su amante, que sintió cómo se estremecía el cuerpo de la joven. La noche era fría y oscura, aunque a través del amplio balcón podían apreciarse algunos resplandores de los incendios que la artillería francesa había provocado esa jornada.

## Capítulo XXXII

---

La orden de resistir hasta el final se transmitió a todos los puestos de defensa. En el convento de San Francisco, junto a la derruida Cruz del Coso, la tomaron al pie de la letra, y durante cuatro días los soldados y voluntarios allí destacados la cumplieron sin el menor titubeo. La artillería francesa centró buena parte de su potencia de fuego en este reducto, que fue bombardeado una y otra vez, de manera inmisericorde, hasta que, debilitadas las defensas y muertos o heridos la mayoría de sus defensores, dos regimientos de la infantería imperial lo tomaron al asalto. Una mina de tres mil libras hizo que el convento volara por los aires y quedara totalmente destruido.

Palafox había dicho que se mantuviera esa posición hasta que o bien se rechazara a los franceses o bien no quedara ningún defensor vivo, pero Faria había ordenado la evacuación del convento a fin de evitar muertes inútiles.

—Avanzan como una mancha de aceite, despacio, pero empapándolo todo a su paso. No podemos resistir. Creo que es hora de pensar en la capitulación, coronel —le dijo a Faria el sargento Morales, mientras se retiraban de las ruinas de San Francisco.

Cuatro días más tarde, los franceses entraron en el barrio de la Magdalena, en la segunda línea defensiva dispuesta por Palafox, en el interior de la ciudad, y tres días después cayeron las últimas casas del barrio del Arrabal, donde un puñado de defensores había soportado el ataque de unas fuerzas muy superiores en número y en armamento. A mediados del mes de febrero, más de la mitad del casco urbano de Zaragoza estaba controlado y bajo dominio francés.

—Y no se rinden, esos testarudos aragoneses no se rinden —comentó el general Junot (quien tras ser sustituido en el mando por el mariscal Lannes se había hecho cargo de una división), al final de una reunión del Estado Mayor—. Los estamos machacando con nuestra artillería y barriéndolos después con nuestras cargas de infantería, pero siguen resistiendo, los muy tercos, aunque saben que no tienen la menor oportunidad de vencer en esta batalla.

Los generales franceses contemplaban la ciudad de Zaragoza desde lo alto de los montes de Torrero. La ciudad estaba totalmente rodeada de fosos y de trincheras de aproximación en zizgag construidos por los zapadores franceses; los conventos y monasterios donde se había concentrado la defensa en la primera línea estaban ardiendo o envueltos en densas columnas de humo negro y gris, y en el interior de la ciudad se producían estallidos de las granadas que los artilleros franceses hacían explotar casa por casa. Sobre algunas ruinas ondeaban las banderas tricolores de los franceses, mientras que en lo alto de algunas torres del centro de la ciudad lo hacían las banderas a franjas rojas y amarillas de Aragón, y las de España, semejantes a las que habían ondeando en lo alto de los mástiles de los navíos de guerra en Trafalgar.

—En apenas dos meses, hemos lanzado sobre esa ciudad más de veinte mil

proyectiles y granadas. Debe de haber unas cuarenta o cincuenta mil personas desesperadas ahí adentro y quién sabe cuántas más muertas, no me explico cómo es posible que sigan soportando nuestros disparos, la escasez de víveres, las enfermedades... —comentó uno de los generales franceses.

—Siempre ha sido así. El emperador me recomendó hace algún tiempo la lectura de un libro de historia, ya saben ustedes, caballeros, cuánto le apasiona, en el que pude estudiar las motivaciones que los asediados encuentran para resistir el cerco de un ejército muy superior. Y, créanme, siempre hay un motivo para mantener la esperanza de que el que resiste acabará venciendo al sitiador.

—Pero son veinte mil bombas, mariscal, veinte mil impactos, más de trescientos cañonazos cada día. Ninguna ciudad hasta ahora había soportado semejante potencia de fuego.

—De eso se trata, general, de que no puedan soportarlo. Nuestra táctica está dando buenos resultados. Avanzamos despacio, pero de manera continuada, y cada día ocupamos un bastión defensivo o un sector de un barrio. Nosotros somos más fuertes y ellos se debilitan por momentos. Aunque se hayan juramentado para resistir hasta la muerte, habrá un instante en el que se vengán abajo y capitulen. En ocasiones, de la resistencia ciega a la rendición incondicional apenas hay un paso.

• • •

Al otro lado del río, en la margen izquierda del Ebro, sólo resistía una pequeña guarnición atrincherada en el convento de San Lázaro, cerca del puente de Piedra. Todo ese barrio, el único de la ribera izquierda, estaba en poder de los franceses.

Un oficial se presentó en Capitanía solicitando permiso para abandonar aquella posición.

Palafox estaba recostado en un sofá, dormitando tras una larga noche en vela. Faria entró en su despacho y lo despertó.

—General, el barón de Warsage, al mando de las tropas que defienden el convento de San Lázaro, pide permiso para abandonar la posición. Todavía mantenemos una vía de acceso al puente, pero es probable que los franceses la corten hoy mismo. En ese caso, esos hombres quedarían aislados y condenados a una muerte cierta.

—Mantener San Lázaro es vital para poder controlar el puente de Piedra —alegó Palafox, que parecía un tanto aturdido.

—Lo es, señor, pero nada podemos hacer.

—De acuerdo, pueden proceder a la evacuación. Vaya usted, Francisco, con algunos hombres para proteger la retirada de Warsage y refuerce la defensa de este lado del puente.

Era la primera vez que Palafox cedía y admitía el abandono de una posición.

Faria atravesó las callejuelas del centro de la ciudad y llegó al frente de un batallón de fusileros hasta la orilla del río. Los arcos del viejo pero imponente puente de Piedra veían pasar bajo sus vanos una menguada corriente de agua verdosa. Hacía frío, aunque lucía un tibio sol invernal.

—Los franceses han ocupado la zona de la izquierda; hay al menos un centenar de ellos parapetados tras aquellas tapias —le indicó el oficial a Faria.

—Bien, tenemos que proteger el paso del puente, y para ello habrá que cubrir a nuestros hombres para que puedan atravesarlo. Iremos al otro lado y nos desplegaremos en la zona de la embocadura, de modo que los soldados de San Lázaro puedan ir saliendo y atravesando el puente, y luego nos retiraremos nosotros. Quiero veinte fusileros, los que tengan mejor puntería, desplegados en esta orilla, que disparen a cualquier francés que se asome del otro lado del puente. Vamos.

Faria y varios de sus hombres corrieron a través del puente hacia el Arrabal. Consiguieron alcanzar la otra orilla sin ningún percance y se acercaron hasta el convento de San Lázaro. Faria le dijo a Warsage que Palafox había autorizado la retirada, y el barón ordenó la inmediata evacuación de aquella posición. Primero salieron los heridos y los enfermos, protegidos y ayudados por algunos compañeros de armas, y al final los soldados que podían empuñar un arma.

Cuando no quedó nadie más, Warsage y Faria retrocedieron hacia el río. Españoles y franceses habían comenzado a intercambiar algunos disparos, que se intensificaron cuando el grueso de los defensores de San Lázaro atravesaba el puente.

Desde la orilla derecha, los fusileros a las órdenes de Faria disparaban a discreción para proteger a los compañeros que se retiraban, intentando mantener a raya a un destacamento de infantería francesa que al apercebirse de la maniobra había acudido raudo para evitarla.

—Maldita sea, nos quieren cortar la retirada.

Faria alzó la cabeza por encima del pretil del puente y observó a varios soldados franceses que se estaban desplegando a su izquierda para ganar una buena posición y poder batir con sus disparos todo el puente. Varios de ellos empujaban un cañón de pequeño calibre y estaban colocándolo en posición de tiro.

—Estamos atrapados —dijo el barón de Warsage.

—No si corremos lo suficiente. A esa distancia hay que ser un extraordinario tirador para acertar a un blanco móvil con un fusil, y más sin tener una buena referencia de tiro. La mayoría de nuestros hombres han ganado ya la otra orilla y nosotros también podemos hacerlo. ¿Qué tal corre usted, barón? —le preguntó Faria.

—Creo que podré hacerlo.

—Sargento —le dijo Faria a Morales—, sólo quedamos media docena de hombres en este lado, todos los demás ya están a salvo. Acabo de ver cómo varios

gabachos están preparando un cañón, y si les damos tiempo a disparar estamos perdidos. No tenemos otra solución que correr como si nos persiguiera el mismísimo demonio. ¿Están todos ustedes en condición de correr?

Todos los hombres contestaron afirmativamente.

—En ese caso, no esperemos más —terció Warsage.

—Corran todo lo agachados que puedan, y háganlo cambiando de dirección y de velocidad y nunca agrupados; no mantengan una trayectoria constante ni una velocidad uniforme, pues en ese caso serán un blanco mucho más fácil. Desde el otro lado los fusileros del segundo regimiento nos cubrirán con sus disparos, pero sepan que llegar o no al final del puente depende de la velocidad de sus piernas —dijo Faria.

—Y de la fortuna, conde. Encomiéndense a la Virgen del Pilar, pero corran como demonios —añadió Warsage.

Los seis hombres que habían quedado atrapados en el otro lado del río saltaron como impulsados por el mismo resorte y comenzaron a correr sobre el puente de Piedra hacia la orilla derecha. Los disparos de los fusileros franceses se concentraron en ellos. Los impactos de las balas rebotaban en el pretil y silbaban alrededor de sus cabezas. A mitad del puente seguían corriendo los seis con toda la velocidad que eran capaces de imprimir a su piernas.

—¡Vamos, vamos, casi lo hemos conseguido! —gritó Faria tratando de animarlos, cuando apenas quedaban treinta metros.

Warsage iba el último. Faria miró un instante hacia atrás y contempló el rostro sonriente del barón. Parecía fresco y no daba muestras de cansancio ni de agobio. Francisco creyó que se había quedado cerrando el grupo a propósito. Era un hombre valiente que nunca rehuía el peligro y al que le gustaba estar al frente de sus hombres, siempre en primera línea.

—Ya estamos, ya...

Antes de que pudiera acabar la frase, sonó a sus espaldas un tremendo estampido. Los artilleros habían logrado armar el cañón y habían disparado hacia el puente. Warsage profirió un grito de dolor. El proyectil había impactado en el pretil, pero un fragmento de metralla se le había incrustado entre los omóplatos. El barón dio un traspíe, se echó las manos al pecho, torció la cabeza hacia atrás y cayó rodando sobre el empedrado.

Faria se detuvo de golpe y giró sobre sus pasos hasta llegar al cuerpo del barón, cuya vida se le iba a borbotones. El coronel de la guardia de corps cogió a Warsage por los hombros y sus manos quedaron empapadas en sangre.

—Vamos, vamos, puede usted llegar, sólo ha sido una herida...

—No, no —balbució Warsage—, me han partido el corazón. Estoy muerto, conde, estoy muerto. Rece usted por mí. Rece.

—¡Sargento, Morales! —gritó Faria.

Morales, que ya se había apercebido de lo ocurrido, regresó junto a los dos rezagados.

—Déjeme, coronel, yo lo llevaré.

Los poderosos brazos de Morales izaron en vilo el cuerpo de Warsage, y se lo cargó al hombro para continuar corriendo hacia el final del puente. Faria miró de nuevo hacia atrás y pudo ver el humo de las detonaciones de algunos mosquetes, cuyas balas seguían silbando a su alrededor. Hizo un disparo con su fusil y ganó la orilla derecha tras Morales.

—¿Todavía respira? —preguntó Faria ante el cuerpo inerte de Warsage, que Morales había dejado sobre una carreta, ya dentro de la puerta del Ángel.

—No. Creo que un fragmento de metralla le ha atravesado el corazón o los pulmones.

El hombro izquierdo y la espalda de Morales estaban empapados en sangre. Dos nuevos cañonazos impactaron en la puerta del puente; parecían el anuncio de la inminente victoria de los franceses. La orilla izquierda era ya suya por completo.

• • •

La epidemia de tifus, al que llamaban pestilencia, se extendió por Zaragoza como un reguero de pólvora. Cada día morían en los hospitales más de trescientas personas. Ni siquiera había tiempo ni espacio para los funerales, y los cadáveres eran depositados en fosas comunes ya excavadas, generalmente en las bodegas de algunas casas, para ser enterrados de inmediato y evitar así el peligro del contagio. La carencia de alimentos venía a agravar el problema.

Los huecos que dejaban en las trincheras los que caían enfermos o heridos ya no podían ser reemplazados por nuevos contingentes de reserva. La tarde del 18 de febrero de 1809 la caída de Zaragoza parecía inevitable, cuestión de unos pocos días. Antes de desvanecerse las últimas luces del atardecer, los franceses hicieron fuego de artillería sobre los edificios de la universidad.

Faria pasó la noche en Capitanía, al lado de Palafox, cuyo aspecto parecía empeorar por momentos.

—Si el capitán general no descansa al menos unas horas, caerá enfermo, si no lo está ya —le confesó a Faria el médico que lo atendía.

—¿Tiene la pestilencia? —le preguntó Faria.

—Creo que sí. Es un hombre fuerte y muy resistente, pero no ha comido casi nada en los últimos dos días y me temo que eso ha afectado a su ya maltrecha salud.

Faria pidió a uno de los asistentes que bajara a la cocina de palacio y regresara con un buen caldo de carne para el general.

—Lo siento, coronel. Eso mismo me ha dicho el médico hace un rato, pero no queda nada de carne; sólo un poco de arroz, ajos y un par de jarras de aceite.

—En ese caso, que le hagan una sopa de ajo bien caliente.

Palafox no quiso tomar nada, pero Faria casi le obligó a beber la sopa de ajo servida en una cazuela en la que flotaban unas migas de pan y unos ojos de aceite.

Al amanecer del día 19 los franceses avanzaron por la calle del Coso, ocuparon la puerta del Sol y volaron la iglesia de la Trinidad. Conforme iban adentrándose en la ciudad, encontraban cada vez menos resistencia. Esa misma tarde, Capitanía estaba cercada. Palafox tenía una fiebre muy alta y de todos los puntos de combate llegaban noticias desastrosas. La infantería francesa, bien cubierta por la artillería ligera, estaba ocupando casa a casa y había logrado rebasar la segunda línea de defensa ubicada en la calle del Coso. Todos los oficiales españoles al mando en el frente de batalla informaban que estaban dispuestos, junto a sus hombres, a mantener su posición hasta el final, pero sugerían que, ante el estado de la situación, lo más adecuado sería intentar llegar con los franceses a un acuerdo para pactar una capitulación honrosa.

A la vista de los informes, el general Palafox, al que la fiebre había comenzado a afectar gravemente, dio la orden de seguir peleando sin dar un solo paso atrás.

## Capítulo XXXIII

---

En los hospitales, los heridos y los enfermos seguían muriendo a centenares. El personal sanitario no daba abasto ni siquiera para desalojar a los muertos. La madre Ráfols, que estaba al frente de los servicios sanitarios, no pudo más.

—Me niego a soportar tanta muerte. Cayetana, ¿puede venir, por favor?

La amante de Faria estaba muy cerca atendiendo a un herido.

—Dígame, madre.

—Escuche. Quiero que me ayude. No podemos consentir por más tiempo esta locura. Voy a ir ante el mariscal francés que dirige este asedio y voy a pedirle, a suplicarle si es necesario, que ponga fin a esta situación. Si nadie detiene esta masacre, en una semana no quedará un solo zaragozano vivo. Usted habla bien francés, quiero que me acompañe.

—Pero madre, ya sabe usted cuáles son las pretensiones de los franceses: o rendición incondicional o nada.

—Sí, eso es lo que le han propuesto a un hombre; veremos si se atreven a decirle lo mismo a una mujer. Bien, ¿me acompaña o tendré que ir sola?

—Por supuesto que iré con usted.

—En ese caso, póngase un hábito de la orden.

—¿Se refiere a que me vista de monja...?

—Por supuesto, niña. Una mujer tan hermosa como usted no duraría ni un segundo intacta entre los soldados franceses. En cambio, las monjas les causamos más respeto, aunque sé que ya ha habido casos en los que han violado a conventos enteros. Cámbiese, coja una capa y vayamos.

—¿Ahora? —se sorprendió Cayetana.

—Pues claro que ahora, cuanto antes se acabe con esto, mejor.

La madre Ráfols cogió el mango de una escoba y colocó en un extremo un paño blanco. Después se lo dio a la hermana María del Pilar, una de sus ayudantes, que también las acompañaría.

—Es usted muy valiente, madre —le dijo Cayetana, que acababa de vestirse con el hábito y la capa de una monja recién fallecida de pestilencia.

—No, mi querida amiga, estoy medio muerta de miedo.

Las tres mujeres avanzaron por las calles con la bandera blanca en alto. Cuando llegaron al final del Coso y se toparon con las posiciones avanzadas francesas, siguieron caminando hacia delante ante los atónitos ojos del capitán que mandaba la primera compañía de la vanguardia de infantería.

—¡Alto, alto ahí! —gritó en francés.

Cayetana, que portaba en ese momento la bandera blanca, alzó los brazos y dijo en francés:

—Somos monjas, monjas, no ocultamos ningún arma, queremos hablar con su comandante en jefe.

—He dicho alto, no sigan, no sigan.

—Continúe andando, Cayetana, ¿no irá a tener miedo ahora?

Las tres mujeres avanzaron hacia los franceses ante el estupor del comandante, que ordenó a sus hombres que no dispararan.

Al llegar frente al oficial, la madre Ráfols le dijo a Cayetana que le tradujera lo siguiente:

—Dígale que queremos ver a su comandante en jefe, que somos monjas de servicio en el hospital y que necesitamos su comprensión.

Cayetana, que había aprendido bastante francés durante los meses que estuvo en Francia en la posada de La Manzana Verde, en San Juan de Luz, se lo comunicó así al capitán. El oficial de infantería se atusó su fino bigote, miró con cierta curiosidad los ojos negros y profundos de Cayetana y les dijo que lo siguieran.

—Vaya, este oficial parece un hombre sensato —bisbisó Cayetana.

—Vamos, niña, lo que está haciendo es por usted, ¿no se da cuenta de cómo la mira?

Las tres mujeres fueron conducidas ante un comandante llamado Bertrand, que no quitó la vista de Cayetana, el cual las llevó a su vez a presencia del mariscal Lannes, el sustituto en el mando de Junot, quien estaba muy molesto porque había dirigido las tropas imperiales apenas tres semanas. El nuevo general en jefe estaba almorzando en su tienda; degustaba un faisán guisado con salsa de castañas y sobre su mesa había una botella del mejor vino de Burdeos.

—Usted traduzca lo que yo diga y no se sorprenda de lo que vea, ¿de acuerdo?

Lannes las recibió tras hacerles esperar durante una hora. Nada más entrar en la tienda, y ya en presencia del mariscal, la madre Ráfols se arrojó a sus pies y comenzó a rogarle, a suplicarle en nombre de Dios, que detuviera aquella matanza.

Ante el asombro de los presentes, Cayetana traducía al francés las frases de misericordia y piedad que pronunciaba María Ráfols.

—¡Basta, basta! Y usted, hermana, cálese, que me está volviendo loco; con una monja majareta como ésta ya es suficiente. Entiendo su idioma y si habla más despacio comprenderé todo lo que dice, y hágalo así o las echaré a las tres a patadas de aquí.

María Ráfols se levantó con la ayuda de Cayetana y habló con convicción a Lannes.

—Señor, estamos aquí para pedirle clemencia para los enfermos y heridos; en los hospitales se hacían cientos de ellos que morirán si no les proporcionamos medicinas y alimentos.

—¿Sabe usted lo que me está pidiendo, señora? —preguntó Lannes ahora en

español.

—Sé que su señoría es un gran soldado.

—No me conoce.

—Me basta con ver sus condecoraciones y sus entorchados de gala para comprenderlo. Y los grandes soldados suelen tener gestos de conmiseración para con los vencidos. Unos pocos alimentos y algunas medicinas no retrasarán en nada su victoria y en cambio evitarán muchas muertes inútiles.

—Hace unas semanas ofrecimos la capitulación, pero su general se negó a aceptarla. Ahora sólo aceptaremos la rendición incondicional.

—Eso tendrá que decírselo usted al general Palafox. Yo no soy un soldado, sólo una monja que no desea otra cosa que servir a Dios y al prójimo, y salvar cuantas vida pueda.

Lannes era uno de los generales más crueles del Imperio. No creía ni en Dios ni en la religión, ni en ninguna otra cosa que no fuera él mismo, aunque sentía cierto respeto hacia las personas de condición eclesiástica porque en una ocasión había oído decir a Napoleón que la religión era útil para el hombre.

El mariscal se sentó en su silla y bebió un largo trago de burdeos en una copa de cristal; después tomó de un frasco un par de frutas almibaradas.

—¿Nos dará esos alimentos y medicinas, general? —preguntó María Ráfols.

—¿Y qué me ofrecen ustedes a cambio? ¿Tal vez esa compañera suya que habla francés? ¿Sabe, señora?, jamás me he acostado con una monja. Imagino que será virgen, ¿o no? La gente cuenta muchos relatos jocosos de curas follándose a las monjas de los conventos. ¡Humm!, veamos.

Lannes se acercó a Cayetana, la rodeó mirándola como un halcón a punto de caer sobre su presa y la cogió por la cintura.

—¡Suéltela! —gritó la madre Ráfols.

—¡Vaya!, excelente género. Sí, me quedaré con ella a cambio de lo que me pide para sus enfermos. Es lo justo, ¿no cree?

—Es usted un depravado, un bruto...

Lannes cogió a María Ráfols por el cuello.

—Mire, señora, ni a usted ni a nadie le consiento que hable así a un mariscal de Francia.

La mano de Lannes apretaba con fuerza el cuello delgado y frágil de sor María, hasta el punto de que apenas le dejaba respirar.

—Va usted a matarla. Suéltela. Si yo soy el pago a cambio de sus alimentos y medicina, aquí me tiene, pero suelte a la madre Ráfols —intervino Cayetana, con tal decisión que dejó impresionado a Lannes.

El mariscal soltó a María y se acercó a Cayetana, a la que cogió ahora por el pecho.

—Terso, firme y duro como una manzana, seguro que esta noche me arrepentiré por haberla dejado ir.

El comandante Bertrand miraba desde un lateral de la sala a Cayetana, y en sus ojos se intuía el deseo de poseerla.

—Entonces... —bisbisó María Ráfols, que se estaba recuperando de la presión de la mano de Lannes sobre su garganta.

—Estas mujeres han demostrado más valor que la inmensa mayoría de los hombres con los que me he enfrentado en el campo de batalla. Está bien, les proporcionaré medicinas y alimentos, pero con una sola condición: que destinen los víveres exclusivamente al cuidado de los enfermos y de los heridos.

—Tiene mi palabra —asentó Ráfols.

—Sé que la cumpliré.

»Yen cuanto a usted, hermanita, espero que si volvemos a encontrarnos sea en otras circunstancias. Y ahora, márchese antes de que me arrepienta. Comandante Bertrand, llévese a estas mujeres de aquí.

Lannes ordenó a uno de sus edecanes que se dirigiera a las tiendas de intendencia y proporcionara a las monjas una carreta llena de lo que necesitaran.

—Pero sólo lo que quepa en una carreta —insistió.

Bertrand seguía mirando a Cayetana con lascivia.

• • •

Ese mismo día, Palafox firmó una proclama desesperada en la que, aconsejado por los clérigos Sas y Boggiero, insistía en mantener la defensa hasta el fin. Boggiero le dijo que si morían defendiendo la fe y la religión, esa tarde estarían disfrutando de los bienes del Paraíso y de la presencia del Altísimo.

Al anoecer, unos guardias suizos contratados como mercenarios en el ejército español desertaron y se pasaron al bando francés. Fueron ellos quienes contaron al mariscal Lannes lo desesperado de la situación de Zaragoza y cómo los clérigos llamados Sas y Boggiero asesoraban a Palafox animándolo a mantener una defensa ciega hasta la muerte.

El mariscal envió de inmediato un mensajero a Palafox recordándole que parte de sus hombres estaba desertando y exigiéndole la rendición incondicional. Palafox, ya muy afectado por el tifus, le respondió que sólo se rendiría si se permitía a los soldados salir libremente de la ciudad en carros cubiertos y con tres días de tregua.

Al leer la carta del capitán general de Aragón, Lannes enfureció y le devolvió una misiva en la que le decía que su resistencia era inútil y sus exigencias vanas. Le comunicaba que nada más leer su carta se había asombrado por las propuestas que en ella hacía y le aseguraba que ya no quedaba ningún ejército español, pues el

emperador había destruido a todas las tropas regulares.

Cuando se recibió esa carta en Zaragoza, el tifus se había apoderado del cuerpo de Palafox, que yacía sudoroso y con altísima fiebre en el lecho y era incapaz de dictar ninguna orden.

La Junta de defensa se reunió con urgencia para solventar la difícil situación. Faria asistió a la Junta, y poco antes de entrar en la sala escuchó a unos soldados que cantaban una copla al son de una guitarra:

*La sangre española  
no temió a Numancia;  
ni teme de Francia  
la cadena vil...  
A Numancia imitad,  
renuévese en su horror  
y antes que ser esclavos  
muramos con honor.*

La Junta nombrada por Palafox, y que actuaba en sustitución legítima del capitán general, acordó negociar con los franceses la rendición de la ciudad si éstos prometían conceder el perdón a todos los defensores. Alguien recordó que Lannes tenía fama de ser el más brutal y despiadado de los mariscales de Bonaparte, pero el que hubiera dado medicinas y alimentos a la madre Ráfols hizo dudar de semejante reputación a algunos miembros de la Junta.

Los partidarios de continuar con la lucha hasta el fin aludían como ejemplo a los precedentes de Numancia y de Sagunto, las ciudades mártires cuyos habitantes habían preferido morir con honor a someterse al invasor extranjero. Tras un acalorado debate, triunfó la posición de los partidarios de rendirse.

Cuando se enteraron de ello, Sas y Boggiero aseguraron que preferían morir peleando en las calles de Zaragoza atravesados por la bayoneta de un soldado francés que hacerlo fusilados en alguna tapia por una escuadra de escopeteros gabachos. E incluso incitaron a algunos de sus partidarios a acudir hasta Capitanía y a los polvorines donde todavía quedaban algunas municiones y armas para apoderarse de ellas y continuar la resistencia por su cuenta, al margen de lo que habían decidido los miembros de la Junta, a los que calificaban de traidores y cobardes.

Durante toda la tarde los mensajeros de ambos bandos fueron de uno a otro lado del frente intercambiando mensajes y propuestas. Durante algunos intermitentes instantes, Palafox recuperaba el sentido e insistía en que no había nada que negociar y les conminaba a que siguieran resistiendo hasta el fin; pero el tifus estaba consumiendo al capitán general, que apenas podía articular media docena de palabras

seguidas.

Por la noche continuaron negociándose las condiciones de la capitulación. Mensajeros a caballo y portando antorchas y banderas blancas iban y venían cruzando mensajes entre el cuartel general del mariscal Lannes y la capitanía general de Aragón.

—Se acabó. Mañana Zaragoza capitulará —le comunicó Faria a Cayetana.

—¿Ya está decidido? —preguntó la joven.

—Sí, la Junta lo acaba de aprobar hace un rato. La señal de asentimiento por parte de los franceses es que mañana no nos despierten con sus bombas. Si amanece en silencio..., nos rendiremos.

—¿Y Palafox?, me dijiste que no quería rendir Zaragoza en ninguna circunstancia.

—El general está muy enfermo. Ha pasado toda la tarde delirando, con mucha fiebre. Su médico nos ha dicho que es probable que muera en las próximas horas.

—¿La peste?

—Claro.

—Hoy han muerto unos doscientos enfermos de peste. La mismísima Agustina Zaragoza ha ingresado con mucha fiebre en el hospital. Ha podido salvarse del ataque francés en las murallas, pero no de la peste.

—Por eso hemos decidido rendirnos. Si no fuera por la maldita peste, habiéramos podido resistir al menos dos meses más; pero de seguir así, en quince o veinte días habiéramos enfermado todos. Esta ciudad está infestada y la peste no respeta a nadie.

—Nosotros dos seguimos sanos.

—Pero no sabemos por cuánto tiempo.

—¿Sabes?, creo que se debe a que nos mantenemos limpios; es en la suciedad donde vive la enfermedad y a través de ella se contagia.

—¿Tú crees? Hay quien dice que está en el agua y en el aire, que basta con beber o con respirar para caer enfermo.

—Uno de los cirujanos del hospital ha comprobado que el mayor número de enfermos se da entre los más sucios y desaliñados.

—Tal vez tenga razón. Bueno, quizás ésta sea de verdad nuestra última noche juntos. Mañana debemos entregarnos a los franceses si ellos no disparan primero.

Los dos jóvenes subieron a la habitación y se desnudaron despacio. Después se acostaron en la cama y se amaron hasta el amanecer. Al despuntar el alba no se oyó ningún cañonazo.

## Capítulo XXXIV

---

Faria desayunó un poco de pan con unas gotas de aceite y agua de arroz, lo único que quedaba en la despensa de la posada, y vestido con su uniforme de gala se dirigió a Capitanía. Poco a poco fueron llegando los miembros de la Junta de defensa, todos tristes y abatidos, todos vestidos con las mejores ropas que habían podido encontrar.

Pedro María Ric, que presidía la Junta por enfermedad de Palafox, se dirigió a sus miembros, entre los cuales algunos tenían los ojos vidriosos y otros unas considerables ojeras. Ninguno había podido dormir aquella noche.

—Hemos ordenado el alto el fuego en todos los frentes. Señores, ha llegado la hora de entregar esta ciudad a los franceses: Dios nos perdone.

Uno de los oficiales destacado en las trincheras del tramo central de la calle del Coso, donde en los últimos tres días se habían librado cruentísimos combates, anunció que una escuadra de lanceros franceses al mando de un capitán esperaba abajo a los miembros de la Junta para escoltarlos hasta el cuartel general del mariscal Lannes.

—Todavía podemos echarnos atrás —dijo el padre Boggiero—. No hemos firmado nada, no hemos dado nuestra palabra... Podemos decir que no aceptamos sus condiciones.

—Lo siento, pero ya está decidido; prolongar esta agonía sólo supondría más muertos y más dolor. Hemos luchado hasta la extenuación. Hemos perdido esta batalla, señores, pero lo hemos hecho con todo el honor —asentó Ric.

—Don José de Palafox jamás hubiera consentido la capitulación.

—El capitán general está impedido para tomar decisiones y, además, creo que su excelencia también desea por encima de todo salvar la vida de cuantos defensores se pueda. Hemos resistido por encima de lo humanamente soportable, hemos hecho mucho más de lo que nos exigían el honor, la fidelidad a don Fernando VII y el amor a la patria. Miles de los nuestros han caído en defensa de esta ciudad, de la nación, de la religión y de su rey. Pero seguir resistiendo no es sino un suicidio, un sinsentido.

—No. El padre Boggiero tiene razón. Podemos resistir un poco más, aún disponemos de varios miles de soldados armados y de algunas municiones. Si racionamos los alimentos, podemos aguantar hasta la primavera, y tal vez para entonces los ingleses o los austríacos hayan logrado vencer a Napoleón y su ejército se retire de aquí como ocurrió en el primero de los sitios —intervino el presbítero Sas.

—¿De qué alimentos habla, mosén? No queda nada que comer. Sólo las ratas y los perros tienen alimentos: los cadáveres de nuestros muertos. Ya lo hemos discutido suficientemente, señores. Sólo ayer murieron seiscientas personas, y cada jornada caen enfermas otras tantas. La pestilencia ha contagiado a la mitad de la población. Si

seguimos así, en menos de un mes no quedará nadie con vida para seguir luchando contra los franceses. En las calles y entre los escombros hay abandonados seis mil cadáveres, tal vez más, a los que nadie es capaz de dar cristiana sepultura. Toda la ciudad está sumida en la destrucción y la miseria. ¡Ya basta! —clamó Pedro María Ric.

La decisión de capitular que había tomado la Junta era firme, y los partidarios de la defensa hasta el fin, hasta la muerte, la aceptaron, aunque de muy mala gana.

—Reitero que yo hubiera preferido morir en las barricadas del Coso a pudrirme en una prisión francesa, si antes no nos fusilan ante las tapias de cualquier convento —insistió Boggiero.

En el patio de Capitanía, un escuadrón de lanceros franceses perfectamente uniformado aguardaba a los miembros de la Junta. Cuando aparecieron por la escalera, el capitán que lo mandaba los saludó con marcialidad y, hablándoles en castellano, les rogó con modales propios del más exquisito salón parisino que lo siguieran.

Seis miembros de la Junta, entre los que estaba Faria, montaron en seis caballos ya listos para cabalgar y salieron de la ciudad escoltados por los lanceros al encuentro de Lannes.

El mariscal del Imperio había instalado su cuartel general en un amplio pero modesto edificio del pequeño barrio de Casablanca, a media hora de camino al sur de Zaragoza, junto a las esclusas del Canal Imperial.

Los franceses habían dispuesto una gran mesa cubierta por un lujoso mantel de lino bordado con las águilas imperiales sobre la que se habían distribuido varias copas de cristal tallado y botellas de vino de Borgoña, el favorito de Napoleón. Junto al vencedor de Zaragoza estaba Junot, quien continuaba enfadado por haber perdido el mando del ejército que asediaba Zaragoza.

—Señores, tomen asiento —les invitó Lannes en español.

Los españoles lo hicieron en la zona de la mesa más cercana a la puerta de la sala, y de espaldas a ella.

—Mariscal Lannes —habló el barón de Valdeolivos—, la Junta de defensa de Zaragoza le ofrece la capitulación de la ciudad, según lo acordado.

Un edecán de Lannes comenzó a leer en voz alta los artículos del acuerdo de capitulación. La guarnición de Zaragoza saldría de la ciudad al día siguiente y a cien pasos al exterior de la puerta de El Portillo entregaría las armas. Esas mismas fuerzas deberían prestar juramento de fidelidad a su majestad católica don José I de España, con lo cual quedarían libres. Los militares que no lo hicieran, estarían sujetos a la categoría de prisioneros de guerra. Todas las armas existentes en Zaragoza deberían ser entregadas a la autoridad francesa. Las personas y sus propiedades serían respetadas por las tropas vencedoras. Toda la ciudad quedaría ocupada por el ejército

de emperador Napoleón I. Las cajas de dinero de las administraciones civil y militar serían entregadas a la autoridad francesa. Todos los funcionarios deberían prestar juramento de fidelidad a José I, y la justicia debería impartirse en su nombre.

La capitulación contenía once puntos que fueron impresos en pasquines y colocados por toda la ciudad. En cada una de las esquinas de la ciudad, varios pregoneros los leyeron además en voz alta. La Junta de defensa recomendaba insistentemente que se cumplieran todos y cada uno de los apartados de la rendición.

• • •

El 21 de febrero de 1809 amaneció bajo un cielo plomizo y gélido. Zaragoza se despertó sumida en un silencio metálico. Hacía muchas semanas que no se respiraba una calma semejante, sólo interrumpida por el traqueteo de algunos carros que comenzaron a moverse por las calles de la ciudad sin que nadie supiera de dónde habían salido, con los cuales unos hombres vestidos con batas grises estaban retirando los cadáveres abandonados.

Lannes y Junot, todavía éste airado por su relevo en el mando, vestidos con sus mejores uniformes, con las pecheras rebosantes de condecoraciones, esperaban a Pedro María Ric y al resto de los miembros de la Junta en la explanada exterior de El Portillo.

Al redoble de un tambor, varios miles de hombres salieron formados en perfecto orden, cada regimiento detrás de su bandera de combate. Muchos de los soldados aparentaban estar enfermos, iban sucios y desgredados, la mayoría con barba de varias semanas. Flacos los cuerpos y enfebrecidas las almas, arrastraban los pies cansinos y torpes. Sus ojos, brillantes de ira y de lágrimas, lucían inundados de un odio implacable.

Ric encabezaba la triste comitiva. El presidente en funciones de la Junta de defensa saludó a los franceses y, sin mediar palabra, depositó en el suelo un pistolón y su espadín. A continuación lo hicieron los demás miembros de la Junta. Faria fue el último. La única arma que portaba era su sable de coronel de caballería, que colgaba de su cintura enfundado en una vaina de cuero repujado. El conde de Castuera se desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo con el sable. Antes de retirarse miró los ojos de Lannes, que brillaban como los de un lobo que acabara de cobrar una codiciada presa.

Después comenzaron a entregar sus armas los oficiales de la plaza, los suboficiales y por fin los soldados. Varios batallones de infantes y de caballería franceses contemplaban la escena sumidos en un silencio pétreo.

Los rostros de los zaragozanos y de los voluntarios aragoneses y españoles reflejaban en su resignación un odio infinito.

—Así fue como debieron de mirar los numantinos a los ojos de Escipión cuando se rindió Numancia —comentó Ric a Faria.

—O los de los galos de Vercingétorix cuando entregaron sus armas a Julio César tras ser derrotados en Alesia.

—Fíjese en los ojos de nuestros hombres; ¿había visto alguna vez la expresión de una rabia tan inmensa?

—No, jamás, ni siquiera en Trafalgar. Nunca antes había contemplado miradas semejantes.

Los defensores parecían sacados de otro mundo, pero, pese a estar hambrientos, enfermos, sucios y derrotados, sus ojos brillaban con destellos de orgullo y de ira.

A media mañana, en la plaza de El Portillo se amontonaban miles de fusiles, pistolas, trabucos, espadas y cuchillos, en tanto varios batallones del ejército francés se habían desplegado por las calles para hacerse cargo del control de la ciudad.

El aspecto de las calles de Zaragoza parecía una estampa extraída del mismísimo infierno. A pesar de que ya se habían retirado muchos, centenares de cadáveres seguían todavía desparramados por trincheras y pozos abiertos en cualquier lado y sin acabar de taparse con tierra; las ratas y algunos perros asilvestrados mordisqueaban los cuerpos de los muertos, y un olor nauseabundo a suciedad, carne quemada y excrementos saturaba el aire.

El mariscal Lannes ordenó que, conforme a lo pactado, los defensores que lo desearan juraran lealtad al rey José I para quedar así completamente libres. Varios cientos de soldados españoles, desarmados y agotados, habían sido alineados por orden de los franceses, cuyos mandos esperaban una jura masiva de sumisión al hermano de Napoleón. Cuando Lannes dio la orden de comenzar la jura, ni uno solo de los soldados españoles se movió de su puesto.

—Mire la cara del comandante gabacho, coronel —le dijo Morales a Faria—. Está asombrado porque nadie quiere jurar lealtad al rey intruso.

—Yo también estoy asombrado, sargento, asombrado porque no entiendo cómo seguimos manteniendo el juramento de lealtad a un monarca que nos dejó en la estacada cuando Napoleón lo puso en ridículo en las entrevistas de Bayona, asombrado de que esta gente se haya dejado la vida en defensa de un imbécil como Fernando VII, asombrado de que todavía mostremos fidelidad a semejante individuo —contestó Faria.

—Pero coronel, ¿está usted hablando del rey de España!

—Estoy hablando de un idiota que se meó en los pantalones en presencia de Napoleón Bonaparte.

—Don Francisco, le recuerdo que usted es el conde de Castuera y coronel de la guardia de corps de su majestad.

—Mire, sargento, observe a toda esa gente. ¿Dónde está el rey al que han

defendido hasta la extenuación? Probablemente, retozando con alguna de sus cortesanas en un palacio francés, bebiendo vino de Borgoña y comiendo pato asado.

—Pero se trata de la patria, de nuestra patria, coronel, la que usted y yo, dos soldados, hemos jurado defender.

—¿La patria? ¿A qué patria se refiere, sargento?, ¿a la que envía a sus hijos al matadero para después dedicarles una medalla al valor y al heroísmo? Yo no quiero esa patria, Morales, no la quiero.

—¿Entonces..., va usted a jurar fidelidad a ese intruso José I?

—Por supuesto que no; voy a seguir luchando, si es posible, contra la invasión de los gabachos, pero no admito que la alternativa a la dominación francesa sea únicamente el regreso de Fernando VII.

—Es el rey legítimo de esta nación.

—Un rey que no sabe serlo, no lo es —asentó Faria.

El mariscal Lannes promulgó una orden terrible: quienes no quisieran jurar lealtad a José I serían deportados de inmediato como prisioneros de guerra a Francia, e internados allí en unos campos de concentración. Y además, para amedrentar a la población entregada, comenzó una serie de asesinatos selectivos. Dos de los primeros en caer abatidos fueron los clérigos Boggiero y Sas, acusados de instigar a la rebelión armada contra José I, «el rey legítimo de España».

Esa misma noche, varios soldados sacaron a los dos sacerdotes de su encierro y los atravesaron a bayonetazos a la orilla del río. Sus cuerpos fueron arrojados a la corriente del Ebro en plena noche. Casi nada de lo prometido por Lannes se estaba cumpliendo.

Ante los asesinatos selectivos, algunos centenares de soldados, aterrados por la represión de los franceses, juraron fidelidad a José Bonaparte. También lo hizo un buen número de civiles y casi todas las antiguas autoridades que habían ejercido algún cargo antes de la proclamación de Palafox como capitán general de Aragón.

## Capítulo XXXV

---

Entre tanto los franceses saqueaban la ciudad a su antojo e incumplían lo acordado en la capitulación, el general Palafox se debatía entre la vida y la muerte. El tifus parecía ganarle la partida y le fue administrada la extremaunción.

Francisco de Faria y Pedro María Ric, pese a no haber jurado fidelidad a José I, habían sido autorizados a permanecer junto a su capitán general, aunque fuertemente vigilados.

—No creo que supere esta noche —comentó Ric—, he visto morir a muchos hombres por la pestilencia en las últimas semanas, y nadie de cuantos han llegado a este extremo ha podido salvarse.

—Tal vez, pero el general es muy fuerte.

Aquella noche la pasaron en vela, vigilando constantemente la evolución de Palafox, preparados para dar en cualquier momento la noticia de su muerte. Pero, pese a la fiebre y a la calentura que lo devoraba por dentro, Palafox resistió, y dos días después se había recuperado.

—Esto es lo más parecido que he visto a un milagro. Seguro que algo ha tenido que ver la Virgen del Pilar —dijo Ric.

—Seguro, seguro que sí, don Pedro María —recalcó Faria.

Palafox mejoró como por milagro, lo que algunos atribuyeron, en efecto, a la intercesión de la Virgen del Pilar, cuya imagen presidía el lecho del capitán general de Aragón, aunque seguía muy débil. Enterado de ello, el mariscal Lannes quiso entrevistarse con Palafox y, pese a su estado, requirió su presencia en el campamento de Casablanca.

A las siete de la mañana cuarenta formidables dragones, los de mayor estatura de su ejército, inmaculadamente uniformados, escoltaron a Palafox ante Lannes. El capitán general todavía tenía algunas dificultades para caminar y tuvo que hacer el trayecto en un carruaje de caballos. Faria lo acompañó.

—Jamás debieron rendirse, desobedecieron mis órdenes —masculló con rabia.

—No podíamos hacer otra cosa, general. Si no hubiéramos capitulado, habrían muerto miles de inocentes. Zaragoza entera sería ahora un inmenso cementerio —replicó Faria.

—Mire ahí fuera, Francisco —le indicó Palafox, señalando por la ventanilla del carruaje—; ¿qué otra cosa es ese montón de ruinas sino un cementerio? Debimos morir derramando toda nuestra sangre por Zaragoza, por el rey...

—Un rey que no merece semejante sacrificio...

—¡Coronel! —exclamó Palafox haciendo un enorme esfuerzo.

—Permítame que le hable como a un amigo, y no como a un superior.

—De acuerdo, Francisco, hable —asintió Palafox.

—Usted sabe muy bien qué clase de soberano es don Fernando. Ya le dije que en Bayona lo vi arrastrarse como un vil gusano ante Napoleón, calumniar e infamar con toda vileza a su madre y conspirar contra su mismísimo padre el rey Carlos IV. En el poco tiempo que ejerció la soberanía, don Fernando no fue un buen rey, y me temo que no lo será jamás. ¿Ha visto cómo lo pinta Goya? Sus retratos son un reflejo meridiano de la profunda maldad que habita en el corazón de ese hombre. Vendería..., mejor dicho, ya ha intentado vender a sus padres para conseguir el trono de España. Es un cobarde y un imbécil, y si por alguna caprichosa casualidad del destino consigue recuperar alguna vez el trono, su reinado será una verdadera desgracia para España.

—Hemos luchado hasta la extenuación por su causa, y hemos jurado defender sus derechos al trono hasta la muerte. Usted mismo lo hizo delante de mí. Don Fernando es el heredero legítimo, el rey legítimo, ante la renuncia de don Carlos.

—¿Don Carlos?, otro que tal. ¿Sabe en qué pensaba su católica y real majestad don Carlos IV cuando un puñado de valientes marinos estaban a punto de ofrecer sus vidas por España en Trafalgar?

—No...

—Pues en cazar unas perdices, comerse una ristra de chorizo a la brasa y dormir al calor del fuego de una de las chimeneas de alguno de sus lujosos palacios de recreo. Éstos son los calamitosos representantes de la infame dinastía que ha reinado en esta nación. ¿Sabe, don José?, tal vez no sea malo que el hermano de Napoleón se convierta en el verdadero rey de España.

—Lo que usted está diciendo, Francisco, supone aceptar que cuanto hemos luchado no ha servido para nada.

—Pues quizá no, quizá nos hayamos equivocado de bando.

—Nuestro bando es la nación española, nuestra gente..., nuestro rey.

—En Francia echaron a esa dinastía con una revolución, ¿quién sabe si alguna vez ocurrirá lo mismo aquí en España?

—Olvida que este país es católico.

—Eso se cambia enseguida, don José, enseguida.

—Olvidaré todo cuanto ha dicho, Francisco, y le pido, le ordeno, que no vuelva a referirse a nuestro rey de esa manera. Don Fernando es la única esperanza que tiene nuestra patria de recuperar algún día nuestra independencia. Lo que ocurra luego, ya lo veremos.

La carreta se acercaba al campamento de Lannes en Casablanca, como pudo comprobar Faria al advertir que aumentaban los controles militares en el camino. La carreta se detuvo junto a un caserón de aspecto sobrio y austero sobre cuya puerta, enmarcada por un arco de ladrillo, ondeaba la tricolor. La puerta se abrió y Palafox y Faria descendieron de inmediato. El coronel tuvo que ayudar al capitán general, pues

seguían tan débil que apenas podía mantenerse en pie.

Lannes apareció bajo el arco de ladrillo, ufano como un gallo en celo y con la pechera de su casaca cargada de condecoraciones.

—General Palafox, sea usted bienvenido. En otra situación, mi condición de anfitrión y mi sentido de la hospitalidad me impediría decirle que ha actuado usted como un loco y que su insensata actitud ha costado muchas vidas francesas y españolas, pero eso es exactamente lo que pienso de su obstinada e inútil resistencia. Su empecinamiento en resistir nuestro ataque a toda costa ha causado una enorme cantidad de bajas que podían haberse evitado. Caigan esas innecesarias muertes sobre su conciencia. Espero que la historia lo juzgue como lo que ha sido: un insensato y tal vez un criminal.

Palafox miró al mariscal del Imperio, que hablaba en un correcto español aunque con un marcado acento, con tranquilidad.

—Cualquier soldado honesto fiel a su rey y a su patria hubiera hecho en mi caso lo mismo.

—Sólo un loco, señor, sólo un loco, jamás un militar responsable —insistió Lannes—. No ha hecho sino alentar a los zaragozanos con proclamas extravagantes, misivas exageradas y bravatas inútiles que han provocado una gigantesca masacre.

»Y ahora, le pido que pase dentro. Hemos preparado un documento con el texto de la capitulación. Ya lo firmó don Pedro María Ric, ahora espero que usted lo ratifique.

Una vez en el interior de la casona, un edecán del mariscal Lannes le ofreció a Palafox una pluma entintada para que firmara el texto de la capitulación.

—Algunas de las condiciones que aquí se señalan no están siendo cumplidas por sus hombres —asentó Palafox una vez leído el texto.

—Bueno, usted es un soldado y ya sabe qué ocurre tras los primeros momentos en los que se ocupa una ciudad. Se producen algunas situaciones incontrolables que nadie desea, pero descuide, el ejército francés está compuesto por guerreros honorables y dirigido por generales que saben cumplir su palabra. Confíe en ello.

Palafox tomó la pluma y firmó; inmediatamente después, firmó Lannes.

—Bien, ya está —dijo Palafox.

—No, esto no es todo. General, su espada —replicó Lannes alargando sus brazos hacia Palafox.

—¿Mi espada?, ¿me pide que entregue mi espada?

—Son órdenes directas del emperador. Está muy enojado con usted, pues ha provocado un grave quebranto a sus planes. Su majestad imperial Napoleón I considera que la resistencia de Zaragoza nos ha impedido ocupar toda España en los plazos previstos. Me ha ordenado directamente que lo desarme y que lo envíe a Francia en calidad de prisionero de Estado; aquí están las órdenes de arresto. Observo

que no está en las mejores condiciones para viajar, pero procuraremos que su traslado sea lo más cómodo posible. Un escuadrón de caballería lo escoltará hasta Tudela; irá hasta allí en una barcaza por el Canal, que es mucho más cómodo, y después una calesa lo llevará a Pamplona y a Bayona, ya en Francia. Quedará recluido en un castillo por el tiempo que decidan nuestros tribunales.

—Usted y su emperador son unos miserables —aseguró Palafox.

—Entrégue me su espada inmediatamente —ordenó Lannes—. Espere..., mejor entréguesela al duque de Alburquerque, creo que ustedes son parientes o algo por el estilo. El duque es uno de esos sensatos nobles españoles que han jurado mantener fidelidad al legítimo rey don José I. Ellos son quienes en verdad desean el progreso y la felicidad para su patria.

De entre los oficiales que estaban junto a Lannes, el duque de Alburquerque dio tres pasos al frente y alargó sus brazos demandando la espada de Palafox.

—General, le ruego que me entregue su arma.

Pero Palafox no movió un dedo. Se limitó a mirar con profundo desprecio al duque y dijo:

—Cobarde renegado, si tus antepasados pudieran verte en esta actitud sumisa y servil con los enemigos de nuestra patria, escupirían en tu cara y te maldecirían para siempre.

Alburquerque se retiró avergonzado. El mariscal hizo una indicación a uno de sus ayudantes para que le quitara la espada a Palafox. Al intentarlo, Faria propinó un puñetazo que tumbó al francés; se trataba del comandante Bertrand, el mismo que no había quitado ojo de Cayetana cuando la joven acudió a presencia de Lannes acompañando a la madre Ráfols. De inmediato cayeron sobre el conde de Castuera varios miembros de la escolta de Lannes, que lo inmovilizaron y le propinaron una terrible paliza, en tanto otros sujetaban a Palafox por los brazos y los hombros. Bertrand se levantó del suelo ayudado por un compañero y lanzó a Faria una brutal patada en el estómago. El coronel de la guardia de corps, que continuaba sujeto por varios franceses, escupió un esputo de sangre y cayó de rodillas.

—Y además de miserable, también es usted un cobarde, como sus hombres, como Alburquerque —sentenció el capitán general de Aragón.

—Pero yo he vencido en este combate, y usted es ahora mi prisionero.

—Sólo ha ganado una batalla. Millones de españoles se levantarán por toda esta nación para gritar contra la opresión y la tiranía de su maldito emperador, y empuñarán las armas para echarlos al mar o al otro lado de los Pirineos.

—Es usted un iluso. Y ahora, no se lo diré otra vez, entrégue me su espada o su ayudante perderá aquí mismo la cabeza.

Lannes sacó su sable de la vaina y colocó la punta en el cuello de Faria, que, arrodillado, jadeaba retorcido de dolor.

Palafox se desabrochó el cinto de cuero y entregó su espada al mariscal francés.

—Únicamente le pido a Dios que me permita encontrarme con usted en otras circunstancias —dijo don José.

—No creo que el destino le otorgue ese deseo; me parece que le tiene reservado un futuro muy distinto. Llévense al general de aquí, y encierren a ese idiota —ordenó Lannes señalando a Faria.

## Capítulo XXXVI

---

A pesar de la represión y del terror desatado por los franceses, doce mil defensores no juraron la fidelidad requerida a José I. Lannes había prometido que los que lo hicieran quedarían libres y serían perdonados de los delitos de rebeldía y sedición contra el gobierno legítimo de José I, pero ni aun así esos miles de hombres consintieron en renegar de su fidelidad a Fernando VII y a su país. Los rebeldes fueron agrupados en diversos recintos entre tapias y muros, permanente vigilados por soldados con los fusiles listos y la orden de disparar en caso de cualquier intento de fuga. El capitán general Guillelmi, a quien Palafox había encarcelado en la Aljafería cuando los amotinados le ofrecieron el mando, fue liberado por los franceses.

Faria, pese a su grado militar de coronel y a su condición nobiliaria, fue recluido incomunicado durante dos días en un calabozo de la Aljafería. Al tercer día fue conducido a un recinto tapiado en la zona de las Eras del Rey, donde había tres centenares de presos más. Allí soportaron el frío de la noche y algunas gotas de gélida lluvia que cayeron durante una de las tardes. Los golpes de los franceses, tal vez la patada de Bertrand, le habían provocado la rotura de dos costillas. Cuando lo enviaron con los demás presos, fue atendido por un cirujano que logró colocar los huesos rotos en su sitio y le recomendó que procurara moverse lo menos posible hasta que se soldaran las fracturas.

Cayetana no había vuelto a saber nada de su amante desde que éste saliera con Palafox para entrevistarse con Lannes. Había estado indagando sobre el paradero de Francisco, pero nadie había podido proporcionarle ninguna información concreta. Cuando supo que Palafox había sido enviado a Francia, creyó que Faria había corrido la misma suerte, pero enseguida se enteró de que el capitán general había sido trasladado a Tudela sin que lo acompañara ningún soldado español.

Desesperada, Cayetana optó por dirigirse al mismísimo Lannes, confiando en que el mariscal le diría dónde encontrarlo. Gracias a sus dotes persuasivas, que todavía conservaba de su época de buscavidas, consiguió que los soldados de guardia franceses le permitieran llegar hasta la puerta del edificio que Lannes ocupaba en el barrio de Casablanca. Cuando se presentó allí, la recibió uno de sus ayudantes: era el comandante Bertrand.

Cayetana argumentó que quería ver al mariscal por un asunto urgente. Bertrand estuvo a punto de echarla de allí, pero la amenaza de Cayetana fue fulminante:

—Si su general se entera de que no me ha permitido verlo, lo descuartizará y arrojará sus restos a los cerdos.

—Tú eres la monja que estuvo aquí hace unos días pidiendo comida y medicinas  
—le dijo.

—Comuníqueme a su jefe que soy la mujer que esperaba encontrarse «en otras

circunstancias»; él lo entenderá.

—Aguarda un momento.

El comandante Bertrand apareció a los pocos minutos.

—El mariscal Lannes te recibirá ahora, acompáñame.

Cayetana fue conducida a una sala sin ventanas, donde dos oficiales bebían vino. Un candelabro con varias velas y el fuego de una chimenea iluminaban la estancia. Los dos franceses se rieron con ironía, y a una indicación de Bertrand salieron de la habitación entre sonrisas jocosas. Cayetana oyó cómo corrían un cerrojo tras cerrar la puerta.

Bertrand se colocó delante de la única puerta. El comandante apoyó los brazos y se inclinó sobre una mesa en la que había varios vasos y media docena de botellas de vino vacías.

—¿Y el mariscal? —preguntó Cayetana.

—No vendrá... de momento. Pero no te preocupes, no nos hace ninguna falta. Además, he ordenado que no nos moleste nadie; ¿lo has entendido?

Bertrand se ajustó la casaca y se quedó inmóvil contemplando a Cayetana, relamiéndose como un garañón en celo.

—¿Dónde está el mariscal? —insistió Cayetana—. Quiero verlo.

—Vaya, vaya, la hermanita que pedía alimentos para sus enfermos tiene a su pichón prisionero. ¿Dónde has dejado los hábitos?

—No soy monja. En aquella ocasión tuve que disfrazarme para que sus hombres no abusaran de mí, o al menos eso me dijo que hiciera la madre Ráfols.

—Estás mucho mejor con esa ropa. Y bien, ¿qué quieres ahora?, ¿más comida?

—No. Lo que quiero es saber dónde está mi... mi futuro esposo.

—Pero ¿qué te has creído, hermanita? ¿Sabes cuántos hombres han desaparecido en los últimos días? Miles han muerto y sus cuerpos están enterrados en fosas comunes cavadas por todas partes o flotando en el río rumbo al mar. ¿Quién es tu novio y por qué tengo que saber yo dónde demonios está?

—Su nombre es Francisco de Faria, conde de Castuera, y es coronel del regimiento de los guardias de corps. Acompañaba al general Palafox cuando se entrevistó con el mariscal.

—¡Ah!, claro, ese petimetre entrometido al que tuvimos que romperle la cabeza por idiota. Sí, lo recuerdo.

—¿Le han hecho daño?

—No creo; sólo le dimos unos cuantos golpes. Todavía respiraba cuando se lo llevaron de aquí. El muy imbécil quiso hacerse el gallito ante su jefe y plantó cara a mis hombres. ¿De verdad quieres saber dónde está? De acuerdo, te lo diré, pero esa información tiene un precio.

Bertrand miró a Cayetana relamiéndose como un lobo hambriento a punto de

devorar un bocado exquisito.

—Es usted repelente.

—Hermanita, si quieres saber dónde está tu novio y recuperarlo, el precio eres tú. Me han dicho que las españolas sois como ardientes panteras en la cama. Demuéstramelo y tal vez te lo entregue vivo.

—No me acostaría con usted...

—Sí que lo harás, hermanita, al menos si quieres recuperar a tu novio con vida y entero.

—¿Qué va a hacer usted con él?

—Correrá la misma suerte que el resto de los rebeldes: serán deportados a Francia, donde pasarán encerrados varios años, si antes no decidimos fusilarlos por traidores, o por imbéciles. Pero si consigue salvar la vida, cuando regrese aquí, si es que sobrevive además a los años de prisión, será tan viejo que no recordarás ni su nombre. Claro que eso puede arreglarse, si tu quieres.

El comandante rodeó a Cayetana con los brazos sujetándola con fuerza por detrás, y besó su cuello.

—Si... si yo me aviniera a sus deseos, ¿lo dejaría libre?

—¡Ah!, mi preciosa hermanita, como un pájaro, como un pájaro.

—De acuerdo, asintió Cayetana entre lágrimas. Pero antes quiero saber dónde está y cómo se encuentra. Quiero verlo.

—Vamos, confía en mi palabra, es la de un oficial del Imperio.

—No me fío de ustedes, de ningún soldado francés.

—Vamos, déjate llevar y comprenderás por qué dicen que fuimos los franceses quienes inventamos el maravilloso juego del amor.

—No. No si antes no veo a Francisco y no dispongo de un salvoconducto firmado por el mariscal Lannes para que Francisco quede libre.

Cayetana no era una ingenua, sólo pretendía ganar tiempo o confundir a Bertrand.

—Te he dicho que mi palabra es suficiente —asentó el comandante.

—No lo es —respondió firme Cayetana.

—Vamos, te gustará; vas a disfrutar tanto que tú misma me pedirás que lo repitamos muchas veces.

Cayetana empujó a Bertrand, que comenzaba a manosearla por debajo de la falda.

Sin que la muchacha lo esperara, Bertrand le lanzó una tremenda bofetada que la tumbó en el suelo, con un rápido movimiento se sentó a horcajadas sobre la joven y, tras inmovilizarla con sus rodillas, comenzó a rasgarle el vestido.

Cayetana sentía su cabeza dolorida, la mejilla tumefacta y una insoportable presión sobre sus brazos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, Bertrand ya la había despojado del vestido hasta la cintura y estaba manoseando sus pechos con una enconada brutalidad. Intentó zafarse, pero aquel hombre pesaba demasiado;

entonces gritó con todas sus fuerzas, mas nadie acudió en su ayuda.

—No grites, maldita zorra, he ordenado a mis hombres que no entren aquí si no es mi voz la que los llama, de modo que lo mejor será que te relajes y disfrutes.

La mano de Bertrand buscaba ávidamente entre las faldas de Cayetana, que seguía resistiendo las acometidas del comandante.

—¡Cobarde, cobarde! —clamó Cayetana.

—Estate quieta, condenada..., no te muevas, no te muevas.

Bertrand zarandó con fuerza a la joven. El francés se excitaba más y más conforme la muchacha se resistía, y volvió a cruzar su rostro con un terrible manotazo de revés, al que siguieron varios más.

Por fin, magullada y desmadejada por el aluvión de golpes, Cayetana dejó de resistir y Bertrand culminó la violación.

—Y bien, hermanita, espero que te haya gustado. Y ahora, arréglate esas ropas y lárgate de aquí antes de que te entregue a mis hombres. Ni te imaginas lo que podría hacerte un batallón de lanceros que hace semanas que no prueba el dulce almíbar del cuerpo de una mujer.

Postrada en un rincón de la sala, con la espalda apoyada en la pared, el vestido hecho un ovillo y la cabeza hundida entre las manos, Cayetana no lloraba, pese a que le dolían terriblemente la cara, los brazos y los muslos y sentía su cuerpo sucio y humillado.

—¿Y... Francisco...? —balbució la joven, que apenas podía articular palabra.

—Tu novio debe de estar muerto a estas horas, o camino del destierro, ¡a quién le importa! Vamos, vete de aquí y que no vuelva a verte, ramera.

Cayetana salió del caserón entre las miradas cómplices y burlonas de los guardias. Era media tarde y un viento frío y seco azotaba los páramos del valle, levantando finos remolinos de polvo gris. Se puso a caminar hacia Zaragoza, arrebujaada en su manto y con la cabeza cubierta con un pañuelo, como si se tratara de una marioneta manejada por invisibles hilos. Su aspecto era tan lamentable y desaliñado que cuantos se cruzaron con ella, sobre todo los soldados de los destacamentos franceses que hacían las guardias, se apartaron a su paso como si se tratara de una leprosa. En su interior sentía como si le hubieran partido el alma.

## Capítulo XXXVII

---

Ricardo Marín salió corriendo de la posada al oír los gritos de su criado. Cuando contempló el estado de Cayetana y comprendió lo que le había pasado, le entraron ganas de coger un sable y atravesar a cuantos soldados franceses se encontrara en su camino.

—¡Dios santo, muchacha!, ¿qué le han hecho, qué le han hecho esos cobardes?

Marín alzó a Cayetana en brazos y la llevó hasta la habitación que había ocupado con Faria en los últimos meses.

—Me duele..., me duele... —repetía Cayetana una y otra vez.

Marín ordenó a su criado que calentara agua y preparara un caldo de verduras y carne. Afortunadamente, hacía ya tres días que los mercados zaragozanos empezaban a estar abastecidos de productos alimenticios.

Con un paño húmedo le lavó los brazos, que traía llenos de cardenales, y la cara, en la que los pómulos hinchados y tumefactos mostraban algunas erosiones, y la comisura de los labios, que estaban abiertos por dos grietas, con restos de sangre seca. Después de asearla y de curarle las heridas con un unguento balsámico, le hizo tomar un poco de caldo y la acostó con sumo cuidado. La habitación estaba fría, pero ordenó que prepararan un buen brasero de inmediato.

—Vamos, Cayetana, duerma, descanse. Ahora lo importante es que se recupere pronto.

—Francisco..., ¿dónde está Francisco...?

—Está bien. Vamos, duerma, duerma.

Marín se quedó al lado de Cayetana hasta que el cansancio y el sueño pudieron con su duermevela.

• • •

El mariscal francés esperó unos días para entrar triunfador en Zaragoza, y lo hizo con las campanas de las torres de las iglesias que quedaban en pie volteando como señal de alegría. Las nuevas autoridades civiles de la ciudad, entre las que se encontraban algunos de los llamados «afrancesados», recibieron a Lannes con toda solemnidad; entre ellas estaba el obispo de la diócesis de Huesca, que celebró una misa. Los franceses habían preparado para la ocasión el canto de un *Te Deum* en acción de gracias por la victoria, que se celebraría en el templo de El Pilar. Todos los generales y oficiales franceses estaban formados con sus mejores uniformes y sus condecoraciones, perfectamente alineados bajo las bóvedas pintadas por Goya y Bayeux. Sólo faltaba Junot, que rehusó asistir, enojado porque había sido relevado

del cargo justo poco antes de la capitulación de Zaragoza, de la que se consideraba el principal artífice, y porque tampoco había sido ascendido por Napoleón al cargo de mariscal del Imperio, honor del que se creía sobradamente merecedor.

Lannes lucía radiante, con su uniforme de gala recién planchado, su gorro emplumado y las abotonaduras doradas brillantes como rayos de sol. Sus ojos fríos y crueles despedían una mirada a la vez de codicia y de orgullo.

Mientras el sacerdote que celebraba el *Te Deum* esparcía desde el altar el humo con el incensario, Lannes se dirigió al general Morder, que estaba a su izquierda en el primer banco, y le dijo:

—Esta catedral debe de estar llena de tesoros. Ordene que, cuando acabe esta apestosa ceremonia, varios soldados custodien las puertas del templo. Nadie debe sacar nada de aquí hasta que yo mismo lo haya inspeccionado.

Cuando finalizó la ceremonia de acción de gracias, Lannes se dirigió raudo hacia la sacristía. El incensario con el que se había perfumado la basílica durante el *Te Deum* parecía de plata pura. A la vista de los cálices, las navetas y otros utensilios para el culto, Lannes coligió que aquella iglesia debía de guardar valiosísimas riquezas.

Lannes sonrió satisfecho cuando vio las joyas custodiadas en varios armarios y vitrinas en la sacristía de El Pilar. Sin demasiado orden se amontonaban valiosas joyas, gemas y objetos preciosos de oro y de plata que diversas generaciones de fieles habían ido legando a la Virgen, unos como ofrenda para que los curara de cualquier mal o les concediera algún favor, otros como regalo por algún ruego ya concedido. Y pese a lo prometido, el mariscal francés ordenó que todo aquel tesoro fuera envuelto en telas, empaquetado en cajas y trasladado a su cuartel general en Casablanca. El tesoro de El Pilar fue desvalijado ante la mirada impotente de algunos canónigos, que contemplaron angustiados el saqueo de las joyas del camarín de la Virgen.

A los que lo habían recibido con agrado, Lannes les ofreció un banquete. Asistieron más de cuatrocientos comensales, y al acabar la comida el mariscal francés los arengó diciéndoles que ellos eran los verdaderos patriotas y que la nación española estaba a punto de vivir tiempos de gran desarrollo y prosperidad gracias a los planes que iba a poner en marcha su majestad don José I, al que calificó de rey legítimo y constitucional de España.

Junto a los afrancesados, asistieron muchos potentados que enseguida se alinearon al lado de los vencedores para poder mantener así sus propiedades. Entre tanto, el pueblo de Zaragoza que había sufrido el asedio mascullaba su ira y su odio, aunque fueron muchos los que, a la vez, se sintieron liberados porque la pesadilla del asedio, la muerte, los bombardeos y el hambre parecía haber llegado a su fin.

Los zaragozanos que acogieron, e incluso jalearon, a los franceses fueron muy bien tratados, en tanto los que se habían negado a prestar juramento a José I fueron

castigados con extrema ferocidad.

A Pedro María Ric se le permitió salir de Zaragoza con su esposa, la condesa de Bureta. Lannes quiso recompensarle con ello el haber firmado la capitulación y haber evitado muchas muertes de soldados franceses, pues en caso de no haberse rendido, los imperiales hubieran tenido que ocupar casa por casa toda la ciudad, lo que les habría supuesto un número de bajas insoportable. El matrimonio de nobles decidió viajar hacia el sur de la Península, a tierras que todavía no hubieran sido ocupadas por los franceses.

Antes de partir, Ric y su esposa fueron recibidos por Lannes en un palacio de la calle del Coso que había sido requisado por los franceses.

—Su decisión de capitular ha ahorrado muchas vidas, barón; el pueblo de Zaragoza debe agradecerle ese gesto.

—Sólo lo hice por eso, mariscal.

—Sí, ya sé que ese testarudo imbécil de Palafox habría conducido a la muerte a toda la población si la enfermedad no lo hubiera tumbado. Debemos darle gracias a la pestilencia por haberlo dejado inhabilitado para decidir el futuro de esta ciudad.

—José de Palafox es un gran soldado —asentó Ric.

—En absoluto. Como estrategia es un auténtico incompetente. Hizo todo mal. Encerró tras los muros de esta ciudad a más soldados de los que eran necesarios para su defensa, con lo cual sólo consiguió aumentar el número de bocas que alimentar y que los alimentos se acabaran antes. Nuestras bombas caían sobre trincheras tan hacinadas que era casi imposible no matar a un buen puñado de infelices con cada una de ellas.

»Permítame que le diga, señor barón de Valdeolivos, que su comandante en jefe es uno de los generales más ineptos con los que me he enfrentado en mi carrera militar.

—Tal vez no podíamos hacer otra cosa.

—Sí, sí podían. Al error de acumular tantos hombres dentro de estos muros, su incompetente capitán general añadió el de no contraatacar en un sector concreto. Si lo hubiera hecho con una buena parte del grueso de sus tropas, probablemente no habríamos podido soportar una carga masiva de su infantería concentrada en alguno de nuestros puntos débiles. En ese caso, hubiera roto nuestro cerco y nuestra estrategia habría fracasado. Pero no, Palafox se limitó a aguantar nuestras acometidas, soportar nuestros bombardeos y esperar con paciencia que fuéramos rechazados en cada uno de nuestros intentos de asalto. Jamás he visto estrategia más equivocada en una batalla.

—Nuestros hombres no tenían instrucción, en campo abierto ustedes nos hubieran batido, como ha ocurrido tantas veces, con suma facilidad.

—No lo crea, cuando una tropa que está sitiando una plaza observa cómo desde el

interior rompen el asedio, enseguida cree que va a ser rodeada y atrapada entre dos fuegos, y la tendencia natural de las tropas que se encuentran en esta circunstancia es huir despavoridas. Algo así ocurrió, por lo que sé, durante el primer sitio del pasado verano.

—Tal vez tenga usted razón, pero eso ya no importa ahora.

—Fíjese —Lannes señaló a la gente que paseaba por la calle del Coso, de cuya calzada ya se habían retirado los escombros y las barricadas—, si no fuera por las casas en ruinas nadie diría que hace unos días se libró aquí una cruenta batalla. Mire, la gente pasea, los vendedores de bacalao frito hacen negocio, las jóvenes zaragozanas galantean con mis hombres... Así debería haber sido hace varias semanas, ¿no cree?

—¿Pensaría usted lo mismo si fueran los soldados españoles los que pasearan del brazo de sus hijas en los bulevares de París bajo banderas rojas y amarillas?

—Le deseo buen viaje —zanjó la conversación el mariscal Lannes, antes de dar media vuelta y salir de la sala donde se había entrevistado con Pedro María Ric, el barón de Valdeolivos.

• • •

Cayetana tardó un par de días en recuperarse, aunque su rostro mostraba patentes las señales de los golpes de Bertrand. Ricardo Marín la había cuidado con mimo.

Cuando al fin tuvo fuerzas para levantarse, Cayetana preguntó de inmediato por Faria, pero Marín no pudo dar ninguna respuesta. Tampoco sabía nada del sargento Morales, que tras la capitulación había sido conducido a uno de los reductos donde se hacinaban los prisioneros que no habían consentido en jurar fidelidad a José I.

—Tengo que encontrarlo, tengo que encontrarlo. El comandante francés que me... —Cayetana iba a decir «violó», pero se contuvo—, que me recibió en el campamento, me dijo que Francisco estaba vivo. Iré a buscarlo entre los prisioneros.

—No, Cayetana, usted no está todavía en condiciones de hacerlo. Sigo teniendo buenos amigos entre los que ocupan altos cargos en la nueva administración que han nombrado los franceses. Me deben muchos favores; es hora de pedirles que me devuelvan algunos.

»No obstante..., es probable que sea difícil encontrarlo con prontitud. En los campos de prisioneros hay recluidos más de diez mil soldados españoles, tal vez unos trece mil; todos los que no juraron fidelidad a José Bonaparte. Son muchos los que están heridos, muy enfermos o impedidos. Claro que un coronel de la guardia de corps y un sargento con la corpulencia de Morales no deben de pasar desapercibidos.

»Esta misma mañana han comunicado el número de bajas. Más de seis mil muertos han caído directamente en combate, cincuenta mil han sido víctimas de

epidemias y de enfermedades, la mayoría fallecidos por la pestilencia, y trece mil han sido apresados. Jamás se vio una catástrofe semejante. Da la impresión de que Dios hubiera enviado un castigo sobre Zaragoza como lo hiciera sobre Sodoma y Gomorra.

—¿Cuántos quedamos con vida? —preguntó Cayetana horrorizada.

—Entre las ruinas de Zaragoza seremos unas doce mil personas en condiciones de seguir adelante en esta ciudad. Ni siquiera la cuarta parte de los que éramos hace un año. Tardaremos varias décadas en recuperar lo que fuimos antes del ataque francés.

Marín, cumpliendo la promesa que hiciera a Cayetana, envió a uno de sus criados en busca de información sobre el estado de Faria, con la encomienda de que intentara averiguar el lugar en el que se encontraba. Le entregó una bolsa de monedas de plata para que, en caso necesario, comprara alguna información.

El criado se dirigió al ayuntamiento, donde las nuevas autoridades nombradas por el mando francés estaban elaborando las listas de muertos, heridos y prisioneros. Uno de los funcionarios revisó las listas en busca de los nombres de Francisco de Faria y de Isidro Morales.

—Sí, aquí están. Los dos viven. El coronel Francisco de Faria está recluido en un recinto junto a las Eras del Rey, y el sargento Morales en la prisión habilitada en las ruinas del convento de Capuchinos —dijo el funcionario.

—¿Se encuentran bien, los dos? —demandó el criado, a la vez que depositaba en la mano del funcionario varias monedas de plata.

—Según esta lista, actualizada al día de ayer, ambos siguen con vida, pero cada día mueren varias decenas de presos a causa de las heridas o de las enfermedades.

El criado regresó a la fonda y le contó a Cayetana y a Marín cuanto había averiguado.

—Iré a buscarlo —dijo Cayetana.

—No, todavía es peligroso. Son demasiados prisioneros para mantenerlos encerrados. Más de trece mil bocas no pueden ser alimentadas, vigiladas y encerradas durante mucho tiempo. Creo que los franceses no tendrán otro remedio que liberarlos en los próximos días. Será mejor esperar.

—Pero Palafox ha sido trasladado a Francia; con Francisco y con el sargento Morales pueden hacer lo mismo.

—No lo creo. Para el mando francés, Palafox es el símbolo de la resistencia contra Napoleón, el referente de la lucha por la independencia. Conquistada Madrid, rendida Zaragoza y rechazado el ejército británico, toda España quedará en manos francesas en unas pocas semanas. Creo que, en ese caso, dejarán libres a todos los presos —supuso Marín.

»Tienen en sus manos a don Fernando VII y a toda la familia real española, y son muchos los nobles y potentados españoles dispuestos a colaborar con el gobierno de José I, el rey intruso. Si se consolida la presencia francesa en España, creo que

tendremos una nueva dinastía para rato, la de los Bonaparte.

—Pero el pueblo español no consentirá ser gobernado por un rey extranjero — arguyó Cayetana.

—Mi querida amiga, el pueblo español ha consentido esto varias veces. Hace ahora sólo cien años que los Borbones se impusieron en España a la fuerza, tras una guerra civil, y en ese momento eran una dinastía ajena a España; de origen francés, curiosamente. Los pueblos olvidan pronto la procedencia de quienes los gobiernan si esos gobernantes les garantizan pan y lumbre.

Sin embargo, Marín se equivocó en sus previsiones.

Una orden del alto mando francés disponía que los trece mil prisioneros de guerra españoles apresados tras la capitulación de Zaragoza fueran trasladados de inmediato a las localidades francesas de Nantes, Niort, La Rochelle, Saintes, Caen y Grenoble. Enterado de que esos trece mil no habían jurado fidelidad a José I, el propio Napoleón sentenció que no merecían ninguna consideración, pues no eran sino una banda de fanáticos, y ordenó que fueran destinados a drenar y desecar pantanos en el sur y en el centro de Francia, un trabajo que deberían realizar hasta la extenuación. La orden del emperador tenía que ser ejecutada de inmediato.

## Capítulo XXXVIII

---

La mañana era fresca y soleada. Un ligero viento del norte barría las huertas deshechas y los campos desnudos que otrora fueran hermosos olivares. Lannes había ordenado que, cumpliendo la voluntad de Napoleón, los presos capturados en Zaragoza fueran conducidos a Francia.

El comandante Bertrand había comprobado personalmente que entre ellos estaba el coronel Faria. Para el traslado de los prisioneros se había elaborado una compleja hoja de ruta. Viajarían por tierra, a pie, desde Zaragoza hasta Pamplona y de allí se dirigirían hacia Francia por Irún. El camino por los Pirineos aragoneses era más corto, pero a comienzos de marzo los puertos del Pirineo central estaban todavía cubiertos de abundante nieve y los franceses no estaban seguros de controlar esas rutas.

Lannes había calculado que, en las lamentables condiciones en las que se encontraban los prisioneros, morirían no menos de trescientos a cuatrocientos cada día de viaje, y comoquiera que tardarían entre diez y quince en llegar a sus destinos en Francia, un tercio al menos de ellos fallecería por el camino.

Los presos fueron atados en cuerdas unos a otros en grupos de veinte, de manera que si alguno caía al suelo por desvanecimiento, cansancio o muerte, sus compañeros deberían cargar con su cuerpo o bien arrastrarlo hasta que el oficial de turno francés ordenara detenerse para sacar a la víctima de su cuerda y arrojarla a un lado del camino.

Faria aún sentía un intenso dolor por tantos golpes recibidos. Durante los días que había permanecido encerrado en el recinto de las Eras del Rey, había seguido el consejo del cirujano que le colocó las costillas rotas en su sitio y apenas se había movido. Cuando lo ataron al grupo de presos sintió un terrible y doloroso pinchazo en el costado derecho, pero aguantó el dolor sin pestañear. Al ponerse en marcha, la cuerda a la que estaba amarrado se tensó sobre su cintura y le causó una sensación de vómito que pudo soportar porque el desayuno que le habían proporcionado era tan escaso que su estómago estaba casi vacío.

Escortados por varios regimientos de fusileros y seis escuadrones de caballería, las cuerdas de presos se pusieron en marcha. Miles de hombres cabizbajos arrastraban los pies por el camino polvoriento, mientras el silencio sólo era roto por el roce del viento en sus rostros y algunas voces de los guardianes franceses que repetían de una manera monocorde: «*Allez, allez!*».

En la primera jornada de camino recorrieron veinticinco kilómetros, justo la distancia de Zaragoza a la localidad de Alagón, donde el ejército francés había levantado un verdadero campamento estable. Ese primer día murieron más de trescientos presos; la mayoría de los cadáveres fueron arrojados al río o a las

acequias, y sólo pudieron ser enterrados los fallecidos en el momento de descanso que se concedió a mitad de camino. Fueron los propios presos quienes cavaron con sus manos, en la tierra yesosa del valle, fosas superficiales en las que depositaron los cuerpos cubiertos por unos pocos puñados de polvo.

Poco antes de llegar a Alagón, al atardecer, unos cuantos presos se amotinaron y comenzaron a protestar por el trato bárbaro que les estaban propinando sus guardianes franceses. El coronel que mandaba la fuerza de guardia ordenó que fueran fusilados de inmediato doscientos cincuenta hombres, y aseguró que si se volvía a producir algo semejante no dudaría en arrojar a todos al río Ebro atados unos a otros de pies y manos.

Ya en Alagón Faria vio a lo lejos a Agustina Zaragoza. La sargento de artillería estaba enferma de tifus y caminaba cansinamente con su hijo de unas pocas semanas en brazos.

En Alagón los presos fueron divididos en varios grupos. El de Faria partió hacia el norte por el camino de las Cinco Villas. Un correo francés había avisado que el paso de Roncesvalles, en el Pirineo navarro, estaba abierto, y por ello se decidió que unos dos mil presos pasaran a Francia por esa ruta, más dura en su trazado pero más corta que la de Irún.

Durante cuatro días caminaron hacia el norte, atravesando las Cinco Villas, hasta que ya en Navarra llegaron a Roncesvalles. Un comandante francés recordó, al comenzar el ascenso al puerto que desde la abadía de Roncesvalles conducía a Francia, que muchos siglos atrás la retaguardia del ejército del emperador Carlomagno había sido abatida en una emboscada al regreso de una frustrada expedición a Zaragoza. Se jactaba ante algunos oficiales españoles, entre los que se encontraba Francisco de Faria, de que lo que no había logrado Carlomagno, conquistar Zaragoza e incorporar todo el valle del Ebro al Imperio carolingio, lo había logrado Napoleón, del que aseguraba orgulloso que era el general más capaz y el monarca más grandioso de toda la historia de Europa.

Faria estaba sentado en un prado, al lado del camino, masticando un pedazo de pan duro y un poco de queso rancio que los guardias franceses habían repartido para comer ese día. A su lado, atado a la misma cuerda, se sentaba Miguel Salamero, que se había destacado en la defensa de Zaragoza en el segundo asedio.

—Coronel —le dijo a Faria en voz muy baja—, no voy a dejar que me lleven a Francia como un corderito sumiso. Voy a intentar huir esta misma noche. ¿Vendrá usted conmigo?

Faria miró a Salamero, dejó de masticar el pan y el queso y dijo:

—Por supuesto, pero me temo que es complicado. Estas cuerdas que nos tienen sujetos son muy gruesas y las revisan todos los días. ¿Cómo piensa escapar?

—Esta mañana, poco después de levantarnos para continuar el camino, un

soldado francés estaba comiendo un pedazo de cecina. Lo cortaba con su navaja, que dejó a un lado cuando un sargento lo llamó a voz en grito. El soldado no volvió a por la navaja y yo pedí permiso para hacer de vientre. Aproveché un momento de despiste de mi guardián y logré esconder la navaja en mi bota. He caminado toda la jornada con ella bajo el pie y creo que me ha causado alguna llaga, pero ahí sigue. En cuanto oscurezca, la sacaré de mi bota y cortaré la cuerda; luego es cuestión de correr en la oscuridad hasta ocultarme en estas montañas boscosas. Eso no será difícil.

—Es un buen plan, amigo Salamero, pero dígame, ¿cómo va a sacar la navaja de su bota? Cada tarde, cuando nos detenemos para pernoctar, los franceses nos atan las manos con cordeles...

—Con sus dientes —le interrumpió Salamero.

—¿Cómo dice?

—Que espero que pueda roer el cordel hasta que lo rompa. Las cuerdas que nos atan unos a otros son demasiado gruesas como para cortarlas con los dientes, pero los cordeles con los que nos sujetan las muñecas, no.

»Si está de acuerdo conmigo, esta noche, cuando la oscuridad sea más profunda, emplearé sus dientes para romper las ataduras de mis muñecas. Una vez con las manos libres, yo sacaré la navaja de mi bota y cortaré las sogas que nos atan a usted y a mí a los demás. El resto, ya lo sabe, a correr hacia el bosque y a escondernos.

—Lo haremos —asintió Faria.

• • •

Cayetana estaba desesperada. Ricardo Marín le acababa de comunicar en su habitación que, tras muchas indagaciones, había logrado averiguar que Francisco de Faria había sido trasladado a Francia con otros muchos presos, y lo mismo le había ocurrido al sargento Morales. El general Palafox había sido trasladado a Francia como prisionero de Estado y se rumoreaba que sería recluido en algún castillo por una larguísima temporada, pues no en vano Napoleón lo consideraba uno de los principales responsables de sus problemas en España.

—He tenido que pagar una buena cantidad de reales de plata a un oficial francés. Se ha ofrecido a ayudarnos para intermediar por la liberación de Francisco. Ha venido conmigo. Está en el patio.

—¿Quién es? —preguntó Cayetana.

—Su grado es el de comandante. Dice que se llama Jean, Jean Bertrand.

—¿Cómo dice, Ricardo?

Cayetana apenas dio crédito al nombre que acababa de oír.

—¿Qué le ocurre, muchacha, se ha puesto lívida? ¿Acaso...? No, no puede ser, ese mismo Bertrand, ese canalla... Fue él, ¿verdad?, fue él quien la...

—Sí, creo que es el mismo que me... violó.

Cayetana estalló en sollozos, y Marín tuvo que sujetarla para evitar que se desplomara.

—Maldito canalla. Cuando pregunté por Francisco a un sargento de infantería, me indicó que acudiera al comandante Bertrand. El muy cabrón me dijo que lo conocía y que podía conseguir un salvoconducto para que regresara a Zaragoza. Me confesó que el coronel Faria le había dicho que su novia estaba en Zaragoza y que le había confiado un mensaje que sólo a ella debería comunicar. He sido un imbécil, he creído a ese canalla y lo he traído hasta aquí.

—No es culpa suya, Ricardo. Yo fui quien le insistí en que localizara a Francisco.

—No, Cayetana, he sido yo quien ha obrado como un principiante; me ha engañado como a un niño, pero ese hijo de puta va a llevarse una sorpresa con la que no contaba. Aguarde aquí y no salga de su habitación hasta que yo vuelva.

Bertrand esperaba en el zaguán a que regresara Marín, que le había dicho que iba a buscar a Cayetana. Disimulando su ira, Ricardo Marín sonrió a Bertrand y le invitó a pasar a la cocina.

—Sígueme, comandante. Cayetana ha salido a hacer un recado, pero volverá enseguida.

Marín le ofreció una silla y el francés se sentó relajado.

—¿Desea un poco de vino? Gracias a que ha finalizado esta batalla, ya disponemos de vino y alimentos en Zaragoza. Es un vino catalán, dulce y espeso, le gustará.

—No será como un burdeos, pero vaya ese vino, amigo —dijo Bertrand en su mal español.

Marín fue a la bodega y llenó una jarra de barro de un vino negro, denso como la miel. Al pasar cerca de los fogones, cogió un cuchillo y lo guardó en su espalda, colocando la hoja dentro de la faja y cubriendo el mango con el chaleco.

El mesonero sirvió a Bertrand el vino, vertiéndolo lentamente desde la jarra a un vaso de vidrio verdoso.

—Salud —dijo Marín.

Bertrand cogió el vaso, olió el vino y lo llevó a sus labios inclinando lentamente la cabeza hacia atrás mientras bebía. El comandante francés dejó al descubierto todo su cuello mientras apuraba un trago. Marín actuó deprisa y con sigilo. Cogió el cuchillo de su espalda con la mano derecha a la vez que con la izquierda sujetó por el pecho a Bertrand y con un rápido y certero tajo rebanó el gajate del gabacho.

Un fluido oscuro y viscoso, mezcla de sangre y vino, brotó de la garganta del comandante, empapando la mesa de la cocina, mientras se desplomaba cayendo a un lado de la silla como un pelele inerte y roto.

Marín fue a por una talega, un saco grande y muy largo, y metió dentro a

Bertrand. Gracias a su corpulencia, lo cargó con facilidad al hombro y lo bajó a la bodega. En cuanto se hiciera de noche, lo llevaría al río Ebro y lo arrojaría a las aguas. Nadie sabría qué le había pasado a aquel tipejo.

Luego limpió la sangre de la mesa y del suelo de la cocina con varios cubos de agua que sacó del pozo del patio, y cuando dejó todo como estaba antes de liquidar a Bertrand, subió a la habitación de Cayetana.

—Bien, ese gabacho ya no la molestará más, señorita.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada que no debiera ocurrir. Un canalla menos no es sino una buena noticia.

—¿Lo ha..., lo ha matado? —le preguntó Cayetana balbuceando.

—Lo he ajusticiado. Así es como lo llamamos aquí.

—¡Dios Santo, Ricardo, pero qué ha hecho!

—No se preocupe. Nadie nos ha visto. El río dará buena cuenta de su cadáver. Tal vez lo echen en falta, pero seguro que nadie lo añorará.

—Pero, Ricardo, Bertrand es..., era un comandante del ejército imperial. Investigarán qué le ha pasado, dónde está, registrarán todas las casas, interrogarán a todo el mundo, torturarán si es preciso... Tomarán represalias...

—Bueno, se me ocurre algo para evitarlo. Ese hombre era un cobarde y sus compañeros de armas debían saberlo... Haremos que parezca una deserción —dijo Marín.

—No será fácil.

—Los desertores abundan en estos tiempos. Deje eso de mi cuenta.

• • •

En el puerto de Ibañeta, aguas arriba de Roncesvalles, las sombras de la tarde comenzaban a apoderarse de las laderas de las montañas. El oficial francés que dirigía la cuerda de presos en la que iban Faria y Salamero ordenó que se detuvieran. Al lado del camino, junto a un prado, unas arrumbadas paredes de piedra indicaban los restos de lo que antaño fuera una posada refugio de comerciantes y peregrinos.

Pasarían la noche ahí. Los presos fueron agrupados junto a las paredes y, en cuanto se colocaron en filas, los guardianes repartieron unas hogazas de pan, queso y unas tiras de tocino seco y rancio. Una vez hubieron comido, les ataron las manos a la espalda con cordeles.

En una de la carretas había varios cadáveres de presos muertos en el camino desde Roncesvalles, que algunos de sus compañeros enterraron junto a los muros derruidos.

Varias hogueras distribuidas en forma de semicírculo iluminaban a los dos centenares de prisioneros, atados en varios grupos en cordadas de veinte.

Cuando la mayoría de los presos dormitaba, Salamero indicó con un gesto a Faria que era el momento de intentar la fuga. El coronel de la guardia de corps se situó con sumo cuidado detrás de Salamero y comenzó a roer el cordel que ataba con fuerza sus muñecas. Tras un buen rato mordisqueando, Faria sintió en su boca el sabor a la vez dulce y salado de la sangre de su compañero, que estaba sangrando a causa del roce que le causaban los dientes de Faria y la presión del cordel. Pero al fin, el cordel cedió y las manos de Salamero quedaron libres. Con una cuidadosa lentitud, sacó la navaja de su bota y comenzó a cortar la soga que lo ataba a los demás presos. Uno de los que estaban a su lado despertó, y al ver lo que estaba ocurriendo dibujó un gesto de sorpresa. Salamero se llevó el dedo a los labios y le indicó silencio. El hombre asintió con un leve movimiento de cabeza.

En un momento, Salamero cortó el cordel de las muñecas de Faria y la cuerda que lo unía a los demás presos. El coronel señaló con un leve movimiento de la mano la dirección hacia la que era más oportuno correr. Desde el lugar donde se encontraban recostados hasta los árboles más cercanos había unos cien pasos de un prado abierto e iluminado por el fuego de las hogueras. Junto a una de las fogatas había tres soldados de guardia que hablaban entre ellos de manera relajada. A unos veinte pasos a la derecha había otra pareja de guardias y tres más a la izquierda; todos tenían sus fusiles al hombro.

—Listo —bisbiseó Faria.

—Listo —respondió Salamero.

—¡Ahora! —dijo Faria.

Los dos presos se levantaron como impulsados por un resorte y corrieron con todas sus fuerzas hacia el bosque. Los dos guardias de la derecha se dieron cuenta de la huida justo cuando pasaban a unos pasos a su lado.

Uno de ellos gritó «*Halte, halte!*», y descolgándose el fusil del hombro disparó sin acierto sobre los prófugos. Sus compañeros de guardia hicieron lo propio, pero las sombras que proyectaban las hogueras hacían difícil ajustar el blanco; los dos fugados siguieron corriendo hasta que lograron alcanzar la primera línea de árboles del bosque.

Los disparos y los gritos de los guardias despertaron a prisioneros españoles y soldados franceses, todos sumidos en una terrible confusión.

—Eran dos, dos, han huido por allí, por allí —dijo uno de los guardias, señalando el bosque.

—Vamos a por ellos, no pueden ir muy lejos.

El capitán de la compañía ordenó a varios de sus hombres que cogieran unas antorchas, las cebaran en la hogueras y persiguieran a los escapados. Veinte soldados franceses penetraron en el bosque, pero nada pudieron hacer en medio de aquella tupida maleza; sus fusiles, los gorros de reglamento y los correaes se enredaban en el

follaje y les impedían avanzar con rapidez. La luz de las antorchas no hacía sino confundir las sombras. Faria y Salamero se habían esfumado.

• • •

La talega cayó al río, que bajaba crecido a causa de las últimas lluvias del invierno. Ricardo Marín había salido de la posada con una carreta llena de sacos y cajas entre las que estaba la talega con el cadáver de Bertrand. La arrojó desde lo alto del Puente de Piedra, poco antes de llegar al puesto de guardia que los franceses habían colocado en la salida del Arrabal. Los guardias lo detuvieron y le preguntaron adónde iba a esas horas. El mesonero contestó que necesitaba comprar harina, vino y aceite para su posada. Tras revisar la carreta con sumo detalle, los guardias le dejaron salir de la ciudad.

Regresó a mediodía, con algunos sacos de harina, unas garrafas de aceite y varios odres de vino que había comprado en San Juan de Mozarrifar. Cayetana lo esperaba en la posada.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó.

—Ningún problema. Ha sido demasiado fácil.

—No puedo olvidar...

—No piense más en ello, Cayetana. Ese gabacho era un miserable que no merecía vivir.

—Usted ha arriesgado su vida y ha matado a un hombre por mí...

—Era un acto de justicia, señorita. Y bien, ¿ha pensado qué va a hacer ahora?

—Iré a buscar a Francisco.

—No creo que sea ésa una buena idea. Puede permanecer aquí el tiempo que desee. Esta ciudad ha quedado deshecha y harán falta varios años para que recupere algo de lo que fue antes de los dos asedios franceses. Hay mucho trabajo que hacer. Y además, si Francisco consigue escapar o es liberado, vendrá a buscarla a Zaragoza.

—No tengo con qué pagarle.

—Puede trabajar en la fonda. En una ocasión me dijo que en Francia sirvió en una posada; bien, aquí podría hacer lo mismo, trabajo es precisamente lo que no faltará en los próximos años.

—Es usted una buena persona.

—Entonces, ¿acepta?

—Sí, claro, no tengo otro sitio adonde ir. Y no hay mejor lugar que éste para esperar a Francisco.

—Él vendrá a buscarla aquí. Ya lo verá.

• • •

Faria y Salamero habían logrado escapar de la cuerda de presos en el puerto de Ibañeta, pero en la huida en medio de la noche y de la espesura del bosque se habían separado para no volver a encontrarse. El conde de Castuera había corrido durante más de dos horas a través del bosque, sintiendo un tremendo dolor en sus costillas. Agotado, se había ocultado en una grieta rocosa y se había tapado con unas ramas para evitar ser localizado por sus perseguidores.

Sin embargo, los franceses habían renunciado enseguida a la persecución. El jefe de la escolta había considerado que dos presos no eran nada relevantes y capturarlos podría distraer a parte de sus efectivos y retrasar su marcha hacia el norte. Con el camino sembrado de tantos cadáveres, dos prisioneros más o dos menos no era nada importante. Pero antes de continuar la marcha hacia Francia, ordenó fusilar a diez cautivos; a los demás les dijo que si alguien procuraba de nuevo una fuga, fusilaría a cinco presos por cada uno que lo intentara.

El amanecer despertó a Faria acurrucado en la grieta rocosa. La mañana era fría y húmeda y en el bosque sólo se oían los trinos de los pájaros y el leve roce de las hojas y las ramas mecidas por el viento. Con sumo cuidado, salió del escondite rocoso en el que había pasado la noche y observó los alrededores intentando aguzar la vista y afinar el oído.

Observando la salida del sol, fijó la situación del este y decidió caminar hacia allí. Sabía que los franceses dominaban toda la zona occidental de Navarra, al menos hasta Roncesvalles, y que con semejante trajín de presos dirigiéndose a Francia habría muchas patrullas destacadas en esa zona. Si quería ocultarse y alejarse del peligro, no le quedaba más remedio que marchar hacia el este, hacia Aragón, y buscar refugio en un territorio al que los franceses todavía no hubieran llegado.

Durante cuatro días caminó hacia levante atravesando montañas, collados y valles. Se alimentó de raíces y de algunos frutos verdes que le causaron afecciones estomacales, y afortunadamente nunca le faltó el agua, que en esas montañas abundaba por todas partes.

Al atardecer del cuarto día desde que huyera de sus guardianes, llegó a una aldea en la que varias casas se amontonaban en la empinada ladera de una montaña que ocupaba el centro de un enorme calvero de un bosque de hayas y robles.

Se aproximó con precaución a través de una senda pedregosa por la que sólo podía pasar una persona o una acémila y, tras percibir que no había tropas francesas por los alrededores de la aldea, se acercó a las primeras casas.

Un aldeano salió de una paridera y al ver a Faria se mostró tan sorprendido como extrañado.

—Perdone, amigo. Me he perdido en estas montañas y ando desorientado. ¿Puede decirme dónde me encuentro?

El aldeano dudó ante Faria, que vestía su casaca azul de coronel aunque en tan

penosas condiciones que parecía un pordiosero, pero enseguida dijo:

—Está usted en Aragón. Este pueblo se llama Zuriza; es el último pueblo del valle de Ansó. ¿Viene de Navarra o de Francia?

—Vengo de... Zaragoza. ¿Se ha enterado usted de lo que ha pasado allí?

—No, en los últimos cuatro meses no ha venido nadie por aquí. Hasta la semana pasada, la nieve cubría por completo los caminos. Eso ocurre todos los inviernos. Uno tras otro, aquí arriba quedamos aislados durante tres o cuatro meses del resto del valle.

—Entonces, ¿no sabe nada de la guerra?

—¿La guerra?, ¿qué guerra?

—La guerra contra Francia.

—¡Ah, sí!, algo oímos. Los vecinos de este valle tenemos buenas relaciones con los franceses del otro lado de la montaña. El verano pasado nos dijeron que su rey, al que llaman Napoleón, quería conquistar todo el mundo, pero que nosotros no nos preocupáramos, que ellos respetarían nuestros acuerdos centenarios de paz. Hace siglos que nuestros antepasados firmaron unos pactos de ayuda mutua en caso de guerra entre España y Francia, que siempre hemos respetado. No, aunque los dos países estén en guerra, eso no es cosa nuestra.

Faria le explicó al aldeano de Zuriza lo que había pasado en España en los últimos meses: la destructiva invasión francesa, la guerra despiadada, la renuncia de Carlos IV a la corona, la proclamación de Fernando VII y su posterior abdicación, la vergüenza de la entrevista de Bayona, la proclamación de José I como rey intruso, los dos asedios de Zaragoza, la destrucción de la ciudad por los franceses... Le confesó que era coronel de la guardia de corps y que había escapado cuando lo llevaban preso a Francia. No estaba en condiciones de decir otra cosa, y ocultó su condición de conde de Castuera.

—¿Tiene usted hambre? —le preguntó el aldeano.

—Como un lobo. Hace semanas que no como otra cosa que tocino rancio, pan duro, queso mohoso, sopas de ajo y agua de arroz, y en los últimos cuatro días sólo me he alimentado con algunas raíces y frutos verdes en mi marcha por estas montañas. Además, creo que tengo dos costillas rotas.

—Venga conmigo. Mi mujer le preparará algo caliente.

—¿Es usted un patriota? —le preguntó Francisco de Faria.

—¿Qué importa eso ahora?

Aquella aldea le pareció a Faria el mismísimo Paraíso.

Unos cuantos kilómetros al sur, dos naciones y millones de hombres estaban librando una guerra cruel y sangrienta, pero allá arriba, en lo más alto de las montañas, el aire parecía impregnado de una paz eterna.

## Nota del autor

Esta novela constituye la segunda entrega de una trilogía que comenzó con *Trafalgar* (Edhasa, 2001). En ella narro las aventuras de un imaginario coronel de la guardia de corps, Francisco de Faria, actor secundario pero omnipresente en el drama histórico que España sufrió entre 1804 y 1815.

En esta segunda ocasión Faria es testigo privilegiado de uno de los momentos más épicos de todo el siglo XIX, la defensa que los aragoneses realizaron en Zaragoza contra los ejércitos de Napoleón entre el verano de 1808 y los primeros meses de 1809, en los dos asedios que han sido denominados los Sitios de Zaragoza.

A pesar del impacto emocional que los Sitios (1808-1809) provocaron en toda Europa, no han generado tanta literatura histórica como una gesta de tamaño perfil épico requería, y ello pese a que el imaginario colectivo hispano ha colocado a algunos de sus protagonistas en el nivel más alto del rango heroico patrio.

Para los españoles, los Sitios de Zaragoza fueron un ejemplo de la resistencia numantina de una ciudad decidida a salvaguardar su independencia por encima de la propia vida; para los franceses, constituye una victoria más de su ejército, y por eso consta el nombre de Zaragoza entre las victorias napoleónicas en el Arco del Triunfo de París.

Héroes y mártires para unos, tercos e insensatos para otros, los defensores de Zaragoza no dejaron a nadie indiferente a su gesta. Su entrega y su arrojo fueron presentados como ejemplo de lucha por la libertad y la independencia.

Los acontecimientos narrados en esta novela son absolutamente históricos, así como todos los personajes que en ella aparecen, a excepción de Francisco de Faria, conde de Castuera, el sargento Isidro Morales y Cayetana, la amante del conde, además de algunos secundarios poco relevantes.

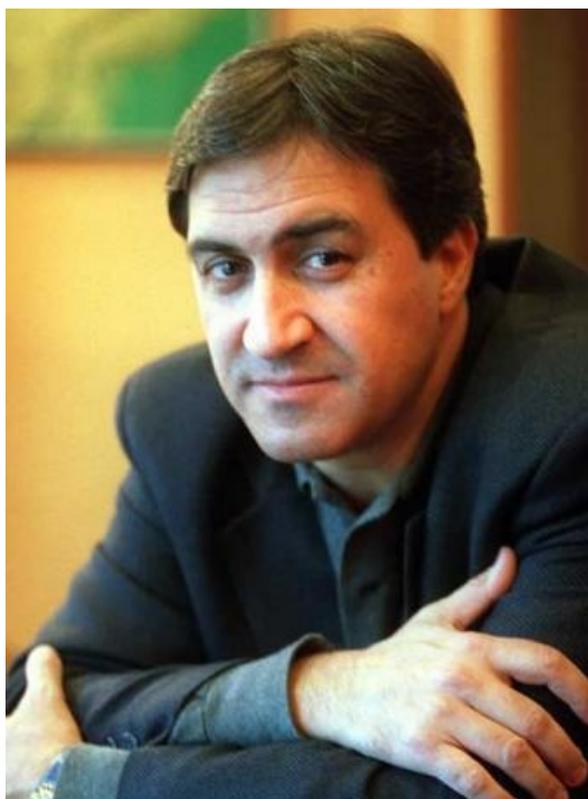
Sólo me he permitido imaginar que Palafox acudió en secreto a Zaragoza, unos días antes de entrar triunfante en la ciudad, para entrevistarse con el general Guillelmi, que fue depuesto por su colaboracionismo con los franceses. Esa entrevista tal vez nunca tuvo lugar, pero para nada cambia lo que realmente sucedió entre mayo de 1808 y marzo de 1809.

Los perfiles personales del general Palafox, del pintor Francisco de Goya y de los mariscales franceses han sido dibujados tras meses de trabajo historiográfico y a partir de los miles de documentos originales de la época. Las descripciones de los asedios, de las batallas y de los espacios urbanos se basan en el amplísimo conjunto de planos, grabados, dibujos y pinturas que se conservan, muchísimos son coetáneos de los terribles acontecimientos sucedidos entre 1808 y 1809, así como en los restos aparecidos en algunas excavaciones arqueológicas. He manejado además casi medio millar de libros y artículos seleccionados de la amplísima bibliografía sobre la Guerra

de la Independencia, entre los cuales he encontrado algunas contradicciones que he resuelto según mi propio criterio historiográfico.

El tono épico que trufa todo el texto está creado a propósito; responde a mi personal deseo de emular las proclamas patrióticas de la época y con él he pretendido destacar el valor de unos hombres y unas mujeres que no tenían nada que ganar en la batalla, pero que prefirieron morir luchando antes que permitir que otros decidieran por ellos su futuro.

Quiero agradecer los consejos de Josep Mengual, jefe de redacción de Edhasa, y de Antoni Moliner Prada, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, que han servido para precisar y mejorar algunas cuestiones puntuales. El texto final es mucho mejor gracias a ambos. Los errores que pueda seguir conteniendo sólo a mí son achacables.



JOSÉ LUIS CORRAL LAFUENTE (Daroca, Provincia de Zaragoza, 13 de julio de 1957) es un historiador y escritor español. Profesor de Historia Medieval y director del Taller de Historia en la Universidad de Zaragoza (España), es el historiador aragonés de mayor éxito en el género de la novela. Ha dirigido diversos programas de radio y televisión de divulgación histórica. Ha centrado su labor investigadora en la Edad Media en España, y producto de este trabajo es una extensísima obra historiográfica.

Autor de novelas históricas, ha publicado numerosos artículos y colaborado en programas de radio y televisión. Ha sido asesor histórico de la película 1492: La conquista del paraíso de Ridley Scott.

En 1992 obtuvo la medalla de plata en el xxxiv Festival Internacional de Vídeo y Televisión de Nueva York como director histórico de la serie Historia de Aragón en vídeo.